

*Inspirada en
hechos reales*

*Por fin
es viernes*



Javier Romero

Por fin es viernes

Javier Romero

© Javier Romero Moreno

Febrero de 2020

Imágenes: Colourbox

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diseño de portada y maquetación: Asesoría literaria Alfa

Impreso en España - Printed in Spain

La soledad

«Por fin es viernes...»

Una famosa frase que, siempre que la oye, le recuerda su infancia. Quizá ese momento en el que se supone que debemos ser felices... Una época de ilusión, juegos, fantasía y, por encima de todo, inocencia; esa inocencia garantizada al nacer y que solo debería desaparecer cuando dejamos de ser niños. Pero nada más lejos de la realidad para él. Una infancia feliz y solitaria a partes iguales y una adolescencia sin amigos y, lo peor de todo, sin quererse a sí mismo, odiando su cuerpo y sintiéndose atacado por doquier.

Una vez más ese sueño, ese maldito sueño que se convierte en pesadilla....

«Hace mucho calor..

Suena el timbre. Todos los chicos saltan de sus asientos como si tuvieran un resorte en la silla conectado con ese sonido. Meten los libros en las mochilas mientras comentan cosas sin importancia como la serie de la televisión que todos ven o la colección de cromos de fútbol que provoca un sinfín de peleas por conseguir ese preciado tesoro, el fichaje estrella que no existe o que muy pocos han visto. Salen corriendo del aula atropellándose unos a otros. Es uno de esos momentos en la vida en que la caballerosidad no existe... Parece que cada minuto de la tarde hay que disfrutarlo como si todo el tiempo que se pasara en el colegio fuera un castigo, aunque, para ellos cargados de hormonas, de alguna forma lo es. Por eso, todos los chicos se dirigen raudos al campo que hay frente al colegio que más que un campo es un descampado con dos piedras en cada extremo, pero todos prefieren imaginarlo como un inmenso Bernabéu con las dos porterías perfectas en los extremos y cubierto por un césped immaculado. Uno de los chicos saca una pelota y le da un puntapié que recorre medio descampado. Ese ha sido el pistoletazo de salida. Casi todos los chicos salen raudos en pos de ese semi-dios esférico que es capaz de detener el mundo. Llega el momento más esperado por todos, mejor dicho, por casi todos: la elección de los equipos. Los chicos más populares deciden quién elige primero jugando a pies y van colocándolos consecutivamente uno detrás de otro hasta que el último en llegar cierra con su pie atravesado y elige el primer jugador. Todo el mundo sabe quién será y nadie lo cuestiona porque es evidente que va a ser el mejor, el más guay, el más alto, el más fuerte y, curiosamente, el más guapo. Una lógica infantil sin contemplaciones... Si eres guapo, tienes que ser fuerte y además alto, pero si eres feo puedes ser también gordo y aburrido, o llevar gafas y ortodoncia. Es lo que te ha tocado; mala suerte. Paulatinamente, van eligiendo a todos los jugadores y, uno a uno, van conformando los equipos y, como es lógico, el grupo de jugadores que esperan se va reduciendo hasta que quedan los dos chavales que van a ocupar la posición de portero. Son dos de los chicos más conocidos de su clase. Todo el mundo los conoce y todo el mundo sabe sus nombres; son el gafotas y el gordo. Seguro que sus padres tuvieron la osadía de ponerles otro nombre al nacer, pero, en este momento, esos nombres no sirven para nada. Eligen al gafotas porque hay que elegir a uno de los dos y el gordo suspira y resopla con una triste mezcla de desidia y resignación. Le toca ser el siguiente, pero, por alguna razón que él no llega a entender, eso no ocurre. El partido comienza y nadie se ha acordado de que está

allí por la sencilla razón de que no existe para nadie y, una vez más, una lágrima amarga surca su mejilla mientras todas las niñas que están presenciando el partido se ríen de él. No puede más. No puede resistirlo. Lo miran y lo señalan con el dedo mientras corean su apodo a los cuatro vientos sin esperar nada a cambio, sin desear hacer ningún mal, pero haciéndolo con una crueldad propia de los niños.

—¡Mi nombre no es “gordo”! —grita a los cuatro vientos—. ¡Me llamo Pedro, Pedro, Pedro! ¡Me llamo Pedro!»

Se incorpora sobresaltado en la cama. Está empapado en sudor y respira con dificultad. Ese maldito sueño una vez más, mejor dicho, esa maldita pesadilla que lo lleva persiguiendo toda la vida. A decir verdad, lo que aparece en su pesadilla nunca le ocurrió. Cuando estaba en el colegio siempre fue elegido el último, pero nunca lo dejaron de lado, aunque en verdad temía que eso llegara a ocurrir alguna vez. Cada tarde pasaba la vergüenza de ser el último elegido mientras todas las niñas se reían intentando disimular. Quizá no se reían de él porque no había motivo o quizá no se reían de él porque no existía para ellas. Prefería pensar en lo primero aunque tenía la certeza de que la segunda opción era la más lógica... Una infancia invisible y cruel que lo acompañó durante los que debían haber sido los mejores años de su vida.

Mira el reloj y la aguja pequeña roza el número dos. Piensa en levantarse de la cama para ir al baño, pero le aterroriza contemplarse en el espejo de la puerta del armario y descubrir que todo sigue igual, que no ha sido parte de su pesadilla. No necesita levantarse la camiseta para poder notar que su “amigo” sigue acompañándolo. Está cansado de esta situación y, por enésima vez en su vida, decide rebelarse contra todo ello. «Mañana vuelvo al gimnasio», se plantea con firme decisión. Aunque odia aquel lugar en el que los múltiples espejos del gimnasio son cómplices narcisistas de muchos visitantes asiduos de gimnasio y verdugos intolerantes de unos cuantos individuos que sueñan con parecerse a los primeros, pero que tienen la certeza de no conseguirlo jamás.

Le cuesta asumir que la solución a todos sus problemas esté en convertirse en aquello que tanto odia, pero la vida es así de cruel e incomprensible; por lo menos para él. La única salida en su vida es cambiar aquello que se ha convertido con el paso de los años en una lacra para él y eso le hace ser tan narcisista como aquellos que lo han ignorado durante toda su vida.

Ahora, todo eso le suena a música celestial, pero la realidad es bien distinta. La realidad inexacta y, en muchas ocasiones cruel, de la que tanto habló Darwin. Lleva toda la vida viviendo a dieta y le da igual porque ya lo tiene asumido como tantas y tantas cosas. Se ha convertido en un estilo de vida para él porque su cuerpo absorbe cada mínimo gramo de grasa que come y lo lleva directamente a su barriga. Alguna vez ha conseguido perder algunos kilos, pero siempre unido a un sufrimiento extremo y a una dieta sumamente drástica y todo ello adornado con unas cuantas horas de gimnasia casera cada uno de los días de la semana; y tan solo para perder un par de centímetros de barriga que recuperaba en cuanto la esclavitud dejaba paso al más mínimo goce. ¿Envidia? Sí. Envidia de todos aquellos para los que la comida significa un placer y no una pesada cadena que hay que aprender a arrastrar. Una maldita cadena perpetua.

Aun así, decide que esta vez será distinto. Se lo tomará muy en serio y ni nada ni nadie será capaz de desmoralizarlo. Acudirá sin falta al gimnasio y cumplirá con esa condena que le ha tocado vivir. Regresará a su casa para resignarse a todos esos productos que ya lo acompañan como si formaran parte de la decoración de su cocina. El jamón york, los yogures desnatados y el pan integral no dan cabida a la carne roja y sabrosa, a los postres deliciosos de chocolate ni tan siquiera a un pequeño puñado de frutos secos. Un cuerpo inmenso que no puede alimentar porque su prominente barriga le recuerda cada día que hubo un pasado en el que se sintió desfallecer. Un

pasado que regresa a él cada viernes; cada instante en el que se siente solo y sabe que el mundo gira a su alrededor mientras él permanece varado en la quietud y desesperanza de su apartamento, de su cárcel. Un pasado que amenaza con arrasarlo e inundarlo todo como si de una riada se tratara.

Una vez más, toda esa época le viene a la memoria mientras, tumbado en la cama, observa cómo los minutos pasan en el reloj de la mesita de noche. Otro viernes para disfrutar de una soledad amarga y obsesiva. Otro viernes en el que esa bonita frase repiquetea en su cerebro y le hace ver que por fin es viernes... pero solo para algunos.

No es la mejor forma de pasar esa noche, pero no tiene muchas opciones. Tan solo le apetece permanecer tendido en la cama y mirando al techo. No debería hacerlo, pero se incorpora mientras piensa en regodearse con su desgracia, retozar en ella y dejar que impregne cada poro de su inmensa piel. El reloj de la mesita marca el instante en el que la vida nocturna en Madrid está en pleno apogeo mientras él se encuentra escondido en su habitación. Con miedo, con el temblor tan bien conocido del que se encamina al cadalso de la realidad más tenebrosa se pone en pie y se acerca al temido espejo del armario, cómplice mudo de sus desgracias. Como si de un ritual lúgubre se tratara se quita la camiseta y contempla lo que siempre ha estado ahí tal que un apéndice de su cuerpo se tratara y que le recuerda el lugar que ocupa en su oscuro mundo. ¿Para qué llamarlo con nombres que lo dulcifiquen? Sería engañarse y él es muy consciente de su sufrimiento; su gran corpachón y su considerable estatura revelan la verdad.

—Hola, barriga. Ya veo que seguimos ahí como todos los días.

Una broma entre dos amigos que llevan casi cuarenta años viviendo juntos, compartiendo escasas alegrías e infinidad de tristezas. Dos amigos que no se culpan el uno al otro de sus desgracias y que han aprendido a convivir y a sobrellevar su amarga soledad.

Por un momento, decide que ese viernes va a ser distinto que los demás y que no va a estar solo. Se vestirá de forma elegante, cogerá su cochazo y se dirigirá a una discoteca de moda donde, con toda seguridad, le estará esperando su media naranja o su medio pomelo. Sobre todo eso... amargo como la soledad que lo acompaña cada instante de su vida.

Con el corazón latiendo a mil por hora se ducha y se viste como él mejor sabe hacerlo, elegante y, por encima de todo, intentando disimular a su prominente amigo. Se acicala concienzudamente. Unas gotas de colonia y un pequeño toque de gomina en su cabello negro y corto para intentar parecerse a tantos clones que pueblan las discotecas y los bares de moda. Baja al garaje donde descansa su flamante deportivo negro y se sube en él. Quizá su única alegría. Una alegría ganada a pulso tras tantos años de soledad y abandono donde ningún tipo de distracción social le impidió convertirse en un buen arquitecto. Recuerda todos esos días estudiando mientras sus compañeros de carrera se divertían en discotecas y fiestas universitarias. Todas las visitas a la cafetería de la universidad para tomarse un simple café que le permitiera luchar contra el sueño para poder seguir estudiando mientras sus púberes compañeros jugaban interminables partidas de mus y bebían una cerveza tras otra. Todos esos recuerdos lo persiguen. Su primera y última fiesta universitaria, la cita a ciegas que resultó ser una pesada broma de aquellos a los que creía sus únicos amigos. Ninguna mujer en su vida y treinta y seis años de preguntas sin respuesta, de venganzas no cumplidas, de un corazón roto y un alma sin consuelo.

Ensimismado en todos estos recuerdos llega al final de su calle y detiene el vehículo mientras contempla a la gente pasear por la ciudad. Parejas cogidas de la mano mostrando el amor que sienten el uno por el otro y grupos de amigos que son como hermanos de juega y diversión. Una vez más, toma la decisión de volver a casa. Se da cuenta de que no tiene por qué engañarse y la cruda realidad lo golpea sin contemplaciones. No tiene ganas de ir a ningún sitio y, lo que es peor,

no tiene dónde ni con quién ir.

Personas efímeras y grises con las que disfrutar de una simple noche de viernes, pero que no forman parte de su vida. Colegas de trabajo, amigos del gimnasio, antiguos compañeros de colegio, de universidad, de infinidad de sitios y situaciones o, simplemente, personajes de color gris. Todo el mundo posee el bien tanpreciado de la amistad, pero, para Pedro, la excepción confirma la regla porque, aunque pueda parecer mentira, no tiene amigos.

¿Tan difícil es? Un nuevo trabajo, una sonrisa impresionante y un traje impecable. Todo aquello que acompañó a Pedro cuando comenzó a trabajar en un famoso estudio de arquitectura y con lo que deseó dar por empezada una nueva vida; una vida en la que no volviera a sentirse solo. Poco que pedir, tan solo una copa después del trabajo o una charla intrascendente tras una taza de humeante café. Poco más.

Eso es lo que Pedro deseó cuando se incorporó a su nuevo trabajo. Le parecía un sitio perfecto donde conocer gente, pero, como siempre le ocurría, la cruda realidad superó a la más esperanzadora de las fantasías. Llegó a la oficina como la nueva promesa de la arquitectura y ahí quedó todo. Las serpentinas y las guirnaldas que él tanto había deseado desaparecieron en cuanto su físico habló antes que sus labios. Un tipo gordo y grande del que nada se podía conseguir. Nadie se acercó y, lo que es peor, lo saludaron de una manera fría y desconsiderada como si de un apestado se tratara. Nunca pudo saber por qué, pero desde el primer momento se sintió solo y rechazado.

Un viernes más en su oficina. Compañeros que empiezan a hacer planes para salir después del trabajo, pero que guardan silencio en cuanto se acerca. Compañeros que evitan su mirada y que se marchan en direcciones contrarias mientras él se queda solo, una vez más, y siente la vergüenza del rechazado, del ignorado. No era la primera vez que esto ocurría y sabía que no sería la última. Para él no era nada nuevo. Doloroso como siempre lo era, pero nada que no pudiera superar. Una persona tan acostumbrada a este tipo de desplantes que, como un superviviente, levantaba la cabeza, siempre con un orgullo mal fingido, y miraba para otro lado.

Con todos estos pensamientos en la cabeza vuelve a su casa y sube las escaleras con pesadez. Regresa a su apartamento con el rabo entre las piernas como un perdedor, como tantas veces ha vuelto y como sabe que volverá muchas más. Nadie entiende lo que es la soledad hasta que palpita en el corazón y se convierte en parte de uno mismo, cuando te das cuenta de que esa soledad vive contigo, vive para ti y, lo peor de todo, vive de ti, de tus alegrías, de tus desgracias, de tus ilusiones y fantasías. Una soledad que se expande a tu alrededor y ocupa cada uno de los rincones de tu patética e insípida existencia. Ese es el momento en el que se recorre una fina línea que marca la frontera entre estar solo o ser un solitario. Estar solo es doloroso, aunque sigues añorando la compañía de otras personas, pero, si te vuelves un solitario, ya no hay marcha atrás y empiezas a rehuir a los que te rodean. Pedro sabe que ha cruzado esa línea y no tiene fuerzas para continuar. El corazón, que hace unos minutos latía en su pecho como un caballo de carreras desbocado, ahora amenaza con quebrarse como un frágil cristal de Murano. Siente como las lágrimas comienzan a rozar sus mejillas y golpea una y otra vez el quicio de la puerta con rabia y desesperación.

—¡Mierda! —exclama al sentir la sangre manar de sus nudillos.

Atraviesa el salón con el rostro enrojecido y los ojos desencajados y abre la puerta de la terraza. Se precipita al exterior como un demente y, sin pensar, eleva una pierna por encima de la barandilla y lanza una última mirada a la ciudad que lo vio nacer y que palpita en sus venas. Antes de pasar la otra pierna, eleva su cabeza al cielo y lanza un grito desesperado.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento!

Una disculpa efímera y desencajada dirigida a las dos únicas personas que supieron ver en él mucho más de lo que los demás llegaron a intuir. Dos personas que desaparecieron de su vida dejándolo solo, perdido y abandonado como nunca se había sentido. Pedro mira a la vía que deberá recoger su enorme cuerpo, suelta una de sus manos de la barandilla, toma aire y, con medio cuerpo balanceando, vuelve a contemplar el horizonte. La oscuridad más espesa se cierne sobre la capital y las estrellas refulgen en el cielo sin importarles la consabida contaminación lumínica como si brillaran solo para él. Un millón de estrellas y una especial que recorre el cielo y que parece saludar a Pedro antes de desaparecer. Una estrella fugaz que, sin pretenderlo, entrega su magnificencia a un hombre deshecho que comienza a llorar como un niño pequeño.

Con el cuerpo tembloroso como un flan regresa al interior de la terraza y se deja caer en el frío suelo de baldosas donde se encoge como un ovillo de lana desmadejada. Lloro como el crío que no le dejaron ser; como el niño que perdió su infancia antes de poder disfrutarla. Unas lágrimas que pugnan su hegemonía con las estrellas que adornan la noche y la eterna ciudad que lo enamoró en su infancia cuando la recorría de la mano de sus padres y cada rincón se convertía, fruto de su imaginación, en una cueva, un castillo o un bosque lleno de forajidos y malhechores; esa ciudad que lo supone todo para él. Un lugar donde perderse y donde disfrutar de su desdicha, donde miles de personas pasean cada día ignorando todo lo que les rodea y toda la amargura que esas vidas anónimas soportan. Una ciudad donde la desesperanza y los milagros se entrecruzan en la nada y se guiñan un ojo con complicidad. Una ciudad sin milagros para Pedro...

La frivolidad

«Por fin es viernes...»

Llega corriendo a casa después de machacarse en el gimnasio y sube las escaleras de dos en dos. Se siente en forma después de casi dos horas de pesas, abdominales y spinning y disfruta de la sensación de libertad tras una larga semana de trabajo. Ahora le toca pensar en lo que se pondrá para salir esta noche de juerga con sus amigas. Ya sabe que no va a haber nadie en casa y le parece que es lo mejor. Esta tarde no le apetece verlo antes de salir. Ha tenido que aguantar su cara agría en el gimnasio. Es lo malo de que su novio trabaje allí de monitor. Sabe que últimamente se está comportando como un capullo integral y quiere irse de juerga sin la consabida discusión que tiene que sufrir siempre que decide salir con sus amigas. Se dirige a su habitación y se desnuda mientras se contempla en el espejo una y otra vez. El gimnasio sigue dando sus frutos. Tiene unas piernas largas y torneadas, un trasero redondo y respingón, un vientre plano y duro y, lo mejor de todo y por lo que le llueven los admiradores, dos pechos grandes, firmes y, lo más importante, en su sitio. A pesar de eso, lo que más le gusta de su físico son sus dos ojos, grandes y azules, acompañados por una larga cabellera negra como el azabache. No es alta pero sabe que la proporción es mucho más importante que la altura.

—¡No está nada mal! —dice entre dientes al observarse.

Se recoge la larga cabellera con una goma del pelo y, desnuda y canturreando, se encamina hacia el baño donde se da una ducha y aprovecha para repasar ciertas zonas de su anatomía con la maquinilla de afeitar. Sabe que tiene pareja y siempre ha sido fiel pero tiene la costumbre de depilarse “por si acaso”, una frase que lleva diciendo desde la adolescencia, pero que nunca ha tenido que llevar a cabo. Siempre ha sido fiel. Es mujer de un único hombre ya que nunca le han gustado las relaciones promiscuas de sus amigas a pesar de que sigue tonteando con otros hombres en las discotecas. Eso es algo que su hermano no puede soportar. Para ella, quizá esté un poco chapado a la antigua o quizá sea un poco remilgado, pero no le preocupa lo más mínimo. Tan solo quiere divertirse y el juego de seducción entra dentro de esta diversión.

Siguiendo su estilo, continúa con la precisión de un cirujano hasta que el resultado parece ser el deseado. Vuelve a su habitación y abre el armario. Es su rincón favorito de la casa; su santuario. Cada una de las prendas ocupa un lugar específico en él y se siente feliz en cuanto lo abre y comprueba que tiene mucho donde elegir. Quizá pueda parecer algo frívolo, pero para ella no lo es. El momento más importante de la noche siempre es la elección del vestuario y, como si fuera una actriz de cine o teatro, se ha convertido en un verdadero ritual. Paso a paso va decidiendo qué ponerse. En este caso, se decanta por unas botas altas de color hueso que le llegan hasta las rodillas, una minifalda vaquera con unos adornos de color rosa y un top blanco que deja al aire su magnífica y esculpida cintura y resalta sus pechos. Lo que nunca hace es maquillarse ya que está convencida de que pasaran muchos años hasta que tenga la necesidad de hacerlo. Tan solo recurre a él para alguna boda y poco más. Sabe que es preciosa y no necesita gran cosa para sentirse atractiva y deseada.

Mira el móvil y una mueca en su cara refleja un pequeño grado de descontento. No tiene ningún mensaje; ni tan siquiera una llamada perdida. La decisión de salir cada uno con sus amigos fue

idea de su novio y lo dejó muy claro unos cuantos días antes, aunque él, con cierto aire machista y posesivo, critica a las chicas como si sus propios amigos fueran el no va más.

—Creo que deberíamos recuperar nuestro espacio —le dijo él con seriedad—. Me parece que nos estamos empezando a agobiar y al final acabaremos hartos el uno del otro. ¿No te parece?

Lo que su novio no sabía es que ella llevaba mucho tiempo sintiéndose agobiada por su relación. Él nunca había sido una persona especialmente divertida y ella se había dejado engañar por un físico increíble y por una sonrisa engatusadora. «Nunca valores a alguien tan solo por su físico». Esa frase le provocaba risa. Al igual que todas sus amigas, en ese tema era bastante superficial. Le gustaban los guapos y estaba convencida de que no había nada malo en ello. «Ellos nos valoran por nuestro físico y nosotros por el suyo». Lo demás le parecían sandeces que pensaban las mujeres que no podían considerarse excesivamente guapas. Cada uno desea lo que no tiene, pero ella no deseaba ningún tipo de fealdad porque lo tenía todo y no necesitaba más, aunque estaba empezando a echar de menos algo de conversación o, simplemente, alguna actividad que pudiera compartir con su novio fuera de pavonearse por el gimnasio buscando la admiración general.

Era consciente de que los dos eran muy parecidos y que utilizaban su físico como una tarjeta de presentación. Hasta cuando estaba en el instituto lo usaba para conseguir lo que quería. Si deseaba pasarlo bien y entretenerse, se acercaba al más guapo de la clase y acababa conquistándolo sin mucho esfuerzo y, sobre todo, sin dedicarle más tiempo del estrictamente necesario porque sabía que se cansaría de él en unos pocos días. De igual manera, si necesitaba a alguien que le hiciera los trabajos para alguna de las asignaturas lo único que tenía que hacer era poner ojitos a cualquiera de los empollones.

Había pasado mucho tiempo desde aquello, pero seguía usando las mismas armas. En el trabajo hacía lo mismo que en el instituto. Trabajaba como administrativa en una empresa y, cuando alguna de las tareas que tenía que llevar a cabo le parecía muy pesada, siempre había algún compañero caritativo que lo hacía por ella. Eso y su forma de ser, hacían que no fuera muy popular entre las mujeres, pero era algo que llevaba sufriendo mucho tiempo. De hecho, no lo sufría, lo disfrutaba. Le gustaba sentirse deseada por los hombres y envidiada por las mujeres. Del género femenino, solo se relacionaba con sus amigas porque eran igual que ella. No se llevaba mal con su cuñada pero eran muy diferentes y casi no se hablaban ya que se sentía cuestionada por ella y eso era algo que Sara no soportaba.

Sigue dándole vueltas al tema de su novio. Intenta apartarlo de su cabeza así que mete el móvil en el bolso, comprueba que lleva dinero y toda la documentación y sale al rellano. Como siempre hace, no coge el ascensor. Se había acostumbrado a bajar y subir las escaleras andando, siempre pensando en lo bien que le vendría para endurecer los glúteos. Baja las escaleras dando saltitos y se encamina al garaje que había enfrente de su casa donde guardaba, como oro en paño, su preciosa joya. Entra en el edificio y baja las escaleras hasta el último sótano donde la esperaba su precioso Volkswagen Escarabajo descapotable de color rojo. Se sube en él y, dejando el bolso en el asiento del acompañante, saca el extraíble de la radio, busca entre los cd's que tiene en la guantera y se decide por uno de ellos teniendo especial cuidado en que la noche del viernes empiece con mucho movimiento. Eso era imprescindible. Las primeras notas de la canción se entrecruzan con el motor del coche y la impresionante voz de Marc Anthony se impone al voluntarioso ronquido del Escarabajo. “Valió la pena”. ¿El título de la canción o la relación con su pareja?

Sin darle más vueltas, sale del garaje y conduce hacia el lugar donde había quedado con sus amigas. No tarda más de veinte minutos en llegar y, en cuanto deja estacionado el coche en el

aparcamiento, se ve rodeada de cuatro jóvenes que parecen sacadas de una serie norteamericana de estudiantes de instituto.

—Hola, chicas. Cuanto tiempo sin veros. ¡Qué alegría!

Varios meses sin compartir una noche de juerga con sus amigas, centrada en la relación con su novio y no puede ni quiere negar que las echaba mucho de menos. Esa misma mañana había pensado en cómo se había transformado en una mujer distinta desde que tenía pareja. Todas esas cosas que había prometido no hacer nunca se habían diluido como un azucarillo en una taza de café. Sus amigas habían pasado a un segundo plano y Cristian copaba cada segundo de su vida. Todos esos amigos que un día ocuparon un lugar preferencial ahora ni tan siquiera recibían una llamada o un simple mensaje. Amigos que podrían llegar a convertirse en comunes si no se tratara de una pandilla de veinteañeras con mentalidad adolescente cuyo principal objetivo en la vida era ligarse a la mayor cantidad de tíos buenos cada fin de semana. Sara no tuvo más remedio que tomar una decisión y eligió a su pareja aunque sus amigas no lo entendieron y la criticaron. Pero ahora que su relación se está yendo al traste vuelven a estar ahí. Por fin se reencuentran.

—Hola, Sara. ¿Cómo estás? —inquieren dos de sus amigas al unísono.

El grupo lo forman cinco chicas. Con dos de ellas se lleva especialmente bien, pero su favorita siempre será Cristina, su inseparable Cris. Llevan juntas desde el colegio y nunca se han separado; es su mejor amiga y nunca ha tenido que reprocharle nada ya que ha sido la única del grupo que ha comprendido que tener pareja te puede alejar de tus amigas. Es una muestra más de por qué Cris es su mejor amiga.

—¿Cómo es que te has decidido a salir? ¿Y tu novio? —pregunta una de ellas con un ligero tono de reproche.

—Ya ves. Al final, vais a tener razón y resulta que es un poco capullo. No ha querido comprender que me apetecía salir con vosotras y ha decidido irse con sus amigos a pasar el viernes noche así que, se abrió la veda. Una relación liberal —explica Sara con una sonrisa, pero sin terminar de creer lo que ella misma escucha salir de sus labios.

—Me parece justo, aunque, conociendo a los hombres como los conozco, seguro que le sienta como una patada en el culo. Cristian es un poco... no sé...

—¡Bah! No te preocupes, Cris. No va a pasar nada de nada. Sabes que bebe los vientos por mí. Además, ¿dónde va a encontrar a una mujer con este pedazo de cuerpo y que esté tan buena como yo? —Se contonea como una actriz porno y obliga a algunos chicos del aparcamiento a devorarla con la mirada.

Le gusta provocar. Se sabe deseada por la mayoría de los hombres y le gusta excitarlos, juega con ellos como un gato juega con un ratón. En este caso ella es el gato; deja que se confíen, luego juguetea con ellos para, finalmente, darles el zarpazo final de la indiferencia. En ese juego, Sara es una experta y a Cris no se le da nada mal. Son tal para cual.

Por fin llegan las dos que faltaban. Parecen todas sacadas de una película de adolescentes. Cinco chicas con muchas ganas de divertirse y con poca ropa que oculte las intenciones para esta noche. Mucho baile, mucha diversión, mucha provocación y, quizá para alguna de ellas, mucho sexo. Se encaminan alegres al centro comercial donde están situadas las discotecas en la última planta. De momento, no hay mucha gente pero les encanta llegar pronto para ubicarse donde más a gusto están que es cerca de una barra y en un lugar donde no se sienten acosadas. Ellas deciden quién se queda y ellas deciden quién no es lo suficientemente bueno como para estar en su entorno. Es una regla muy sencilla, si eres guapo y, además, estás cachas tienes muchas posibilidades de quedarte; si eres guapo y tienes un cuerpo normal, tienes algunas posibilidades de quedarte, pero te lo vas a tener que currar mucho más. Hay que invitar a copas y hay que sacar a colación el tema

del coche que conduces, pero solo lo puedes hacer si ese vehículo puede llegar a conquistar a una mujer; da igual que sea un buen todo terreno, un BMW, un Mercedes o cualquier coche de gama superior a estos. No se te ocurra acercarte a ninguna de estas diosas si solo puedes ofrecer un paseo en un utilitario porque sería un auténtico suicidio emocional.

Todas estas posibilidades existen si eres guapo, pero si eres feo, más vale que no te acerques. Lo más normal es que te sientas ignorado y tendrás que dar las gracias porque eso sería lo mejor que te podría pasar. Lo peor, que alguna de las diosas se percatara de tu presencia. En ese momento, te aplastaría como a un mosquito molesto o como a un mal pensamiento que desaparece con tan solo menear la cabeza. No hace falta molestar. Si no estás a la altura, mejor no intentarlo. ¿Qué decirle a una de estas espectaculares mujeres? Nada. No vas a conquistarlas hablando con ellas porque tan solo siendo guapo tendrías alguna posibilidad. Es triste pero es así, claro, concreto y conciso.

—No está nada mal. Ya se me había olvidado lo divertido que es esto. No sé cómo he podido vivir sin bailar.

—No te preocupes, Sara. Aquí estamos nosotras para que recuperes el tiempo perdido. Nosotras y todos esos tíos buenos. Todos ellos deben estar deseando que recuperes el tiempo así que... a por ellos. —Le da un ligero empujón hacia la pista de baile.

—¡Ja, ja,ja! Seguro que alguno cae —ríe una de sus amigas—. Si te sobra algún buenorro me lo mandas.

—No seas mala —refunfuña Sara—. Sabes que soy muy buena chica.

Esto último lo dice imitando a Marilyn con las manos sobre las rodillas un poco flexionadas, los hombros inclinados hacia delante y los labios lanzando un beso al aire. Espectacular. Espectacular e irresistible.

—Hola.

Oye una voz a su espalda. Se da la vuelta y se encuentra con el osado que se ha atrevido a interrumpirla. Ese ha sido su primer error; el segundo ha sido no darse cuenta de que no está a su altura, ni por asomo. El tipo es normal, ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado. No es guapo, tampoco es feo. Tan solo es... normal. Parece simpático, pero eso no le importa ya que no tiene nada que, a primera vista, pudiera interesarla.

—¿Qué quieres? —responde ella con sequedad.

—¿Te apetece tomar algo? Te invito.

Un vistazo de arriba a abajo. Una mirada que, ya de por sí, resulta hiriente; una mirada despectiva y falta de remordimientos; una mirada rápida, expresiva y aplastante.

—¿Estás de coña? —es lo único que le responde.

El chico lo ha captado. Sabe que lo ha fastidiado, que no tiene nada que hacer. No hace falta que añada nada porque la frase de Sara ha respondido por los dos. Se aleja con la cabeza gacha y la mirada perdida en cualquier minúsculo punto del suelo quizá buscando algo que se le ha perdido; quizá buscando su dignidad que se le ha caído con la frase de Sara o tal vez haya perdido su orgullo y no sepa dónde buscarlo. Lo ve alejarse y algo no marcha bien; algo no le gusta. Una pequeña punzada dentro de sí le da a entender que lo que ha hecho no está nada bien. Por primer vez en mucho tiempo se siente atenazada por ese pequeño puñal llamado conciencia.

—¡Jo! Lo has dejado chafado. ¿Qué le has dicho? —le pregunta Cris con curiosidad.

—Poca cosa. No le he dado muchas opciones.

—Mucho mejor. ¿Te imaginas si le das alguna oportunidad? Seguro que es un baboso y te tocaría aguantarlo toda la noche. Nos podría espantar a todos estos tíos buenos. ¡Bien hecho!

Se supone que deberían estar de acuerdo, pero algo dentro de Sara se opone a ello. Busca al

chico con la mirada. Remordimientos que no había experimentado jamás se apoderan de su mente y, para su sorpresa, descubre que le gustaría pedirle perdón. Es una batalla entre el diablo y el angelito que todos llevamos dentro. Su hermano lo llama “Pepito Grillo”. Siempre dice que todos tenemos uno y, antes o después, se deja oír, pero Sara siempre se lo ha tomado a broma aunque hoy, por primera vez, su Pepito Grillo particular está dispuesto a alzar la voz considerablemente.

Lo ve al fondo. Está solo. Parece que sigue buscando algo, pero esta vez no hay nada en el suelo. Su dignidad no se encuentra allí. Está buscando su abrigo entre un montón informe de ropa.

—¡Vamos, no me jodas! —se dice Sara a sí misma.

Hasta este momento no había pensado que alguien pudiera irse de una discoteca por un desplante suyo, pero este chico parece dispuesto a marcharse. De hecho, está poniéndose el abrigo y se dirige a la puerta de la discoteca con la cabeza gacha y los ojos vidriosos. Sara no lo duda. Deja a Cris con la palabra en la boca y se encamina hacia la entrada buscando a ese chico. Su amiga la sigue con la mirada mientras ella llega hasta él y lo detiene.

—Hola.

—¿Qué quieres? —replica él en tono cortante.

—¡Oye, tampoco hace falta que seas tan borde! Venía a pedirte disculpas.

Ahora, es él quien la mira de arriba a abajo. Ella se siente observada, pero, esta vez, todo es distinto. No se siente deseada. Por primera vez, se siente repudiada y los ojos del chico la observan con asco.

—Lo siento, princesita. Te admito las disculpas por educación y porque sé que soy mucho mejor persona de lo que tú podrías llegar a ser viviendo diez vidas tan insustanciales como la tuya. Tan solo voy a decirte una cosa y espero que no lo olvides: todo pasa. La belleza y la hermosura son efímeras. Solo perdura lo que somos y cómo somos pero nada más —le dice con amargura—. De verdad que no te deseo ningún mal, pero recuerda que el tiempo pone a todo el mundo en su sitio. Lo que estás sembrando es lo que recogerás y te verás más sola que la una. Todas esas amigas que ahora son geniales y siempre están a tu lado no lo estarán si llega el día en que no le sirvas para nada. Sois un puñado de hipócritas.

Se da la vuelta y se va.

Sara no se esperaba esa respuesta. Le hubiera pillado menos desprevenida un insulto o una frase despectiva. No esperaba condescendencia y, mucho menos, una especie de consejo. Se siente idiota por haber ido a disculparse y ahora está convencida de que no debería haberlo hecho. Antes se sentía culpable y ahora se siente denigrada por un tipo al que, normalmente, ni hubiera mirado. Vuelve con sus amigas sintiendo rabia en su interior.

—¿Qué ha pasado? —inquire Cris con una ceja levantada.

—El muy gilipollas se cree mejor persona que yo por ser feo y porque no he querido nada con él. Me ha soltado una de esas frases que no me diría ni mi abuela si viviera. Se debe creer muy listo. —Está realmente enfadada—. ¿Qué se imagina el capullo ese? Me dice que la belleza pasa y que solo queda cómo somos y cómo nos comportamos. Me ha dicho que hasta vosotras, mis mejores amigas, desapareceríais si no pudierais conseguir nada de mí. ¿Tú te crees?

—No le hagas caso. Sabes que nosotras siempre estaremos ahí pase lo que pase. Somos las mejores amigas del mundo y nada ni nadie podrá separarnos jamás.

Se dan un abrazo que refuerza lo que su amiga acaba de decir. Sara mira por encima del hombro de su amiga y observa el camino que el pobre chico ha recorrido en su escapada y descubre que ya no siente ira ni indignación. Tan solo se siente vacía.

Una mentira

Se levanta con el sol. Siempre le ha gustado disfrutar de los fines de semana. Cuántas veces habrá tenido que escuchar Paula lo de “prefiero disfrutar el día y no la noche” como si fuera una de esas verdades absolutas que todo el mundo debiera entender y compartir. Para él, es así.

—Cariño, tengo partido —comenta Roberto a su mujer mientras desayunan.

—¿Otra vez? —pregunta ella con voz cansada más propia de la situación que de la hora intempestiva.

—Ya hemos hablado de esto. Sabes que trabajo mucho en el hospital. Lo único que tengo en toda la semana para relajarme y olvidarme de todos esos... zumbados es el partido de los fines de semana.

Roberto es psiquiatra en un gran hospital privado. Le encanta su trabajo, pero también le gusta llamar a sus pacientes “los zumbados” aunque no lo hace de forma despectiva. Tan solo es su forma cariñosa de referirse a ellos como si con este gesto intentara suavizar todos los traumas y problemas que entran en su consulta cada día. Paula, por su parte, trabaja en una gran multinacional dedicada a la construcción. Es una de las mejores abogadas de la empresa y ella lo sabe. Aun así, siempre ha sido muy humilde y no le gusta alardear de su profesión. De lo único de lo que siempre se ha enorgullecido es de su sexto sentido para distinguir a las buenas de las malas personas. Lo que ella llama «su don».

—Ya lo sé. Perdona, cariño. Había pensado ir al centro de compras y me hubiera gustado ir contigo —refunfuña Paula al tiempo que adopta una pose de niña abandonada.

—Hacemos una cosa. El fin de semana que viene te acompaño a comprarte muchas cosas bonitas. Podemos pasar el día en Madrid y hago una reserva para cenar en algún sitio especial. ¿Te parece?

—¡Vaaale! —claudica ella, pero sin mostrar demasiada ilusión—. Pero espero que sea en un sitio muy caro. Tendrás que compensarme.

—Ya salió la picapleitos haciendo un trato —bromea a la vez que se levanta y le da un beso en los labios—. Me tengo que ir.

Se dirige a la habitación, cambia el pijama por el chándal, se pone las zapatillas de deporte y vuelve con la bolsa de fútbol al hombro.

—Pórtate bien. —Roberto le da a su mujer un cachete en el trasero.

—Qué ganéis —replica ella sin ver cómo él sale por la puerta.

El psiquiatra baja a la calle y se monta en su coche para dirigirse al partido de fútbol. Se supone que lleva apuntado en el equipo de sus amigos toda la temporada, pero, en realidad, ese equipo no existe. Es un invento suyo; una excusa para salir de casa. Todos los fines de semana se escabulle de la presencia de Paula para ver a otra persona. No tiene que recorrer muchos kilómetros para llegar a su destino, pero, en el trayecto, no puede evitar que su mente vuele hasta un tiempo atrás en el que era feliz con su esposa y, por encima de todo, era un hombre fiel. Hasta el día que conoció a María.

«Todo empezó en una fiesta que habían organizado unos antiguos compañeros de colegio de Paula. A él no le apetecía ir, pero ella estaba muy ilusionada; llevaba toda la semana hablando

del mismo tema y, al final, consiguió convencerlo. El plan era cenar todos en un restaurante del centro para después ir a tomar algo. Cuando llegaron al local, fue Paula la que hizo de anfitriona de la reunión. Se iba acercando a cada uno de los grupos que se habían formado en el bar que había a la entrada. Allí se iban congregando todos mientras esperaban el momento de sentarse en la mesa. En todos los grupos había gente a la que saludar y en todos ellos se repetían siempre las mismas frases de bienvenida; siempre las mismas preguntas. Al poco de llegar, Roberto ya estaba cansado, pero intentaba disimular para que Paula no se preocupara. Ella estaba muy animada y era lógico. Conocía a todo el mundo y llevaba años sin verlos. En cuanto pudo, Roberto se escabulló del grupo donde se encontraba escuchando anécdotas que a él le importaban un pimiento y se acercó a la barra para pedir algo de beber.

—Me pone una cerveza, por favor —le dijo al camarero.

—Me pone a mí otra —pidió una mujer a su lado con voz sensual que acarició sus oídos—. ¿Aburrido?

Roberto se giró en dirección a la voz y pudo comprobar que pertenecía a una mujer preciosa y bastante espectacular que le sonreía con descaro.

—La verdad es que un poco —se aventuró a decir él con cierta apatía.

—No me extraña. Me imagino que si estás aburrido es porque tú no eres un antiguo alumno sino un acompañante. ¿Acierto?

—De lleno. Mi mujer es aquella morena que está hablando con ese tipo que parece un pulpo y no hace más que darle abrazos y achuchones. ¿Tú eres antigua alumna? —preguntó Roberto sin poder dejar de mirar al baboso que parecía acosar a su mujer.

—No, el antiguo alumno es el pulpo. Yo soy su mujer —contestó ella riéndose de la metedura de pata.

Roberto no supo qué hacer o qué decir. Un cierto rubor subió a sus mejillas y empezó a cambiar el peso de una pierna a otra mientras pensaba una forma de disculparse por su comentario inapropiado, pero lo único que se le ocurrió fue actuar con sinceridad.

—Lo siento mucho —dijo él notando que se había ruborizado—. Ha sido un comentario desafortunado.

—Desafortunado pero muy apropiado. No te preocupes. Yo también me he dado cuenta de lo cariñoso que está mi marido con tu mujer y creo que deberíamos pagarles con la misma moneda —comentó ella con una mano sobre su brazo—. Se lo tienen merecido. Por cierto, no nos hemos presentado, me llamo María.

—Perdona, yo me llamo Roberto.

El gesto instintivo fue el de darle la mano, pero ella se adelantó y, apoyando su generoso busto en el pecho de Roberto, le dio un inocente beso en la mejilla. El segundo beso no fue tan inocente y Roberto se dejó llevar como un crío imberbe que recibe el primer ósculo de la chica a la que admira y desea. Puso la mejilla para recibir el beso de ella, pero los labios de María acabaron en la comisura de los de él y descansaron allí durante un instante que a Roberto le pareció un siglo. El primer pensamiento de Roberto tras ese beso estuvo dirigido a su mujer. Miró por encima del hombro de María y comprobó que no había peligro. Paula parecía pasárselo muy bien con el pulpo y era evidente que no había visto nada.

En ese preciso instante, uno de los camareros anunció que las mesas estaban dispuestas y que podían pasar al comedor así que los dos tomaron sus copas y, con ellas en la mano, se encaminaron hacia el restaurante.

—Luego nos vemos —le dijo María con una sonrisa pícaro al tiempo que se marchaba contoneando las caderas y sabiéndose admirada por Roberto.

Paula fue a buscarlo y los dos entraron en el comedor. Roberto buscó a María con la mirada. Por una parte, le hubiera gustado estar en la misma mesa que ella, pero, por otra parte, hubiera sido muy violento e incómodo para él. Por suerte, la vio sentarse en otra mesa y respiró tranquilo.

La comida trascurrió como se esperaba. Todos los antiguos compañeros de colegios intercambiando divertidas anécdotas de su época colegial que resultaban entretenidas para los que las vivieron pero aburridas y anodinas para todos los demás.

—Cariño, voy al baño y salgo un rato a la calle a fumarme un cigarro —anunció Roberto después de tomarse el café.

—Vale —respondió ella distraída. Estaba tan enfrascada hablando con la mujer sentada a su lado que no hizo mucho caso a su marido.

Roberto fue al baño donde encontró unas cuantas mujeres haciendo cola, pero nadie en el aseo de hombres y salió un par de minutos después. Abandonó el restaurante y encendió un cigarro. Era el mejor momento de la aburrida noche, aunque, después de un instante de reflexión, decidió que era el segundo mejor momento de la noche. El mejor, y con diferencia, había sido la charla de hacía un rato con esa mujer despampanante que, como si le hubiera leído la mente, apareció a su lado al tiempo que lo miraba con evidente deseo.

—¿Te apetecía fumar o ha sido una buena excusa para alejarte de esos pelmazos? —preguntó ella con una preciosa sonrisa en los labios.

—Hay bastante de las dos cosas. Estaba aburrido y necesitaba respirar algo de aire. Estoy un poco cansado de tantas historias de adolescentes.

—A mí me pasa igual. Hacía años que no veía a mi marido tan animado. Ni tan siquiera en la cama —rio ella con sensualidad.

—Ya será menos —se atrevió a decir Roberto convencido de estar jugando con fuego—. Con una mujer como tú, cualquiera estaría animado en la cama.

A ella le cambió la mirada y él lo advirtió. Acababa de pasar la frontera de la conversación inocente y era evidente que María era una de esas mujeres que no dejaban escapar las oportunidades servidas en bandeja de plata como aquella. Se acercó mientras miraba a Roberto directamente a los ojos y le puso el dedo en los labios para que guardara silencio.

—Mejor que no digas nada más no vaya a ser que acabemos haciendo algo de lo que luego nos arrepintamos —susurró ella al tiempo que le cogía la mano—. Mi corazón está empezando a excitarse y te aseguro que eso no es bueno. Mira. ¿Notas lo excitado que está?

Ella condujo su mano hasta su seno izquierdo y se estremeció. Lo único que notó Roberto era cómo el pecho de María se desbordaba en su mano. Lo que menos le importaba ahora mismo era su corazón. Ni tan siquiera le preocupaba el hecho de que tanto su mujer como el marido de ella estuvieran muy, muy cerca.

—Me encanta tu corazón. Es tan... grande —dijo él visiblemente excitado mientras continuaba acariciándole un seno—. No sé si me arrepentiré o no de esto, pero, lo que tengo claro, es que es lo único bueno de una noche aburrida. Solo por conocerte ha merecido la pena venir.

Y se besaron.

Solo por un instante; un instante que puede transformarlo todo. Siempre se suele decir que las decisiones que uno toma en décimas de segundo pueden llegar a cambiarte la vida y en este caso, más que una decisión, una intuición. Una vocecilla interna le dijo a Roberto que se separara de ella y lo hizo en el momento justo. Un instante que había bastado para que Paula, que salía buscando a Roberto, no viera ese beso apasionado.

—¿Aun sigues aquí? Sí que te ha durado el cigarro —comentó sin poder llegar a imaginar lo que había ocurrido en aquel mismo lugar tan solo unos segundos antes de su llegada.

—¡Ah! Hola, Paula. Estaba hablando con ella de la reunión y de las historias que habéis estado contando durante la cena. Se llama... esto... —explicó Roberto intentando simular que no conocía el nombre de la mujer que acababa de besarlo.

—Me llamo María. Soy la mujer de Álvaro —comentó divertida al darse cuenta de la patética estrategia de Roberto.

—Yo soy Paula —replicó ella con el convencimiento de que no le gustaba esa mujer—. Soy la mujer de Roberto; este es Roberto, mi marido.

El psiquiatra comprobó cómo su mujer marcaba territorio y, por un instante, se sintió un hombre objeto, aunque no le molestó lo más mínimo. Le gustaba la sensación de que una perfecta desconocida hubiera ligado con él y que su mujer se pusiera celosa pensando en que la otra mujer intentaba seducirlo. Era una sensación nueva y le hacía sentirse bien y, por encima de todo, deseado.

—Han empezado a pedir copas y no me apetece beber —le dijo Paula a Roberto—. Estoy un poco cansada así que nos vamos ya. ¿Te parece?

—Como tú quieras.

Ni un “cariño”. Ni un “mi amor”. Roberto se dio cuenta de que, instintivamente, no había querido utilizar ninguna de esas coletillas delante de María. Había sido como dejar una puerta abierta y su nueva conquista había captado el mensaje. Entraron al restaurante y Roberto comprobó que todos estaban de pie, con las copas en la mano y dispuestos para ir a la discoteca existente en el sótano del restaurante. No tuvo más remedio que irse a casa con Paula, aunque le hubiera gustado que la noche hubiera continuado un poco más para poder intercambiar alguna miradita con María en la discoteca, pero no pudo hacer nada. Después de haberle mostrado a su mujer, durante la cena, que estaba bastante aburrido, si ahora hubiese insistido en quedarse en el restaurante, Paula habría sospechado.

Se empezaron a despedir de la gente recorriendo cada uno de los grupos que había formados hasta que, en un momento dado, llegaron al grupo donde estaba María y se hizo evidente que Paula no estaba muy cómoda con la presencia de esa exuberante mujer pero quería despedirse de Álvaro. Se acercó a éste, le dio dos besos y prometieron verse en la siguiente reunión. Roberto le dio la mano fríamente mientras Paula besaba a María y, posteriormente, se quedó mirando cómo Roberto se despedía de ella. Dos besos y ya está así que Paula, por fin, pudo relajarse un poco. De camino al coche no aguantó más.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó ella.

—Dime.

—No me gusta esa mujer.

—¿Qué mujer? —intentó disimular él, aunque tenía muy claro a quién se refería.

—Lo sabes perfectamente. No te hagas el tonto. La impresionante, espectacular y despampanante mujer de Álvaro. He visto cómo te ha estado mirando y te comía con los ojos, la muy zorra.

—No... no digas tonterías —se defendió él.

—¿Tonterías? Si no te saco de allí seguro que, en algún momento de la noche, va a por ti. Las mujeres nos damos cuenta de estas cosas y vosotros sois muy tontos. Tengo que reconocer que he salido a la calle porque no te veía ni a ti ni a ella. —Le cambió el talante y pareció que empezaba a divertirse con la situación—. Seguro que, si llego un minuto más tarde, os pillo dale que te pego encima del capó de un coche.

—¡Tienes unas cosas! Yo solo he salido a fumarme un cigarro y te aseguro que no ha sido, precisamente, el de después de un polvo. —le siguió la broma intentando que la voz no se le quebrara por la tensión y los nervios de sentirse acorralado por su mujer.

—Ya lo sé, cariño. Era una broma.

Paula se puso melosa mientras se apoyaba en su brazo y se encaminaban riendo hacia su coche. Cuando llegaron al vehículo los dos abrazados y acaramelados, Roberto metió la mano en el bolsillo buscando las llaves y, como por arte de magia, donde solo debería encontrar el llavero ahora había un papel. Lo sacó del bolsillo y, con mucho disimulo, lo abrió y lo miró de reojo. Era una servilleta del restaurante en la que alguien había escrito un número de teléfono, un nombre y, junto a ellos, una marca roja de carmín. Unos labios; un beso.

Subieron al coche y se dirigieron a su casa en silencio mientras ella pensaba en lo que le había gustado ver a sus antiguos compañeros y él en la esposa de uno de ellos a la que, con toda seguridad, llamaría al día siguiente.»

Roberto lleva dos meses manteniendo una tórrida relación con María. El equipo de fútbol, las quedadas con sus amigos y la cerveza de después son tan solo un engaño, un cruel y nefasto engaño. Todos los fines de semana, Roberto coge la bolsa de deporte, sale de su casa después de despedirse de su mujer y queda con su amante para ir a algún lugar donde perderse, bien sea un pequeño, discreto y coqueto hotel o, simplemente, algún lugar recóndito donde poder extender una manta y dar rienda suelta a sus deseos más pasionales. En el garaje, le toca mojar la ropa de fútbol, la toalla y las chanclas antes de subir a su casa para luego hacer un poco de teatro, inventarse el resultado del partido y contar alguna anécdota divertida que su imaginación es capaz de elaborar rezando para que Paula no coincida en ningún sitio con alguno de los amigos que, supuestamente, juegan al fútbol con él. De momento, Paula no sospecha nada pero Roberto no se siente bien con lo que está haciendo. Por un lado, le gusta ver a María y disfrutar, de vez en cuando, de una sesión de sexo sin mayores pretensiones pero luego, cuando vuelve a su hogar, se siente culpable y le cuesta mirar a su mujer a los ojos sin que los remordimientos le hagan rendir cuentas de su mentira. Su relación se está deteriorando y él lo sabe; sabe que, de continuar así, terminará por perderlo todo y, lo más importante, a la mujer que más ha amado en toda su vida. No puede evitarlo. Se siente como uno más de sus pacientes cincuentones que defienden su aventura con la excusa de la última cana al aire antes de una retirada forzosa. Perdería a su mujer y, probablemente, también perdería su trabajo. Su carrera se iría al traste en un lugar elitista donde nunca admitirían en su plantilla a un psiquiatra infiel. Se está jugando mucho y lo sabe...

El encuentro

«Una nueva vida. Una vida perfecta...»

Ese es el primer pensamiento que le viene a la mente al despertar. Una promesa que se hizo antes de dormir, una promesa que tiene que cumplir si no quiere engañarse a sí mismo porque tiene claro que debe cambiar su vida. Todo empieza y termina ahí. El maldito físico. Se tiene que convertir en uno de ellos, en uno de esos seres egocéntricos y narcisistas a los que él tanto odia y que pueblan los gimnasios; esos seres que viven por y para su cuerpo; que viven por y para un espejo; por y para ser admirados por unos y envidiados por otros.

A pesar de todo lo que piensa y que lleva arraigado en su interior como una mala hierba, se siente ilusionado. Uno más de esos días en los que se levanta esperanzado en que todo va a cambiar. Lo que más teme es que la experiencia no es nueva para él ya que lo ha intentado más veces y siempre ha sido un completo fracaso, quizá porque no tiene fuerza de voluntad o quizá porque la batalla está perdida de antemano y no tiene nada que hacer. Aun así, se levanta de un salto de la cama, se dirige al armario y saca de él su chándal Nike azul y blanco. Le gusta esa prenda porque le hace sentir deportista; una «albóndiga deportista» como lo bautizaron tiempo atrás en el instituto. La camiseta le da igual ya que tiene muy claro que, aunque estuviera al borde de la lipotimia, nunca se quitaría la chaqueta del chándal bajo ningún concepto. Aunque siempre vaya acompañado de «su amigo», prefiere que éste quede en el anonimato.

Se da una rápida ducha y coge de la cocina dos plátanos. Uno se lo va comiendo mientras vuelve a su habitación. El otro se lo comerá en el coche de camino al gimnasio. Nada más que desayunar. El sufrimiento comienza ahí. Mete una toalla y unas zapatillas de repuesto en la bolsa de deporte y se calza unas Nike a juego con el chándal. Se mira al espejo y le da la sensación de no estar tan mal. Conjuntado y discreto y eso es lo máximo que puede conseguir porque lo único que desea es pasar inadvertido en su nueva aventura.

Baja al garaje, mete la bolsa en el maletero y se sube al coche. Ha decidido ir a un gimnasio muy conocido y grande que está en Majadahonda. No le importa ir hasta allí; lo prefiere. Le da la sensación de que va a pasar más inadvertido en un gimnasio grande que en los pequeños de barrio donde todo el mundo se conoce y donde, hagas lo que hagas, tienes la impresión de que todo el mundo te está observando. Pone un poco de música y sale del garaje mientras se va comiendo el segundo plátano.

Es sábado y no tarda mucho en llegar; es el mejor día para ir. Brilla el sol y puede disfrutar de una mañana alegre y calurosa. Baja la ventanilla y se deja llevar por la agradable sensación del aire acariciándole el rostro. Le recuerda a un anuncio que hicieron hace mucho tiempo. ¿Te gusta conducir? Si, le gusta conducir. Es un momento en el que se encuentra tranquilo y a gusto y cuando nada ni nadie entra en su corazón para recordarle lo solo que está. Con todos esos pensamientos dándole vueltas llega al gimnasio, consigue aparcar sin dificultad, coge su bolsa del maletero y se encamina con decisión a la entrada del enorme edificio.

Lo primero que ve le gusta. La entrada es muy grande y el vestíbulo es enorme. Hay máquinas de refrescos y de barritas energéticas por todas partes, en un lateral está situado el mostrador de recepción y, al fondo, la entrada a la cafetería. En muy pocos gimnasios en los que ha estado hay

cafetería. Todo en aquel lugar llama su atención. La decoración del vestíbulo es muy agradable y está muy iluminado. Le resulta curioso que haya sofás en la recepción porque piensa que animan más a que te echas una buena siesta que a que te pegues una paliza moviendo pesas o corriendo en una anodina cinta. Con ilusión, se dirige al mostrador a empezar su nueva vida.

—Buenos días —saluda a una chica que está sentada detrás del mostrador.

Le parece espectacular cosa que no le extraña lo más mínimo. Se nota que las eligen a conciencia porque se supone que es un reclamo para que las mujeres piensen que esa chica ha conseguido ese cuerpazo en ese gimnasio y que ellas pueden lograr lo mismo. Con los hombres es más sencillo. Muchos de ellos, únicamente por la idea de poder verla cada día, se apuntarían al gimnasio sin pensarlo.

—Buenos días, ¿qué desea? —contesta ella con una sonrisa en los labios mientras se incorpora para que Pedro pueda comprobar que, aparte de una cara preciosa, posee dos pechos que luchan por no salirse de una minúscula camiseta de tirantes. Pedro hace honor a su condición masculina y hace todo lo posible por no quedarse mirando descaradamente a esas voluptuosidades.

—Querría apuntarme al gimnasio —consigue articular sin que le tiemble excesivamente la voz.

—Muy bien. Rellene este formulario con todos sus datos. —Le entrega un papel con el membrete del gimnasio en la cabecera y sigue a lo suyo. Se da la vuelta y Pedro se pone de puntillas para poder comprobar si el resto de la chica va a juego con lo que ha visto hasta ese momento. Decididamente, es espectacular.

Pedro se da cuenta de que la chica tiene la lección bien aprendida. Si hay que conseguir un cliente se sonríe como si la vida te fuera en ello, pero una vez que la persona en cuestión ya se ha apuntado al gimnasio se prohíbe cualquier cosa que pueda provocar confusiones. Se percata de que es muy profesional; estúpido pero profesional.

—¡Ya está! Tenga.

La chica recoge el formulario, le echa un vistazo y lo pone en una bandeja de documentos.

—Aquella puerta es la del vestuario masculino. Tiene taquillas que funcionan con una moneda. Cuando esté listo, salga por la puerta que pone sala de entrenamiento. El monitor de sala aún no ha llegado, pero no creo que tarde mucho en hacerlo. ¡Ah! Perdón, acaba de entrar. Es aquel. Se llama Cristian. Él le indicará lo que debe hacer.

«Cristian. Que nombre más apropiado para un monitor de musculación», piensa Pedro mientras se encamina hacia el vestuario. Entra por la puerta y se sienta en uno de los bancos que hay en un lateral, abre la bolsa, saca las zapatillas de entrenamiento y se cambia. Las normas las conoce de sobra. Nada de entrenar con las mismas zapatillas que utilizas para llegar al gimnasio y obligatorio el uso de una toalla de lavabo para colocarla en los respaldos de las máquinas y no dejarlas empapadas de sudor.

Respira hondo, abre la puerta donde pone «Sala de Entrenamiento» en un pequeño cartel y la traspasa. Lo primero que ve es la zona de musculación que ocupa una gran parte del gimnasio; al fondo, las salas de aeróbicos y, por todas partes, gente yendo y viniendo. Se dirige a la sala de pesas mientras contempla cada uno de los potros de tortura donde unos cuantos chicos jóvenes están ejercitando sus músculos. Una gran cantidad de espejos ocupan casi todas las paredes y los pocos espacios libres están adornados con posters de gente muy musculada. Ve al famoso Cristian charlando con otros dos chicos. Parecían trillizos; los tres son fuertes y atractivos; uno de ellos es más bajito, pero no por ello se amilana en la conversación. Cristian parece un modelo de pasarela, es fuerte, alto y con un cuerpo casi perfecto. Pedro no sabe si interrumpir o no la inteligente conversación, que versa sobre diferentes tipos de proteína en polvo, así que se queda como un pasmarote mirando a un lado y a otro. Uno de los chicos se da cuenta y le dice algo al

monitor y Cristian se da la vuelta y se acerca a él.

—¿Te puedo ayudar? —le dice con la gran sonrisa de una persona que tiene mucha confianza en sí mismo.

—Hola, soy nuevo —comenta al tiempo que se arrepiente del comentario predecible—. La chica de recepción me ha dicho que pregunte por ti.

—Perfecto. Vamos a ponerte en forma. —Cristian parece animado e intenta mostrarse indiferente a la barriga de Pedro—. Por lo menos, haremos todo lo que podamos. Queda poco para el verano, pero bueno... hay que exhibirse en la playita.

«¿Acaso no me lo puedo pasar igual de bien en la playa sin exhibirme nada de nada y tan solo jugando a las palas o haciendo un simple castillo en la arena?», piensa Pedro mientras Cristian coge una carpeta que tenía apoyada en una de las máquinas que le recuerda al sillón de mandos del capitán Spock de Star Trek.

—Creo que podremos empezar por hacer unas súperseries.

—¿Eso es lo que hacía Superman?

Cristian vuelve su cabeza al escuchar el comentario y frunce el ceño. Pedro se percata de la falta de sentido del humor del monitor y se arrepiente de su broma.

—¡Oye! Si no te lo vas a tomar en serio, tengo mejores cosas en las que perder el tiempo.

Pedro se muerde la lengua, aunque, en lo más hondo de su ser, desea mandar al monitor de musculación a freír espárragos.

—Perdona.

Cristian parece ignorarlo. Agarra el boli y pega la punta al papel.

—A ver, gracioso, ¿cómo te llamas?

—Pedro. Pedro Fernández. Te lo deletreo... f, e, r, n... —Se para al ver los dientes apretados del monitor—. Lo siento, era una broma.

—¡Ya! Bueno, vamos a empezar con un poco de bicicleta estática para quemar un poco de esa enorme barriga.

Ahora, al escuchar el comentario de Cristian sobre su «amigo», el que aprieta los dientes es Pedro. No le ha gustado lo que el monitor de musculación ha dicho, pero no le queda otra que aguantar como lleva haciendo toda su vida. Toma aire con fuerza, mira de reojo a Cristian y sube a la bicicleta estática. Mira al panel de mandos y coloca la mano sobre un botón rojo para, acto seguido, situarla en una palanca con números en el pomo. No tiene ni idea de cómo ponerla en marcha, pero tampoco le apetece preguntar. Tiene la sensación de que sería más sencillo poner en órbita una nave espacial que manejar cualquiera de esas máquinas extrañas que lo rodean. Al final, no le queda otra que llamar la atención del monitor.

—Estooooo... ¿cómo funciona este bicho? —pregunta Pedro intentando no parecer demasiado ridículo.

Cristian no dice gran cosa. Tan solo se acerca a la bicicleta, pulsa unos cuantos botones y chasca los dedos con chulería.

—Cuarenta minutos —ordena Cristian con aspereza—. Ni uno más ni uno menos.

—¡Señor, sí señor! —se le escapa a Pedro bromeando una vez más.

Esta vez, Cristian ni tan siquiera se da la vuelta. La verdad es que no tiene mucho sentido del humor. Pedro piensa que si él tuviera el mismo físico que Cristian sería mucho más alegre, aunque supone que debe tener otros problemas como el no poder pegar los brazos al cuerpo por el tamaño de los bíceps o el andar como si estuviera escocido debido a los muslos inflados como globos.

Pasan los cuarenta minutos y Pedro está sudando como un pollo, se baja de la bici y se mira al espejo. Parece un vaquero con las piernas arqueadas; un vaquero gordo y sudoroso. No sabe si

buscar a Cristian o apañárselas él solo, pero recuerda unos cuantos emails graciosos que le llegaron hace tiempo sobre el primer día en el gimnasio de algún inútil y no le gustaría repetirlo así que lo busca y, cuando lo ve, espera pacientemente a que él se acerque. Está hablando con una chica preciosa, una chica que habría enamorado inmediatamente a Pedro si no fuera porque viven en planetas distintos y él lo sabe por lo que la mira con disimulo y poco más. No es muy alta pero tiene un cuerpo precioso, una larga melena negra y unos ojos azules que helarían a cualquiera con tan solo una mirada. Quizá Pedro no fuera tan disimulado porque ella se ha dado cuenta de que está mirando y le devuelve la mirada. Ahora se da cuenta de que no están hablando sino que están discutiendo acaloradamente. Quizá sea ese el motivo por el que Cristian no está de buen humor.

Pedro está alucinando. Otra mujer increíblemente atractiva se acerca a ellos dos y nota cómo hay un pequeño enfrentamiento entre ambas. Cristian se interpone en el camino de la mujer que acaba de llegar y le dice con un gesto que se vaya. En ese momento, la chica de los ojos azules se vuelve y se queda mirando a Pedro. «¡No puede ser! Dios existe», piensa él. En ese preciso instante, ésta deja de hablar con Cristian y se encamina hacia donde se encuentra con su enorme cuerpo rezumando sudor por cada poro de su piel. A Pedro se le corta la respiración. No se le para el corazón porque se supone que lo necesitamos para vivir, pero Pedro se lo hubiera regalado a esa diosa sin ninguna duda. Se acerca a él muy decidida.

—¿Qué coño miras? —le suelta ella en voz alta.

Pedro ni tan siquiera contesta. Ha sido un fallo por su parte. Toda la vida preparándose para este tipo de frases hirientes y, no sabe por qué, esta vez no se lo esperaba. Se da la vuelta y, con cara de resignación, se encamina hacia el otro extremo de la sala donde se sienta en una de las máquinas y espera a que Cristian se percate de su presencia. Empieza a sentirse incómodo en ese gimnasio. El monitor lo ve y se acerca con cara de muy pocos amigos; parece que se acabaron las bromas por hoy.

—No vas a hacer pesas. No creo que lo aguantes —le suelta sin contemplaciones—. No estás en forma. Va a empezar una clase de spinning. Será mejor que primero pierdas un poco de grasa con las niñas.

—De acuerdo —farfulla Pedro—. Solo una pregunta: ¿qué es el spinning?

—¿Sabes montar en bici? Es lo único que necesitas. —Se da la vuelta y se marcha sin dar más explicaciones.

El día no puede ser menos divertido. Empieza a acordarse de esos emails tan graciosos. «Ya solo falta que me caiga de la bici o que se me rompan los pantalones», piensa mientras se encamina a la sala de spinning. Llega a la puerta donde un cartel avisa de la actividad que allí se desarrolla y empieza a comprender en qué consiste la clase. Ve un montón de bicicletas estáticas y gente que empieza a situarse junto a ellas. Se dirige al fondo de la sala y coloca su toalla en el manillar de una de las últimas bicis como ha visto que hacían los demás, aunque no entiende por qué no ponen perchas para colgarlas. En ese momento, entra la monitora. Es una mujer madura con un cuerpo impresionante como el de todas las monitoras que rondan por allí. No es que sea muy atractiva. De hecho, a Pedro le parece que tiene unos rasgos un poco masculinos y aún más cuando, tras poner un cd en el equipo de música, suelta un vozarrón más propio de un ganadero que de una monitora de spinning.

—¡Vamos, chicas! ¡A endurecer esos traseros!

Al escuchar el hercúleo grito se percata de un pequeño detalle, es el único hombre en una clase repleta de mujeres con cuerpos esbeltos y estilizados. Una vez más, se siente como pez fuera del agua.

—¡Mierda! —exclama Pedro mientras intenta acomodarse en la bicicleta. Tal como se sienta

en ella ya le duele el culo y no sabe cómo se las apañará para aguantar una hora subido en una máquina infernal como esa que le recuerda a las de tortura que utilizaban en la Inquisición.

Por suerte, las dos bicicletas que hay a ambos lados de la que él ha elegido se han quedado vacías y está a punto de empezar la clase. Puede mover su enorme cuerpo sin miedo a golpear con los codos a alguna de las mujeres que pueblan el gimnasio.

—¡Venga, siempre llegas tarde! —grita la monitora con su voz de hombretón del campo.

Pedro está colocándose los ajustes de los pedales y levanta la vista al oír el grito de la monitora. Su respiración se corta durante un instante.

—¡Mierda! —exclama Pedro, una vez más, al ver a la última persona que ha entrado y que acaba de recibir la recriminación de la monitora. Se trata de la chica preciosa que estaba discutiendo con Cristian. La joven morena de cuerpo de infarto y mirada azul empieza a buscar una bicicleta vacía y Pedro se percata de que las dos únicas libres son las que están a su lado. La chica se acerca con lentitud a una de las bicis y, sin levantar la vista hacia Pedro, se sienta en ella. Comienza la clase.

Pasan los minutos y Pedro empieza a sudar como no ha sudado en la vida. No puede llevar el ritmo de la música, le cuesta acordarse de que tiene que respirar de vez en cuando para no morir y, lo peor de todo, le resulta casi imposible no caer desmayado por el esfuerzo y la falta de alimento en su estómago. Ahora entiende lo de la toalla en el manillar, aunque no sabe decidir si sirve para recoger el sudor o para que la lengua colgante no roce la bicicleta. La clase va continuando y no puede hacer otra cosa sino mirar hacia la monitora para no perder ni un detalle ya que se siente torpe y pesado. Al rato, algo a su derecha llama su atención. Su compañera de pedaleo se ha parado y, justo en ese momento y como si estuvieran coordinadas, la monitora se apiada de Pedro y concede un pequeño descanso así que empiezan a pedalear más despacio. Intenta concentrarse en la monitora, pero decide echar un vistazo a su derecha y comprueba que unas cuantas lágrimas resbalan por el precioso rostro de la ciclista desconocida. La clase está en silencio y no quiere llamar la atención pero no puede evitar preocuparse por ella a pesar del desplante de hace unos minutos.

—¿Estás bien? —le susurra inclinándose un poco a la derecha para acercarse a ella, pero sin dejar de pedalear. Ni lo mira por lo que Pedro insiste, aunque se arrepiente nada más hacerlo—. ¿Estás bien?

Lo que ocurre a continuación es como un auténtico torbellino porque todo sucede de repente y a una velocidad tal que Pedro no es capaz de controlar su enorme corpachón. La contestación de ella, la torpeza de él y la confirmación de que los emails de desgracias en los gimnasios podían ser exagerados pero no tenían por qué ser mentira.

—¡Déjame en paz, imbécil! —le responde ella al tiempo que levanta aún más la voz y le lanza a la cara su toalla.

Todo se desencadena. Pedro no espera esa respuesta y mucho menos recibir un toallazo en pleno rostro. Se inclina a su izquierda para esquivarla y pierde el equilibrio, la bicicleta empieza a ladearse peligrosamente a pesar de estar diseñada para aguantar cualquier tipo de movimiento, pero Pedro ha perdido una de las sujeciones de los pies y su volumen puede más que los soportes de la bici. Cae sobre la otra máquina vacía y tiene la suerte de que la siguiente máquina está un poco más separada y el castillo de naipes se detiene ahí, aunque, para su desgracia, se ha hecho bastante daño y una mueca de dolor se refleja en su rostro. Dos chicas se dirigen hacia él riéndose a carcajadas y lo ayudan a levantarse, pero, lo peor de todo, es que el resto de la clase se está riendo de la misma forma. Deben pensar que aquello es muy divertido, aunque la única persona en toda la clase, a excepción de Pedro, que no se ríe es la persona que ha provocado todo ese

caos. Ella, la maravillosa jovencita que unos minutos antes le había robado el corazón, tan solo lo observa sin reaccionar con una mirada apagada y triste que se clava en el corazón de Pedro como un millón de agujas. Algo se rompe en ese magullado corazón. Se levanta como puede y, sin decir nada, abandona la sala de spinning, se dirige con paso apresurado al vestuario, coge su bolsa de la taquilla y sale al vestíbulo sin pensar en ducharse o en entretenerse ni un minuto más en aquel lugar. Se acerca al mostrador de recepción y, conservando la poca templanza y dignidad que le quedan, sonríe a la recepcionista antes de mostrarle su fragilidad emocional.

—Perdona, creo que no me voy a apuntar. El gimnasio es una pasada, pero creo que va a ser demasiado para mí. ¿Hay algún problema? —Ve cómo la chica coge su ficha de inscripción y la rompe delante de sus narices sin hacer ninguna pregunta. Parece que deben estar acostumbrados a que la gente no aguante ni tan siquiera el primer día.

—Listo. No hay que hacer nada más. Que tenga un buen día.

—¡Ya! Un buen día. —Pedro sonríe resignado —Muchas gracias.

«Nada cambia», piensa mientras se dirige a su coche.

La cruda realidad

«No aguanto más...»

La mira mientras duerme. Le sigue pareciendo preciosa y muy sensual pero las cosas han cambiado y ya no es lo mismo. Está cansado de la vida en pareja. A decir verdad, siempre se ha cansado muy rápido de sus relaciones. Es un hombre que no tiene muchos problemas para relacionarse con mujeres y más teniendo en cuenta que trabaja en un gimnasio donde se siente admirado y deseado. Tiene un cuerpo que raya en la perfección y él lo sabe y lo utiliza. Nunca ha sido fiel; ni con ella ni con nadie. La fidelidad es un concepto que no forma parte de su vida porque, si fuera fiel, tiene claro que tendría que dejar el trabajo en el gimnasio ya que la tentación siempre ha sido muy fuerte. «Creo que es el momento de terminar con todo», piensa él mientras la mira con detenimiento. No es solo que se haya cansado de la vida en pareja; es que se ha cansado de ella; se ha encaprichado de una madre soltera que ha conocido en el gimnasio y Sara no es más que un estorbo para su historia de amor y, por encima de todo, de sexo. No hay nada más entre ellos. Quizá su nueva conquista solo intente cazarlo, pero eso él lo sabe y no sería la primera vez que tiene una relación con una madre divorciada. Sabe perfectamente cómo tratarla; la exprimirá en la cama hasta que note que ella empieza a ilusionarse y, justo en ese momento, huirá como alma que lleva el diablo. Siempre se ha considerado un experto en el trato con mujeres, aunque le da igual lo que puedan llegar a pensar o sentir. Para él, tan solo son un juguete que utiliza hasta que se cansa. Poco más. Sara ha sido una excepción durante un tiempo, pero ya se ha convertido en un entretenimiento.

Se levanta de la cama y se encamina al baño a darse una buena ducha antes de ir a trabajar. Le gusta ir al gimnasio los sábados por la mañana porque hay más mujeres y se siente como pez en el agua.

Se ducha con rapidez, se pone el chándal que tiene encima de la silla y coge la bolsa que siempre está preparada. No lleva gran cosa; todo lo tiene en el trabajo. Para él, ser monitor en un gimnasio es el trabajo soñado. Dinero fácil rodeado de preciosas mujeres. ¿Qué más puede pedir?

Llega pronto al enorme edificio donde pasa la mayor parte de su tiempo, pero aún no han abierto por lo que decide acercarse a un centro comercial cercano para tomarse un café mientras que un pinchazo en el estómago le recuerda que no ha desayunado. En ese momento, un todoterreno se detiene justo a su altura y se baja una de las ventanillas.

—¿Te llevo a algún sitio, guapo?

Suena el despertador...

Abre los ojos y lo primero que comprueba es que está sola en la cama. «Supongo que se habrá ido a trabajar», piensa con un ligero esfuerzo. Sabe que, últimamente, está muy raro y no entiende por qué. Su relación era perfecta; una pareja envidiada y deseada por todos. Los dos guapos y de cuerpos perfectos. Para ella siempre ha sido el hombre perfecto, pero no todo en su vida es maravilloso porque, aunque le cueste reconocerlo, no está enamorada. A pesar de eso, se levanta

contenta pensando en su relación y con la sensación de que el día puede ser especial. Necesita verlo porque lo echa de menos.

Decide ir al gimnasio a entrenar un poco y, de paso, darle una sorpresa. Quizá sea una excusa para ver a su novio o quizá le apetezca hacer un poco de ejercicio. Se dirige al baño para darse una ducha antes de ir. Le gusta la sensación del agua corriendo por su cuerpo sin prisa y pudiendo disfrutar de la áspera caricia de la esponja de crin. Sale de la bañera y se seca con una toalla. En la habitación, abre el armario y busca en el cajón de la ropa de deporte. Quiere ir cómoda y prefiere no optar por nada especialmente llamativo o sexy así que se pone una camiseta y un chándal, calcetines a juego y sus deportivas de marca. Guarda una toalla limpia en la bolsa del gimnasio y comprueba que lleva la botella de agua para entrenar. Saca del bolso la cartera con la documentación y el dinero y la guarda en la bolsa, coge las llaves de casa y las del coche y sale por la puerta mientras tararea una pegadiza canción.

De camino al gimnasio le da por pensar en su novio y presiente que algo no va bien. «Seguro que es una tontería», piensa sin perder la sonrisa. Prefiere no darle más vueltas y pone un poco de música. No sabe por qué pero esta vez no le apetece nada de salsa. Prefiere algo más tranquilo y romántico. Mientras conduce, saca la funda de los cd's de la guantera y coge uno de ellos; parece elegido por casualidad, pero nada más lejos de la realidad. Seguro que las baladas de Camila hacen que se sienta un poquito mejor.

Deja su coche aparcado cerca de la puerta del gimnasio, se baja y coge la bolsa del maletero. Cuando está a punto de llegar es cuando lo ve.

Mira a la preciosa mujer y siente un atisbo de deseo en su interior. Es muy llamativa. Tiene unos ojos negros y grandes muy expresivos, unos labios carnosos y sensuales y unos pechos pequeños pero firmes que se ven realzados en el interior del top azul que lleva.

—¿A lo mejor me podías llevar a tu casa? —sugiere él con voz sensual—. Seguro que podíamos jugar a los médicos o algo parecido.

—Qué tonto eres. ¿Has desayunado?

—¿Tienes poderes o qué? Iba a hacerlo ahora.

—Ya sabes que todas las mujeres somos un poco brujas —contesta ella con mirada pícaro mientras él se sube al coche y la mira de arriba abajo.

Ella se percata de este hecho y se contonea en el asiento como una gata en celo.

—¿Te gusta lo que ves?

—Ya sabes que me encanta. Estar contigo es un vicio.

—Me gusta oír eso.

Se acercan al centro comercial y entran en el Vips. Es el sitio favorito de él y no duda en encaminarse hacia allí; ella lo seguiría al fin del mundo. Sabe que no todos los días una madre cuarentona puede disfrutar de una tórrida aventura con un monitor de gimnasio que deja a la altura del betún a su aburrido exmarido. El local está vacío porque acaban de abrir así que no tienen problemas para elegir una mesa. Se sientan y, al instante, se acerca una camarera.

—Buenos días. ¿Qué desean tomar?

—Para mí, un menú andaluz con café con leche y zumo de naranja. ¿Y tú, cariño? —pregunta ella con sensualidad al pronunciar la palabra “cariño”.

—Para mí, unas tortitas con sirope de chocolate y un zumo de naranja —comenta él divertido con la situación.

La camarera apunta lo pedido en una libreta y se aleja. Se han situado uno enfrente del otro pero ella se levanta y se sienta a su lado; muy cerca.

—Este sitio me excita —explica ella mientras le pone la mano en la rodilla y empieza a subir notando los músculos duros y definidos de la pierna. Él también se está excitando y su miembro empieza a crecer bajo el chándal. «Menos mal que ahora no tengo que levantarme», piensa al tiempo que siente presión en sus pantalones. Poco a poco, ella va subiendo la mano hasta que topa con algo duro y se sobresalta.

—¡Vaya! Veo a que a ti también te gusta el sitio. —Y se ríe divertida. Con un hábil movimiento de muñeca, le baja los pantalones y los slips y, bajo la protección de la mesa, empieza a mover su mano arriba y abajo. Él se recuesta en el asiento y cierra los ojos. Ella empieza a inclinarse mientras su boca busca algo más que un simple desayuno.

—¡Ejem! ¿Para quién eran las tortitas?

Los dos se sobresaltan, se miran y sonríen.

—Son para mí.

—Ahora les traigo el resto —anuncia la camarera para que quede claro que va a volver en breve y no desea encontrarse con el mismo espectáculo.

La joven vestida de rojo y blanco se va alucinando de lo que ha visto; no ha necesitado mucha imaginación para saber lo que estaba ocurriendo.

Mientras tanto, entre risas y toqueteos, dan buena cuenta del desayuno y todo vuelve a la normalidad que tan poco le gusta a ella y que tanto necesita él para no agobiarse demasiado.

—¿Con quién has dejado a tu hijo? —pregunta él recostándose en el asiento.

—Está con su padre así que estoy sola todo el fin de semana. Si quieres verme... llámame.

—Ya veremos.

A la hora de pagar, es otro camarero el que acude. Parece ser que la pobre chica que les ha atendido ya ha tenido bastante sexo visual por esa mañana. Liquidan la cuenta del desayuno y salen del centro comercial, montan en el coche de ella y se encaminan de nuevo al gimnasio. Al llegar allí, se bajan del vehículo y se paran a unos metros de la entrada del local.

—Creo que es mejor que entre yo primero —comenta él sin dejar de sonreír.

—Totalmente de acuerdo. No vayan a pensar que hay algo entre nosotros —replica ella mientras se acerca a él. Con suavidad, le da un beso en los labios y, algo más violenta, le agarra la entrepierna.

—Te veo dentro..., cariño.

Justo en ese momento, un coche arranca frente al gimnasio. Alguien lo ha visto todo...

Su novio está en la puerta del gimnasio y junto a él hay una mujer morena bastante atractiva. Parece que están hablando pero, en un momento dado, ella se acerca a él y, mientras le agarra la entrepierna, le da un beso en los labios. En ese momento, Cristian entra en el gimnasio y la mujer morena se queda plantada en la puerta. El primer deseo de Sara es acercarse a la mujer y partirle la cara, pero, tras unos instantes de respiración profunda, se lo piensa mejor y prefiere volver al coche a terminar de calmarse aunque sabe que va a ser muy complicado. Siente cómo algo en su interior se rompe en mil pedazos y lo único que desea es echarse a llorar, pero intenta controlarse. Se sube en el vehículo y arranca. Ya no le apetece ir a entrenar y conduce, aunque sin saber muy bien a dónde. Pasados unos minutos, su cerebro vuelve a ponerse en funcionamiento.

—¡Que le jodan! ¡Iba a entrenar y voy a ir a entrenar! —grita mientras golpea con furia el

volante.

Da la vuelta con el coche y se dirige de nuevo al gimnasio. Decide no comentarle nada a Cristian, pero su orgullo y su dignidad están muy heridos. Entra en el local y, sin saludar a la chica de recepción, se encamina al vestuario, deja la bolsa en una taquilla y entra en la sala de musculación. Allí está él pavoneándose como siempre hace. Gestos que antes le encantaban ahora le parecen fuera de lugar. Intenta por todos los medios serenarse para no montar un numerito allí, pero la furia que siente es inmensa y necesita soltarla. Algo en su fuero interno le dice que sería mejor no hablar nada en ese momento, aunque no puede contenerse. Se acerca a Cristian y no lo deja ni reaccionar.

—¡Eres un cabrón! —le suelta a la cara antes de escupirle.

—¿Qué coño te pasa? —responde él sorprendido.

—¿Cuándo me ibas a contar lo de la zorra esa que te estás tirando?

—No sé de qué estás hablando—se defiende él con cierta apatía que exaspera a Sara.

—¿Crees que acabo de llegar ahora mismo al gimnasio? ¡Pues no! Estuve en la puerta hace un rato. Justo a tiempo para ver como besabas a aquella piba y te dejabas meter mano. ¡Hijo de puta!

—Estás montando una escena. Trabajo aquí. Podrías respetar eso. ¿No te parece? Todo el mundo está mirando y no quiero que hagas más el ridículo.

—¿Acaso me has respetado tú a mí? Te mereces que te monte una escena. No te preocupes por tu imagen. El único que está mirando es ese gordo de ahí y no creo que le incumban nuestros problemas. Eres un niño que se tira todo lo que se mueve a su alrededor.

—¿Qué pasa? ¿Te has picado? —pregunta alguien a espaldas de Sara.

Ésta se gira y se encuentra de frente con la mujer que acababa de besar a su novio. Lo primero que se le pasa por la cabeza es que desea partirla la cara, pero no va a darle el gustazo a Cristian de organizar una pelea de gatas por él.

—¡Eres una zorra! —responde Sara sin elevar la voz.

En ese momento, Cristian se mete por medio apartando a las dos mujeres y Sara da por terminada la discusión. Se da media vuelta y pasa junto a la única persona que los estaba observando.

—¿Qué coño miras? —le dice sin contemplaciones al chico gordo que los observa sorprendido.

Entra al vestuario a echarse un poco de agua en la cara porque se siente a punto de explotar. Respira hondo, levanta la vista y se mira en el espejo. Se promete no llorar. Sabe que Cristian no se lo merece.

Pasan unos minutos y sale del vestuario, cruza la sala de musculación sin mirar a los lados y se encamina a la sala de spinning. Están a punto de empezar la clase y, aunque no le apetece demasiado, cree que puede ayudarla a quemar esa adrenalina que pugna por destrozarla por dentro.

—¡Venga, siempre llegas tarde! —le suelta la monitora. Nunca le ha caído especialmente bien, pero hoy la estrangularía. Tiene una voz muy desagradable. Siempre ha pensado que parece la de un ganadero llamando a sus animales.

Busca una bicicleta vacía y ve que hay un par de ellas al final de la sala. «Mierda», piensa en cuanto ve quién ocupa la que está entre las dos que no es otro que el chico gordo con el que se ha cruzado en la sala. Se acerca sin tan siquiera mirarlo y se sube en una de las bicis. Empieza la clase y, por inercia, la va siguiendo al tiempo que le da vueltas a todo lo ocurrido. No se explica cómo ha podido llegar a esa situación. Es lo más humillante que le ha pasado nunca y ella no ha sido capaz de darse cuenta del tipo de persona con quien quería compartir su vida. Se siente

herida y no puede evitar que unas lágrimas resbalen por su mejilla.

—¿Estás bien? —escucha a su lado. Lo ignora.

—¿Estás bien? —vuelve a oír, pero esta vez un poco más alto.

Algo se revuelve en su interior y la furia que lleva en su corazón se desata como un huracán. Piensa en todo lo que ha visto en la puerta del gimnasio y en todo lo que ha tenido que soportar en el interior y explota. Se vuelve hacia el chico grande y gordo y lo atraviesa con la mirada.

—¡Déjame en paz, imbécil! —le grita sin contemplaciones mientras le tira la toalla a la cara con todas sus fuerzas. El pobre no puede ni reaccionar porque no se lo esperaba. Intenta esquivar la toalla, un pie se le sale del estribo y pierde el equilibrio mientras su bicicleta se inclina peligrosamente hacia el lado contrario. Cae como un saco de patatas sobre la máquina que tiene a ese lado y tienen que ayudarlo a levantarse. Todos se ríen de él a pesar de que es evidente que se ha hecho daño del golpe recibido, pero parece que a nadie le importe eso. Ella está muy dolida y no le hace ninguna gracia lo ocurrido. Levanta la cabeza y lo único que llega a ver son unos ojos que, con más dolor del que haya podido llegar a sentir ella jamás, la miran con fijeza.

El chico se levanta y, sin decir nada, abandona la sala a toda prisa y sin volver la vista atrás mientras todo el mundo continúa riéndose de lo ocurrido.

Parece que la clase ha terminado; por lo menos para ella. Antes estaba tan solo dolida pero ahora está dolida y avergonzada. Sale corriendo del gimnasio pensando en todo lo ocurrido y se da cuenta de que le hubiera gustado poder pedirle perdón a ese chico que se ha preocupado por ella; una de las pocas personas que lo han hecho en toda su vida; y, por si ello fuera poco, no lo conocía de nada. Remordimientos. Le entristece pensar que nunca va a volver a verlo para pedirle perdón, pero tiene tantos problemas que no le dedica más de un pensamiento. Un chico anónimo que no significa nada para ella. Un simple desconocido...

Acogida

Todo está silencioso.

Sube de puntillas las escaleras. Su cabeza es un torbellino y, después de todo lo que ha pasado en el gimnasio, no le apetece encontrarse con él. Está muy dolida, pero aún se agarra a la esperanza de que lo ocurrido con aquella mujer tan solo haya sido un tonto inocente, aunque, después de ver cómo ella le metía mano a su novio, lo que tiene claro es que es algo mucho más serio. Sigue dándole vueltas a la importante decisión que debe tomar esa misma noche y que puede decidir su futuro inmediato. Ha estado varias horas conduciendo sin un destino y no consigue discernir si desea seguir con él o si, por el contrario, lo mejor sería dejar la relación, coger sus cosas y marcharse. Lo malo es que se encuentra atrapada en una telaraña de confusión porque no sabe qué decisión tomar y, aunque decidiera irse, no sabría a quién acudir ni a dónde ir.

Con todos esos pensamientos en la cabeza y deseando no encontrarlo allí para evitar el enfrentamiento, introduce la llave en la cerradura y abre muy despacio la puerta, pero no hay suerte y lo primero que escucha es su voz.

—¿Dónde has estado? —susurra Cristian desde el oscuro salón.

Sara se lleva un susto de muerte. No hay ninguna luz encendida en toda la casa y aún tenía la esperanza de poder estar sola para intentar aclarar sus ideas, pero se sobrepone del sobresalto, respira hondo y responde.

—Pensando.

—¿Pensando en por qué te has comportado como una histérica celosa?

—¿Una histérica celosa? —contesta mostrando una risa falsa e irónica—. Te he visto con esa zorra que parecía un gato en celo más que una mujer. ¿Y aun te atreves a llamarme histérica!?

Y lo más previsible ocurre. Ante el grito de Sara, Cristian explota y se dirige hacia ella elevando los brazos de forma amenazadora.

—¿Sabes una cosa? Estoy hasta los cojones de ti. —Con el dedo índice le da un enérgico toque en la barbilla—. ¿Sabes por qué estoy con ella? Porque le gusta follar. No hay nada más. Es tan solo una de las muchas mujeres de usar y tirar que tengo a mi alrededor. ¿Y te creías que tú ibas a ser distinta? Siento decirte que eres como todas...

El golpe de una bofetada resuena en el salón y corta de raíz las palabras de Cristian.

Silencio; tan solo silencio. Él no se esperaba esa reacción violenta; se esperaba lo de siempre, una Sara sumisa, obediente y suplicante y, con esto, ha recibido la esperada gota que colma el vaso de su paciencia que ya estaba a punto de desbordarse.

—¡Lárgate de aquí! —es lo único que él llega a pronunciar con un tono seco e hiriente, aunque con la suficiente tranquilidad como para que Sara se encoja como un perro abandonado bajo la tormenta.

—¿Me estás echando de tu casa?

—Creo que ha quedado claro. No quiero ni esperar a mañana. Me voy a dar una vuelta y te doy una hora. Espero que te dé tiempo a recoger todos tus potingues de restauración y todos tus modelitos de pasarela. Eso es todo lo que tienes; eso es por lo que vives. Es triste decirlo, pero eso es todo lo que tienes. No sirves para nada.

Intenta ser sarcástico y funciona, pero más que sarcástico ha sido hiriente. A Sara se le llenan los ojos de lágrimas. En el poco tiempo que han estado juntos nunca la ha denigrado de tal forma. En un instante y con una única frase ha sabido describirla a la perfección: superficial y banal. La ha descrito como alguien que tan solo vive por y para su cuerpo y, a pesar de que sabe que Cristian es igual que ella y que necesita un bonito reflejo en el espejo para saberse alguien, se siente fatal.

Se ha quedado sola en todos los sentidos. Él ha salido dando un portazo y la ha dejado de pie en mitad del salón sin dignarse a mirarla al pasar. Un gesto arrogante que le ha hecho mucho daño. No lo piensa más, coge la maleta que tenía guardada en lo más alto del armario y la abre encima de la cama; esa maleta que hace unos meses se convertía, por primera vez, en el testigo mudo de un cambio de vida, aunque ahora espera en la cama con la boca abierta y esperando ser alimentada con toda su ropa, maquillaje, recuerdos, ilusiones y desengaños. Está vez va a llenarla con más cosas: tristeza y desesperanza.

Nunca la habían dejado. Siempre había decidido ella y no sabía lo que se puede llegar a sentir cuando alguien te echa de su casa, o lo que es peor, te echa de su vida. Se siente realmente perdida. No se siente sola porque aún no ha tenido la oportunidad de percibir esa cruel sensación, pero lo que no puede dejar de percibir en su interior es un vacío inmenso, pero no un vacío en su vida sino en su corazón; un vacío mezcla de tristeza, rabia y desesperación. En esa situación, la melancolía y el orgullo luchan por ganar la batalla y erigirse como gobernantes de su presente y, lo que es más cruel aún, de su futuro. Se repite a sí misma, una y otra vez, «¡que se joda!, estoy mejor sola, ya me echará de menos». Pero no se da cuenta de que ese arrojo y valentía son un fiel reflejo del daño recibido porque es consciente de que ha perdido la batalla y debe volver a casa con dignidad y sin mirar atrás. Sabe que, si Cristian quiere echarla de su vida, lo mejor que puede hacer es... irse.

Sara no ha tenido mucho que recoger. Cuando se fue de casa de sus padres no se llevó muchas cosas porque ella estaba deseando marcharse y ellos tenían muchas ganas de convertir su habitación en una sala de cine.

«—Si tomas la decisión de marcharte, ni se te ocurra volver. Esto no es un hotel y tu habitación no va a estar esperándote toda la vida — fue lo único que le dijo su madre antes de darse la vuelta y cerrar la puerta en sus narices.

Agachó la cabeza y, sin poder tener la oportunidad de despedirse de ella con un simple beso, se marchó para no regresar jamás.»

Ahora no podía volver a casa de sus padres porque se lo habían dejado muy claro antes de marcharse. No podía regresar así que hace lo único que podía hacer en una situación así.

—Roberto, necesito un sitio donde pasar la noche. —No da más explicaciones ya que sabe que su hermano no se las va a pedir. Cuelga el móvil, se lo guarda en el bolso y, sin mirar atrás, coge su maleta y se va.

—¿Quién era? —consigue articular Paula al tiempo que bosteza de forma ruidosa debido a los efectos secundarios de ver una película aburrida tranquilamente sentada en el sofá con la cabeza

apoyada en el hombre de su marido.

—Adivina... —contesta Roberto intentando aparentar que está más despierto que ella.

—Vamos a ver. Es sábado por la noche, has recibido una llamada que ha durado unos pocos segundos y en la que no has dicho nada de nada excepto un solitario “okey” apagado y conformista. Pues, no se me ocurre a nadie —comenta con sarcasmo y con la vista fija en el techo del salón como si estuviera dándole vueltas a la solución del acertijo—. ¡Ah, no! Se me ocurre alguien. ¿Quizá tu hermana?

—¡No seas mala! Ya sabes que no tiene mucha suerte con los hombres. Lo único que me ha dicho es que necesita un sitio donde pasar la noche por lo que me imagino que el capullo de su novio la habrá puesto de patitas en la calle. Sé que no te importa que venga a dormir aquí unos pocos días mientras soluciona su vida, su futuro o cualquier cosa que tenga que solucionar. Además, no se me ocurre con quién puede estar mejor en esta situación que contigo. Seguro que te conviertes en su Pepito Grillo particular y haces de ella una mujer hecha y derecha. —No puede evitar reírse al escuchar sus propias palabras.

—¡Idiota! —Paula le propina un codazo cariñoso—. Sabes que quiero a tu hermana y que no tengo ningún problema en que venga aquí todas las veces que haga falta, pero lo que pasa es que, hasta que no se dé cuenta de que hay cosas mucho más importantes que salir de juerga con sus amigas y dedicar los fines de semana en ir de una discoteca a otra a bailar como una desesperada, no le van a ir bien las cosas.

—A nosotros nos fueron bien y nos conocimos en un bar tomando unas copas y jugando a los dardos. ¿O ya no te acuerdas? —le dice él de forma socarrona.

—Me acuerdo perfectamente pero te recuerdo que lo nuestro fue distinto. Fue amor a primera vista, un auténtico flechazo. —Se pone melosa—. Tú eras muy dulce, educado y, sobre todo, divertido.

—¡Ah! ¿Y ya no lo soy? —refunfuña.

—Por supuesto que sí y eso es lo que me enamoró de ti y lo sigue haciendo pero lo que necesita tu hermana a su lado es un hombre que la trate con dignidad y respeto y no un hombre que la quiera solo por el exterior. Tu hermana es una mujer preciosa, simpática y buena pero también es una mujer muy inteligente y eso es en lo que debería basarse para conquistar a un hombre y no en una arrebatadora caída de ojos o en un exótico contoneo de caderas.

—Hablas de ella como si fuera un zorrón y solo sirviera para exhibirse.

—Hablo de ella porque sé perfectamente de lo que va todo esto. Te aseguro que no es nada nuevo para mí. Todas hemos hecho lo mismo de una forma u otra. No te creas que ellas son las que acaban de inventar la seducción porque siempre la hemos usado para conquistar a los hombres.

—Conmigo no lo hiciste —afirma Roberto con la creencia de la verdad absoluta pero pecando de una indolente ingenuidad.

—Por supuesto que lo hice —le replica Paula a la vez que se estira en el sofá y coloca las piernas encima de las de su marido—. ¿Acaso lo primero que viste en mí fue mi inteligencia, mi educación o mi impresionante dulzura? Por supuesto que no. Yo hacía lo mismo que hace tu hermana y también utilizaba mi cuerpo, mi encanto y mis armas de seducción para conquistar. —Lo mira mientras se contonea sobre él.

—¿Entonces? ¿Dónde está el problema?

—El problema está en lo que viene después. Todos esos hombres que conquistamos utilizando nuestros encantos solo nos sirven como aprendizaje en la búsqueda de nuestro verdadero príncipe azul. Tan solo eso. Y cuando llega ese príncipe azul ya no existe solo un cuerpo, una sonrisa o unos preciosos ojos sino que hay que mirar más allá de lo estrictamente físico y eso es lo que le

falta a tu hermana.

—¿Eso quiere decir que yo soy tu príncipe azul? —pregunta Roberto al que le gusta como al que más que su mujer le diga cosas bonitas

—Por supuesto, mi vida. Si no fuera así, te aseguro que no estaría contigo. —Le da un beso tierno en los labios y se gira para ver la tele mientras intenta despertarse del todo.

Es feliz. Siente en su interior esa felicidad que da la seguridad de saberse amada, deseada y, sobre todo, respetada. Esa felicidad que da la ignorancia de la verdad; la cruda verdad.

El final

«Las ocho en punto...»

Las campanas del reloj de la Puerta del Sol resuenan mientras Pedro pasea por la calle Preciados que es, con diferencia, su calle favorita. Cuando más le gusta pasear por allí es en Navidad que es cuando la calle se transforma y se convierte en una auténtica fiesta multicolor donde la gente camina, unos con prisa y otros con algo más de tranquilidad, buscando el regalo ideal o, tan solo, paseando y disfrutando con las luces de colores y el olor de las castañas asadas.

Se detiene junto a un grupo de personas que observan encandiladas a un joven mimo que intenta demostrar lo complicado que es escapar de una caja de cristal. Intenta sonreír pero no puede hacerlo a pesar de las muecas del chico. Una mujer de mediana edad mira de reojo y, al ver junto a ella a un hombre de gran tamaño, da un paso lateral y se separa de él. Pedro se encoge de hombros, mete de nuevo las manos en los bolsillos y se dispone a continuar su marcha cuando sus ojos se topan con los de una niña pequeña que lo observa con detenimiento. Pedro pasa a su lado y la cría se encoge en los brazos de su padre, pero, sin que él pueda llegar a imaginar ese gesto, le tiende su pony de juguete como si una simple niña pudiera adivinar la tristeza y la soledad que inundan el corpachón de Pedro. Él hace ademán de acercar su mano y espera la reacción asustada de La Niña, pero ella tan solo sonríe y cierra sus ojitos para después volverlos a abrir y sonreír aún más. No parece asustada, aunque la que sí demuestra estarlo es la mujer de rostro agrio que unos segundos antes se había separado de Pedro y que ahora le hace un gesto con la cabeza al padre de la niña que, al ver al hombre de gran tamaño cerca de su hija, gruñe sin miramientos y se marcha. En su escapada, un caballo de juguete con crines moradas y la cola del mismo color cae sobre el adoquinado y rebota un par de veces. Pedro se agacha con cierto esfuerzo, toma el pony entre sus manos y lo abraza con fuerza al tiempo que lanza a la mujer de rostro duro una mirada que tan solo refleja lástima; lástima por la falta de ese sentimiento del que él rebosa por cada poro de su piel.

Continúa su camino con el sabor agridulce de las fiestas navideñas que siempre le han gustado y que formaban parte de su ser cuando de pequeño paseaba por el centro de Madrid cogido de la mano de su padre mientras contemplaba los escaparates, las luces y las personas que, a su alrededor, formaban parte del mismo escenario alegre y colorido. Un escenario que comenzaba en los puestecillos de la Plaza Mayor donde siempre se quedaba contemplando las figuritas de los belenes mientras buscaban alguna para completar su nacimiento. Una simple excusa para sentirse parte de la tradición y para poder contarle a su madre, al volver a casa, cada aroma aspirado, cada sonrisa lanzada al viento o cada suspiro de felicidad. No se separaba de su padre ni en la calle ni en su casa donde le esperaba todos los días junto a la puerta porque Pedro tenía muy claro que su padre era su único amigo y el mejor que ningún niño podría tener jamás. A diferencia de otros niños que preferían pasar cada tarde jugando al fútbol con sus amigos en la calle, su afición favorita era ayudar a su padre con el bricolaje y con las maquetas de aviones y barcos que ambos hacían con diferentes resultados; las de su padre siempre eran perfectas y las suyas, simplemente, eran suyas. Cualquier fin de semana se convertía inmediatamente en una auténtica aventura y una visita a la Casa de Campo podía transformarse en un salvaje safari por la selva tan solo

poniendo la imaginación de su padre y la ilusión de Pedro.

Su madre era muy parecida a su padre y, siempre que podía, participaba en los juegos de ambos, pero sacando a relucir improvisación y practicidad. Era capaz de conseguir, como por arte de magia y utilizando cualquier cosa que tuviera a mano, una pistola láser, un disfraz de astronauta o un auténtico castillo. Quería a su hijo con toda su alma y, aunque había deseado tener más hijos, se volcó, con toda su alma en Pedro. Le inculcó valores, lo convirtió en una persona buena y le enseñó lo gratificante que es ayudar a los demás.

Sus padres eran maravillosos, pero, respecto a él, fallaron en lo más importante de todo, aunque no fue su culpa. Lo dejaron solo. Sus padres fallecieron en un accidente de coche cuando Pedro tenía diecinueve años y eso lo obligó a madurar, pero también le hizo sentirse mucho más solo de lo que normalmente se sentía. Toda esa época la recuerda como un periodo de tiempo muy lejano pero que, aún a día de hoy, le provocaba una enorme tristeza.

Intenta alejar esos pensamientos que le están hundiendo aún más de lo que está. Había sido un día muy duro. Después de su “aventura” en el gimnasio se había ido directamente a su casa, pero todo le daba vueltas. Pensaba que estaba acostumbrado a cualquier tipo de sinsabores, aunque lo ocurrido aquella mañana le había provocado una herida muy honda, un profundo vacío que cada vez crecía más y más en su interior. La cabeza está a punto de explotar y, justo en ese momento, cuando ya piensa que no puede soportarlo más llega una idea como una revelación; algo que llevaba pensando desde hacía muchos años, pero que parecía más una loca aventura que un propósito verdadero. Esa idea lo tranquiliza y le provoca una sensación de liberación que llevaba mucho tiempo sin sentir. Por una parte, esa idea lo aterriza, pero, por otra, parece convertirse en su única salida. Surge de la tristeza más dolorosa y desesperante y se va adueñando de todo su ser como un auténtico parásito que se alimenta de cada pensamiento feliz, de cada ilusión o de cada alegría. Por fin, la idea toma forma clara en su cabeza y en su corazón y tiene claro lo que debe hacer como si su vida dependiera de ello; aunque, de hecho, es así porque ha decidido terminar con todo.

Este paseo que está dando por su Madrid no es un paseo normal, sino una despedida. Quiere despedirse de cada uno de esos rincones que lo han acompañado todos estos años de amargura; lugares que raramente le han visto reír o ilusionarse; lugares que lo han acompañado y que le han ayudado a enjugar cada una de esas lágrimas que forman parte de su ser. Recorre uno a uno todos esos edificios, callejas, plazuelas, estatuas y monumentos que ha hecho suyos y que, de alguna forma, le pertenecen.

Se acerca a cada uno de los rincones que suponen algo para él y que los recorrió años atrás de la mano fuerte de su padre. Todo el Madrid de capa y espada que le pertenece por derecho propio. El extraño edificio de la Posada del Peine, la Plaza Mayor con todos esos pintores que intentan ganarse la vida haciendo caricaturas o retratos, desde el Arco de Cuchilleros hasta Puerta Cerrada para volver a subir por el Mercado de San Miguel y llegar a la Plaza de la Villa por la curiosa calle del codo. Callejuelas oscuras y angostas que, hace siglos, eran escenario de innumerables duelos, traiciones e historias de amor y desamor y que ahora se han convertido para él en una segunda casa donde perderse y, en ocasiones, encontrarse. Lentamente y disfrutando del final del recorrido, baja dando un paseo por la calle Mayor hasta llegar a la Plaza de Oriente donde Pedro se siente pequeño, pero muy protegido por la majestuosidad de edificios como el Palacio Real, la Catedral de la Almudena y el Teatro Real. Sentarse un rato en uno de los bancos, siempre el mismo, situado casi en el centro de la Plaza y desde donde, cada vez que tiene ocasión, contempla el más precioso de los atardeceres que se proyecta con fuerza sobre los Jardines de Sabatini bañándolo con el fulgor de los últimos rayos del sol. Sentado en «su» banco eleva la vista al cielo

y, con una lágrima rebelde asomando al balcón de sus ojos, musita un sobrecogedor «adiós». Sin pensar en nada más, se pone en pie y, con la cabeza gacha, se encamina hacia el final del recorrido de despedida, hacia el final de su vida.

En unos pocos minutos llega a su edificio y, sin prisa, sube en el ascensor y entra en su morada. Echa un rápido vistazo a su apartamento y, con tristeza, se despide de cada una de las estancias. De una estantería del salón toma una fotografía donde una pareja sonríe a la cámara y parecen tener toda la vida por delante.

Tiene pensado cómo va a llevarlo a cabo; por encima de todo, no quiere que sea doloroso. En el suelo de la cocina deja tan solo tres cosas: la fotografía de sus padres, un libro y el pony con el que una niña le ha regalado una última sonrisa. Se acicala un poco en el baño, comprueba que todo está en orden y echa el cerrojo de la puerta de entrada dejando las llaves puestas ya que no quiere ninguna sorpresa. Desea con todas sus fuerzas acabar con todo y no va de farol y quiere asegurarse de que todo salga conforme lo ha planeado. Comprueba que todas las ventanas de la casa están completamente cerradas y regresa a la cocina. Tiene la suerte de vivir en un piso antiguo donde todavía utilizan las bombonas de butano y, además, él sigue usando una cocina de las de antes porque siempre le ha gustado el fuego. Abre todos los mandos de la cocina, se sienta en el suelo junto a sus objetos preciados y suspira.

—Os quiero con toda mi alma —susurra Pedro al tiempo que sostiene en la mano una foto de sus padres—. Siento si os he fallado, pero he hecho todo lo que he podido para no sentirme solo. No puedo más.

Deja la fotografía sobre las rodillas y toma el pony con una mano mientras que, con la otra, abre su libro favorito, titulado *El médico*, y, con los ojos anegados en lágrimas, comienza a leer. Poco a poco, la cocina va llenándose del gas mortal y Pedro lo va inhalando casi sin darse cuenta. Solo un poco de tos, pero, lo mejor de todo, sin sentir ningún dolor. Ni le da tiempo a notar cómo le empieza a entrar sueño. Ni una duda, ni una preocupación, tan solo paz. Poco a poco va quedándose dormido, el libro resbala de entre sus manos y se queda en su regazo esperando a un lector que no va a volver a leerlo. El pony de crines moradas parece acariciar uno de sus dedos con los ollares y la foto de sus padres descansa entre sus dedos como si no quisieran abandonarlo mientras la vida se escapa en un último aliento y todo se va apagando.

Todo se apaga.

Violencia

«Sábado noche...»

Han quedado las cinco para celebrar una reunión de emergencia. En cuanto Sara le contó a Cris lo que había pasado con su novio, esta última llamó al resto del grupo para organizar una velada de cena, chismes, baile y, como siempre, un poco de inocente ligoteo.

Vuelven a quedar en el mismo sitio que la noche anterior. Les encanta ese Centro Comercial y, lo mejor de todo, es la existencia en la planta baja de un sinfín de restaurantes y locales de comida rápida donde uno puede avituallarse antes de subir a la planta primera donde está la discoteca que tanto les gusta. Lo único malo para Sara es que ese Centro Comercial está muy cerca de donde trabaja Cristian. Si ella supiera que uno de esos restaurantes fue el testigo mudo del intento de felación del que su querido exnovio había sido protagonista esa misma mañana, no le gustaría tanto.

Se encuentran las cinco en el vestíbulo y, después de toda la algarabía que siempre organizan al verse, se dirigen entre bromas y risas a uno de los restaurantes que más le gusta a las cinco. Es un local de comida italiana y lo eligen porque todas piensan que lo mejor para la depresión siempre será un buen risotto negro con chipirones y una fría botella de lambrusco. Se sientan alrededor de una mesa y, en cuanto lo hacen, comienza el esperado interrogatorio.

—Entonces, ¿te ha echado de su casa así sin más? —pregunta Laura, la más dicharachera del grupo. Quizá lo sea porque es la más jovencita; tan solo tiene diecinueve años recién cumplidos pero ya se cree una experta en los temas de amor y por eso es ella la que siempre comienza las conversaciones que tratan sobre este tema.

—¿Así sin más? ¡Qué va! Le crucé la cara de un tortazo.

—¿En serio? —preguntan las otras cuatro al unísono.

—Sí, me dijo que yo era una más en su vida y que solo me quería para follar.

Todas alucinan, pero la más rápida en responder es Cris.

—¡Vamos, no me jodas! ¿Eso te dijo? Normal que le cruzaras la cara.

En ese momento, la mirada de Sara se ensombrece y todas sus amigas lo notan. No puede evitar bajar la vista y quedarse mirando al mantel pensando en que ya no tiene pareja y en lo distinta que será su vida ahora sin Cristian.

—No te preocupes, Sara. Seguro que podéis arreglarlo. Es una discusión como las que tienen todas las parejas. Ya verás como, dentro de unos días, vuelve a ti como un perrito faldero y seguís juntos como hasta ahora —intenta animarla Rebeca, siempre la más sensata, la más positiva y, por encima de todo, la más tranquila.

Sara vuelve a levantar la vista y tiene los ojos anegados en lágrimas, pero ninguna de sus amigas se lo esperaba y se sorprenden.

—Pero... ¿qué es lo que pasa? Ha ocurrido algo más —pregunta Cris visiblemente preocupada.

—Sí, ha ocurrido algo más —contesta Sara con la voz entrecortada—. Ha ocurrido mucho más. Esta mañana, él pensaba que no iba a ir a entrenar a su gimnasio, pero me lo pensé mejor y fui y cuando llegué a la puerta del local... ¿a qué no sabéis lo que vi?

—¿El qué? —preguntan las cuatro de nuevo al unísono.

—Vi a Cristian en la puerta del gimnasio. Estaba hablando con una mujer espectacular y pensé en no darle mayor importancia, pero me dio tiempo de ver cómo se despedían con un beso en la boca y vi cómo ella le echaba mano al paquete. ¿Qué os parece?

Las cuatro están con la boca abierta. No pueden creer lo que les está contando su amiga porque, aunque están acostumbradas a ver esas escenas en películas de la tele o del cine, nunca podían haberse imaginado que le podía pasar a una de ellas.

—Es un cerdo —musita Cris.

—Un cabrón —es el veredicto de Laura.

—Hijo de puta —sentencia Rebeca.

—Normal —dice Reni.

Las otras cuatro se vuelven indignadas hacia la última que ha hablado. Renata o, como la llaman sus amigas, Reni es la mayor de todas. Tiene veintiséis años y es la sabia del grupo. Siempre da la sensación de llevarle la contraria a las demás, pero también se demuestra que tiene razón así que, para las chicas, es lo más parecido a la mamá del grupo; es la que siempre las saca de los líos de pantalones es los que suelen meterse y todas la quieren de una forma especial.

—¿Cómo que normal? —se exaspera Sara—. ¿Tú estás mal de la cabeza?

—Sí, parece que estés de su lado —le echa en cara Laura muy enfadada.

—A ver, niñas... —A Reni les gustaba llamarlas así cuando les da alguna explicación en plan hermana mayor—. He dicho lo de normal porque no me sorprende nada de nada lo que ha hecho el capullo ese. Lo que me sorprende es que a vosotras os pille de nuevas. En ocasiones, parecéis tontas.

—Tú sigue así que todavía pillas —amenaza Cris con una media sonrisa en los labios.

—Es que es la verdad —insiste Reni—. Hablemos claro. Cristian es un tío que tiene un adoquín en lugar de cerebro, está buenísimo, tiene un cuerpazo y, por si fuera poco, trabaja de monitor en el gimnasio donde más tías buenas de la zona acuden. Era cuestión de tiempo que esto ocurriera. En ocasiones, pienso que los únicos tíos que merecen la pena son los feos.

—Eso ni en broma. Donde esté un tío bueno y que folle bien que se quite cualquier piltrafa —comenta Laura poniendo cara de asco.

—Lo que quiero decir... —continúa Reni sin hacer demasiado caso del comentario de su amiga —, es que parece que los tíos buenos son menos fieles porque tienen más oportunidades de serlo. Todo esto tiene mucho sentido. Si a cualquier hombre le ponen unas tetas en la cara una vez al año tendrá menos posibilidades de agarrarlas que si se las ponen cincuenta veces en el mismo periodo de tiempo. Estoy hablando de estadística.

—Sí, estadística aplicada a las tetas y los cuernos —responde Cris con sorna—. Como pongas ese ejemplo en la carrera, no duras ni un día.

Entre bromas, discusiones amistosas y alguna que otra lágrima van dando cuenta de la cena y, para finalizar, un café y un chupito de licor de hierbas. Sara está algo más animada.

—¡Quiero hacer un brindis! ¡Por nosotras cinco, para que sigamos siempre juntas luchando contra los cabrones! —dice Sara alzando la voz.

—Y ahora, ¡a la discoteca a buscar un tío bueno para cepillárnoslo!

Y todas aplauden la resolución de Laura. Para que andarse con tonterías. Llegan a la conclusión de que lo que Sara necesita es un tío bueno que la eche un buen polvo, aunque ella protesta entre risas, pero sigue con el jueguito. Mientras tanto suben las escaleras mecánicas que llevan a la planta superior.

Normalmente, no hay que pagar entrada en esa discoteca, aunque, de todas formas, no es algo que a ellas las preocupe porque nunca han tenido que pagar. Son un grupo de mujeres que llaman

la atención y son plenamente conscientes de ser un buen reclamo en la discoteca para que acudan los tíos como moscas. Es así como funciona y es así como ha funcionado siempre; el gorila -o portero- de la discoteca deja pasar gratis a las tías buenas para que vuelvan otro fin de semana y, de esa manera, los tíos, que si pagan por entrar, volverán un día tras otro esperando encontrarse con las mismas mujeres y, poco a poco, poder cercar a sus presas. Y, por si todo eso fuera poco, el siguiente fin de semana se traerán a sus amigos porque no hay nada más importante para un tío que poder decirle a un colega que lo va a llevar a un local donde hay unas tías impresionantes. Así es como funciona. La mujer es el reclamo y el hombre es el que paga.

Entran en la discoteca y, como cada día, vuelven a situarse en su rincón favorito, piden unas bebidas y se quedan charlando un rato antes de ir a la pista de baile. La verdad es que no se quedan charlando porque sí, sino porque están marcando el territorio y aprovechan para hacer ver a todos los chicos de la discoteca que están juntas, que son cinco y que, si alguien se mete con una de ellas, se mete con todas. Pasados unos minutos, se acercan a la pista de baile y empiezan a moverse. No les gusta bailar una pegada a la otra porque, de esta forma, están convencidas de espantar a los hombres así que empiezan a dispersarse por la pista de baile

Sara se va hacía una de las esquinas del fondo y, aunque da la sensación de que no se mueve del sitio, con mucha tranquilidad y tomándose su tiempo, se va dirigiendo hacía allí. Le gusta ese lugar en especial porque allí se siente tranquila, aunque, en este caso, la tranquilidad le dura bien poquito. Ve a un chico bastante atractivo que la está mirando fijamente, se acerca a ella muy despacio mientras baila hasta que, pasados unos instantes que a Sara le parecen eternos, se planta delante de ella. Lo había visto otras veces en la discoteca, pero hace mucho tiempo, cuando salía regularmente con sus amigas. Parece que él también la recuerda porque se ha acercado a ella como si estuviera acorralando a su presa.

—Hola. ¿Estás sola?

No se lo esperaba. Por un instante no sabe ni qué responder. Se queda pensando en lo estúpido que puede llegar a resultar el género masculino para destrozar lo que puede ser un bonito encuentro con una frase de lo más manido. «Ya solo falta escuchar lo de “estudias o trabajas”», piensa ella.

—No, estoy con mis amigas —responde a regañadientes porque no quiere parecer maleducada.

—Llevaba mucho tiempo sin verte por aquí. ¿Antes venías mucho, no?

—La verdad es que sí. Llevo una temporada un poco aislada del mundo real —contesta Sara mientras llega a la conclusión de que el tipo le parece simpático, está bastante bueno y, de momento, no la está importunando. Decide darle una oportunidad e intenta no ser especialmente borde con él.

—¿Y eso por qué? Alguna enfermedad infectocontagiosa? ¿O tan solo es que te has ido de misiones?

Le hace gracia.

—Ni me he ido de misiones ni estoy enferma. Tan solo es que... tengo pareja... o tenía, mejor dicho.

Él arquea una ceja mientras la observa. La mira con fijeza a los ojos por lo que, de momento, no la está haciendo pensar lo de «por favor, que tarde más de diez segundos en mirarme a las tetas». Parece que él está verdaderamente interesado en ser cortés y educado, aunque se da cuenta de que sus amigas están pendientes de ella e incluso una le hace señas para que se acerque, pero ella está a gusto con ese chico y no cree que esté haciendo nada malo. Tan solo está charlando con él.

—¿Te gusta esta música? —le pregunta él cada vez más cerca.

—La verdad es que sí. Me encanta la salsa, me hace sentir bien y me pone de buen humor. Hasta en los momentos más tristes no puedo evitar mover los pies al oír a este cantante.

—¿Has escuchado su último trabajo? Acaba de salir y es impresionante.

—No tenía ni idea de que hubiera sacado un disco nuevo. ¿Lo tienes?

—Sí, lo llevo en el coche. ¿Quieres bajar a escuchar su primer single? Es una pasada.

No sabe qué decir. La verdad es que le apetece mucho escuchar la canción y piensa que tampoco hace nada malo bajando al aparcamiento para escuchar una canción. «Ni tan siquiera tengo que subir al coche», piensa ella. Cuando decide acompañarlo se da cuenta de que debería avisar a sus amigas antes de irse, pero comprueba que están con unos chicos así que, como va a ser solo un momento, sale de la discoteca con él.

—¿Ni tan siquiera sé cómo te llamas?

—Sara. ¿Y tú?

—Roberto, me llamo Roberto.

Ella se relaja porque, aunque le parece una tontería, el chico se llama igual que su hermano y eso la tranquiliza así que lo sigue hacia el aparcamiento.

—Está allí, al fondo. ¿Ves aquel todo terreno negro? Ese es.

Se dirigen hacia donde Roberto ha señalado y, unos instantes antes de llegar, el inmenso vehículo los saluda encendiendo dos veces sus intermitentes y emitiendo un pitido. Él lleva las llaves en la mano y se encamina hacia la parte del conductor mientras Sara se acerca a la puerta del acompañante. Tiene muy claro que, a pesar de que Roberto le caiga bien y le parezca un buen chico, no va a entrar en ese coche. «Está muy bueno y es simpático pero no es lo mismo ser confiada que tonta», piensa Sara al tiempo que él se percató de su reticencia y se acerca hacia donde ella se encuentra.

—Ya lo entiendo. Te gustan los caballeros y no vas a subir hasta que te abra la puerta. —El chico tira de la manija del todoterreno, acompaña su gesto con otro gentil que hace con la mano y se queda esperando.

—No voy a subir me abras o no la puerta. Puedes poner la canción y la escuchamos fuera. ¿Te parece? —dice Sara intentando no parecer demasiado brusca.

—¿No te fías de mí? —pregunta Roberto con una sonrisa burlona.

—Ni me fío ni me dejo de fiar. Tan solo es que no creo que tenga que subir a tu coche para oír una canción. Además, aquí podemos bailarla.

Hay algo que no le gusta en el gesto de ese chico y decide que es el momento de intentar volver a la discoteca. Ha sido una tontería y una torpeza por su parte y ahora no se siente a gusto ni confiada a con él.

—Dentro también podemos bailar y muy juntitos —le susurra al oído.

Sara no sabe qué ha ocurrido pero, en un instante, ha pasado de estar de pie junto al coche a estar tumbada boca abajo en el asiento del acompañante sintiendo el cuerpo del chico encima del suyo y notando su aliento, con el aroma dulzón del whisky, en la nuca. Se inclina sobre ella e intenta lamerle la oreja mientras con una mano le sujeta las suyas a la espalda y con la otra le manosea un pecho sin ningún tipo de miramientos. Le entran ganas de llorar, pero no sabe si es de rabia por haber sido tan confiada o de impotencia por no poder hacer nada. Nota cómo el chico se cansa de tocarle las tetas y baja la mano por su cintura hasta detenerse en su culo. En un pensamiento, que en ese momento hasta a ella le parece ridículo, se arrepiente de no haberse puesto pantalones porque piensa que todo hubiera sido mucho más difícil para él, pero no ha sido así por lo que Roberto lo tiene fácil y aprovecha para subirle la falda con un rápido movimiento y meterle la mano entre sus piernas. Las lágrimas de Sara caen sobre el tapizado del asiento y se

siente tan agotada que piensa en dejarse llevar para que todo resulte lo menos doloroso posible, pero, en un acto de pura supervivencia y al sentir que el chico intenta lamerle otra vez la oreja, inclina la cabeza hacia delante y, como un latigazo, la impulsa hacia atrás impactando directamente en la nariz de su agresor. Nota cómo él se separa y Sara aprovecha para levantarse, pero no le da tiempo a escapar. Solo puede ver que él se cubre la nariz con las manos, pero, cuando las retira, Sara comprueba con horror que un hilo de sangre mana de su nariz y lo siguiente que ella percibe es un dolor agudo en la mejilla.

—¡Serás zorra! ¡Me has roto la nariz! —exclama mientras golpea una y otra vez con todas sus fuerzas a Sara que cae fulminada al suelo sin poder hacer nada para defenderse de la brutal agresión.

Se cree perdida y sabe que no puede hacer nada porque le acaba de romper la nariz y, lo peor de todo, es que debe de estar dolido por haber sido pegado por una mujer. Casi pierde el conocimiento del primer puñetazo, pero no es así y llega a pensar que ese hombre es capaz de matarla así que, para intentar protegerse, se acurruca en el suelo mientras recibe una patada tras otra que le hacen tener miedo; pero lo peor de todo es que ya no teme por su dignidad sino que empieza a temer por su vida.

Todo se para de repente y se vuelve confuso para ella. Intenta levantar la cabeza, pero, a su alrededor, solo puede distinguir una mezcla de sangre, cristales rotos e infinidad de luces azules, rojas y naranjas. No sabe qué ocurre, pero la cabeza le duele horrores, aunque la mejilla ha dejado de dolerle. De hecho, no siente nada en la mejilla, pero tampoco en el resto del cuerpo. Intenta mantener los ojos abiertos porque escucha voces a su alrededor que le piden que no los cierre, pero siente mucho sueño de repente. Se siente agotada; cierra los ojos y se deja llevar.

La amarga noticia

Suena el teléfono...

Paula está dormida profundamente y se despierta sobresaltada por la música del móvil de Roberto. No está acostumbrada a esas llamadas nocturnas ya que, desde que su marido ascendió a responsable del departamento de psiquiatría del hospital donde trabaja, no lo llaman por las noches para que acuda a las urgencias. Ya casi no trata con pacientes y es algo que él echa mucho de menos por lo que lleva varios días diciendo que el próximo paciente que entre en su departamento lo va a tratar pase lo que pase.

Siempre que llaman a altas horas de la madrugada ocurre lo mismo. Roberto no se entera de nada porque tiene un sueño muy profundo y duerme como un bendito. Paula mira el reloj y se asusta todavía más. Son las tres de la madrugada y siempre ha creído que las llamadas a esas horas intempestivas no pueden traer nada bueno.

—¡Roberto! —Lo zarandea con fuerza—. ¡Roberto, despierta! ¡Está sonando tu teléfono!

Por fin, su marido se despierta, pero es evidente que no sabe ni dónde está.

—¿Qué pasa? —pregunta él con voz ronca y gutural.

—Cariño, son las tres de la madrugada y está sonando tu teléfono. A ver si ha pasado algo porque no es muy normal que alguien llame a estas horas.

—Tranquila. —La intenta calmar mientras busca el móvil en la mesita—. Seguro que es algún tocapelotas que se ha confundido.

—¿Sí, dígame? —contesta al teléfono—. ¡Ah! Hola, Cris. ¿Qué ocurre?

Un silencio sepulcral atenaza a Paula mientras Roberto oye la respuesta. A éste le cambia la cara y a Paula se le encoge el corazón porque intuye, por el gesto de su marido, que algo grave ha ocurrido.

—No te preocupes, Cris. Intenta tranquilizarte. Me visto a toda leche y en un instante estoy allí —explica él intentando aparentar estar más sereno de lo que realmente está para no asustar a su mujer—. Gracias por avisarme. Ahora mismo te veo.

Cuelga el móvil y mira a Paula.

—¿Qué ocurre? —pregunta ella angustiada al ver el rostro cariacontecido de su marido.

—Era Cris, la amiga de mi hermana. Me ha llamado para decirme que Sara está en el hospital —contesta Roberto al tiempo que se incorpora de la cama y comienza a ponerse el chándal que tenía sobre la silla.

Paula ahoga un grito, pero la noticia le afecta sobremanera y su cara refleja el dolor que le produce lo que le está diciendo su marido.

—Hoy, mi hermanita no viene a dormir —logra decir él con lágrimas en los ojos y un hilo de voz pugnando por salir de su garganta—. Le han dado una paliza.

Tan solo tarda unos minutos en llegar...

Por suerte, a pesar de ser una clínica privada, Cris se ha acordado de qué Roberto trabaja allí y ha conseguido que lleven a Sara a ese hospital. De esa forma, su hermano puede ir directamente a su plaza de aparcamiento y no tiene que liarse a dar vueltas buscando sitio. Una vez que aparca, se baja del coche y se dirige a toda prisa a la entrada de urgencias. Nada más entrar por la puerta alguien se tira a su cuello.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! —es lo único que llega a decir Cris con un llanto amargo que se clava con fuerza en el corazón de Roberto.

—Tranquila —dice intentando consolarla aunque no hay nadie que pueda hacer lo mismo por él—. Seguro que nada de esto es culpa tuya. ¿Qué ha pasado?

—Llevábamos un rato en la discoteca a la que vamos siempre —consigue explicar Cris entre sollozos—. Estábamos todas bailando en la pista y ese cabrón se acercó a tu hermana. Yo lo vi y lo reconocí al instante. De hecho, todas lo conocemos y tiene muy mala fama, pero tu hermana hacía mucho que no salía con nosotras y no sabía nada de él. Intenté avisarla, pero, antes de que me diera cuenta, había desaparecido con él. Nosotras estábamos con unos chicos y no vi cuando se fue, pero, en cuanto me di cuenta, salimos de la discoteca corriendo y fuimos al aparcamiento y lo vimos todo.

No puede más y arranca a llorar sin consuelo posible. Roberto la abraza intentando que deje de llorar, pero él mismo siente una angustia tremenda.

—¿Qué es lo que visteis? —pregunta Roberto con el temor de oír la respuesta.

—Llegamos justo cuando ese tipo estaba pegándole patadas a Sara y la pobre estaba encogida en el suelo intentando protegerse la cabeza. Menos mal que Laura fue muy rápida, cogió una botella de cristal tirada en el suelo, se acercó por detrás y se la rompió en la cabeza a ese cerdo. No hizo falta llamar a la policía porque todos los fines de semana patrullan por el aparcamiento del centro comercial y oyeron los gritos de tu hermana. Llamaron a una ambulancia y tardó muy poco en llegar. —Se vuelve a derrumbar—. No pudimos hacer nada. Te lo prometo.

—No te preocupes. Sé que hicisteis todo lo que estaba en vuestra mano, no la dejasteis sola y, si vosotras no hubierais ido a buscarla, seguro que ahora estaría muerta —dice con esfuerzo porque se le ahoga la voz solo de pensarlo—. ¿Qué ha pasado con el tipo ese?

—Lo detuvo la policía y se lo llevó —contesta Cris al tiempo que se limpia las lágrimas con un pañuelo de papel que le había dado Roberto.

—Bueno, me alegro. Os aseguro que pagaré por lo que ha hecho. Quedaos aquí —le dice a las cuatro—. Voy a entrar a urgencias a ver si alguien me cuenta algo.

Roberto entra por la puerta que da a las salas de atención a los enfermos aunque su acceso está restringido a los acompañantes, saca su acreditación como médico del hospital y se la coloca en la pechera del abrigo. Empieza a caminar por el largo pasillo buscando la sala donde se encuentra su hermana, pero no la ve por ningún lado.

—Roberto, ¿qué haces aquí? —se da la vuelta y ve a Jandro. Es un buen amigo suyo de la universidad y uno de los responsables de urgencias. Además, entrena en el mismo gimnasio donde va su hermana y ha hablado con ella algunas veces. No puede evitar dar gracias porque esta noche le haya tocado a él estar de guardia.

—Hola, Jandro. Hace poco ha llegado una chica joven a la que le han dado una paliza. ¿Dónde está?

—La verdad es que le han dado una buena tunda. Le están haciendo un escáner y alguna prueba más. El muy cabrón se ha cebado con ella. Por lo que me ha contado una de sus amigas, parece que, después de unos cuantos puñetazos y con la chica en el suelo, se dedicó a jugar al fútbol con su cabeza —explica Jandro muy serio.— Tendremos suerte si sale de ésta. ¿La conoces? ¿Es una

paciente tuya?

—La conozco, pero no es una paciente. Es mi hermana —consigue decir él con lágrimas en los ojos.

Jandro se queda blanco porque no se lo esperaba. Conocía a Sara desde hacía tiempo y para él siempre había sido la preciosa hermanita pequeña de su amigo. Habían compartido muchas horas de gimnasio en las que él veía las continuas discusiones con su novio Cristian. A Jandro no le caía especialmente bien Cristian, pero Sara le parecía una chica encantadora y muy dulce.

—Lo siento, tío —se disculpa Jandro en cuanto se percata de que ha metido la pata—. Ha sido una torpeza por mi parte. No la he reconocido porque tiene la cara muy hinchada y amoratada. Te prometo que vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano y mucho más.

—Ya lo sé —dice Roberto derrotado—. Sé cómo funciona esto. Estaré en la sala de espera. En cuanto sepas algo...

—No te preocupes. Serás el primero en saberlo. En cuanto le hagan las pruebas, salgo y te cuento. —Lo agarra del brazo e intenta animarlo—. Si tu hermana es la mitad de fuerte que tú, saldrá adelante. Ya lo verás.

—Muchas gracias. Te lo agradezco de verdad.

—Por cierto, ¿lo sabe Cristian? —pregunta Jandro.

—Creo que mi hermana y él lo habían dejado hace unos días, pero, si quieres comentarle algo cuando lo veas... —Se dirige a la sala de espera. Sabe que no puede hacer nada más que esperar así que vuelve a salir y las chicas se le abalanzan. Él las intenta tranquilizar, pero poco puede hacer porque sabe que le va a resultar muy difícil animar a sus amigas cuando él está mucho más destrozado que ellas.

—Tan solo podemos esperar así que iros a casa y descansar. Aquí no podéis hacer nada y, en cuanto sepa algo, os llamo. No os preocupéis —les dice Roberto.

—¡No! —responden las cuatro al unísono—. Hasta que no sepamos algo no nos movemos de aquí.

Roberto no tiene fuerzas para seguir discutiendo así que suspira desanimado mientras se sienta en una silla de la sala de espera y se queda mirando fijamente a la pared de enfrente sin poder observar nada más. Las cuatro chicas se sientan a su alrededor. Observa que, como si estuvieran coordinadas, se sientan dos de las chicas a cada lado de él y, aunque puede parecer una tontería, se siente reconfortado por su presencia. «Tiene buenas amigas», piensa Roberto al tiempo que mira su alrededor. Cierra los ojos y se queda adormilado.

—¡Roberto! —Su nombre resuena en su cabeza. Inmediatamente, abre los ojos y se encuentra con Jandro frente a él. Mira el reloj somnoliento y comprueba que son las cinco de la madrugada. Han pasado casi dos horas desde que ingresaron a su hermana. Mira a su alrededor y ve que las cuatro chicas se han quedado dormidas y, por lo visto, él también. Algo dentro de su ser se retuerce por el hecho de haberse quedado dormido mientras su hermanita se debatía entre la vida y la muerte, pero se sentía agotado y el cansancio había podido con él.

—¿Cómo está mi hermana? —pregunta Roberto ansioso por saber qué ha ocurrido desde que la ingresaron.

—De momento, lo único que puedo decirte es que está viva. Sé que es doloroso tener tan poca información, pero, ahora mismo, no me puedo aventurar a decirte mucho más.

—¿Está consciente? Quiero verla.

Jandro duda y Roberto se da cuenta de que hay algo más que su amigo le está ocultando pero necesita saberlo todo y no puede evitar preguntarle aun temiendo una respuesta nefasta sobre el estado de su hermana.

—¿Qué pasa, Jandro? Soy médico. Sé que algo te preocupa y no sabes cómo decírmelo. No soy un simple familiar así que las cosas claras, por favor.

El médico parece dudar y toma aire con fuerza antes de hablar.

—Roberto, tu hermana está en coma. No sabemos cuándo va a despertar. De hecho, no sabemos si va a despertar —se arranca a hablar con gran esfuerzo—. Y hay algo más...

—Suéltalo todo de una vez, por favor —lo apremia Roberto que, poco a poco, nota cómo las lágrimas empiezan a anegar sus ojos.

—Tiene una lesión en la columna. Si despierta, es probable que no vuelva a andar.

—¡Mierda! —es lo único que consigue decir Roberto entre sollozos.

—Hasta que no despierte, no sabremos el alcance de la lesión.

Roberto agradece en silencio que Jandro se haya referido a su hermana como si fuera evidente que se iba a despertar. Eso es lo que él quiere creer porque no puede imaginarse a su hermana en una silla de ruedas y mucho menos sin llegar a despertar.

—Hasta dentro de un rato no la llevan a la UCI. En cuanto puedas verla te avisamos por megafonía y entras. —Jandro se percata de que Roberto mira de reojo a las amigas de Sara aun dormidas—. Ellas también pueden entrar, pero que no armen mucho jaleo, ¿vale?

—No te preocupes. Otra vez, gracias por todo, Jandro.

—No hay de qué. Ya sabes que es mi trabajo aunque hoy es mucho más duro que cualquier otro día. Lo que necesites no tienes más que pedirlo.

Jandro vuelve a entrar a Urgencias y Roberto coge una de las sillas y se sienta delante de las chicas. No le queda más remedio que despertarlas y contarles como están las cosas. Le duele pensar que seguro que están soñando cosas bonitas y él va a hacer que vuelvan a la triste realidad.

—¡Chicas! Despertad —susurra Roberto intentando no sobresaltarlas—. Ya ha venido el médico.

Laura es la que más rápido recupera la conciencia y da un bote en la silla al oír la palabra médico. Las demás se despiertan con algo más de esfuerzo, pero, en un instante, las cuatro están pendientes de él. Roberto coge valor y empieza a explicar.

—Ya ha venido el médico y me ha estado contando cómo están las cosas.

—¿Cómo está Sara? —pregunta Cris con lágrimas en la cara que Roberto no llega a adivinar si son producto del sueño o del dolor por lo ocurrido.

—Esto es como en los chistes. Hay una buena y una mala noticia. ¿Cuál queréis oír primero? —pregunta Roberto con una broma para intentar suavizar el amargo momento.

—La buena, por favor —pide Rebeca sollozando—. No estoy preparada para escuchar nada malo.

—Sara está viva.

Las cuatro están expectantes, pero Cris es la única que se atreve.

—Ahora, la mala.

Casi por instinto o costumbre, las cuatro se cogen de la mano y aguantan la respiración.

—Sara está en coma.

Ahogan un grito y se echan a llorar.

Roberto no sabe qué hacer para consolarlas porque él está muy mal y no se ve con fuerzas para animar a nadie. Y, lo peor de todo es que todavía tiene que dar otra mala noticia.

—Lo siento, chicas. Os he dado la buena y la mala noticia, pero lo peor de todo es que hay una noticia malísima.

—¿Qué puede ser peor que todo esto? —pregunta Cris.

—Puede ser que Sara no vuelva a andar. Tiene una lesión en la columna y hasta que no despierte no sabrán el alcance. —Quiere ser tan positivo como Jandro y utiliza los mismos términos que su amigo utilizó.

Las chicas no pueden más. Intentan animarse entre todas, pero no es fácil; son un mar de lágrimas. Lo mejor que podía pasar en ese momento ocurrió para suavizar la situación.

—¡Los familiares de Sara de Miguel pueden pasar por la UCI! —suenan una voz metálica por megafonía.

—Vamos, chicas. Podemos pasar a verla. ¿Os veis con fuerzas? —pregunta Roberto.

Las cuatro musitan un «sí» lacónico, aunque no parecen muy convencidas.

—Yo no puedo verla en ese estado —solloza Laura al tiempo que da un paso hacia atrás.

—Yo tampoco —dicen casi al unísono Rebeca y Reni.

—No os preocupéis —contesta Roberto—. Lo entiendo. Es duro ver así a una persona a la que quieres. Nunca te imaginas que esto pueda pasarle a alguien tan cercano; no se puede estar preparado para esto.

—Yo si voy —comenta Cris con más entereza que sus amigas—. Necesito verla. No me podría ir hoy a casa sin ver a Sara.

—Vale, vamos —dice Roberto agradeciendo la fortaleza de Cris.

—Os esperamos aquí. Aunque no pueda oíros, mandarle un beso de nuestra parte —susurra Rebeca.

Los dos se encaminan a la puerta de urgencias. Cris vuelve la cabeza una vez más para ver a sus amigas y su cara refleja toda la tristeza que uno se pueda imaginar. Instintivamente, coge la mano de Roberto. Se siente muy pequeña ante tanto dolor y él lo sabe así que sonrío y le aprieta la mano con cariño.

El pasillo les parece eterno hasta que llegan a la UCI. Allí está esperando el médico que la ha atendido con rostro inexpresivo.

—Hola, Jandro. Esta es Cristina, la mejor amiga de mi hermana.

—Hola, Cristina. Encantado de conocerte, aunque sea en un momento como éste.

—Igualmente —contesta ella sin mirar a Jandro y buscando con la mirada a su amiga.

—¿Estáis preparados? Va a ser muy duro. Ahora mismo, está desfigurada y su cara está hinchada y amoratada —aclara Jandro con la idea de que es mejor prepararlos para lo que van a ver—. ¿Vamos?

—Sí —dice Roberto—. Vamos a ver a mi hermanita. Seguro que no es tan malo como lo pintas.

Es peor. Sara está tumbada en una cama y parece mucho más pequeña de lo que realmente es. Está conectada a tubos y cables por todos lados. Se acercan a ella y ven que tiene la cara muy hinchada; uno de los ojos está muy inflamado y no parece ella.

Cris se echa a llorar y Roberto tiene que abrazarla para consolarla. Poco más puede hacer para que ella se sienta mejor cuando él mismo tiene el corazón destrozado. Casi no puede ni articular palabra, pero deseaba que Sara supiera que estaban allí. Suelta a Cris y se acerca a su hermana.

—Hola, preciosa —le susurra al tiempo que se arrodilla a su lado—. Soy yo, Roberto. No te preocupes por nada. Van a cuidarte muy bien. Además, el que está de guardia es Jandro y me ha comentado que va a decírselo a Cristian en cuanto lo vea en el gimnasio. No sé si es lo que tú querrías, pero ahora no sé qué hacer. Jandro y todos los médicos de este hospital van a hacer todo lo que esté en su mano para que salgamos de esta. —Le coge la mano mientras le habla—. Todo

va a salir bien. Dentro de poco volveremos a salir por ahí como cuando éramos críos; iremos al campo de excursión, montaremos en bici y haremos un montón de cosas. Recuperaremos el tiempo que hemos perdido. Te lo prometo.

No puede seguir hablando y se echa a llorar.

Despertar

—¡Vaya! Por fin estás con nosotros.

Le cuesta un mundo abrir los ojos. Se encuentra muy cansado y le duele la cabeza como nunca le ha dolido y, por si fuera poco, está desorientado. Intenta abrir los ojos, pero la luz le molesta.

—¿Dónde estoy? —consigue preguntar en un espeso balbuceo.

—Estás en el hospital —explica alguien a su lado—. Has tenido mucha suerte. Unos minutos más tarde y no habríamos podido hacer nada por ti.

Ahora empiezan a ordenarse sus ideas. Recuerdos vagos de lo que tenía que haber ocurrido, pero que no había resultado como él hubiera querido. Se siente frustrado porque pensaba que todo iba a terminar por fin, pero no, ese dolor vuelve a él como si fuera lo único que lo aferra a este mundo.

—¿Qué ha ocurrido? —inquieta con un poco más de fuerza en la voz.

—Te dejaste el gas de la cocina abierto y no te diste cuenta. Estuviste a punto de dejar este mundo —bromea el enfermero—. Tienes buenos vecinos. Olieron el gas, llamaron a tu casa y, al no contestar, reventaron la puerta y entraron. Debes de ser una de las pocas personas de Madrid que no tiene puerta blindada así que te puedes considerar un tipo con mucha suerte.

«Sí, una suerte bárbara», piensa Pedro. Parece que el enfermero está convencido de que fue un accidente, aunque la verdad es que le da igual lo que piensen los demás. En este momento, le parece mucho más sencillo afrontar todo esto sin ningún tipo de reproches por parte de nadie. Lo que la vida le ha enseñado es que no todo es un camino de rosas y en la vida de Pedro mucho menos.

—Vengo en un instante —comenta el enfermero mientras sale de la habitación.

Pedro se queda a solas. Mira a su alrededor y comprueba que está en una bonita habitación de hospital. Parece que no lo han llevado a uno de esos pésimos “hoteles” de la Seguridad Social. «Por lo menos, he tenido suerte», piensa Pedro con una sonrisa irónica en los labios al recordar la frase del enfermero con relación a su incuestionable fortuna. Lo podrían haber llevado a uno de esos hospitales tan deprimentes en los que tienes que compartir habitación con otras personas quejumbrosas y, sobre todo, desconocidas. Parece que es lo único positivo que saca de esta situación porque todo ha salido mal. Pensaba que iba a ser mucho más sencillo quitarse la vida, pero no se le pasó por la cabeza que ese algo tan sencillo pudiera salirle mal.

Se siente como un inútil y, lo peor de todo, no tiene fuerzas para nada. En un momento, se le agolpan en su mente un millón de sensaciones, aunque la peor de todas es que, cuando salga del hospital, tendrá que volver a la mierda de vida que tenía hasta ese momento. Con diferencia, eso es lo más duro.

Justo en ese momento entra el enfermero y le corta todos esos pensamientos. Casi ha sido lo mejor porque estaba empezando a mortificarse y no sabe que no es lo mejor en ese instante.

—¿Te ves con fuerzas para hablar con la policía? —le suelta de repente el enfermero—. Los hemos avisado y están esperando a que puedas hablar con ellos. Parece que es lo normal en estos casos.

—No hay problema. Puedo hablar con ellos ahora mismo —replica Pedro al tiempo que intenta incorporarse en la cama con cierto esfuerzo—. Muchas gracias.

El enfermero sale y, unos instantes después, entran dos policías. A Pedro no le gustan un pelo porque cumplen con la imagen que un policía debe dar; duros hasta la médula. Nada más verlos tiene claro que no va a reconocer que se ha intentado suicidar delante de aquellas dos copias baratas de Clint Eastwood.

—Buenos días. ¿Podemos hacerle unas preguntas? —inquire uno de ellos al tiempo que saca una libreta de un bolsillo—. ¿Usted es Pedro Fernández Rodríguez?

Pedro asiente sin abrir la boca y se cruza de brazos. Uno de los dos policías lo mira con fijeza y le hace un gesto a su compañero con la cabeza. Pedro se da cuenta de que, a pesar de su aspecto rudo, lo están psicoanalizando y no le gusta un pelo. Le hace sentirse como una cobaya en un laboratorio.

—Cuénteme qué ha ocurrido en su casa —le pide con suavidad uno de los agentes—. Todo lo que recuerde.

—No recuerdo gran cosa. Sé que tenía pensado prepararme la cena y que había cogido un libro para cenar mientras tanto —miente Pedro—. No recuerdo nada más.

—Le voy a hacer una pregunta sencilla, aunque puede ser difícil de contestar. —El policía duro lo mira con desdén como si pareciera conocer la verdad, pero el otro policía no lo mira de la misma forma—. ¿Ha intentado suicidarse?

—¿Yo? ¡Qué va! —vuelve a mentir—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—No es asunto nuestro. —Esta vez, el que responde es el otro agente—. Nuestro deber es hacerle todas estas preguntas sin cuestionarnos las posibles respuestas. Aun así, estamos haciendo una investigación criminal y si se determina que usted intentó suicidarse tendrá que ponerse en manos de un profesional ya que ha supuesto un riesgo para la integridad de otras personas.

—Mire, hemos visto muchos intentos de suicidio y sabemos que éste es uno de ellos —le susurra el primer policía acercándose a él e intentando intimidarlo—. Yo que usted, me pondría de inmediato en manos de alguien con quien poder hablar. El hospital puede disponerlo todo y usted no tiene que reconocer absolutamente nada de lo que haya podido hacer. Si lo desea, podemos hablar en admisión sobre su caso.

Pedro está empezando a enfadarse con los dos agentes. No puede ni imaginarse quienes son ellos para meterse donde no les llaman. Lleva muchos años sabiendo que necesita ayuda y no es necesario que vengan dos desconocidos de uniforme a recordárselo.

—¿Tienen algo más que preguntar? —inquire con tono cortante.

—No, de momento no —responde el policía duro—. Si tenemos alguna pregunta más, ya sabemos dónde encontrarlo. Nos han dicho que va a tener que quedarse aquí unos cuantos días.

—Ya nos vamos. Muchas gracias y perdone las molestias —dice el policía que hace de bueno mientras se encaminan hacia la puerta.

Justo cuando están a punto de salir de la habitación, ese policía se da la vuelta y se queda mirando a Pedro durante unos instantes hasta que, por fin, se decide a hablar utilizando un tono suave y conciliador.

—¿Sabe una cosa? —pregunta el agente, pero sin esperar respuesta—. Yo también he pasado por momentos muy duros. Todo en esta vida tiene solución. Me imagino que esta frase la habrá oído infinidad de veces y estará cansado de escucharla, pero espero que hoy suene de otra forma para usted. Le aconsejo que busque ayuda y luche por vivir; en ocasiones, es lo más duro, pero también es bonito levantarse cada mañana deseando que pasen cosas y deseando vivir cada una de las experiencias que nos llegan. —Se calla un momento y mira hacia la ventana de la habitación—. Tan solo es un consejo. Qué tenga un buen día.

Pedro se queda de piedra. No se imaginaba que una frase tan utilizada y tan conocida pudiera

penetrar hasta lo más hondo de su ser. Se siente como un fracasado y sabe que necesita ayuda profesional. Quizá pudiera tener el valor de ponerse en manos de alguien; quizá pudiera tener el valor de intentar cambiar su vida sin tener que cambiar su físico; quizá pudiera tener el valor de enfrentarse a todos sus miedos y todos sus dolores. Quizá pudiera tener el valor para, simplemente, vivir...

No se lo piensa dos veces y, al tiempo que se pone en pie con cierto esfuerzo, aprieta la perilla para llamar a uno de los enfermeros. Pocos segundos después, una señorita de uniforme blanco asoma la cabeza por la puerta y, al verlo en pie, entra y se planta a su lado con los brazos en jarra.

—Debería estar acostado.

—Me voy de aquí.

La enfermera frunce el ceño y mira de reojo hacia la puerta como si Pedro tuviera pensado salir corriendo y ella debiera impedirselo.

—Acaba de recuperar la conciencia después de varias horas —le explica con tono condescendiente—. No es una buena idea.

—Me da igual —replica Pedro sin cambiar de opinión y con las ideas muy claras—. Hable con quien tenga que hablar y que me preparen el alta voluntaria.

La enfermera lo mira con dureza y asiente. Sale de la habitación y Pedro se acerca a la ventana con pasos dubitativos. Una vez allí, mira al horizonte y suspira. Por primera vez en mucho tiempo, decide que desea vivir y luchar por un futuro mejor. Un futuro incierto y quizá solitario, pero, a fin de cuentas, un futuro en el que pueda tener una mínima posibilidad de ser feliz.

Un nuevo reto

—¿Está muy mal?

—Sí. —No necesita darse la vuelta para reconocer la voz de su mujer—. Lleva varios días en coma y nadie es capaz de decirme nada de nada.

—Me imagino que eso es lo normal —contesta Paula—. Nadie querrá mojarse con un tema tan delicado y menos aún sabiendo que eres médico.

Roberto respira hondo y se levanta de la silla donde lleva horas sentado. Le duelen las piernas y está muy cansado, pero no le apetece salir de allí. No quiere dejar sola a su hermana a pesar de que sabe que no consigue nada estando a su lado.

—¿Has desayunado? —pregunta Paula al tiempo que lo abraza por la espalda.

—La verdad es que no he probado nada desde anoche. —Roberto se gira para besar a su mujer—. Pero no tengo hambre.

—Pues con hambre o sin ella te vas a venir conmigo a la cafetería. No va a pasar nada porque dejes sola a tu hermana unos minutos.

Roberto conoce perfectamente a su mujer y sabe que, en esas circunstancias, no va a poder llevarle la contraria. De mala gana asiente, le da un beso en la frente a su hermana y se estira intentando desentumecer los músculos agarrados. La voz le sale cavernosa debido al agotamiento.

—Vaaale —refunfuña—. Vamos a desayunar.

Paula le da un rápido beso en los labios y se agarra a su brazo. A pesar de que él necesita en este momento mucho apoyo de ella, no puede evitar sentirse siempre protegida y confortada cuando Roberto la abraza o cuando se cuelga de su brazo mientras pasean.

Salen de la habitación y, agarrados como una pareja feliz, se dirigen a la cafetería.

—¿Cómo están tus padres? —pregunta ella mientras se pega a él todo lo que puede.

—Ya te puedes imaginar —responde él sin dejar de disfrutar del contacto de su mujer—. Mi padre siempre ha sido el duro de la familia, pero ahora está destrozado porque, aunque nunca han sido muy cariñosos, no puede evitar ver a mi hermana como su niña. Ahora, es mi madre la que está siendo fuerte y la que está tirando de él.

—Es normal —añade Paula con seguridad—. Siempre dicen que somos el sexo débil, pero las mujeres somos más fuertes en estos casos.

—Aun así, mi madre se está haciendo la dura, pero me imagino que, por dentro, tiene que sentirse fatal —comenta Roberto con tristeza—. Creo que se siente culpable por lo que ocurrió. Me parece que puede echarse la culpa de que Sara se fuera de casa. Sé cómo es mi madre y nunca nos ha negado su apoyo. Me da miedo que pueda pensar que todo ocurrió porque ella no supo mantener a mi hermana a su lado.

—No lo creo y espero que eso no ocurra. Me gusta tu madre. Es una gran mujer, pero ya sabes que es un poco fría con vosotros. No quiero decir que no os quiera es solo que...

—Ya lo sé. Nunca habría recibido un premio a la madre más cariñosa del mundo, pero es normal que esté preocupada por Sara.

—Ya lo sé.

En ese momento, llegan a la cafetería, entran y se sientan en una mesa un poco escondida. En

esta ocasión es Paula la que coge las riendas y deja que Roberto se relaje un poco.

—¿Qué quieres desayunar?

—La verdad es que no tengo ni idea. Quizá un café con leche y un croissant a la plancha.

—Así me gusta. Tienes que comer, cariño. A ver si te vas a poner malo —añade Paula con todo el amor que siente por él.

—Me encanta cuando te comportas como si fueras mi madre —le sonríe—. Me hace sentir muy bien.

—Pues claro —replica ella a la vez que se inclina para besarlo con suavidad.

Paula se va a la barra de la cafetería a pedir los desayunos y Roberto se queda con sus pensamientos. No hace nada más que darle vueltas a todo lo que ha pasado con Sara. En parte, se siente culpable por todo lo que ha ocurrido ya que sabía que su hermana era una cabra loca y quizá le hubiera correspondido a él como su hermano mayor el velar por ella. Está destrozado y no puede evitarlo. Ha cogido unos días de permiso para estar junto a su hermana, pero tiene que empezar a trabajar al día siguiente y no se siente con fuerzas.

—Hola, cariño —le dice alguien a su espalda.

Roberto levanta la vista sobresaltado. Ha reconocido esa voz al instante y sabe que es sinónimo de problemas y de los gordos.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Roberto con aspereza sin poder mirar de reojo hacia donde está Paula.

—Llevabas días sin llamarme y sin coger el teléfono y estaba preocupada —explica María con un tono sensual—. He hecho unas averiguaciones y me he enterado de lo de tu hermana. Lo siento mucho, de verdad. Por cierto, ¿cuándo viene tu mujercita al hospital? No creo que le hiciera mucha gracia encontrarme aquí.

—Más vale que te vayas ahora mismo. —Roberto se muestra nervioso—. Está en la barra pidiendo el desayuno.

María se da la vuelta sobresaltada pensando en que Roberto le está gastando una broma, pero se asusta aún más cuando descubre que lo él le ha dicho no es ninguna broma. Se despide a la carrera.

—Llámame luego. Si no lo haces me vuelvo a plantar aquí sin avisar. —Esta vez lo dice con una sonrisa irónica. Roberto sabe que no bromea.

—Vale, luego te llamo —le responde con desgana.

María le lanza un beso y se encamina a la salida de la cafetería justo en el instante en el que Paula acaba de coger las cosas para volver a la mesa.

—Siento haberte dejado solo, vida —le dice ella con mucha dulzura—. ¿Sabes una cosa? Te quiero.

—Yo también te quiero —responde un poco distraído.

Está muy acostumbrado a esas muestras de cariño por parte de su esposa. En ese aspecto, son polos opuestos. Ella es muy cariñosa y le gusta expresar todo lo que siente en cada momento tanto si es bueno como si es malo. No se queda nada dentro. Pero Roberto es todo lo contrario y él mismo reconoce que se parece demasiado a sus padres en ese tema. Rara vez la abraza o le dice cosas bonitas y es Paula quien tiene que robarle algún beso furtivo o quien le obliga a responder a sus frases cariñosas. Ella se ha acostumbrado en todos estos años al hecho de que si quiere oír un “te quiero” salir de los labios de Roberto tiene que ser como contestación a un “te quiero” dicho por ella. Lo sabe y no le molesta. Siempre ha tenido claro que Roberto le demuestra su amor de una manera distinta, simplemente, a su manera.

—¿Te ves con fuerzas para volver a trabajar? —le pregunta Paula rompiendo el silencio.

—La verdad es que no me apetece mucho, pero me estoy mentalizando. Tengo que empezar mañana y lo haré. Por lo menos, me deja tranquilo el saber que estoy aquí cerquita y puedo venir a ver a mi hermana siempre que quiera. —No puede reprimir una lágrima—. Cariño, me hubiera encantado que todo hubiera sido distinto entre mi hermana y yo. Creo que, de haber estado más pendiente de ella, esto no habría ocurrido.

—No te engañes, Roberto. —Cada vez que Paula lo llama por su nombre es porque va a decirle algo profundo y serio—. Nada habría cambiado. Esto no es culpa tuya porque tampoco es culpa de tu hermana. Nadie hubiera podido evitar que ese cerdo que la atacó hubiera ido detrás de ella. Por lo que cuentan sus amigas, ella no lo provocó ni nada parecido; tan solo ocurrió. No te martirices porque no es culpa tuya.

—Gracias, mi vida. No sé qué haría sin ti —dice Roberto con dulzura.

—Harías lo mismo, pero con alguna zorrita de esas que van detrás de ti —responde Paula con un mal fingido enfado para intentar arrancar una sonrisa a su marido.

Lo consigue y Roberto sonríe, pero no se atreve a responder. Recuerda lo ocurrido con María hace unos instantes y prefiere no tentar al diablo. Por suerte para él, una nueva visita cambia de tercio y puede volver a respirar.

—Hola, jefe.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me gusta que me llames así? No soy tu jefe.

—Ya te acostumbrarás. Hola, Paula.

—Hola, Andrés.

—¿Cómo estás?

—Bueno, bien, pero lo de Sara...

—Es verdad. ¿Qué tal está?

—De momento, todo sigue igual —contesta Roberto con semblante serio—. Estamos esperando que despierte para comprobar las secuelas de lo ocurrido. Esperemos que todo salga bien y podamos reírnos de todo esto en breve.

—Eso espero yo también —dice Andrés al tiempo que le da una palmada amistosa en el hombro.

Andrés es lo más parecido a un ayudante que puede tener Roberto. Se supone que son colaboradores y, hasta el momento del ascenso de Roberto, ocupaban un puesto similar. Éste siempre tuvo la sensación de que Andrés no era muy ambicioso y se confirmó con su ascenso ya que su compañero se convirtió en un auténtico pelota, en alguien completamente servicial. Era algo que Roberto nunca había soportado, pero, en esta ocasión, tenía que reconocer que la actitud de su ayudante le hacía la vida más cómoda. Era una persona muy eficiente y, sobre todo, muy metódica por lo que podía llevar a la vez un cerro de expedientes y sabía lo que ponía en cada uno de ellos y dónde podía encontrar el papel que necesitara sin dudarle ni un instante. Y, por si fuera poco, a Roberto le caía bien. Era un tipo simpático y extremadamente educado.

—Te he preparado los últimos expedientes por si quieres revisarlos —comenta Andrés con eficiencia—. Están encima de tu mesa. Los he clasificado por orden de llegada, pero he ido marcando cada una de las entrevistas con los pacientes para que te sea más fácil llegar al meollo de cada caso.

—Muchas gracias —dice Roberto sonriendo de nuevo—. La verdad es que me facilitas mucho el trabajo y te aseguro que lo que ahora necesito es que mi trabajo sea muy fácil. No quiero darle muchas vueltas a la cabeza con lo de mi hermana. Quiero estar entretenido pero no agobiado.

—Me parece bien, jefe... Roberto. Tengo por aquí el de tu nuevo paciente —comenta al tiempo que abre su maletín y extrae de él una carpeta de color marrón—. Nos habías pedido algo sencillo

y este parece ser un caso que te puede resultar cómodo de llevar. ¿Quieres que te dé un adelanto?

—No quiero aburrir a Paula. Luego lo vemos.

—Por mí no hay problema —explica su mujer—. Tengo que mirar unos correos en el móvil así que...

—Entonces, vale.

—A ver —comienza Andrés—, el paciente es un hombre blanco de algo menos de 40 años. Tuvimos con él la entrevista rutinaria. Parece ser que el tipo vive solo, no tiene pareja y sus padres murieron hace unos cuantos años. Me dio a entender que hace mucho que no sale con nadie y tampoco debe de tener muchos amigos. Es arquitecto y profesionalmente no creo que tenga problemas.

—Pues no parece una historia muy entretenida —interrumpe Roberto—. ¿Y dices que intentó suicidarse?

—Eso parece. No lo ha reconocido, pero ha querido ponerse en nuestras manos y lo hace por la vía privada. Dice que una persona le aconsejó hablar con alguien y que eso es lo que está haciendo.

Roberto está pensativo. Algo le dice que no va a ser un caso tan sencillo como se presume o como quiere venderle su ayudante. Cree que hay mucho más en toda la historia y necesita compartirlo con Andrés.

—Algo no cuadra —le dice pensativo—. No parece tener tantos problemas como para querer suicidarse.

—¿Y eso es malo? —inquire Andrés con verdadera curiosidad—. Será más sencillo de resolver. ¿No crees?

—Todo lo contrario —niega Roberto—. Los casos más sencillos de resolver son aquellos en los que los problemas del paciente se encuentran a ras de piel y son actuales; ya sabes, rupturas con la pareja, desastres económicos y todas esas cosas. Es más sencillo lidiar con un toro cuando ves por dónde te viene y éste no es el caso.

—Ya comprendo lo que quieres decir —afirma Andrés—. ¿Piensas que pueden ser traumas de su infancia?

—Eso tendrá que decirlo él. Nosotros lo guiaremos en todo lo que él quiera contarnos. Hace muchos años, antes de que trabajaras con nosotros, llevé un caso muy peliagudo y me recuerda en algo a éste. Todo empezó de la misma forma; también fue un intento frustrado de suicidio. Esa vez fue una chica joven que tenía problemas con su novio. No tenía muchos amigos pero tenía alguno. Parecía que todo iba relativamente bien y, en principio, todos pensamos que los problemas podían haber surgido por culpa de su novio. Tenían una relación bastante azarosa y discutían mucho, pero no parecían motivos suficientes como para convertir a una persona alegre y divertida en alguien deprimido y triste. Tenías que haberla visto. Conseguí que me enseñara fotos de unos años atrás y parecía una persona distinta. En todas esas fotos se veía a una joven guapa, alegre y despreocupada y lo que en ese momento tenía frente a mí era un residuo de todo aquello.

Roberto se queda callado durante unos instantes. Parece que le cuesta volver a procesar todos esos recuerdos. Quizá era algo que dormitaba en su interior y ahora ha despertado y no acaba de entender por qué. Por fin, parece volver de su ensimismamiento.

—¿Qué ocurrió con aquella chica? —pregunta Andrés realmente interesado.

—Ocurrió que no vimos donde estaba el problema porque nos centramos en todo lo que le estaba ocurriendo en ese momento. Nada de lo que hablábamos le hacía sentir mejor porque no estábamos tratando el foco de su dolor y ella no era capaz, por sí misma, de llegar a relacionar todo lo que sentía con lo que había vivido unos años antes. Era como si le doliera el hombro y le

tratáramos la rodilla. —Roberto parece triste—. No sabíamos qué hacer y tanto mi equipo como yo estábamos desesperados porque veíamos cómo se iba apagando día tras día sin poder hacer nada por remediarlo.

—¿Qué hicisteis?

—Tuvimos que darle el alta. Yo no quería hacerlo, pero mi jefe no me dejó opciones. Me dio la sensación de que, al perder el contacto conmigo, se le fue lo único que la aferraba a la vida. Yo sabía que se sentía un poco mejor cada vez que hablaba conmigo, pero no pudimos continuar.

—Así que, te quedaste sin saber dónde estaba el problema —comenta Andrés pensativo—. ¿Y nunca has tenido dudas respecto a si tenías razón? ¿Nunca te has preguntado cómo estará y que habrá sido de ella?

—No, es algo que nunca me he preguntado —responde Roberto tras un suspiro.

—No es propio de ti —interrumpe Andrés—. Lo siento, pero te imagino intentando averiguar cómo estaba esa chica y comprobando si podías ayudarla de algún modo. No te veo pasando de ella.

—No tuve más remedio que pasar de ella —contesta Roberto con la mirada en el vacío—. A los dos días de darle el alta intentó suicidarse otra vez, pero esa vez lo consiguió.

Andrés se queda mudo y Paula levanta la vista y la fija en su marido. Él nunca le había hablado de esa joven y ahora lo veía triste y apagado. Agarra su mano y se la besa para que sepa que está junto a él y lo apoya.

—Lo siento, jefe —dice Andrés con un hilo de voz y sin percatarse del trato dado a su compañero de trabajo—. No tenía ni idea. Después de aquello, no me extraña que este caso no te parezca rutinario.

—Ya sabes que no me gusta dar consejos, pero voy a hacer una excepción y te voy a dar uno de los buenos, querido amigo —comenta Roberto en plan cariñoso—. Nunca quites importancia a ninguno de los casos que lleguen a tus manos. Cada uno de ellos puede esconder lo que no es evidente a primera vista. En psiquiatría, hasta lo más obvio pueden llegar a ser lo más enrevesado que te puedas encontrar.

—Lo apunto. No te preocupes. Me parece un buen consejo y te aseguro que no lo voy a olvidar nunca.

—Bueno, voy a echar un vistazo al expediente de mi nuevo paciente. Intenta concertar una cita con él para mañana —le pide Roberto—. A ver qué nos encontramos.

—Muy bien, jef... Roberto.

Andrés se pone en pie, se despide de Paula y abandona la cafetería. Roberto se deja caer en la incómoda silla y comienza a leer el expediente de su nuevo paciente. Hay algo que no le cuadra y no sabe lo que es; presiente que puede ser un caso interesante. Cruza los dedos para que su paciente pueda acudir a consulta al día siguiente porque está deseando conocer a esa persona. Le da la sensación de que, si pudiera ayudar a esa persona, la dolorosa experiencia vivida con la chica que se suicidó unos años antes habría servido para algo. Un buen rato después, cierra la carpeta, la deja sobre la mesa y suspira.

—¿En qué piensas?

—En este hombre. No sé. Me da mala espina. Un tipo que intenta suicidarse y hace todo lo posible para lograrlo puede volver a intentarlo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Supongo que intentar abrirle los ojos y convencerlo de que la vida es muy bonita. Creo que puedo hacer mucho por él...

—Por cierto y hablando de hacer mucho por alguien —lo interrumpe Paula a la que una duda la

asalta como un fregonazo—, ¿han venido las amigas de tu hermana?

—La única que vino los primeros días fue Cristina —responde él con mucha tristeza en los ojos—. Ahora, casi no viene. Las demás, vinieron un día y ya no volvieron. Cuando despierte, va a ser algo muy duro para Sara. Espero que sus amigas no la fallen y estén a su lado.

—¿Por qué no llamas a Cristina? Tienes su teléfono, ¿no?

—Sí. No es mala idea.

Saca el teléfono del bolsillo del pantalón, busca un número en la agenda y marca. La voz de la amiga de Sara le llega nítida al otro lado de la línea.

—¿Sí, dígame?

—Hola, Cris —saluda con la extraña sensación de estar obligando a la amiga de su hermana a hacer algo que no desea—. Soy Roberto, el hermano de Sara.

—Hola, Roberto. —Cris se sobresalta—. ¿Ha pasado algo? ¿Sara está bien?

—Sí, sí. No te preocupes. Todo sigue igual. Solo quería saber si vas a venir en algún momento a verla. A Sara le haría ilusión.

Sabe que ha sonado un poco estúpido pensar que a su hermana pueda hacerle ilusión la visita de su amiga estando en coma, pero le ha salido de forma espontánea.

—Claro —comenta Cris tras un breve silencio que no pasa desapercibido para Roberto—. En cuanto saque un rato voy a verla. Ahora tengo que dejarte porque voy a entrar a clase.

—Muy bien. Entonces te veo por aquí dentro de poco. Cuídate.

—Tú también, Roberto. Un beso.

Oye un clic y luego la señal de que ella ha colgado. No le da muy buena espina. Sigue con la idea de estar acorralando a la amiga de su hermana para que vaya a verla.

—¿Qué pasa?

—Me da que las amigas de mi hermana no van a venir.

—Pero...

—Va a ser duro para ella. Cristian la echó de su casa y sus amigas ahora la dejan de lado. No sé...

—No le des muchas vueltas.

—Creo que voy a subir al despacho a trabajar un rato. ¿Te vas al trabajo?

Paula sonrío y le toma la mano.

—Sí. Voy a pasar un rato por el bufete y luego vengo a ver a Sara.

Roberto se inclina y la besa en los labios con infinito amor. Un amor que parece necesitar compartir con otra mujer que entró en su vida como un tornado y que ahora parece querer arrasarlo todo a su paso. Sale de la cafetería y regresa a su despacho donde se encuentra con su secretaria.

—Buenos días, Elsa.

—Buenos días, Roberto.

Elsa es la secretaria de Roberto. Parece que lleve a su lado toda la vida, aunque solo lleva trabajando para él un par de años. Es una mujer de más de cincuenta años que aún deja vislumbrar un indudable atractivo físico y a la que Roberto tiene mucho cariño porque lo trata como si fuera su propio hijo. No es la típica secretaria preocupada únicamente del trabajo; se preocupa de Roberto como persona y no solo como jefe. Más de una vez ha llegado a llevarle comida, a pesar de no ser su cometido, cuando comprobaba que Roberto tenía mucho trabajo y se olvidaba hasta de almorzar.

Roberto sabe que Elsa está muy afectada por lo que le ha ocurrido a su hermana, aunque solo la ha visto unas cuantas veces, pero es una mujer que siempre se ha hecho la dura delante de su

jefe y Roberto lo sabe así que los dos han decidido, sin decirlo, no hablar sobre ello. Ni tan siquiera se preocupa de preguntarle a Roberto por el estado de Sara porque, siempre que puede, acude a verla y, realmente, lo hace porque desea hacerlo y no para quedar bien con su jefe.

Roberto entra en su despacho y Elsa, como cada mañana de los últimos años, lo sigue con una humeante taza de café recién hecho. Es una costumbre que a Roberto le costó asumir en un principio, pero que ahora ha llegado a encantarle. No puede evitar verse a sí mismo como uno de esos médicos de las series norteamericanas con un gran despacho y una despampanante secretaria que le lleva el café y le pone ojos tiernos, aunque, por mucho que le guste verse así, su despacho no es tan grande ni su secretaria le intenta seducir a cada instante. De hecho, tiene claro que nunca cambiaría a Elsa por ninguna mujer por despampanante que fuera ya que siempre se ha sentido muy afortunado por tenerla como secretaria y, la mayoría de las veces, como amiga.

—¿Cómo te encuentras esta mañana? —pregunta Elsa entrando detrás de él en el despacho—. ¿Preparado para afrontar tu vuelta al trabajo?

—Nunca se está preparado para esto después de todo lo que ha pasado, pero estoy bien —contesta Roberto sonriente—. No te preocupes.

—Ya me he enterado de que Andrés te ha dado el expediente con la ficha de tu nuevo paciente. Lo hemos llamado y puede venir hoy mismo a las once —explica Elsa con eficiencia a la vez que le pone la taza encima de la mesa.

—Muy bien. Me tomaré el café y daré una vuelta por la planta para ver cómo están los pacientes y comprobar si todo sigue en orden —responde Roberto con la idea de parecer un jefe duro y controlador, pero sin conseguirlo—. Seguro que todo está bien. ¿Andrés está en su despacho?

—¡Vaya pregunta! —exclama Elsa—. Ya sabes cómo es. Lleva aquí más de una hora y solo ha dejado el despacho para ir a tomar un café. Le encanta su trabajo y todos los días llega el primero, hace una pequeña pausa para comer en su despacho y se va el último.

—Sí, es un tipo extremadamente trabajador y responsable. ¿Hay alguna cosa más?

Elsa comprueba sus notas y se pone seria, de una forma que a Roberto le parece extraña, al ver una de ellas

—Tienes varias llamadas de una tal... María —explica con una ceja arqueada—. Una mujer muy... insistente.

Roberto se incorpora incómodo en el sillón e intenta buscar algo en uno de los cajones de su mesa tan solo para ganar tiempo antes de responder. La forma de darle el recado su secretaria ya dejaba claro que sabía que esa no había sido una simple llamada de trabajo. Una vez más, la eficiente secretaria deja su sitio a la mujer que tanto se ha preocupado por él en estos años. Roberto tiene claro que el tema con María se está empezando a complicar y no le gusta ni un pelo. De momento, decide resolver la situación sin dar explicaciones y sin molestarse en mentir.

—Muy bien —responde Roberto con tono cortante—. Voy a hacer la ronda.

—Por cierto, ¿cómo está Paula? —inquieta Elsa que, irónicamente, aprovecha ese momento tenso para preguntar por ella y hacer que Roberto se sienta incómodo con la situación. Es muy lista y él lo sabe.

—Está bien —explica Roberto con una sonrisa torcida en los labios—. Ya sabes que es más dura que yo y es la que siempre ha tirado de mí.

—Es una gran mujer —comenta Elsa en un tono que Roberto considera de reproche.

—Ya lo sé. Vamos a trabajar un poco.

Roberto se levanta y se dirige a la puerta. Deja salir a su secretaria delante de él y se encamina pasillo adelante ensimismado en sus pensamientos y dándole vueltas a la entrevista que va a tener

en breve con su nuevo paciente e intentando dejar de lado el problema de su aventura amorosa. Ahora preferiría no haberla empezado y desearía con todas sus fuerzas poder salir de ella sin que le causara problemas con su mujer.

En ese momento, decide ir a ver a su hermana. Es una de las cosas buenas de trabajar en el mismo hospital. Abandona su departamento y se encamina a los ascensores para ir a la planta baja, desde allí sale a la calle y se encamina al ala donde se encuentra la habitación de su hermana. Sigue con el mismo presentimiento de que Cris no va a volver al hospital para ver a Sara y le duele pensar en que eso pueda llegar a ocurrir. Cuando su hermana despierte va a querer ver a sus amigas aunque tiene la vaga esperanza de estar equivocado respecto a las chicas.

Hace una pequeña parada en una de las máquinas expendedoras de comida que hay en la entrada y compra un paquete de gominolas. Sigue dándole vueltas a la conversación con Cris y, con todos estos pensamientos en la cabeza, llega a la habitación de su hermana. Todo sigue igual y allí está ella con los ojos cerrados como si tan solo estuviera descansando. Roberto se acerca a la cabecera de la cama, se sienta en una silla al lado de su hermana y toma una de sus manos entre las suyas.

—Hola, cariño —le susurra al oído—. Acabo de hablar con Cris. Dice que está deseando verte y que te quiere mucho.

Una mentira piadosa.

Una ilusión

«Tampoco tengo nada que perder...»

Con ese pensamiento en la cabeza es con el que Pedro llega al hospital. Lleva varios días dándole vueltas a la idea de ponerse en manos de un psiquiatra y, aunque nunca le ha gustado la idea, tiene que reconocer que no pierde nada por charlar un poco con un desconocido. No es que vaya con la idea de abrir su mente y su corazón a un extraño, pero, después de todo lo que ha pasado, siente curiosidad por comprobar si un profesional de la mente puede llegar a ser también un profesional de los sentimientos. Lo duda.

Siempre había pensado en los psiquiatras como en auténticos charlatanes de feria que lo único que hacen es sacarte el dinero mientras utilizan auténticos topicazos. Le recuerdan a todas esas personas que leen el futuro en las cartas del tarot aprovechándose de la ingenuidad y la necesidad de personas desesperadas. Este es el momento de comprobar si estaba en lo cierto.

Deja el coche en el aparcamiento y, con desgana, se encamina al hospital. Coge el ascensor y sube a la planta de psiquiatría. Mira su reloj como si su vida dependiera de ello; sabe que llega antes de tiempo. Es una costumbre que lo acompaña desde que era adolescente y nunca le ha gustado llegar tarde a los sitios. Entra en el departamento y, sentada en una mesa, ve a una mujer de mediana edad bastante atractiva.

—Buenos días —saluda Pedro.

—Buenos días —corresponde la mujer con una enorme sonrisa que muestra una dentadura perfecta.

—Tengo una cita con uno de los psiquiatras, pero no me han dicho el nombre de la persona a la que tengo que ver —comenta Pedro un poco intranquilo. No tiene ni idea del porqué, pero no se siente a gusto allí.

—¿Su nombre es?

—Pedro Fernández.

La mirada de la mujer se ilumina como si lo conociera de algo, pero no añade nada más. Tan solo asiente y se levanta con parsimonia, coge una carpeta de una bandeja y comienza a andar pasillo adelante.

—Sígame, por favor.

Pedro no dice nada a pesar de que ha notado algo raro en la secretaria. Tan solo se pone a andar detrás de la mujer. No puede evitar mirarle el trasero y pensar que es una mujer muy apetecible para su edad. No puede evitar esbozar una sonrisa al verse en la consulta del psiquiatra y con la mirada posada en el culo de una secretaria cincuentona. Está convencido de que esa sería una buena carta de presentación para la primera cita con lo que él llama «el loquero».

Llegan a un despacho y la secretaria abre la puerta y lo invita a entrar. Pedro no se hace de rogar, entra en la salita y se queda de pie.

—Puede sentarse si lo desea —aclara la mujer con mucha educación.

—Estoy bien así. —A Pedro no le hace ni pizca de gracia esperar a un desconocido sentado cómodamente, pero con la sensación de encontrarse indefenso en su territorio.

—Muy bien —dice la secretaria con otra de sus resplandecientes sonrisas en el rostro—. En

breve llegará el doctor. Si necesita algo no dude en pedírmelo. Me llamo Elsa.

—Muchas gracias —replica Pedro al que la palabra doctor no le ha gustado mucho porque le hace sentirse como si estuviera enfermo.

—Por cierto, necesitamos una foto tipo carné para el expediente. La puede traer en la próxima sesión.

—De acuerdo. —Pedro asiente sin saber si va a haber una próxima sesión y sin entender para qué puede querer un psiquiatra una foto suya.

Mientras espera, no puede resistir acercarse a la pared situada detrás del escritorio para echarle un vistazo a todos los títulos que a los médicos les encanta mostrar. Aquel mural intenta parecer una garantía de que la persona que ha hecho todos esos *Masters*, y que te va a tratar, realmente ha estudiado algo. Todos tienen el mismo nombre. Parece que esa persona se ha preparado a conciencia.

—Buenos días. ¿El señor Fernández? —pregunta un hombre a su espalda.

Pedro se da la vuelta como un resorte y se ruboriza al sentirse pillado in fraganti.

—Buenos días. Puede llamarme Pedro —contesta al tiempo que se acerca para darle la mano.

—Muy bien, Pedro. Mi nombre es Roberto de Miguel, pero puede llamarme Roberto.

—Entonces, si ya somos amigos, lo suyo sería que nos tuteáramos —comenta Pedro con desparpajo.

—Perfecto. —Roberto también muestra una cordial sonrisa—. Me parece bien que nos tuteemos.

El comienzo de la entrevista ha desconcertado a Roberto, pero no puede mostrarlo a su paciente. Lo que le parece extraño es que, en la mayoría de los casos, cuando una persona llega por primera vez a una consulta de psiquiatría suele mostrarse reservado, pero, en esta ocasión, tiene la extraña sensación de que su paciente parece hasta feliz de estar allí.

—Sentémonos —le pide Roberto a la vez que acompaña el ruego con un gesto de la mano.

Pedro mira alrededor como buscando algo que hubiera perdido.

—¿Qué ocurre? —pregunta Roberto sorprendido.

—Estaba buscando el diván para tumbarme.

—No tengo diván. —Roberto no puede evitar mostrarse divertido—. La gente se dormía en cuanto empezaba a hablar. Mejor nos sentamos en estos sillones.

Pedro se acomoda en el que le indica Roberto y, acto seguido, éste hace lo propio en el que se encuentra situado enfrente. Coge la carpeta de su escritorio y se la coloca encima de las rodillas, pero sin abrirla.

—¿Vamos al grano o prefieres que charlemos de cosas insustanciales? —inquire Pedro con un desparpajo poco usual.

—Hay una cosa que me preocupa —confiesa Roberto cada vez más sorprendido por la actitud de Pedro—. Me está dando la sensación de que no te lo vas a tomar muy en serio y vas a estar todo el tiempo intentando torearne y eso es algo que no soporto. Yo voy a ser muy sincero contigo y me gustaría que tú también lo fueras.

—¿A qué te refieres?

—A algo tan sencillo como que hagamos un trato —le aclara Roberto—. Yo me comprometo a decirte siempre la verdad y quiero lo mismo de ti. ¿Estás de acuerdo?

Pedro se queda pensativo. Era algo que no se esperaba pero le parece muy justo. Tampoco piensa ponérselo fácil así que no le preocupa demasiado ese intercambio de sinceridad.

—Estoy de acuerdo —responde Pedro sin saber muy bien qué se le puede venir encima—. Por mi parte no hay problema.

—¡Genial! —exclama Roberto satisfecho—. ¿Empezamos?

—Me parece bien. —Pedro se recoloca en el sillón e intenta disimular la desconfianza que siente hacia el psiquiatra.

Roberto abre la carpeta justo en ese instante, observa algo con calma y levanta la cabeza con lentitud hasta mirar a Pedro con fijeza a los ojos. La pregunta seca y directa de Roberto sobresalta a Pedro.

—¿Fue un intento de suicidio?

Lo ha prometido. Ha hecho un trato y ahora no puede echarse para atrás. Siempre ha sido un hombre de palabra y, para él, la sinceridad es una de las cosas más importantes en la vida. Ahora se da cuenta de que Roberto lo ha acorralado y le ha tendido una trampa. Respira hondo antes de contestar.

—Sí. —Es lo único que Pedro llega a responder.

—Bien —responde Roberto complacido por la respuesta, aunque, de alguna forma, extrañado por la sinceridad de su paciente—. ¿Y por qué? Sé que no es una pregunta fácil de responder, pero tenemos todo el tiempo del mundo y podemos llegar a la respuesta.

—Es mucho más sencillo de responder de lo que te imaginas. Simplemente, mi vida es una mierda.

—Me lo imagino —dice Roberto con una ceja arqueada—. La gente que intenta suicidarse no suele tener una vida llena de alegrías, pero me gustaría que fueras más explícito.

—No hay mucho que explicar —le cuenta Pedro con mucha tranquilidad—. Imagínate tu vida con una infancia sin amigos, obeso y repudiado por todo el mundo. A eso, añádele una adolescencia con la misma obesidad, aún sin amigos y sin que ninguna chica te haga caso porque les das asco. Si te parece poco todo lo que te estoy contando, intenta imaginarte que las únicas personas que tienes en el mundo como son tus padres mueren en un accidente de tráfico y te dejan solo en este mundo. Y después de todo eso, piensa en un trabajo donde todos tus compañeros te dan de lado tan solo por el hecho de no ser como ellos. Una vez que hayas conseguido hacerte una mínima idea, imagínate la soledad más dolorosa y multiplícala por diez. De esta forma, quizá llegaras a vislumbrar cómo me siento. Perdona, debe de ser un esfuerzo demasiado grande para una persona como tú cuando es evidente que no has pasado por ninguna de esas circunstancias. Con toda seguridad, todo el mundo te adora. ¿A que no me equivoco?

—La verdad es que no mucho —responde Roberto intentando que todo lo que le ha contado su paciente no le afecte y correspondiendo con sinceridad a la pregunta de Pedro—. Pero también tengo mis problemas aunque sean de otra índole. No todo el mundo es feliz. Lo importante es saber sobreponerse a las desdichas.

—¿¡Ya empezamos con los topicazos!? —exclama Pedro—. Me esperaba algo más, de verdad.

—Tienes razón. —Roberto sonrío con ironía—. Ha sido un descuido por mi parte. Es la costumbre.

—¿Y cuáles son esos problemas que tanto te preocupan? —pregunta Pedro de repente.

—No estamos aquí para hablar de mí sino de ti. —Roberto no puede evitar ponerse a la defensiva.

—Creía que habíamos hecho un trato. Íbamos a decirnos toda la verdad, ¿no?

Roberto sopesa la cuestión y llega a la conclusión de que ese tipo es muy listo y tiene muy claro que la única forma de que se abra es logrando su completa confianza. Quizá tenga el precio de perder un poco de su intimidad, pero cree que puede merecer la pena hacer un pequeño intercambio de información. En la facultad le hablaron de la técnica del espejo con la que se lograba mayor implicación por parte del paciente, pero nunca se había planteado usarla, aunque,

en esta ocasión, cree que puede ser fundamental y decide emplearla a pesar de saber que puede llegar a sentirse incómodo.

—Tengo una hermana pequeña —explica Roberto con la cabeza gacha—. Hace un par de semanas le dieron una paliza en la puerta de una discoteca y ahora está en coma. No sé si llegará a despertarse y, además, es muy probable que haya quedado paralítica para siempre.

Pedro escucha impertérrito, pero no puede evitar sentirse incómodo. No pensaba que el problema de Roberto fuera tan importante. Se imaginaba que podía ser algo como “no logro encajar en mi club social” o “mi mujer ha dejado de quererme”, pero sabe que todo esto es muy grave y casi se arrepiente de haber preguntado. Aun así, se encuentra tranquilo porque está siguiendo las pautas del trato; sinceridad absoluta.

—¡Vaya! Lo siento —se disculpa Pedro una vez que ha conseguido ordenar un poco sus ideas—. No me imaginaba que fuera algo tan grave.

—Ya ves. Todos tenemos problemas, pero no intentamos suicidarnos —comenta Roberto en voz baja.

—Ya te dije que no ibas a entenderlo —responde Pedro de mala manera e indignado por ese último comentario—. Tú tienes un problema puntual que estás sufriendo en este mismo momento, pero no lo llevas arrastrando desde que naciste.

—Solo quería demostrarte que todo el mundo tiene problemas.

—Ni se te ocurra meterme en el saco de todo el mundo porque cada uno sufre su dolor de una forma independiente y no se puede generalizar.

—Eso ya lo sé —replica Roberto con la idea de suavizar la situación—. No quería ofenderte. Tan solo quería hacerte ver que la gente lo pasa mal al igual que tú, pero levantan la cabeza y continúan.

—No todo es tan sencillo. Tú no tienes ni idea de lo que es sufrir de verdad cada día de tu vida; cada minuto; cada segundo. ¿Y tú quieres ayudarme? ¡Me descojono!

Pedro se levanta sin disimular su enfado y se dirige hacia la puerta del despacho. Roberto no se esperaba esa reacción. Ha metido la pata y está convencido de que el paciente no va a volver, pero, una vez más, éste lo sorprende.

—¡Me voy! —exclama Pedro al tiempo que gira sobre sus talones y mira hacia Roberto—. Ahora no me apetece seguir hablando, pero no te preocupes, no te vas a librar tan fácilmente de mí. Hablaré con tu secretaria para concertar otra visita.

Roberto se queda solo en el despacho. La primera sesión después de su vuelta ha resultado bastante más agotadora de lo que él esperaba, pero lo achaca al tiempo que llevaba sin ver a ningún paciente. Se siente cansado y un poco triste y necesita animarse un poco así que se levanta y decide ir a ver a su hermana. Se despide de Elsa al pasar y abandona la consulta con prisa para evitar las preguntas de su secretaria. No le apetece hablar. Cuando llega al vestíbulo de ascensores, pulsa el botón, se cruza de brazos y piensa en Pedro. Vuelve a maldecir por lo bajo su metedura de pata y, aunque se encuentra cansado tras la visita de su paciente, se sorprende al percatarse de que está deseando volver a hablar con él y saber más de su vida. Con todos esos pensamientos en la cabeza sale de su edificio y entra en el colindante de urgencias donde no tarda mucho en llegar a la planta donde su hermana lucha por abandonar el mundo de los sueños más profundos. Allí se encuentra con su amigo el médico que se dirige hacia él nada más verlo.

—Buenos días, Jandro.

—Buenos días, Roberto. ¿Cómo llevas el día?

—¿Te acuerdas que te comenté que hoy comenzaba a ver pacientes otra vez? —pregunta Roberto que se acaba de dar cuenta de que se moría por hablar con alguien.

—Sí. ¿Qué tal ha ido? —pregunta el médico con interés.

—La verdad es que mucho mejor de lo que te había comentado. Pensaba que el caso iba a ser muy sencillo y que eso me iba a venir bien para aclimatarme, pero ha resultado todo lo contrario.

—¿Te ha venido mal atender al paciente? —inquieta Jandro con una ceja elevada.

—No. Me ha venido genial porque el tío es muy inteligente y sé que no me va a poner las cosas fáciles. Ha sido un poco agotador, pero ahora me siento de maravilla.

En ese momento, una sombra de dolor cruza por sus ojos. Por unos breves instantes, había olvidado donde estaba y a quién iba a ver. Le encantaba pasar tiempo con su hermana, pero, cada vez que acudía a su habitación, un trozo de su corazón se desgarraba al verla en ese estado.

—¿Cómo está Sara? —pregunta Roberto cambiando de conversación.

—De momento, todo sigue igual. —Jandro intenta mostrar algo de optimismo.

—¿Hablaste con Cristian?

—Sí, lo vi en el gimnasio y se lo comenté. La verdad es que no pareció muy afectado. Me confirmó lo que me habías dicho. Lo habían dejado unos días antes.

—¿Ni tan siquiera parecía preocupado?

—La verdad es que lo he visto varias veces tonteando con una mujer que entrena allí. —Jandro parece incómodo hablando de esto—. Supongo que debe de tener algo con ella.

—Siempre fue un cabrón —dice Roberto indignado—. Me alegro de que ya no esté con mi hermana.

—Aun así, me ha dicho que le vaya contando cómo evoluciona. ¿Te parece mal?

Roberto sopesa durante un instante la cuestión y no ve en qué puede perjudicar a su hermana que su ex sepa cómo se encuentra.

—No me parece mal lo que le puedas contar a ese personaje. Sin problemas.

—Muy bien. Pareces cansado —comenta Jandro preocupado por su amigo y compañero—. ¿Te vas ya a casa?

—No, me quedaré un rato con ella. —Roberto siente algo extraño en la boca del estómago como si una lavadora comenzara a centrifugar en su interior.

—¡Ok! —contesta Jandro—. Sabes que puedes venir cuando quieras.

—Muchas gracias.

Roberto se encamina a la habitación. En la puerta se detiene un instante. Se siente exhausto y, cada vez que va a ver a su hermana, sus energías se van disipando. Se apoya en el quicio de la puerta, baja la mirada al suelo durante un instante y respira hondo un par de veces. Con un suave empujón abre la puerta y entra en la habitación.

La mecánica es la misma que todos los días. Da un beso a su hermana, coge la silla que está situada frente a un escritorio y la coloca junto a la cama, se sienta en ella y toma la mano de Sara.

—Hola, hermanita —susurra Roberto como si temiera despertarla de un largo sueño—. Te he echado de menos y estaba deseando venir a verte para contarte. No te puede ni imaginar lo que me ha pasado hoy.

Ha cogido por costumbre desahogarse con su hermana. Le parece curioso que, después de tantos años, esté haciendo ahora lo que nunca se había planteado llegar a hacer. Ni siquiera cuando pensó en casarse fue capaz de comentarlo con su hermana, pero ahora todo era diferente. Se sentía tranquilo porque ella no podía oír lo que él estaba diciendo. O, por lo menos, eso creía-

—He vuelto a ver pacientes. He tenido el primero esta mañana. No he podido evitar acordarme de ti porque es una de esas personas de las que tú te reírías en una discoteca por su físico... —En ese momento algo se ilumina dentro de la mente de Roberto. Algo como una revelación que se iba convirtiendo poco a poco en certeza; la evidencia de que una persona como

su hermana se reiría de ese hombre en cualquier discoteca dejaba al trasluz el problema que antes no había sido capaz de ver. Intenta imaginarse qué hubiera sentido si alguien como su hermana se riera de él en una discoteca y no puede llegar a vislumbrar el dolor que le roería por dentro. ¿Y si ese dolor se dilatara en el tiempo? No quiere ni pensarlo; no deseaba pararse a pensar que, gente como su hermana, podía provocar a alguien de tal manera con su desprecio que lo llevaran al borde del suicidio—. Todo está bien, cariño. Tú no te preocupes por nada. Tienes que recuperarte y ser muy fuerte.

—¿Roberto? —Ese dulce sonido es como un susurro en una tormenta, como una pequeña llama de vida en la más completa oscuridad. Es el sonido más dulce que él ha escuchado en mucho tiempo y no puede evitar que una lágrima resbale por su mejilla al ver esos preciosos ojos azules contemplarlo como si su hermana acabará de despertarse de un mal sueño.

—Hola, preciosa —le dice Roberto con infinita dulzura—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Dónde estoy? —es lo único que llega a decir Sara con la voz quebrada.

—Estás en el hospital —le explica Roberto con lágrimas en los ojos—. ¿Te acuerdas de algo de lo que te pasó?

Sara se queda pensativa. Su cabeza es un torbellino de sensaciones. Se siente muy cansada, pero lo peor de todo es la certeza de un vacío. A pesar del esfuerzo por recordar, no tiene ni idea de lo que hace en un hospital.

—Roberto, ¿por qué estoy aquí? —pregunta Sara confusa—. ¿Qué ha ocurrido?

Roberto coge aire y procede a relatarle todo lo que ocurrió sin omitir ningún detalle. El bello rostro de Sara se descompone con cada nueva frase que sale de los labios de su hermano. En su cabeza se agolpan un millón de preguntas, pero, cuando Roberto termina de relatar lo ocurrido, solo es capaz de, entre sollozos, preguntar una cosa.

—¿Me violó?

—No, no llegó a hacerlo. El tipo ése está detenido, pero ahora no te preocupes por nada. Tienes que descansar.

Prefiere no comentar con ella la posibilidad de que no vuelva a andar nunca más. Contempla cómo su hermana cierra los ojos y se queda dormida. Sin hacer ningún ruido, se encamina al despacho de Jandro. Está ansioso por decirle que su hermana se ha despertado, pero, al mismo tiempo, está temeroso de lo que su amigo pueda decirle del estado de Sara. Presiente que va a ser duro, muy duro.

Triste

Las primeras luces de Navidad...

A Pedro ya se le ha pasado el enfado después de la primera sesión con Roberto. En cuanto empieza a recorrer «sus» calles, todo se evapora y se convierte en la verdadera terapia para él; dar un paseo por la Gran Vía contemplando las lucecitas y observando a todas esas personas que no saben recrearse con algo tan nimio como los adornos de Navidad. Aunque pueda parecer extraño, le gustan esas fechas porque le traen recuerdos de los días en los que podía compartir cada uno de esos días con sus padres y, en ese momento, en lugar de sentirse triste, una sonrisa ilumina su rostro. Cuando era un niño, las navidades se convertían en la época más feliz del año. Durante las vacaciones podía olvidarse de lo mal que lo pasaba en el colegio y podía soñar con la noche de Reyes y con infinidad de regalos bajo el árbol. El día antes de Nochebuena siempre iba con su padre a ver los puestecillos de la Plaza Mayor. Éste lo subía en sus hombros y, desde allí, Pedro dominaba su mundo de fantasía; un mundo en el que todo era felicidad, nadie odiaba a nadie por su aspecto y, sobre todo, ninguna persona se sentía nunca sola.

Después del día de Reyes todo volvía a la rutina, la asquerosa rutina que Pedro tanto odiaba, pero ahora Pedro se sentía feliz recordando esos días en los que se veía como un niño, un niño querido por sus padres.

Acompañado por todos esos pensamientos decide que es un buen momento para comprar el árbol de navidad así que, con toda la ilusión del mundo, se encamina hacia la Plaza Mayor. Podría haber tomado alguna calle más tranquila, pero para él es obligado cruzar la marea de gente que circula por la calle Preciados. Atraviesa la Puerta del Sol y, cuando llega a la añorada plaza, se queda parado unos instantes bajo los soportales disfrutando ese momento en el que puede saborear de un solo trago la alegría, la añoranza, la tristeza y la esperanza.

—Feliz Navidad otra vez—dice en un susurro—. Todavía sigo aquí.

Una lágrima se desliza por su mejilla.

Después de unos segundos en los que nota cómo su vista se empaña por el llanto, echa a andar entre los puestecillos, que todas las navidades invaden la plaza, viendo las figuritas para los belenes, las esperpénticas pelucas y los artículos de broma. No se entretiene mucho en todo ello porque busca un puesto determinado; un puesto que lleva visitando muchos años. Se pone de puntillas y, con una sonrisa en el rostro y los ojos resplandecientes, puede verlo al fin. Se acerca y se decide al instante.

—Me llevaré ese.

—Muy bien, señor.

Por suerte, el árbol que ha elegido no es muy grande y no le cuesta mucho esfuerzo llevarlo hasta su casa. Aun así, se va parando en algunos puestos a comprar adornos. Esto último se había convertido en una más de sus tradiciones navideñas. Al acabar las fiestas le entraba tal angustia que, todos los años, tiraba los adornos a la basura, aunque sabía que estaban completamente nuevos y podía guardarlos, pero no soportaba tener que hacerlo. Era una señal inequívoca de que se habían acabado las fiestas y tenía que volver a la cruda y amarga realidad; volver a la época que más odiaba del año.

Compra unas cuantas bolas de colores variados, guirnaldas a juego con cada una de las bolas y, lo más importante de todo, una larga ristra de bombillitas de colores con su correspondiente sonidito estridente de villancicos. Además, decide que ya era hora de hacer algo que debía haber hecho muchos años atrás; comprar un pequeño puente para el Belén. Esto era lo único que conservaba al acabar las fiestas, sobre todo porque lo había realizado su madre cuando él era pequeño. A ella le encantaban las manualidades y Pedro podía pasarse horas enteras observando cómo su madre pintaba cada una de las figuras del pesebre impregnando cada una de ellas con todo su amor. Durante todo un año estuvo dedicada en cuerpo y alma a esa tarea y su padre estaba maravillado con el trabajo que ella estaba realizando. Él se encargó de comprar el pesebre, el castillo, un pozo e infinidad de pequeños detalles que adornaban cada uno de los rincones del nacimiento, pero nunca se había decidido a comprar un puente que cruzara el río. Se para en el puestecillo que más lo atrae y estudia con detenimiento cada uno de los pequeños puentes hasta que uno de ellos, hecho con pequeños trozos de madera y con el suelo formado de diminutas tablas, llama especialmente su atención. Lo sostiene unos instantes en las manos y lo observa con detenimiento y visualizando dónde iba a colocarlo. Decide que es simple, pero muy bonito y no duda en comprarlo. Paseando tranquilamente, con el árbol bajo el brazo, cargado de bolsas y con la grata sensación en su interior de la labor cumplida se encamina hacia su casa.

Ni se acuerda de la sesión con su psiquiatra...

Había empezado a nevar...

Los médicos habían decidido que Sara se encontraba bastante fuerte y estable como para abandonar la UCI y la habían subido a una habitación de planta. Todas las pruebas indicaban que no podía andar y las noticias no eran muy halagüeñas. La médula no estaba seccionada por lo que había esperanzas de recuperación, pero un fuerte aplastamiento en la columna la había dejado sin sensibilidad de cintura para abajo. Estaba postrada en la cama y no podía hacer nada por lo que su estado de ánimo iba disminuyendo cada día que pasaba.

Contempla desde la ventana de su habitación cómo caen los copos de nieve mientras su móvil descansa silencioso en su mano; ni una llamada de sus amigas ni de su novio, ni un mensaje. Nada de nada. Por primera vez en su vida se siente vacía y, lo que es peor, terriblemente sola. Una lágrima resbala por su mejilla y va a posarse en la almohada.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Hola, hermanito —contesta Sara con voz apagada, pero con un leve intento por sonreír.

—He estado hablando con Jandro. Me ha comentado que te ve muy decaída y está de acuerdo conmigo en que es muy importante que intentes animarte. El estado de ánimo es fundamental en estos casos y tú siempre has sido una persona muy alegre.

Sara vuelve la cabeza y mira hacia la ventana. Su cabeza es un torbellino, pero un pensamiento se alza por encima de todos.

—¿Tú crees que volveré a andar? —inquire Sara sin mirar a su hermano.

—Estoy convencido de ello —responde Roberto en tono cariñoso—. Sabes que nunca te he mentado y no lo voy a hacer ahora. Va a ser duro y difícil, pero tienes el apoyo de mucha gente que te quiere y no estás sola.

—¿Qué no estoy sola? —A Sara se le quiebra la voz—. No he vuelto a saber nada de Cris ni

de ninguna de mis amigas y, por si fuera poco, mi novio me ha dejado en el peor momento. ¿Y me dices que no estoy sola?

—La verdad es que no sé lo que ha pasado entre tú y tu novio y tengo que reconocer que no me importa mucho. Siempre me ha parecido un capullo. —Roberto sonríe y logra que su hermana también lo haga—. Lo que me extraña mucho es lo de tus amigas. Estuvieron viniendo mientras tú estabas en coma, pero, de un día para otro, dejaron de venir y es algo que no me puedo explicar. El día que te trajeron aquí, estaban destrozadas; pude percibir que te querían y me dio la sensación de que serían capaces de hacer cualquier cosa por ti, pero ahora...

En ese momento, Sara ve la realidad como si estuviera viendo una película. Todo era real; quizá demasiado real. Recuerda una noche en una discoteca y una persona a la que ella menospreció y que vaticinó lo que le estaba pasando. Había perdido todo lo que quería y ahora recordaba lo que esa persona le dijo: «...todo pasa; la belleza y la hermosura son efímeras. Tan solo perdura lo que somos y cómo somos. Nada más. Lo que estás sembrando es lo que recogerás y te verás más sola que la una. Todas esas amigas que ahora son geniales y siempre están a tu lado, no lo estarán si llega el día en que no le sirves para nada...»

Aquel chico había visto, en un instante, más allá de lo que ella había sido capaz de vislumbrar. Se encontraba sola y había perdido todo lo que ella valoraba y todo lo que daba sentido a su vida.

Se echa a llorar desconsolada.

—¡Eh! Ahora no te vengas abajo. Vas a necesitar todas las fuerzas para salir de esa cama. Y lo harás; estoy seguro de que lo harás.

Roberto se sienta en la cama mientras intenta consolarla. Sara se gira y se abraza a su hermano, apoya la cabeza en su hombro y se deja llevar descargando toda esa impotencia y ese dolor en cada una de las lágrimas que vierte.

—Llora todo lo que quieras —susurra Roberto—. Seguro que te sientes mejor.

Quizá no eran las mejores palabras que podía haber dicho, pero salen de su corazón y Sara lo sabe. Poco a poco se va serenando hasta que deja de llorar, se tumba en la cama con los ojos cerrados y, minuto a minuto, se va quedando dormida agotada por el sufrimiento. Roberto se levanta y apaga la luz. En la puerta lo espera Jandro.

—Siento haber oído parte de vuestra conversación —dice Jandro mientras cierra la puerta con suavidad.

—No te preocupes —replica Roberto sin poder reprimir un suspiro—. ¿Cómo lo ves?

—No te voy a engañar. No lo tiene fácil. En estos casos, la fuerza de voluntad y el apoyo de sus seres queridos es fundamental. Si ella tiene motivos para volver a andar lo hará, pero si se deja llevar por el desánimo...

—... se quedará así para siempre —continúa la frase Roberto cabizbajo—. Me va a costar animarla. Ya has oído lo de sus amigas y su novio.

—Lo de sus amigas tampoco lo entiendo, pero lo de Cristian no es algo que me sorprenda. Me preguntó por ella y le dije que se había despertado, pero que no podía andar y se mostró extremadamente frío. Te aseguro que me sorprendió a pesar de saber cómo es.

—A mí ya no me sorprende nada de ese elemento. Ya sabes que nunca me gustó. Pero ahora hay cosas más importantes de las que preocuparse.

—Totalmente de acuerdo. Seguro que se te ocurre algo —dice su amigo con convencimiento—. Recuerda que es fundamental que recobre la ilusión y que encuentre algo por lo que luchar. Pero ahora, creo que será mejor que te vayas a casa. Pareces cansado.

—Lo estoy. —Roberto estira los brazos por encima de la cabeza—. Hasta mañana, Jandro.

—Hasta mañana, Roberto.

Sumido en sus pensamientos se dirige al aparcamiento para coger su coche. Intenta desviar sus pensamientos para intentar no darle vueltas al tema de su hermana y, casi al instante, invade su mente la sesión que había tenido esa misma mañana con su único paciente. Ahora se da cuenta de que tiene dos retos muy importantes y complicados por delante. Tiene que conseguir que dos personas deseen seguir viviendo y no sabe cómo hacerlo...

La decisión

—Buenos días, cariño.

—Uaaaaaa...nos días —contesta Roberto al tiempo que entra al baño con un bostezo reprimido.

—¡Vaya! Te has levantado con sueño, dormilón —comenta Paula levantando la voz para que su marido la oiga desde el baño mientras recoge la ropa que está tirada en el suelo desde la noche anterior—. No te oí llegar anoche. ¿Te acostaste muy tarde?

—Un poco. —Roberto regresa a la habitación—. Estuve con Sara hasta que se durmió.

—¿Cómo está?

—Físicamente sigue igual, pero me empieza a preocupar su estado emocional. Creo que puede estar cayendo en una depresión.

—¿Y qué piensas hacer?

—Aún no lo sé. Lo iré viendo poco a poco antes de hablar con ella —responde Roberto mientras acaba de vestirse y coge las llaves del coche.

—¿Ya te vas? ¿No te paras a desayunar? —pregunta Paula muy preocupada—. Últimamente, no descansas. Tienes que frenar un poco el ritmo o te va a dar algo.

—No te preocupes. Desayunaré en el hospital. Tengo mucho trabajo. Tengo cita con mi único paciente y luego pasaré a ver a mi hermana —explica Roberto justo antes de besar a su esposa.

—Te quiero.

—Yo también.

Roberto ya está cerrando la puerta de la entrada cuando se vuelve repentinamente y puede vislumbrar un gesto en el rostro de Paula que le parece extraño. Un gesto de preocupación mezclado con un pequeño retazo de tristeza que no sabe interpretar.

—¿Estás bien?

—Sí, venga, que vas a llegar tarde al hospital.

—Recuerda que tenemos que hablar de la cena de Nochebuena —advierte Roberto.

—Vale, cariño. Qué tengas un buen día.

Roberto cierra la puerta con cuidado y el último rayo de luz que se filtra por la rendija de la puerta se refleja en una solitaria lágrima que se derrama por la mejilla de Paula.

Cada vez le gusta menos conducir. Siempre que se sienta en el coche le da por pensar en todo lo que le está pasando. Hace unos meses, su vida era tranquila y ahora tiene a su hermana en el hospital y está engañando al que ha sido el amor de su vida. No le gusta mentir a su esposa porque sabe que se ha dejado llevar por un impulso y ahora está sufriendo por ello. Piensa que quizá sea mejor dejarlo antes de que se entere Paula. Demasiadas decisiones a tomar que se le agolpan en la cabeza. Está convencido de que, de momento, debe centrarse en su hermana así que decide llamarla para darle los buenos días. Pronuncia su nombre en voz alta y el manos libres hace el resto. Un tono, dos tonos y una voz apagada y triste al otro lado.

—Buenos días, Roberto.

—Buenos días, hermanita. ¿Cómo estás?

—Tan bien como se puede estar —contesta Sara con un hilo de voz.

—Hoy tengo consulta con un paciente. —Roberto intenta no parecer demasiado triste—. En cuanto salga, paso a verte. ¿Te parece?

—No voy a ir ningún sitio.

—Ya lo sé —comenta Roberto con un suspiro reprimido—. Lo dicho, cuando salga te hago una visita.

—Muy bien. Hasta luego, Roberto.

—Hasta luego, hermanita.

Roberto cuelga. El corazón se le encoge al comprobar la tristeza en la voz de su hermana. Se siente fatal y, lo peor de todo, impotente. Con este pensamiento llega al hospital y se dirige a su plaza de aparcamiento. Al bajar del coche oye una voz a su espalda y se sobresalta.

—Hola, guapo.

—¿Qué haces aquí?

—Ni un «hola», ni un «cómo estás», ni nada de nada. Te parecerá bonito ese saludo —dice María con voz sensual—. Ya veo que no te alegras mucho de verme.

—Perdona, tengo muchas cosas en la cabeza y no esperaba verte aquí —replica Roberto al tiempo que juega con las llaves del coche—. ¿Me estabas esperando?

—He subido a tu despacho y me han dicho que no tardarías en llegar.

—¿Estás loca? Mi secretaria conoce a mi mujer y seguro que ahora se está preguntando quién coño eres y para que me buscabas.

—No te preocupes, mi vida. Le he dicho que te quería ver por un tema profesional. —María se acerca despacio a Roberto mientras lo mira fijamente a los ojos—. De hecho, no he mentado porque estoy loca, estoy loca por ti.

Roberto puede oler su perfume embriagador e intenta no sucumbir a él. Retrocede un par de pasos pero se encuentra recostado sobre el lateral de su coche mientras María se acerca más y más a él. Su cuerpo se pega contra el suyo y acerca, poco a poco, su rostro al de Roberto.

—María, me vas a meter en un buen lío, por favor, no sigas —suplica Roberto—. Nos puede ver alguien que conozca a Paula.

—No seas estrecho —susurra María—. Esto es algo completamente inocente.

Se inclina sobre Roberto y junta sus labios a los de él. Roberto no responde al beso, pero María sabe lo que tiene que hacer y le introduce la lengua en su boca. Él gime de placer y se deja llevar.

—No ha estado mal —balbucea María. Acto seguido saca un espejito del bolso y se retoca el lápiz de labios.

—No, no ha estado mal. —Roberto toma un pañuelo del bolsillo y se limpia con rapidez la boca. No se da cuenta de que acaba de cometer uno de los pequeños errores que pueden hacer que su matrimonio fracase, pero, cuando va a guardar su pañuelo en el bolsillo, se percata del error y se repite a sí mismo que no debe limpiarse los labios de carmín con el pañuelo que, sin pensar, acabará en el cesto de la ropa sucia junto con el resto de prendas que pertenecen a su mujer. Un pequeño error que podría convertirse en una gran desgracia.

—Me voy. Tengo que ver a un paciente.

—Vale, luego te llamo, amor.

Y Roberto se encamina hacia la puerta del hospital. Su tranquila vida se está resquebrajando bajo sus pies y teme que, en algún momento, pueda precipitarse al vacío. Ahora, debe intentar desconectar y centrarse en su siguiente reto... conseguir que su paciente desee seguir viviendo.

Pedro llega pronto al hospital. Después del poco éxito de su primera sesión se siente extrañamente inquieto. En el momento de salir del hospital, después de la primera sesión, tuvo la curiosa sensación de haber dejado una pequeña carga en el despacho de ese psiquiatra. Ahora pensaba que quizá el poder hablar con alguien sirviera para algo y que quizá fuera ese el sentido de los terapeutas. En contra de lo que ahora empezaba a sentir, siempre había pensado en los psicólogos y en los psiquiatras como en auténticos charlatanes de feria, pero ahora empezaba a darse cuenta de que lo más importante de todo no es lo que el psiquiatra cuente al paciente sino lo que éste pudiera llegar a contarle a él. Ahora, no tiene más remedio que reconocer que se siente bien.

Justo en el momento en el que está entrando en el aparcamiento para dirigirse a la puerta del hospital, un vehículo oscuro pasa a su lado y en su interior puede ver a Roberto. Lo sigue con la mirada hasta observar cómo aparca el coche en su plaza privada. Sigue caminando hacia la entrada, pero algo llama su atención y vuelve a mirar hacia el coche del psiquiatra. Contempla a una mujer muy sensual que se acerca a él y lo empuja contra el coche para, acto seguido, besarlo apasionadamente. Pedro continúa su marcha hacia la entrada del hospital sin darle mayor importancia ya que le parece muy normal que un hombre con ese aspecto de triunfador esté con una mujer escultural. Entra en el hospital, coge el ascensor y se detiene en la planta de las consultas de psiquiatría.

—Buenos días.

—Buenos días, señor. Fernández. El doctor debe de estar a punto de llegar. Puede esperar aquí mismo.

En ese momento entra Roberto que, en cuanto lo ve, se dirige hacia Pedro y le da la mano.

—Buenos días, Pedro.

—Buenos días, Roberto.

—Buenos días, Elsa.

—Buenos días, doctor.

Tras este cordial intercambio de saludos, Roberto se encamina hacia su despacho. Antes de entrar, se da la vuelta.

—En un instante estoy contigo, Pedro.

—Muy bien. Espero aquí. —Pedro sonríe y vuelve a desconcertar a Roberto.

Después de unos minutos de espera suena el interfono de Elsa.

—Elsa, dile a Pedro que pase, por favor.

—Ahora mismo —contesta la secretaria con diligencia—. Ya puede pasar.

Pedro da las gracias a Elsa con mucha educación y entra en el despacho de Roberto. Se sienta en el mismo sillón donde se acomodó en la anterior ocasión y espera. Roberto está sentado frente a su mesa de despacho escribiendo algo en su cuaderno de notas, se levanta y se sienta frente a Pedro.

—Perdona el retraso. Me he entretenido.

—No pasa nada.

—¿Cómo estás? Te veo contento —comenta Roberto sonriente.

—No estoy mal. Me gustan las Navidades y, en cuanto tengo un momento libre, me voy a pasear por Madrid. Me sienta bien.

—Entonces, ¿ha sido una buena semana? —inquire Roberto sin dejar de tomar alguna nota en su cuaderno.

—No ha sido mala. Los días los paso bien, pero las noches se me tuercen un poco.

—¿Y eso?

—Siempre tengo la misma pesadilla.

—¿De qué va esa pesadilla? —pregunta Roberto con sincera curiosidad.

—De lo de siempre. — Pedro procede a contarle la pesadilla que viene atormentándole desde hace muchos años. Siempre la misma...

Roberto permanece callado mientras Pedro relata su mal sueño. Cuando éste termina Roberto se siente incómodo. No es algo que le pase normalmente con ningún paciente, pero no tiene más remedio que reconocer que Pedro no es un paciente convencional. Lo normal en caso de suicidio es demostrar algún tipo de arrepentimiento, alguna duda o, en el menor de los casos, rabia o ira, pero su nuevo paciente no demostraba ninguno de esos síntomas. En su lugar, da la sensación de mostrar conformismo, desidia y una cierta dosis de apatía. Roberto no puede evitar percibir en él la sensación de una persona que se ha rendido a su suerte, a una evidencia que lo supera y que convive con él como una segunda piel. Los dos permanecen en silencio y, contrariamente a lo acostumbrado para Roberto, es Pedro el que rompe ese silencio.

—Tampoco es nada extraño. Mi infancia fue una mierda de puertas de mi casa hacia afuera. Lo raro es que soñara con preciosas fiestas de cumpleaños, camaradería entre compañeros de colegio y gilipolleces de esas. ¿No crees?

Roberto despierta de su breve letargo y se remueve en su asiento intentando encontrar la frase correcta; esa frase perfecta que, con la mayoría de sus pacientes, siempre había logrado crear un clima de tranquilidad y apoyo total; pero ahora le cuesta hallarla.

—Quizá no sea tan extraño. La verdad es que, por lo que me cuentas que te pasó en tu infancia, es normal que algo así te persiga. Estoy convencido de que en tu lugar a mí me pasaría lo mismo —responde Roberto convencido de la fragilidad de su argumento.

Pedro permanece en silencio. Acababa de sincerarse con una persona a la que no conoce de nada y se siente agotado. Aprovecha este momento de silencio en el que Roberto vuelve a anotar algo en su libreta para cotillear un poco el despacho del psiquiatra. Casi al instante, llega a la conclusión de que es el despacho típico que se puede esperar de un profesional, aunque lo único que le llama la atención es una foto que hay encima de la mesa y que no acaba de ver bien. Se recuesta un poco en el sillón para poder verla mejor y consigue vislumbrar en ella a una bella y sonriente mujer que abraza por la cintura a Roberto. Después de haber visto unos minutos antes cómo una mujer besaba apasionadamente a Roberto en el aparcamiento no puede evitar sentir una cierta curiosidad.

—¿Es esa tu mujer? —inquire Pedro al tiempo que intenta disimular el más mínimo interés en conocer a la protagonista de la imagen.

Roberto se da la vuelta y mira hacia donde lo está haciendo Pedro. Observa la foto y se recrea en ella aunque, al instante, le vienen a la mente los minutos vividos en el aparcamiento y no puede evitar ruborizarse.

—Sí, es mi mujer —contesta Roberto algo azorado.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos? —vuelve a preguntar Pedro.

Roberto se siente incómodo teniendo que hablar de su vida personal con un paciente porque nunca lo había hecho con anterioridad, pero esta vez presiente que todo es distinto y recuerda a la perfección la promesa que le hizo a Pedro en la primera sesión. Reciprocidad; un intercambio de verdades y, sobre todo, sinceridad.

—Llevamos mucho tiempo. Más del que nunca me pude imaginar cuando empezamos. — Roberto intenta coger de nuevo los mandos de la sesión—. ¿Alguna vez has salido con alguien?

Ahora es Pedro el que se siente incómodo, pero no está dispuesto a que Roberto lo perciba. Sonríe con cierta ironía, toma aire y contesta.

—No, nunca he estado con nadie.

—¿Y eso por qué?

—Si no recuerdo mal lo que me explicaron en el colegio cuando era pequeño, el amor suele ser algo bidireccional —responde Pedro con una sonrisa irónica en los labios—. En mi caso, esa bidireccionalidad no ha existido nunca.

—Pero, ¿nunca has estado enamorado?

—No sé lo que es estar enamorado. Si te refieres a que si alguna vez me ha gustado una persona, por supuesto, pero nunca he podido llegar a sentir el amor de ninguna mujer hacia mí ni los sentimientos que creo que se deben de percibir cuando alguien está enamorado. Me han gustado mujeres en el colegio, en la universidad, en el trabajo y en otros sitios, pero no es sencillo.

—Entonces, ¿te consideras tímido? —pregunta Roberto con insistencia.

—Siempre me he considerado tímido —responde Pedro con sinceridad—. No es nada nuevo para mí, aunque quiero pensar que, si algún día encuentro a una mujer que me llegue a enamorar, esa timidez desaparecerá. Eso espero.

—¿Nunca has intentado ligar con nadie?

—La verdad es que alguna vez, pero siempre ha sido un auténtico desastre.

—¿Te acuerdas de alguna de esas ocasiones? Me gustaría que me contaras cómo fue y cómo te sentiste —dice Roberto con evidente curiosidad.

—Si quieres, te puedo contar como fue la última porque no ha pasado mucho tiempo. Ocurrió hace unas semanas en un gimnasio al que me apunté para intentar perder un poco de peso.

Pedro le cuenta a Roberto lo que le sucedió en el gimnasio. El flechazo repentino hacia esa preciosa mujer desconocida, sus contestaciones desagradables, el incidente con la bicicleta estática y, por supuesto, el esplendoroso final de ese flechazo. No puede evitarlo y una lágrima vuelve a surcar su mejilla. Desde aquel día, había intentado no pensar en ello y lo había conseguido, aunque lo que no se podía quitar de la cabeza era la imagen de esa mujer; esa joven que, en un instante y con una sola mirada, le había robado el corazón para luego pisotearlo sin miramientos.

—¡Vaya! Es duro —exclama Roberto al terminar el relato sin poder llegar a imaginar el dolor que Pedro ha llegado a sufrir en su propia piel—. Una mujer realmente cruel. Seguro que te sentiste fatal.

—Mucho me temo que no puedes ni llegar a imaginártelo —contesta Pedro algo contrariado al ver la falta de profundidad en las palabras del psiquiatra—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

Roberto está convencido de que va a atacarlo y de que va a acusarlo de no haber vivido nunca un desamor o un rechazo y la verdad es que tendría toda la razón del mundo porque no es ningún experto en rechazos. Siempre que ha deseado a una mujer la ha conseguido. Quizá por eso le cuesta tanto empatizar con Pedro. Le resulta imposible ponerse en su lugar. Pero éste vuelve a sorprenderlo con su pregunta.

—¿Quieres a tu mujer?

—¿Que si quiero a mi mujer? —Roberto intenta ganar tiempo porque se da cuenta de que es importante que su paciente pueda darse cuenta de que el amor existe y se puede llegar a conseguir—. ¡Vaya pregunta!

—Es muy sencilla de contestar.

—Por supuesto que la quiero —contesta Roberto con decisión— No tengo ninguna duda.

—¿Eso quiere decir que nunca la has engañado ni piensas hacerlo? —inquire Pedro con una pequeña sonrisa que no pasa inadvertida para Roberto.

—Creo que por hoy se ha acabado el hablar de mí. —Roberto se muestra incómodo por la situación. Está convencido de que esas preguntas tienen un porqué muy definido pero él no es capaz de vislumbrarlo y eso lo descentra aún más.

En ese momento, Pedro vuelve la cabeza hacia la mesa donde descansa la fotografía de Paula y absorbe cada uno de los rasgos de esa mujer a la que él considera desafortunada por ser víctima de un engaño por parte de la persona en la que más debería confiar. En ese momento toma una decisión; se da cuenta de que de nada le sirve hablar con una persona que no es capaz de apreciar lo importante que es tener a su lado a alguien que lo quiere con todo su corazón. No le merece la pena y se levanta para dar por terminada la sesión y cualquier tipo de relación con Roberto, pero se detiene de inmediato porque algo llama su atención en la mesa del terapeuta; hay otra foto junto a la de su mujer, pero no llega a verla. Siente curiosidad y, mientras Roberto lo observa, se acerca a la mesa y gira la foto. Sus movimientos se congelan y su corazón comienza a latir como un potro desbocado.

—Es Sara. Mi hermana —explica Roberto con tristeza al comprobar lo que su paciente está observando.

La mente de Pedro es un torbellino. La mujer por la que se ha sentido atraído y la que le ha destrozado el corazón es la hermana de Roberto. El nombre de Sara resuena dulcemente en su cabeza, pero su corazón vuelve a quebrarse al recordar la conversación con Roberto sobre lo que le había pasado.

—Entonces, ¿es ella a la que dieron una paliza? —consigue preguntar Pedro en un susurro.

—Sí, por fin ha despertado del coma pero los médicos dicen que no puede andar.

—¿Es irreversible? —A Pedro le está costando no demostrar un especial interés y, sobre todo, esa terrible congosta que siente al pensar en esa preciosa mujer en una silla de ruedas. Tan solo espera que Roberto no se dé cuenta de que conoce a su hermana.

—Piensan que sí, pero es muy difícil. Parece ser que lo más importante es la fuerza de voluntad de mi hermana y el cariño y el apoyo que todos podamos darle.

Algo se enciende en la cabeza de Pedro; una ilusión, una idea, un presentimiento, un deseo o, tan solo, una fantasía. Solo necesita saber una cosa.

—Espero que puedas brindarle todo ese apoyo que necesita —comenta Pedro con sutileza y sin saber cómo obtener la información que necesita.

—Por suerte, está ingresada en este hospital y puedo verla siempre que quiera. —Roberto muerde el anzuelo sin que Pedro lanzara la caña—. Ya está en planta. Por lo menos ha salido de la UCI y puede estar un poco más tranquila en su habitación.

En ese momento, Roberto se da cuenta de que se ha dejado llevar por la emoción y ha contado demasiadas cosas personales a su paciente, mira el reloj y eso hace que no pueda ver la sonrisa de Pedro; una sonrisa mezclada con una honda preocupación.

—Bueno, por hoy hemos terminado —dice Roberto con una pequeña sensación de alivio—. Nos vemos la semana que viene. Como es la última sesión antes de las navidades hablaremos de las fiestas. ¿Te parece?

Un instante antes, Pedro estaba dispuesto a marcharse y no volver jamás, pero todo ha cambiado. Sabe perfectamente que un momento puede destrozarte la vida o puede, por el contrario, reconducirla. Se ha propuesto algo y se promete cumplirlo.

—Muy bien —replica Pedro con contenida emoción—. La semana que viene nos vemos. Hasta entonces.

—Que pases buena semana.

—Igualmente.

Pedro se echa su mochila al hombro, sale del despacho de Roberto y éste se queda pensativo. Presiente que hay algo raro en la actitud de su paciente. A pesar de lo que Pedro ha podido pensar, nada de lo ocurrido ha pasado inadvertido para el terapeuta que se inclina sobre su cuaderno y toma unas últimas notas sobre su sesión. La última palabra que escribe la remarca con un gran círculo y la aprisiona entre varios signos interrogantes:

«¿¿¿Sara???»

«No puede evitar volver a sentirse inquieto...»

Después de la sesión, Pedro sale del despacho de Roberto y, cabizbajo, se dirige hacia los ascensores. Su mente es un auténtico torbellino y no sabe qué pensar. El nombre de «Sara» vuelve una y otra vez a sus labios y no puede evitar susurrarlo. Le parece un nombre precioso.

«¿Qué me está pasando?», se pregunta Pedro mientras espera la llegada del ascensor. Hace unos pocos días, la actitud de esa mujer fue el último empujón que lo llevó a decidir acabar con todo y sabe que debería odiarla por ello, pero no puede hacerlo. Tan solo se ve capaz de recordar una y otra vez aquellos ojos azules que lo miraron tan solo durante unos segundos que le parecieron una vida entera. A su lado se planta una chica joven y bastante atractiva a la que Pedro no puede ignorar. Su mirada se cruza con la de ella y ésta le sonríe al tiempo que muestra una sonrisa preciosa de dientes perfectos. En ese momento, el ascensor se para en la planta y Pedro le cede el paso, con galantería, a la jovencita que le da las gracias y, acto seguido, baja los ojos con timidez. Pedro no puede evitar quedarse mirándola y ella vuelve a levantar los ojos y sonríe de nuevo con una coquetería descarada que desmonta a Pedro. El ascensor llega a la planta baja y la chica sale, pero Pedro se queda en el interior. Ella se despide con un gesto de la mano y, cuando las puertas se están cerrando, se vuelve y le dedica una última sonrisa. Pedro se queda paralizado y se deja llevar por el elevador con una sonrisa triunfal en los labios sabiendo que una jovencita muy atractiva había coqueteado con él. Justo en ese momento y, como si fuera una revelación, todo empieza a ordenarse en su cabeza. Siempre había querido pensar que existía un porqué para todo, que todo ocurría por algo y que lo que él estaba sufriendo tenía un sentido, aunque él no lo viera. Quizá todo fuera un mórbido plan del destino. Esa mujer lo llevó a intentar suicidarse, el intento de suicidio lo condujo a Roberto y éste parece empujarlo, sin desearlo, hacia su hermana. Todo cobraba un sentido extraño, irónico y, a la vez, dulce que se sentía reforzado al darse cuenta de que tenía la escondida capacidad de coquetear con una mujer.

Vuelve a la realidad y presiona de nuevo el botón de la planta baja con la imagen en la cabeza de la bonita sonrisa que le habían dedicado unos instantes antes. Una vez que el ascensor llega a la planta principal se encamina a la salida del hospital sin dejar de rumiar todo lo que lo había llevado a la situación en la que se encontraba. Una vez en la calle, comienza a andar hacia la salida del aparcamiento, pero, de repente, se detiene. La idea que empezó a bullir intensamente en su interior mientras hablaba con Roberto en la consulta empieza a convertirse en algo tangible de una forma clara y diáfana. Respira hondo, encuentra valor donde pensaba que no habría y da la vuelta. Vuelve a entrar en el hospital y se dirige al mostrador de recepción ordenando todos los datos en su cabeza para que el rompecabezas que había conseguido encajar no dejara de tener sentido para él. Tan solo necesita juntar el apellido de su psiquiatra con un precioso nombre que

ahora significa todo para él.

—Buenos días, vengo a ver a Sara de Miguel. —Sonríe y suspira muerto de miedo.

El ascensor

«¡Qué duro resultaba volver a abrir los ojos cada mañana!»

Ese es, con diferencia, el momento más difícil del día para Sara. Cada mañana tiene que hacer un esfuerzo para no echarse a llorar. Antes de abrir los ojos ya siente que algo no va bien. Se pone nerviosa y la ansiedad ronda siempre a su alrededor. No desea despertar, no desea abrir los ojos para volver a descubrir, cada mañana, que está postrada en una cama y que depende de alguien para cualquier cosa que necesite o desee hacer. Pero no puede hacer nada por evitar todas esas sensaciones y, una vez más, vuelve a salir el sol en el cielo, pero no en su corazón.

Hoy es un día como cualquier otro y no tiene ninguna prisa por despertarse porque no tiene nada que hacer. De hecho, aunque tuviera un millón de cosas por llevar a cabo, tiene la certeza de que no podría realizarlas. El tiempo pasa silencioso, inexorable, golpeando cada segundo en el reloj como si fuera una puñalada en su corazón. No quiere esta vida que le ha llegado; no desea seguir viviendo. Los segundos se convierten en minutos y los minutos pasan cadenciosos mostrándole que no tiene nada por lo que luchar ni ninguna ilusión por la que vivir. Cierra los ojos con fuerza deseando que todo haya sido una pesadilla y que, al abrirlos, se encuentre en el sofá de su casa y no en un hospital postrada en una cama, pero la realidad vuelve a controlarlo todo y una melodía resuena en la habitación. Con lágrimas en los ojos coge el móvil de la mesita.

—Buenos días, Roberto.

—Buenos días, hermanita. ¿Cómo estás?

—Tan bien como se puede estar —contesta Sara con un hilo de voz.

—Hoy tengo consulta con un paciente. —Roberto nota la tristeza de su hermana y su corazón se rompe en mil pedazos—. En cuanto salga, paso a verte. ¿Te parece?

—No voy a ir ningún sitio.

—Ya lo sé —replica Roberto con un suspiro—. Lo dicho, cuando salga te hago una visita.

—Muy bien. Hasta luego, Roberto.

—Hasta luego, cariño.

Sara cuelga el móvil y lo deja en la mesita. Se siente descorazonada. Siempre le ha encantado hablar con su hermano, pero ahora, cada vez que lo hace, tiene la sensación de que todo el mundo sigue girando a su alrededor, pero ella se ha bajado de él y su vida se ha detenido en la oscuridad de esa habitación. En esos pensamientos está cuando oye unos suaves golpes en la puerta que se abre casi al instante.

—Buenos días, Sara.

—Buenos días, Ester.

Ester es la enfermera que se encarga de Sara y de otros pacientes cada mañana. La ayuda a asearse y es la responsable de que todo resulte lo menos violento posible para ella. Solo había estado una vez en el hospital para una operación de apendicitis siendo muy pequeña por lo que casi no se acuerda. Ahora, todo es distinto y se siente como una inválida. De hecho, es una inválida. Algo tan simple como lavarse supone un supremo esfuerzo para ella por lo que, una vez que ha terminado de asearse, se recuesta en la cama con gesto cansado. Ester le ha puesto un chándal en lugar del camisón horrible de todos los días.

—Descansa un poquito y recupérate —dice Ester mientras recoge los artículos de aseo y los

lleva al baño—. Ahora te traen el desayuno y, en cuanto termines, empiezas con el gimnasio.

—¿El gimnasio? —inquire Sara con voz áspera—. ¿Y qué voy a hacer? ¿Aerobic? ¿Spinning?

Ester pasa por alto el tono agrio de su paciente porque entiende que para ella no es fácil. No es la primera persona de la que se encarga que pasa por algo parecido y sabe que no debe de ser condescendiente, pero también sabe que no debe mostrarse demasiado dura con ella.

—Vas a trabajar todo lo que puedas —le explica Ester con firmeza—. Hasta que puedas empezar a mover las piernas tu sola, una persona se encargará de darte masajes para trabajar tu musculatura, hará movimientos con tus piernas y algunas cosas más que ya irás viendo. La idea es que no pierdas el tono muscular para que, cuando vuelvas a andar, puedas sostenerte en pie tú sola.

Para Sara no pasa inadvertida la frase «cuando vuelvas a andar» y no puede evitar sonreír con agradecimiento al notar la confianza de la enfermera en su recuperación.

—Eso está mucho mejor. —Ester sonríe a su vez—. Ahora te traen el desayuno.

Pasados unos minutos, entran a dejarle la bandeja del desayuno. Éste no puede ser más frugal; tan solo un tazón de leche con cacao y unas galletas María. Por lo menos le han traído un poco de mantequilla y mermelada. ¡Cómo echa de menos los desayunos del Vips! Intenta apartar esos pensamientos de su mente y, con tranquilidad, da buena cuenta del desayuno. Una vez que termina, aparta la bandeja y se vuelve a recostar sobre la almohada cuando oye unos golpes en la puerta y ésta se abre.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Soy Rosa, la fisioterapeuta.

—Hola, yo soy Sara. Supongo que soy tu paciente.

Rosa es una mujer fuerte y grande. En contraposición, tiene una voz muy dulce que no hace juego con su corpachón. Se acerca a Sara y le da la mano confirmando su fuerza con el apretón. Poco le ha faltado para que a Sara le crujieran los huesos de la mano.

—¿Estás lista? —pregunta Rosa.

—Qué remedio.

La experiencia de la fisioterapeuta es incuestionable en el hospital y se ha convertido, con el paso de los años, en un pilar fundamental. La mayor parte de su trabajo lo ha realizado en el departamento de rehabilitación y está muy acostumbrada a trabajar en situaciones delicadas. Los pacientes que solo deben recuperarse de una operación traumatológica suelen ser personas afables y, sobre todo, positivas. Su mayor deseo es salir del hospital y recuperar su día a día. Lo más importante en su rehabilitación es que saben que, en breve, van a estar fuera del hospital. Pero hay otro tipo de pacientes para los que nada es sencillo; han perdido mucho de lo que tenían y la pesadumbre se hace dueña de ellos. Es duro trabajar con este tipo de personas pero para Rosa siempre ha supuesto un reto y, desde siempre, le han gustado ese tipo de retos y sabe que delante tiene uno de ellos.

—Lo siento, Sara. Yo no estoy aquí para animarte —le dice Rosa sin contemplaciones—. Estoy aquí para ayudarte a que vuelvas a andar. Te puedo asegurar que haré todo lo que esté en mi mano, pero la fuerza y las ganas de recuperarte solo las puedes poner tú.

Sara esboza una pequeña sonrisa. Esa mujer le ha gustado al instante y presiente que dentro de ese gran cuerpo también se esconde un enorme corazón. Decide que hará todo lo posible por recobrar la ilusión y la fuerza. Es un propósito, un buen propósito.

—¡Vamos allá! —replica Sara en un intento de aparentar una determinación que no posee.

Rosa acerca una silla de ruedas que tenía escondida detrás de su inmenso cuerpo y la deja en

un lado de la cama. Se inclina sobre Sara y la toma en sus brazos con un gesto decidido. Sara se deja hacer y la enfermera la deposita con suavidad en la silla de ruedas. Le coloca los pies en los reposapiés y, empujando la silla, salen las dos al pasillo el cual llama la atención de Sara por la cantidad de plantas que lo adornan. En todo el trayecto hasta el gimnasio ninguna de las dos dice nada.

El gimnasio es pequeño pero muy luminoso. Está decorado sobriamente con cuadros de paisajes. Lo primero que Sara piensa al verlo es que, por lo menos, han tenido la delicadeza de no decorarlo con fotos de deportistas y atletas en pleno rendimiento; sería bastante triste y desmoralizante. Rosa la lleva hasta un cuarto pequeño con una camilla en el centro y varios aparatos alrededor. La fornida enfermera la deposita en la camilla sin mostrar el más mínimo esfuerzo y comienza a trabajar. Sara intuye que debe de estar trabajando porque no nota nada. Se incorpora y ve que Rosa está elevando sus piernas una y otra vez.

—¿Para qué haces eso?

—Tu cuerpo necesita enviar sangre a la zona dañada y, en especial, a la musculatura. De esta forma enviamos más sangre para que los músculos no se atrofien —contesta con claridad la enfermera—. Debemos trabajar tu cuerpo para que no pierda todo su tono y siga sirviéndote durante muchos años.

Dicho esto, Rosa le guiña un ojo a Sara que se siente impotente y se deja llevar. Vuelve a recostar la cabeza en la camilla y una lágrima resbala por su cara buscando el frío suelo. Tiene la amarga sensación de que todo esto no va a servir para nada. De un día para otro ha perdido todo lo que tenía y echa mucho de menos a su novio, a sus amigas y, por encima de todo, echa de menos su antigua vida. Está convencida de que no va a volver a caminar y siente deseos de acabar con todo. No puede más y empieza a sollozar.

—Venga, Sara. Debes ser fuerte —le dice Rosa en tono cariñoso—. Te voy a contar un secreto.

Sara la está escuchando entre sollozos y, al oír la última frase, presta atención a ese secreto que tiene que contarle la enfermera.

—Eso está mucho mejor —comenta Rosa bajando la voz—. Mi secreto es muy sencillo. Antes te he dicho que yo no estoy aquí para animarte sino para trabajar contigo. Ese es mi trabajo y es para lo que estoy contratada. A mis jefes no les gusta que confraternice con los pacientes porque dicen que eso los debilita y dejan de vernos como fisioterapeutas y empieza a vernos como amigos que comparten dolor. Al final, tienen la teoría de que nos ablandamos y hacemos que os esforcéis menos.

—Yo no estoy de acuerdo. —Sara intenta que de su garganta salgan las palabras—. Yo prefiero un trato más humano y más cercano. Para mí sería mucho más fácil y me haría las cosas más sencillas.

Rosa detiene sus movimientos y se acerca a Sara. Se inclina sobre ella y le susurra:

—Entonces, tiene que ser un secreto entre nosotras. Yo intentaré ser más cariñosa contigo, pero tú me tienes que prometer que vas a trabajar como si fuera lo más importante que tienes que hacer en tu vida.

—De hecho, es la cosa más importante que tengo que hacer en mi vida —contesta Sara.

—Cierto, me parece un buen enfoque para empezar a trabajar —replica Rosa con una sonrisa en los labios—. Entonces, ¿tenemos un trato?

—Tenemos un trato —contesta Sara muy decidida y con una sonrisa franca en los labios. Ambas mujeres se dan la mano y sellan en silencio el pacto.

Rosa vuelve al trabajo con una sonrisa de satisfacción en el rostro. No es la primera vez que usa la estrategia del “secreto” con un paciente. Ese sí que es el verdadero secreto que nunca le ha

contado a nadie. Es un recurso aprendido de sus años de experiencia; un buen recurso que, una vez más, cree que pueda funcionar.

El resto de la sesión de fisioterapia incluye masaje de las piernas y electroestimulación con una de las máquinas que Sara había visto al entrar en la sala de rehabilitación. Rosa la ha dejado sola mientras los electrodos mandan pequeñas corrientes que recorren la musculatura de sus piernas poniéndola en funcionamiento. La máquina finaliza el ejercicio y emite un pitido de advertencia. En ese momento entra Rosa con un hombre vestido con bata de médico.

—Buenos días, Sara —saluda el médico al tiempo que se acerca a darle la mano—. Soy el doctor Martín, el jefe del departamento de rehabilitación. ¿Qué tal el primer día?

—No sabría decirle porque no he notado nada —contesta Sara con sinceridad—. Supongo que todo va bien.

—Solo una pregunta. ¿Has notado algo con la electroestimulación?

Sara medita durante un instante.

—¿Algo como qué?

—Algo como algún tipo de hormigueo en las piernas —responde el médico con una ceja levantada—. Es importante.

—Me temo que no —susurra Sara pensativa—. ¿Y por qué es tan importante?

—Es importante que, si alguna vez sientes ese pequeño hormigueo, me lo digas al instante. Sería el aviso de que tus piernas vuelven a reaccionar.

Sara se queda mirando al techo y un atisbo de tristeza se vislumbra en sus ojos.

—No he sentido nada —repite Sara.

—No te preocupes. Lo sentirás —dice el médico con decisión antes de darse la vuelta y desaparecer por donde había venido.

Sara no está tan convencida de que vaya a volver a sentir sus piernas y no puede evitar sufrir esa negatividad. Para ella es una realidad que debe intentar camuflar para no hundirse aún más.

—Bueno, vamos a la habitación —dice Rosa una vez acabada la sesión.

Vuelve a cogerla en brazos, la sienta en la silla de ruedas y se encaminan hacia el ascensor. Mientras ascienden lentamente en el elevador, Rosa posa su mano suavemente en el hombro de Sara que se siente reconfortada con ese gesto. Cuando llegan a la planta de las habitaciones, salen del ascensor destinado únicamente a los pacientes. Justo en ese momento, el elevador de los visitantes, situado enfrente, se abre, pero Sara no espera visita así que ni tan siquiera levanta la vista porque no siente la más mínima curiosidad por ver a las personas que lo ocupan. Mira al suelo y se deja dirigir por Rosa hasta la habitación.

En el otro ascensor, unos ojos anhelantes se posan en ella....

—Buenos días, vengo a ver a Sara de Miguel.

La mujer de recepción levanta la vista con gesto cansado y se queda mirando a Pedro con fijeza como si intentara ver más allá de su afable rostro.

—Buenos días —contesta la recepcionista con educación—. ¿En qué habitación está?

—La verdad es que no lo sé —explica Pedro azorado—. No me lo ha dicho mi amigo y no tengo ni idea. ¿No lo puede buscar usted?

Pedro intenta poner cara de pena, pero la mujer, que ya peina canas, permanece impertérrita y no se deja engañar por el gesto de frustración de éste.

—Son normas del hospital —advierte ella con voz áspera—. Tenemos una política de privacidad muy estricta y tenemos que cumplirla. Si lo desea, llame a su amigo y que le dé el número de habitación.

—Muchas gracias —responde Pedro y se da la vuelta sin esperar la contestación de la recepcionista que se le queda mirando. En ese momento, se le ocurre que lo único que puede hacer es salir del hospital y volver a su casa con el rabo entre las piernas. Pero esa vez es distinta y toma la decisión de que todo debe ser de otra manera porque se conoce muy bien y sabe que tiene que aprovechar el momento ya que, si lo deja pasar, nunca lo hará.

Saca el teléfono móvil del bolsillo, se separa del mostrador de recepción y simula estar marcando un número de teléfono. Tiene suerte y, justo en ese momento, llaman por teléfono al hospital y la recepcionista se olvida de él y se dispone a responder a la llamada. Pedro aprovecha ese momento y se encamina con paso resuelto hacia el vestíbulo de los ascensores. Está dispuesto a recorrer todo el hospital hasta que encuentre alguna pista que pueda llevarle a saber cuál es la habitación de Sara.

El ascensor tarda mucho tiempo en llegar a esa planta y se muestra impaciente aunque lo que realmente siente por dentro es un miedo atroz. Hay tres personas que están esperando al igual que él. Comprueba que al otro lado del vestíbulo hay otro ascensor, pero, junto a la puerta, hay un cartel muy claro que avisa que es un elevador solo de uso del personal.

Cuando suena el pitido del ascensor que él estaba esperando, los cuatro se introducen en él.

—¿A qué piso va? —le pregunta la persona que se erige como ascensorista.

Pedro duda. Ni tan siquiera se ha planteado a qué piso debe subir. Está convencido de que es absurdo buscar por todo el hospital cuando sabe que no puede entrar en las habitaciones. Está en manos de la suerte poder encontrar a Sara así que improvisa.

—Voy a la cuarta —contesta Pedro ya que ese es el piso donde él vive—. Muchas gracias.

Los tres miran al suelo mientras el ascensor recorre las plantas en completo silencio. Otro pitido y las puertas del ascensor se abren en la segunda planta. Una persona se baja y se vuelven a cerrar las puertas. En ese breve instante, Pedro aprovecha para echar un vistazo rápido en esa planta pero no ve a nadie. Otro pitido y las puertas se abren en la cuarta planta. Levanta la mirada y ve a dos mujeres. Una de ellas es una enfermera y la otra está postrada en una silla de ruedas y observa el suelo con una mirada de infinita tristeza.

Su corazón se dispara. Es Sara.

Tristeza

«Algo le pasa...»

Ese es el primer pensamiento que tiene Roberto cuando entra en la habitación de Sara y ve a Paula allí, sentada en una silla junto a la cama de su hermana. Roberto se acerca para darle un beso, pero Paula ni tan siquiera vuelve la cabeza para recibirlo. Su hermana se da cuenta al instante de que algo pasa entre ellos. Roberto no lo intenta más, rodea la cama y se acerca a Sara a la que besa en la frente.

—¿Cómo estás? —pregunta él.

—Un poco cansada. Acabo de subir del gimnasio.

—¿Ha sido muy duro?

—La verdad es que no he tenido que hacer gran cosa. Me han estado dando masajes, moviéndome las piernas y me han puesto corrientes. Aun así, estoy cansada.

Roberto la mira con cariño. No puede evitar pensar en ella como en su hermanita pequeña y la ve más perdida que nunca.

—Poco a poco. Saldrás adelante —contesta Roberto con decisión—. Sé que volverás a andar. Eres mi hermanita y eso se lleva en la sangre. Ya sabes que nos crecemos con las adversidades.

Paula lo observa con fijeza, pero no dice nada. Tan solo observa con gesto triste. Con lentitud, se levanta de la silla y besa a Sara.

—Mañana me paso a verte. Procura descansar y no corras mucho. —Paula sonríe y le guiña un ojo a su cuñada.

Sin decir nada y sin mirar a Roberto se gira y sale de la habitación. El psiquiatra se queda de piedra, pero reacciona al instante y sale tras ella. La alcanza en el pasillo y se pone a su lado.

—¿Qué te pasa? —inquieta con voz preocupada—. ¿He hecho algo malo?

Paula se para en seco y se vuelve hacia él con gesto lánguido y mirándolo fijamente a los ojos.

—Me gustaría enfadarme contigo, pero no puedo hacerlo —explica ella sin tan siquiera poder elevar la voz—. ¿De verdad quieres que te diga lo que me pasa?

Roberto está preocupado, pero ni por un momento pasa por su mente el hecho de que Paula pueda saber algo de su aventura con María así que se lanza a la piscina.

—Pues, claro. ¿Qué te pasa? —pregunta con voz melosa.

—No hace falta que me hables como si fuera idiota —contesta Paula algo más enfadada—. No quiero hablar aquí. Tu hermana no se merece tener más problemas de los que ya tiene.

—Pero... yo no...

—Roberto, hablaremos más tarde —advierte Paula con voz cansada—. Me he ido de casa.

Roberto se queda helado. No puede replicar porque no sabe qué decir ni a qué atenerse. Clava su mirada en la de su esposa, pero ella aparta la vista, se da la vuelta y se encamina hacia los ascensores. Aprieta el botón y se gira de nuevo para mirar una vez más al psiquiatra.

Se va y Roberto se siente asustado, de alguna manera, descorazonado. No sabe qué ha ocurrido, pero lo intuye y esa intuición lo lleva directamente y sin contemplaciones hacia el miedo más atroz. La sensación de que Paula ha descubierto su aventura con María lo golpea con todas sus fuerzas y le hace temer a la soledad más de lo que nunca la ha temido. Se marea. Se sienta en

uno de los sofás que había en el vestíbulo y se inclina sobre sus rodillas intentando que el aire vuelva a sus pulmones. Siente náuseas. Resopla varias veces y, sacando fuerzas de donde no las tiene, se vuelve a levantar y se dirige a la habitación de Sara. Ni tan siquiera se da cuenta de que ha empezado a sollozar.

Sara está esperando la vuelta de su hermano porque se había percatado de que algo iba mal y todo se confirma al ver a su hermano mayor llorando. Nunca lo había visto tan abatido.

—¿Qué ha pasado, Roberto? —pregunta Sara nerviosa.

Roberto levanta la vista y mira a su hermana entre lágrimas.

—Esta vez la he jodido bien.

—Roberto, me estás asustando.

—He engañado a Paula con otra mujer.

Sara abre la boca sorprendida, pero no puede articular palabra y, de poder hacerlo, tampoco sabría qué decir. No se imaginaba a su hermano como un mujeriego y la imagen de él con otra persona que no fuera su cuñada le provocaba náuseas.

—Di algo, por favor —le pide su hermano con voz entrecortada.

—Es que... no soy nadie para opinar.

—Eres mi hermana.

Sara medita un instante porque no quiere meter la pata ni hacer leña del árbol caído, pero no empatiza con su hermano a pesar de compartir la sangre con él.

—No me lo esperaba de ti. ¿Llevas... llevas mucho con la otra?

—Unos meses pero iba a dejarlo.

—Ya.

—Créeme, por favor.

—Da igual si yo te creo o no. Aquí, el problema es Paula.

Roberto guarda silencio y se da cuenta de que su hermana tiene razón. Lo único importante en su vida es su esposa y tiene que hacer todo lo posible por recuperarla. Le da las gracias a su hermana y sale de la habitación con el corazón latiendo desbocado y la angustia atenazando su pecho.

Llega al aparcamiento del hospital y se deja caer sobre el capó de su coche para intentar recuperar el compás de su respiración. Mira a uno y otro lado, pero ella no está. Saca el móvil del bolsillo y se dispone a llamar a su mujer cuando un pitido le anuncia la llegada de un whatsapp. Abre la aplicación con pulso tembloroso y allí está el mensaje que él mismo hubiera deseado enviarle a su mujer.

Tenemos que hablar y no puedo dejarlo más. Te espero en una hora en Black's. Supongo que es un sitio como cualquier otro.

Roberto recibe una descarga de esperanza. Quizá hay alguna posibilidad de que ella lo perdone. Es el bar donde se conocieron; es el bar donde todo había empezado y donde, unos cuantos años atrás, jugaron a un juego de adolescentes que los llevó a empezar su relación. Es el bar donde había nacido todo su amor. Es su bar...

Roberto llega pronto. No le gustaba nada que le hicieran esperar, pero aún odiaba más hacer esperar a los demás. Además, está muy nervioso. Ha quedado con Paula en el pub donde se conocieron y no es capaz de interpretar por qué su mujer ha elegido ese sitio. No quiere hacerse demasiadas ilusiones ya que sabe que no va a conseguir el indulto simplemente por comportarse

como un hombre cariñoso o mostrarse arrepentido, pero, aun así, espera que Paula le dé otra oportunidad. En estas circunstancias, hubiera preferido ser un terapeuta especialista en problemas de pareja; por lo menos, podría saber cómo afrontar la situación. Estaba especializado en tratar con personas desesperadas, esquizofrénicos, depresivos y, además, había hecho infinidad de cursos para aprender a tratar a pacientes con diferentes psicopatías. Era capaz de enfrentarse a un suicida o a una persona extremadamente violenta pero se veía incapaz de afrontar su propio problema. Por un lado teme la llegada de Paula, pero, por otro lado, lo está deseando. Solo lleva algo más de una hora separado de ella y ya está desesperado.

El local está prácticamente vacío. Al entrar, mira hacia uno y otro lado y piensa que ha cambiado muy poco desde que entrara en él por primera vez hace muchos años cuando todo era distinto y el futuro tan solo parecía un espejismo en el desierto de la juventud. Ahora le viene a la mente la primera vez que había visto a Paula tras una fiesta universitaria.

«Eran las tres de la madrugada y tanto él como sus amigos acababan de salir de una discoteca donde se celebraba la fiesta de la primavera. Lo hablaron y decidieron que tenían que buscar un sitio donde tomar la última copa de la velada. Una última copa que siempre era el prelude de la siguiente última copa que, como solía suceder, volvía a preceder a una serie no predeterminada de últimas copas. Iba con otros tres amigos y los cuatro decidieron, por unanimidad, que aquel era un buen sitio. «Black's, bonito nombre para un pub», pensó Roberto mientras miraba el cartel donde una bola de color negro con un reluciente número ocho en ella reposaba en el verde tapete de una mesa de billar. Entraron, pidieron unas copas y se pusieron a jugar a los dardos ocupando, sin miramientos, la esquina del local donde se encontraba la diana. Roberto, en mitad de la partida, se fijó en una chica morena que estaba sentada en una de las mesas más cercana a la diana. Unos minutos después, la chica se levantó y se encaminó hacia los baños. Pasó al lado de Roberto, pero ni tan siquiera lo miró. Roberto se quedó prendado de esos ojos que parecían no haber reparado en él. Pasados unos minutos, al volver la chica del baño, Roberto estaba a punto de lanzar uno de los dardos y la preciosa jovencita lo empujó con suavidad en el hombro al pasar junto a él.

—Perdona, no te había visto —se disculpó ella con timidez.

—Como pierda, que sepas que habrá sido culpa tuya —respondió Roberto con una sonrisa irónica en los labios.

—Y yo voy y me lo creo —contestó la chica con desparpajo de espaldas a la diana—. Vas el último y no creo que sea culpa mía. Quizá es que, simplemente, eres torpe con los dardos.

Roberto miró a la chica a los ojos y se acercó un poco a ella bajando la voz.

—Ya veo que has estado más pendiente de mi partida que de tus amigos.

—¡Idiota! —increpó ella al tiempo que mostraba cara de disgusto, pero sin poder evitar ponerse colorada. Se dio la vuelta y volvió a sentarse con sus amigos.

A partir de ahí comenzó un intercambio de miradas que terminó con el mismo intercambio, pero esta vez de teléfonos y con el comienzo de una relación; una relación que estaba a punto de finalizar después de tantos años.»

Roberto se sienta junto a la barra y pide un whisky de malta mientras espera la llegada de Paula. Está tan ensimismado en sus pensamientos que ni tan siquiera nota que la puerta se abre.

—Hola Roberto.

Se vuelve sobresaltado. A pesar de los años viviendo juntos nunca la había visto tan hermosa. Quizá el miedo a perderla hace que su perspectiva cambie y que la encuentre arrebatadora. Seguro

que es la misma Paula de siempre, pero a Roberto le parece la mujer más fascinante que existe y lo peor de todo es que está a punto de perderla.

—Hola Paula.

—Hola, Roberto.

Paula titubea y él presiente que se encuentra incómoda junto a él. Le parte el corazón pensar eso de su propia esposa.

—¿Nos sentamos? —pregunta Roberto tras un incómodo silencio en el que ninguno de los dos es capaz de articular palabra. A ambos les parece completamente irreal esta situación que están viviendo. Hace muy poco tiempo, cualquier silencio entre ellos suponía que no necesitaban hablar para demostrarse todo lo que se querían. Ahora, ese silencio demuestra que entre los dos se ha abierto un abismo de desconfianza, tristeza y desamor. Y Roberto tiene la culpa de todo ello ya que siempre se había sentido querido y apoyado por ella y él no había correspondido de la misma forma. No hay ninguna excusa para su comportamiento. Él sabe mejor que nadie, por su profesión, que muchas personas infieles intentan autoconvencerse de que engañan a sus parejas porque ya no están enamoradas, porque su pareja no les da lo que necesitan o infinidad de explicaciones patéticas, pero Roberto no puede excusarse delante de Paula; ella le había entregado todo su amor sin condiciones y Roberto se había entregado a una relación absurda en la que lo único que recibía era sexo y poco más. Ni siquiera en ese aspecto podía quejarse de su mujer. A pesar de los años pasados juntos, seguía siendo una mujer apasionada que volvía loco a Roberto con solo insinuarse a él. Sabe que no hay excusa y no puede permitirse el lujo de darle ninguna a la persona a la que más quiere en el mundo y a la que ha fallado.

—Querías hablar conmigo, ¿no?

Paula no contesta. Tan solo se gira y mira el local. Se da cuenta de que ha cambiado, pero, a pesar de ello, no puede evitar recordar fugazmente lo mismo que su marido había estado recordando unos minutos antes, su primer encuentro. Está triste y no lo disimula.

—Ya no es el mismo —dice Roberto al observar a Paula recorrer el local y entornar los ojos como hacía siempre que intentaba recordar algo—. A mí me sigue pareciendo igual que cuando lo vimos por primera vez.

Paula parece volver de su ensimismamiento y decide que, por su bien y por el de su marido, no debe posponerlo más. Debe afrontar la situación sin dejar llevarse por la nostalgia. Mira a Roberto a los ojos.

—El local ha cambiado y nosotros también —explica ella con languidez—. Las cosas cambian y no podemos hacer nada para remediarlo.

—No creo que nosotros hayamos cambiado tanto —comenta Roberto con voz temblorosa—. No sé qué es lo que pasa, pero si es culpa mía puedo cambiar y... no sé... hacer las cosas de otra manera

—Por favor, Roberto —le corta Paula sin perder la compostura—. No he venido para que me prometas nada. Sé lo de tu aventura con la mujer de Álvaro y, si tan bien me conoces, sabrás que nunca podré perdonarte lo que has hecho.

Es una de las cosas que Roberto debería saber ya que habían tenido esa conversación muchas veces y siempre con la misma conclusión de que ninguno de los dos podría llegar a perdonar una infidelidad porque nunca podrían volver a confiar el uno en el otro. Roberto asiente cabizbajo.

—Yo... ha sido una tontería y no ha significado nada —murmura Roberto con infinita tristeza—. Perdóname.

—Roberto, eres un hombre muy inteligente. Sabes que me has hecho mucho daño. Me duele que me hayas engañado con otra mujer, pero me duele mucho más que me supliques que te

perdone. —Paula intenta suavizar aún más su tono de voz. Conocía a su marido y sabía que estaba sufriendo y no deseaba hacerle más daño—. Yo te sigo queriendo. Los sentimientos no cambian de un día para otro, pero no puedo perdonarte. Intentaré rehacer mi vida sin ti y espero que tú hagas lo mismo que yo.

—Pero... —Roberto empieza a sollozar—. Entonces, ¿todo ha terminado?

—No llores, Roberto, por favor. —Los ojos de Paula están anegados en lágrimas al igual que los de él—. Nunca podría terminar todo entre nosotros, pero no quiero estar contigo. Ahora no podría acercarme a ti sin sentir que me estoy haciendo daño a mi misma. No te odio, tan solo necesito intentar no quererte para poder levantarme por las mañanas sin sentir que me falta el aire que me permite respirar; sin sentir que la soledad es lo único que tengo en la vida; sin sentir que lo he perdido todo después de haber tenido lo que más he deseado; sin sentir que mi vida se ha quedado vacía. Necesito alejarme de ti para poder darme cuenta de que sigo teniendo dignidad. Si siguiera contigo no podría volver a mirarme al espejo sin sentir pena por mí misma. —Paula se levanta de la mesa con lentitud y se planta delante de Roberto—. Tan solo te pido que no me llames. Sé que me quieres y sé que vas a respetar mi deseo. También sé que, algún día, podremos verlo todo de otra forma.

Roberto levanta la vista y mira a Paula a los ojos. Se siente vencido.

—Te quiero —susurra él con la frente apoyada en el vientre de ella.

—Yo también te quiero. —Ella le acaricia la cabeza con dulzura—. Sé feliz.

Y se va.

Roberto se queda solo. Todo le da vueltas y se está mareando de nuevo. Necesita tomar el aire. Paga el whisky y sale del local, baja la calle con las manos en los bolsillos y con la vista puesta en las baldosas que va pisando. Siempre que está triste pasea, pero con la intención extraña de no pisar las uniones de las baldosas. Es una costumbre que tiene desde que era muy joven y le gusta. Eso le hace no pensar en lo que le está atormentando. Sale a la Gran Vía y baja hasta llegar a la Plaza de España. Su cabeza no sabe hacia dónde se dirige, pero su corazón es el que ha tomado el timón de sus pasos. Cruza la plaza sin fijarse en los puestecillos navideños que adornan el lugar. Siente los ojos llorosos y la mirada empañada. Se cruza con mucha gente, pero no ve a nadie. Sabe que hay personas comprando cosas en los puestos, personas paseando, personas cogidas de la mano y sentadas en un banco diciéndose cosas bonitas, pero son figuras que no existen para él porque la única persona que podría ocupar el vacío que lo atenaza se ha ido de su lado. Puede notar esa sensación de soledad y de abandono que hace que se sienta solo, aunque esté rodeado de infinidad de personas. Sale de la plaza, cruza la calle y se planta frente al Templo de Debod. Falta muy poco para la puesta de sol y los últimos rayos dejan una refulgente estela naranja sobre la Casa de Campo. Bordea el templo y, con la vista fija el chorro de agua que sale despedido de la fuente que lo adorna, se encamina hacia la pequeña barandilla donde, por primera vez, había besado a Paula. Un beso tierno pero a la vez apasionado; un beso repleto de promesas de amor, de entrega y de fidelidad; un beso al que no había dado ninguna importancia hasta el día de hoy. Ahora se da cuenta de que cada minuto vivido con Paula era una promesa de amor eterno que él había menospreciado. Ahora, daría su vida por poder revivir, una vez más, ese primer beso; daría cualquier cosa por volver a disfrutar de cada segundo que había pasado con la mujer a la que más había amado. Se siente vacío como un trasto inútil al que nadie quiere. Sin darse cuenta, se echa a llorar sin consuelo posible.

Como un autómatas, saca el móvil del bolsillo y marca un número.

—Hola hermanita —dice entre sollozos—. Todo ha terminado. Me ha dejado.

Las lágrimas amargas se entremezclan con las estelas doradas de la puesta de sol que marca el

ocaso del día; el ocaso de su propia historia de amor.

De nuevo

Hay ocasiones en las que un suceso aislado puede llegar a cambiar la vida de una persona. Esto es lo que había ocurrido en la vida de Pedro. Una ínfima luz se había encendido al final del túnel de soledad y pesadumbre que se había creado a su alrededor. Cuando no estaba trabajando, su mente flotaba e imaginaba un millón de situaciones en las que él se encontraba con esa persona que había empezado a ocupar una pequeña parcela en sus noches de pesadillas. Vagaba por las calles de Madrid con una sonrisa en los labios y sin poder dejar de ver con otra mirada a todas esas parejas que paseaban cogidos de la mano y dedicándose miradas cómplices llenas de amor y felicidad. Se había propuesto llegar a conocer a Sara y deseaba, con todas sus fuerzas, ofrecerle su amistad y, de alguna manera, ganarse su corazón. Como un golpeteo incesante, el recuerdo del único encuentro en el gimnasio le provocaba cierta desazón, pero, por su triste experiencia, sabía a la perfección que no tenía nada que perder y mucho que ganar.

Siempre que podía se acercaba al hospital y, con sumo cuidado para no encontrarse con Roberto, vagaba por la cuarta planta esperando ver a Sara. Más de una vez la había observado dando un paseo ella sola. Encogida en su silla de ruedas, salía de su habitación y recorría el largo pasillo hasta un pequeño vestíbulo que se encontraba al fondo del corredor y que estaba adornado con una simple mesa y dos sillones de aspecto confortable. Allí pasaba las tardes contemplando el exterior desde el ventanal que permitía la visión de un pequeño bosque situado en la parte posterior del hospital. Comprobó que siempre daba un paseo a media tarde y también comprobó que nadie iba a verla a esas horas y que el vestíbulo siempre estaba vacío.

Esa tarde se decide y acude al hospital muerto de miedo. Solo con un libro bajo el brazo. Uno de los que más le gusta. Un libro romántico y, para su gusto, de los más bonitos y especiales que ha leído jamás. Un libro de amor que pretende que cumpla una doble función y le dé la oportunidad de cambiar su vida. Es lo que desea con todo su corazón.

Sube a la cuarta planta, va al vestíbulo al fondo del pasillo, se sienta en uno de los sillones, abre el libro e intenta leer mientras su corazón se desboca...

—Así están las cosas.

Paula está sentada frente a Sara en la habitación del hospital. A pesar de que Paula siempre había criticado a su cuñada por la vida que ésta llevaba, le tenía mucho cariño y no estaba dispuesta a dejarla abandonada a pesar de lo ocurrido con Roberto. Le había contado todo con pelos y señales, pero había algo que todavía no había contado y Sara sentía mucha curiosidad.

—¿Cómo te enteraste de que mi hermano te estaba engañando?

Paula se queda pensativa durante unos instantes. Muchos recuerdos se agolpaban en su memoria y cada minuto que pasaba tenía que hacer un supremo esfuerzo para ordenar sus ideas, hacerse fuerte y no llamar a su marido para decirle que lo echaba de menos.

—Fueron muchas cosas —explica Paula con tristeza—. A partir de la fiesta con mis compañeros de colegio, tu hermano cambió. Yo creo que ni él mismo se había dado cuenta, pero estaba más distraído y siempre daba la sensación de sentirse culpable por todo. Al principio,

pensaba que era por lo que a ti te había pasado y me pareció de lo más normal, pero luego me di cuenta de que había algo más. Cuando me dijo que se había apuntado a un equipo de fútbol con amigos pensé que lo que quería era desconectar de todo lo que le estaba pasando y no le di mucha importancia, pero uno de los días de partido un amigo suyo llamó para hablar con Roberto justo cuando se suponía que los dos debían de estar jugando al fútbol y le contesté que lo vería en el campo. Su amigo no sabía de lo que yo le estaba hablando. A partir de ahí, fue fácil llegar a la conclusión de que me estaba engañando. El día del último partido, me armé de valor, lo seguí y lo descubrí todo.

La cara de Sara refleja todo el asombro que siente. Ni en sus peores sueños se habría podido imaginar que su hermano fuera capaz de algo así, pero parece que no lo conocía tan bien como pensaba.

—Lo siento mucho, Paula —dice Sara reflejando toda la tristeza que padece—. Sé que nunca nos hemos llevado muy bien, pero me encantaba ver lo feliz que mi hermano era contigo. No entiendo qué le ha podido pasar para hacer algo así. No es propio de él.

—Eso mismo pensaba yo —comenta Paula al tiempo que mira el interior de su bolso—. Tu hermano puede tener muchos defectos como los tenemos todos, pero creo que la infidelidad no es uno de ellos. Te aseguro que yo he sido la primera sorprendida.

Las dos guardan silencio intentando comprender qué había podido pasar y, sobre todo, intentando superar el dolor que ambas sienten.

—¿Y cómo estás? —pregunta Sara tras respirar hondo para intentar disimular su pena.

—Te lo puedes imaginar. —Paula baja la mirada mientras juega con el cierre de su bolso—. Me siento fatal. Es una sensación extraña. Pensaba que lo peor sería imaginarme a tu hermano con otra mujer, pero no es así; lo peor de todo es que me siento sola y lo echo mucho de menos. Desde que lo conocí, he vivido cada minuto de cada día por y para él y lo he hecho siendo la mujer más feliz del mundo. Ahora, tengo la sensación de que no me queda nada por lo que luchar. Sé que no es así y que soy joven y que puedo rehacer mi vida y todas esas cosas que se suelen decir en estos casos pero la sensación real es bien distinta.

Paula mira a Sara a los ojos y las dos se echan a llorar al mismo tiempo. Después de todo lo que habían pasado en sus vidas, sentían un vínculo especial entre ellas. Sara siempre apoyaría a su hermano, pero sabía que, en esta ocasión, se había equivocado y podía sentir el dolor de Paula. Poco a poco se van calmando.

—Te diría que nos fuéramos a tomar algo para emborracharnos y olvidar todo esto, pero no creo que me dejen —bromea Sara.

—Hubiera estado bien —replica Paula con una sonrisa que muestra por primera vez desde que entrara en la habitación—. ¿Y tú cómo estás?

—Igual que siempre —responde Sara con la idea de no contagiar su tristeza a Paula—. Sigo con los ejercicios que me mandan, pero no hay ninguna mejoría. Todo el mundo me dice que una parte muy importante de la recuperación es el estado de ánimo, pero ahora no es fácil sentirse bien y menos con todo lo que os está pasando a vosotros.

—Deja que pase un poco de tiempo y no te agobies. Por mucho que te esfuerces en intentar animarte, lo único que vas a conseguir es agobiarte aún más.

—Es el mejor consejo que me han dado en mucho, mucho tiempo —dice Sara con gesto risueño—. No te lo vas a creer, pero, en ocasiones, siento deseos de llamar a Cristian para intentar que vuelva conmigo. No sé si lo echo de menos o, simplemente, es que me siento sola y necesito tener a alguien cerca.

—¿Y tus amigas? —pregunta Paula sin tener claro si debe sacar ese tema—. ¿Has vuelto a

saber algo de ellas?

—¡Qué va! —exclama Sara con tristeza—. Esta desaparición me extraña de todas ellas, pero, sobre todo, de Cris. Parece que ya no les sirvo en este estado. En cuanto se enteraron de que no podía andar desaparecieron de mi vida y me dieron de lado. Te aseguro que no pienso ir en su busca. Si quieren saber algo de mí, saben cómo y dónde encontrarme.

—La verdad es que han sido muy egoístas —sentencia Paula sin contemplaciones—. Yo no creo que pudiera llegar a perdonarlas por mucho que me dieran explicaciones. Sinceramente, creo que lo que han hecho no tiene perdón.

—Ya lo sé pero... —Sara comienza a sollozar de repente—, no tengo a nadie. Cuando empecé a salir con Cristian, dejé a todos mis amigos y solo salía con las chicas. Las únicas personas con las que me relacionaba de verdad eran mis amigas y él.

—Eso nos pasa a todos. —Paula intenta consolarla, pero sin faltar a la realidad—. Con el tiempo, vamos abandonando a la gente que nos rodea y elegimos a unos pocos para que estén con nosotros. Lo malo es que tienes que confiar en que esos pocos no te van a abandonar en cuanto ocurra algún contratiempo. Has tenido mala suerte con las personas que has ido encontrando, pero seguro que encuentras otras personas que van a estar siempre contigo, que te van a querer con locura y que nunca te van a abandonar.

—Si no estuvierais vosotros... —Sara se echa a llorar.

Paula se levanta de la silla y se sienta en la cama al lado de su cuñada. La abraza con fuerza y la acuna como si fuera un bebé. Sabe que no puede hacer mucho por consolarla, pero, aun así, siente que Sara necesita a alguien a su lado.

—Tú no te preocupes —dice Paula en un susurro—. Yo siempre estaré contigo.

—¿Qué ocurre aquí?

Paula se separa de su cuñada como un resorte al escuchar la voz de una mujer que acababa de entrar en la habitación sin tan siquiera llamar a la puerta y se queda allí parada como un militar en día de revista. Sin tan siquiera saludar, la mujer agarra una silla, la arrastra sin importarle el ruido que hace las patas contra el suelo y se sienta junto a la cama. Paula se acerca a Sara, la besa y se despide de ella. Al pasar junto a la mujer, la saluda con la mano.

—Buenos días, Dolores.

La mujer corresponde al saludo con un gruñido y, en cuanto escucha la puerta cerrarse a sus espaldas, se inclina hacia Sara que la mira sin mostrar ningún tipo de emoción.

—Estás más delgada.

—Será que hace mucho que no me ves.

—Estoy muy ocupada. Ya lo sabes.

—Ya lo sé, mamá. Todos son más importantes que tu hija.

La madre de Sara la visitaba de vez en cuando porque no le gustaban mucho los hospitales y porque la mayoría de las veces acababa discutiendo con su hija. Su madre parecía no querer asumir que Sara estaba postrada en una cama y que no podía andar. Cada vez que iba a verla le reprochaba que no hacía nada para entretenerse y le recordaba que siempre había sido una persona muy alegre. Las cosas habían cambiado para Sara y su madre parecía no enterarse; parecía vivir en otro mundo. Ese día, para seguir con la tradición, se avecinaba otra discusión.

—¿Has vuelto a saber algo de Cristian?

Para Sara, el comentario de su madre era como el picotazo de una avispa. Sin venir a cuento y como solía hacer siempre, su madre suelta una de las frases incendiarias que tanto le gustaban y que Sara temía más que a nada en el mundo.

—Mamá, ya te he dicho infinidad de veces que lo nuestro terminó hace tiempo y que no voy a

volver a saber de él. Y aunque lo hiciera, ahora soy yo la que no quiere volver a oír hablar de él.

—Pues es una pena porque se notaba que te quería mucho y que te hacía muy feliz —contesta su madre con voz inocente al tiempo que mira su móvil sin intención de prestarle a su hija más atención de la estrictamente necesaria.

Sara no puede aguantarlo y contesta a su madre sin evitar levantar la voz.

—Estoy cansada de tantas tonterías. Cristian solo se quería a sí mismo y a mí no me quería en absoluto. ¿Aún lo defiendes sabiendo que me puso los cuernos y que me echó de su casa sin contemplaciones?

—No es que lo defienda, pero me tienes que dar la razón en que, estando así, te va a costar encontrar a alguien —le dice mientras observa sus piernas inertes.

—Mira, prefiero que te vayas. No me apetece seguir hablando contigo. —Sara mira otra vez hacia la ventana con gesto adusto.

Su madre se levanta, contempla a su hija con resignación como si se esperara todo lo que ella le dice y, sin añadir nada más, se marcha. Al instante, Sara empieza a sentirse mal. Se arrepiente de haber echado a su madre, pero sabe que seguir el consejo que su hermano le había dado hacía unos cuantos años era lo mejor que podía hacer para no discutir con su madre: «No te merece la pena engancharte con ella porque sufrís las dos. Mejor retírate antes de decir algo de lo que te podrías arrepentir toda la vida». Y eso era lo que acababa de hacer; retirarse antes de decirle a su madre que era una insensible, que no entendía nada de lo que le estaba pasando, que ella no tenía la fortaleza de su hermano, que se sentía sola y asustada y que ella no hacía nada para ayudarla porque nunca había hecho nada por ella. Todo eso y muchas cosas más le diría.

Prefiere no seguir pensando en ello y decide que es el momento de salir de la habitación y dar un solitario paseo hasta su rincón; ese lugar que ella había convertido en un refugio de tranquilidad y recogimiento. Nunca había nadie allí y se sentía bien contemplando el pequeño bosque por la ventana. Acerca la silla de ruedas a la cama y, con un supremo esfuerzo, se sienta en ella; cada vez que tiene que sentarse en la silla se siente más inválida todavía. Está dolida y sigue sin poder entender a su madre. Aunque intenta pensar que ella pretende lo mejor para su hija, en ocasiones lo duda. Para su madre, su hermano siempre había sido el hijo perfecto y ella siempre había sido un desastre para sus padres.

Con estos pensamientos en la cabeza sale de la habitación y, con la cabeza gacha, empieza a recorrer la pequeña distancia que lleva hasta su rincón favorito. Justo cuando cruza la puerta que separa el vestíbulo del pasillo tiene la sensación de no estar sola y, de hecho, no lo está. Un hombre bastante corpulento está sentado en uno de los sillones y se encuentra enfrascado en la lectura de una novela. Sara se siente frustrada porque desea estar sola y, justo en ese momento, no puede permitirse el lujo de compartir su soledad con nadie más. La puerta del vestíbulo siempre está asegurada con un calzo para que no se cierre, pero el destino quiere que, al girar con la silla de ruedas para volver a su habitación, el tope se desplace de su sitio y la puerta se cierre junto a ella. Se encuentra encerrada en el vestíbulo y, aunque intenta acercarse a la puerta para volver a abrirla, no hay espacio suficiente y ésta topa con su silla de ruedas cada vez que tira de la manija. La situación podría haber parecido cómica en otro momento pero a ella le hace sentirse ridícula. Ni tan siquiera puede abrir una simple puerta. Ceja en su empeño y se siente como una completa inútil. En eso, oye una voz a sus espaldas.

—Supongo que necesitas ayuda —dice Pedro mientras intenta que su voz no suene distorsionada por los nervios que le atenazan el estómago al encontrarse, por fin, con la persona que tanto significa para él.

Sara ni tan siquiera vuelve la cabeza. Una lágrima de rabia surca su mejilla.

—No necesito ayuda de nadie —contesta con acritud al tiempo que mira al suelo.

—Vaaaale, me parece bien. —Pedro levanta las manos en actitud defensiva—. Perdona.

Sara vuelve a intentar abrir la puerta, pero le está resultando una tarea realmente imposible. No sabe manejarse bien con la silla de ruedas y la situación la está superando así que, abandona el intento, gira la silla y se encamina cabizbaja hacia la ventana.

—Mi madre decía que cuando Dios cierra una puerta, siempre abre una ventana —comenta Pedro sin levantar la vista del libro—. Supongo que no se refería a una situación como esta; sobre todo porque la ventana es fija y no se puede abrir.

Sara gira la cabeza mientras se seca las lágrimas con un pequeño pañuelo de papel y se queda mirando a Pedro. Éste rezaba para que Sara no lo reconociera como el torpe y estúpido espécimen del gimnasio, pero parece que Sara no se acuerda de él. Pedro se percató de que está llorando y se siente como si estuviera invadiendo su intimidad. Aun así, intenta levantarle el ánimo.

—Vale, lo reconozco, es un chiste malo, pero no tanto como para llorar.

Sara no puede evitar sonreír. Es la primera persona, excepto su familia y el cuerpo médico, que le ha dirigido la palabra desde que está en el hospital y se acaba de dar cuenta de que echaba de menos hablar con la gente de cosas que no tuvieran nada que ver con su invalidez, con su ex novio o con la falta de ilusión.

Por su parte, el cerebro de Pedro trabaja a mil por hora para buscar algún tema de conversación que pueda interesar a Sara y, justo en ese momento, se le ocurre una idea que puede hacer que ella llegue a confiar en él.

—Me da la sensación de que no te manejas muy bien con la silla de ruedas —dice éste con una sonrisa franca en el rostro—. A mí no me parece muy difícil. Bueno, vale, lo de la puerta es como un escollo insalvable, pero seguro que no es tan complicado y estoy convencido de que, con un poco de ingenio, podemos encontrar algún sistema para que nunca te quedes encerrada aquí.

Se levanta y se acerca a Sara.

—Ya lo tengo, déjame el cinturón de tu bata —pide Pedro en tono suave con la mano tendida hacia Sara, pero mirando a la puerta con gesto pensativo.

Sara está perpleja. De pie le parece más grande todavía y la intimida un poco, pero, a pesar de todo, no duda en obedecer a ese hombre al que acaba de conocer. Se inclina en la silla, se quita el cinturón y se lo entrega a Pedro.

—Acércate, por favor —solicita Pedro para intentar que confíe en él.

Sara no lo duda.

—Lo primero que tienes que hacer es aproximarte a la puerta todo lo que puedas, bajas el picaporte y la dejas un poco abierta, atas el extremo del cinturón a la puerta y te alejas manteniéndolo tirante pero sin dejar que la puerta se vuelva a cerrar. Cuando te hayas alejado lo suficiente, abres tirando suavemente del cinturón. —Pedro hace todo el proceso con lentitud mientras se lo explica a Sara y ahora le tiende el cinturón—. Ya está. Prueba tú ahora.

Sara hace todo lo que él le ha explicado y, en un instante, consigue abrir la puerta sin ninguna dificultad. Mira hacia el pasillo y suspira al sentir el aire fresco en su cara. No puede evitar pensar que la situación con ese hombre había sido un poco rara pero divertida. Pedro lo único en lo que puede pensar es que, en todo ese tiempo, Sara no había mirado hacia su barriga en ningún momento.

—Ya eres libre —le dice sonriente al tiempo que le hace un ademán cortés hacia el pasillo.

—Muchas gracias —contesta Sara con la vista puesta en el lugar donde se encuentra su habitación. Avanza unos metros y se detiene, gira la silla hacia el vestíbulo y ve que Pedro se había vuelto a sentar en el sofá y estaba leyendo de nuevo. Se acerca a la puerta otra vez—. Me

llamo Sara.

—Encantado, Sara. Yo me llamo Pedro. —Levanta la vista del libro y mira a esos ojos azules que le habían robado el corazón.

—Hasta luego —se despide Sara a la vez que comienza a girar la silla.

—Hasta luego, Sara. Pasa una buena tarde.

Cuando Sara se marcha, Pedro suelta un suspiro, mira al techo y sonríe.

Segundo asalto

Paula sale del hospital pensando en su cuñada. Sabe que lo está pasando fatal pero no puede olvidarse de que ella también lo estaba sufriendo lo indecible. Su relación con Roberto se había terminado y se sentía desorientada. Llega hasta su coche con estos pensamientos en la cabeza y se dispone a sacar las llaves del bolso. Le cuesta encontrarlas y, cuando está abriendo el vehículo, se le cae el bolso al suelo desparramando junto a su coche todo su contenido. Se queda apoyada en el costado del vehículo, la rabia inunda cada resquicio de su ser y un llanto descontrolado se apodera de ella.

—¿Se encuentra bien?

Paula está mirando al suelo y puede ver como un hombre se agacha junto a ella para recoger sus pertenencias y ayudarla a guardarlas de nuevo en su bolso. Está dolida y también avergonzada. El hombre cierra su bolso y se lo entrega con educación. En ese momento, Paula se da cuenta de que le habían hecho una pregunta.

—Perdone, sí, estoy bien —contesta sin poder reprimir un sollozo—. Muchas gracias por ayudarme con todas esas cosas. Soy un auténtico desastre.

—No se preocupe. La entiendo perfectamente. Yo soy muy torpe y se me caen muy a menudo las cosas.

—Muchas gracias de nuevo. —Paula coge las llaves que el hombre le tiende, abre su coche y se mete en él.

Arranca el motor y, justo cuando se dispone a salir de la plaza de aparcamiento, oye unos golpecitos en la ventanilla. Es el desconocido que la había ayudado. Baja la ventanilla.

—Un consejo —dice él con una sonrisa que a Paula le parece muy dulce—. No conduzca en este estado. Seréne un poco. Nada ni nadie merece que usted se juegue la vida.

Se va sin esperar respuesta y Paula se da cuenta de que ese hombre tiene razón. Se reclina en el asiento, cierra los ojos e intenta serenarse.

Pedro la reconoce al instante. Sabe que es la mujer de Roberto y se imagina que si está en ese estado es por algo muy grave. No le desea ningún mal al psiquiatra, pero anhela con todo su corazón que las lágrimas de esa mujer sean por su relación y no porque le haya pasado algo a Sara. Está tentado de subir a ver si puede enterarse del estado de la mujer que ocupa sus sueños, pero tiene sesión con Roberto en unos minutos y no quiere arriesgarse a encontrarse con él allí. Sabe que lo peor que podía pasarle en este momento es que Sara se enterara de lo que él está pasando y, sobre todo, que supiera que está en tratamiento psiquiátrico. Tiene que conseguir por todos los medios que Roberto no sepa que conoce a su hermana.

A pesar de ello, no ha podido evitar ayudar a Paula cuando vio que todas sus cosas se desparramaban por el suelo y que estaba llorando desconsoladamente. No había peligro porque Paula no sabía de su existencia. Aun así, se aleja a toda prisa y se encamina hacia la entrada del hospital.

Roberto aparca su coche en la plaza asignada a él en el hospital. Tiene sesión con Pedro pero no le apetece nada. De hecho, no le apetece hablar con nadie y menos aún tener que hacerlo sobre los problemas de los demás. Bastantes problemas tiene él mismo. Sabe que debe ser profesional ya que siempre había sido muy importante para él demostrar que podía separar el aspecto personal del profesional, pero ahora lo duda.

Baja del coche y se encamina a la entrada del hospital. Ve que su paciente está entrando en ese momento y se frena para intentar no coincidir con él en el ascensor. Prefería que se encontraran en su despacho. Era mucho más profesional y no daba lugar a ningún tipo de situación fuera de lo estrictamente médico. Se para frente a la entrada del hospital y es entonces cuando descubre el coche de Paula en el aparcamiento. El corazón se le acelera y se pone muy nervioso. Mayor es su sorpresa cuando se da cuenta de que el coche no está vacío. Su mujer se encuentra dentro y con los ojos cerrados. Se acerca a toda velocidad y abre la puerta del vehículo con violencia. Paula se sobresalta y grita.

—¡Eres idiota! ¡Vaya susto que me has dado! —dice ella en voz alta.

—Y tú a mí —replica Roberto sin poder recuperar el aliento—. Pensaba que te había pasado algo.

Paula no puede evitar sonreír a pesar de lo triste que se siente.

—¿Qué nos ha pasado? —pregunta ella con la vista fija al frente y con la mirada empañada.

—Todo ha sido culpa mía y lo sé —responde Roberto sin atreverse a mirar a su mujer a los ojos—. He sido un idiota y te he perdido.

Se separa del coche y dirige una última mirada a Paula. Los ojos se le inundan de lágrimas y un nudo atenaza su garganta hasta dejarlo casi sin respiración.

Paula suspira y se echa a llorar.

—Buenos días.

—Buenos días, Pedro. ¿Qué tal estás?

Ambos están sentados frente a frente en el despacho de Roberto. Había pasado una semana desde la última sesión y Pedro tenía muchas cosas que contar. Lo malo es que no podía relatarle casi ninguna de ellas porque la mayoría tenían que ver con su hermana. Llevaba toda la semana pensando en ello y decidió que sería mejor dirigir la atención del psiquiatra hacia el tema de las navidades.

—Estoy bien —contesta Pedro—. No puedo quejarme. Con las compras navideñas y esas cosas.

La estratagema da resultado y la conversación se encamina hacia ese tema.

—¿Qué tal estás llevando los días antes de las fiestas navideñas?

—De momento no lo estoy llevando mal. A pesar de todo, siempre me han gustado estas fiestas. Lo peor son los días señalados. Pasar una nochebuena o una nochevieja solo en casa año tras año no es lo más divertido del mundo. Supongo que ya debería de estar acostumbrado pero no es así.

Justo en ese momento, Roberto percibe como un latigazo la realidad que ensombrece la vida de Pedro. Por primera vez, siente todo el dolor que embarga a su paciente; por primera vez siente el

vacío experimentado al tener que pasar las fiestas navideñas solo. Él, a pesar de la separación, podía apoyarse en sus padres y en su hermana pero Pedro no tiene a nadie y, a pesar de ello, sigue respirando cada mañana. Casi puede comprender el hecho de que hubiera intentado quitarse la vida. No lo justifica, pero empieza a entenderlo.

—¿No has hecho nunca nada especial estos días? —pregunta Roberto con cautela.

—Cuando vivían mis padres era distinto. No teníamos familia en Madrid, pero tampoco lo echábamos de menos. Cenábamos los tres juntos, luego dábamos un paseo por el centro de la ciudad para bajar la cena y, al volver a casa, mi madre preparaba un chocolate calentito y lo tomábamos jugando a algo o viendo la tele. No hacíamos mucho más, pero tampoco hacía falta. — Pedro se queda callado unos instantes como si cada palabra que saliera de sus labios le causara un dolor tremendo—. Las primeras navidades sin ellos repetí el mismo ritual, pero fue lo peor que podía haber hecho. Después de cenar solo, recorrí cada uno de los rincones que visitaba cada año con mis padres. Fue una experiencia mucho más dolorosa de lo que me había imaginado. Volví a mi casa con una sensación de vacío y soledad indescriptible. No preparé chocolate. Me senté frente al televisor y me quedé dormido en el sofá. La noche fue muy dura, pero peor fue el despertar. El dolor se había vuelto insoportable. Ese fue el momento en el que decidí que debía vender la casa de mis padres para poder empezar a construir mi vida en otro lugar. Y no te digo reconstruir mi vida porque ésta había desaparecido cuando mis padres murieron. Tuve que luchar para construirme una vida nueva sin ellos y sin nadie en quien apoyarme.

—¿Cuántos años tenías? —pregunta Roberto sin poder disimular la amargura que empieza a sentir.

—Diecinueve. —Pedro intenta reprimir una lágrima que pugna por dejarse llevar por la emoción—. Mientras todos mis compañeros de la universidad se iban a esquiar en navidades o se pasaban todas las fiestas de juerga yo las compartía con mis padres, paseando con ellos por la ciudad o yendo al pueblo a pasar la Nochevieja. Era feliz y no necesitaba nada más.

Roberto mira a los ojos a Pedro y sonríe mientras recordaba las navidades que él pasaba con sus amigos cuando estaba en la universidad.

—Yo era de los de ir a esquiar con los amigos y disfrutar de las juergas —comenta Roberto pensativo—. Es curioso cómo cambian las cosas con la edad. Cuando eres joven luchas por huir de tus padres y ahora, que no puedes dar marcha atrás, te arrepientes de no haber pasado más tiempo con ellos.

—Yo tengo la suerte de no tener que arrepentirme de ello. Lo más bonito que he hecho en la vida ha sido pasar tiempo con mis padres. No podría arrepentirme de eso.

Pedro se da cuenta. Roberto parece agotado y da la impresión de que todo lo que estaba escuchando le afectaba de forma especial y, sobre todo, con un dolor que él conocía a la perfección.

—¿Estás bien? —pregunta Pedro con verdadero interés por el estado de Roberto.

—Eso es algo que debería preguntar yo —contesta Roberto con un supremo esfuerzo para volver a sonreír y acordándose del pacto de sinceridad con su paciente—. No he tenido una buena semana y estoy un poco cansado.

Desde que empezó la sesión, Pedro deseaba saber si la actitud de la mujer de Roberto se debía a que Sara no estaba bien o a cualquier otra cosa pero no quería que Roberto adivinara el interés que Pedro sentía.

—¿Ha pasado algo?

—Cosas de pareja —responde Roberto sin poder quitarle importancia a la situación que estaba viviendo con su mujer a pesar de intentarlo—. Nada que no se pueda superar.

—Lo siento —replica Pedro con sinceridad—. Me imagino que no debe ser fácil convivir con alguien a pesar de todo el amor que puedas llegar a sentir.

—Debería ser fácil, pero tendemos a complicarlo todo. —Roberto intenta reconducir la conversación—. Has comentado hace un momento que, algunos años, ibais a pasar la Nochevieja al pueblo. ¿A qué pueblo?

—Tenemos una casa en un pueblo de Ávila. Se llama Las Navas del Marqués. Mis padres compraron una casa allí. Íbamos muchos fines de semana y yo me lo pasaba genial paseando por aquellas callejuelas o yendo al campo a hacer una barbacoa. Fueron años muy felices.

—¿No la vendiste al morir tus padres? —pregunta Roberto dándose cuenta de que Pedro se había referido a la casa del pueblo utilizando el plural “tenemos”. Sabía que eso significaba que continuaba unido a sus padres de una manera muy especial.

—No, decidí conservarla a pesar de todo. Está cerrada desde entonces, pero sé que algún día podré ir allí sin que se me parta el corazón.

Roberto nota que a Pedro se le quiebra la voz y que le cuesta seguir hablando así que decide cambiar de tema para evitarle más sufrimiento.

—¿Has decidido ya cómo vas a pasar las navidades este año?

—Como siempre. No voy a hacer nada especial. No hay fiestas de fin de año, ni cotillón, ni misa del gallo ni nada de ese estilo. —Pedro no parece muy afectado—. Haré lo mismo que hago todos los años.

—¿Sueles adornar la casa? —pregunta Roberto con cierta curiosidad.

—La verdad es que sí —contesta Pedro sonriente—. Es una de las pocas cosas que no he querido que cambien con el paso del tiempo. Ya tengo la casa adornada, he puesto el árbol en el salón y el belén en la entrada. Igual que hacía cuando vivían mis padres.

—Me resulta curioso que sean dolorosas las navidades para ti, pero luego sigas adornando la casa —comenta Roberto cada vez con más curiosidad por la actitud de su paciente hacia las fiestas navideñas.

—Yo no te he dicho en ningún momento que las navidades sean dolorosas a día de hoy —explica Pedro con tono burlón—. Fueron muy dolorosas durante mucho tiempo, pero siempre me han gustado. Tan solo intento disfrutar con todo lo que me gusta y procuro quitarle importancia a lo que me puede hacer daño.

—Me alegro mucho de que no te sientas mal y tengas fuerza para afrontar estas fiestas. Te aseguro que es la época del año más dura para los terapeutas.

—Sí, me imagino que tiene que ser una época en la que cualquier zumbado puede desear quitarse la vida sin ningún motivo aparente. —Pedro vuelve a sonreír y Roberto no puede evitar hacer lo mismo.

—Por hoy me parece que ya tenemos bastante. —Roberto mira con disimulo su reloj—. Me alegra decirte que te noto mucho más animado que en las últimas sesiones. Pensaba que iba a ser lo contrario de cara a las navidades, pero parece que has cargado las pilas de alguna forma inexplicable para mí.

—No lo sé —miente Pedro—. Tan solo te puedo decir que me siento tranquilo, pero no ha pasado nada especial en mi vida desde la última sesión.

—Pues nada. Pasa unas felices fiestas y nos vemos en enero. —Roberto se levanta del sofá y le estrecha la mano a Pedro con sincero afecto.

—Felices fiestas para ti también —le desea Pedro a su vez antes de salir del despacho.

Roberto se queda pensativo intentando reflexionar sobre todo lo que le ha transmitido Pedro en la sesión. No puede evitar pensar en que es un hombre muy peculiar y fuera de lo común. Justo en

ese momento se vuelve a abrir la puerta y Pedro se asoma.

—¿Roberto?

—Dime, Pedro.

—Que no se te olvide que todo tiene solución. Recuerda que dentro de unos años te puedes arrepentir de no haber luchado suficiente por una persona—. Guiña un ojo a Roberto y se va.

El psiquiatra sabe que Pedro es una persona especial, pero hay algo en él que se le escapa. Abre la agenda y vuelve a posar su vista en el nombre de su hermana remarcado a bolígrafo.

Alegre

Lleva todo el día aburrida...

Después de irse Paula, tuvo un día como cualquier otro. Bajó al gimnasio con Rosa y tuvo su ración diaria de masajes, ejercicios y electroestimulación, pero seguía sin notar ese hormigueo que podría significar el comienzo de la recuperación de una vida normal. Según pasaban los días, cada vez confiaba menos en volver a andar.

Había visto un rato la tele después de comer para intentar entretenerse, pero todo le aburría. Pensó que era un buen momento para dar un paseo por la planta y para acercarse a su rincón privado a contemplar un rato su pequeña porción diaria de naturaleza. Cada vez le costaba menos sentarse en la silla de ruedas, pero no se sentía cómoda en ella. No era una ayuda. Para ella significaba la certeza de su invalidez; el instrumento cruel de su desgracia.

Sale de la habitación y recorre el solitario pasillo hasta llegar al vestíbulo situado al fondo del mismo. Como siempre, entra con la cabeza gacha y se dirige a la ventana para contemplar el bosque. No se percata de que no está sola.

—Buenas tardes, Sara. —Oye una voz a su espalda y se sobresalta—. Perdona, te he asustado. No era mi intención.

—No te preocupes —dice Sara con el corazón agitado después del susto—. No esperaba encontrar aquí a nadie y me has sorprendido.

—Si te molesto me voy —replica Pedro con una gran sonrisa—. Creo que he vuelto a invadir tu intimidad y no quiero que tengas que huir como el otro día. No me gustaría que te volvieras a quedar encerrada.

En otras circunstancias, Sara ni tan siquiera se hubiera dignado a pararse a charlar con ese hombre, pero las cosas habían cambiado en su vida y lo veía todo de otra forma. No podía elegir con quién hablar y con quién no porque no tenía elección y su vida había quedado encerrada entre las cuatro paredes de su habitación. Encima, había descubierto que ese hombre no la molestaba lo más mínimo. La verdad es que se había acordado de él todos los días porque seguía con el nudo que le había hecho en el cinturón para poder abrir las puertas. Cada vez que se ponía la bata se acordaba de él, aunque luego no lo hiciera en todo el día, pero lo cierto es que había sentido una pequeña alegría al encontrarlo allí. Por lo menos, podía salir un poco de la rutina diaria y, encima, parecía una persona realmente agradable. Estaba en el mismo sillón que la primera vez y leía el mismo libro.

—No me molestas —contesta Sara con sinceridad—. No voy a salir huyendo. La verdad es que no tengo oportunidad de hablar con mucha gente.

—¿Y eso? No pareces una de esas personas que no tiene amigos con los que hablar de vez en cuando.

Sara no se encuentra muy cómoda charlando de algo tan personal con alguien a quien acaba de conocer por lo que prefiere cambiar de tema.

—Cosas que pasan. ¿Tienes algún familiar aquí? —pregunta Sara con la idea en la cabeza de desviar la conversación.

Pedro estaba preparado para esa pregunta y no duda ni un instante al contestar.

—No es un familiar —replica con decisión—. Es una persona muy querida para mí.

—¿Y te vienes aquí en lugar de estar con ella? —pregunta Sara con insistencia.

—Ya la he visto —responde Pedro sin mentir—. Vengo un rato aquí porque se está a gusto y puedo leer un rato.

Sara nota que la conversación incomoda a Pedro así que vuelve a cambiar de tema.

—¿Qué lees? —Sara intenta mirar la portada del libro que Pedro tiene en las manos.

—Uno de mis libros favoritos. Me lo he leído unas cuantas veces, pero me gusta releerlo de vez en cuando. Se llama “Perdona si te llamo amor”.

—Que título más curioso ¿De qué va? —indaga Sara sin poder ocultar que siente verdadero interés.

—Es la historia de un hombre de casi cuarenta años que se enamora de una joven de dieciocho. Lo mejor de todo es que él está a punto de casarse y la jovencita lo descoloca del todo —le explica Pedro con seriedad—. Es una buena historia, bonita y muy entretenida. ¿Te gusta leer?

—La verdad es que no sabría qué decirte. —Sara juguetea con el nudo del cinturón y se siente una inculta al lado de su nuevo amigo—. No he leído mucho en mi vida, pero ahora tengo tiempo libre y me gustaría empezar.

—Si quieres, puedes comenzar por éste —le dice Pedro al tiempo que le tiende el libro.

Sara se queda quieta mirando a ese hombre con el brazo extendido hacia ella y ofreciéndole un libro. La cara le cambia; el rostro se demuda en una mueca dolorosa. Instintivamente retrocede un poco con la silla de ruedas. A su mente regresa el recuerdo de algo que creía tener superado. La imagen de un hombre amable ofreciendo enseñarle algo se entremezclaba con el rostro esperpéntico de ese mismo hombre intentando violarla y golpeándola con saña.

—¡Lo siento! —se disculpa Pedro al notar el gesto de repulsión de Sara—. No era mi intención sobresaltarte de nuevo.

—No, lo siento yo —contesta Sara con una lágrima pugnando por recorrer su mejilla—. Me ha venido un recuerdo a la memoria. No es culpa tuya.

—Vale, lo del libro no ha sido buena idea —dice Pedro mientras lo deja sobre la mesa de la salita para intentar suavizar el incómodo momento—. ¿Vas a casa a pasar las fiestas?

Pasados unos segundos, Sara vuelve a sentirse cómoda. El terror que había sentido unos minutos antes se ve menguado por la dulzura que Pedro muestra al hablar. Da la sensación de ser una buena persona y Sara no conoce a muchas así. Se siente a gusto allí y no tiene ninguna prisa por volver a su habitación.

—No voy a casa. Me toca pasarlas aquí. —Su rostro se ensombrece durante un breve lapso de tiempo que no pasa inadvertido para Pedro—. La verdad es que no me apetece mucho que lleguen estos días.

—Ya me imagino. Sé que, en ocasiones, las navidades no son muy divertidas. Por lo menos, cenarás con alguien el día de nochebuena, ¿no?

—No, he decidido que quiero estar tranquila y sola viendo un rato la tele —contesta Sara con tristeza—. No quiero que sea un día especial porque para mí no lo es. El hospital es triste y este año me toca quedarme sin cena de nochebuena y sin árbol de navidad.

Pedro nota que Sara se está poniendo muy triste y decide que le toca a él cambiar la conversación.

—Ya he visto que sigues con el nudo en el cinturón —comenta Pedro con una sonrisa.

—Sí, no me gustaría volver a quedarme encerrada. Lo del otro día me llega a pasar estando sola y no sé cómo me hubiera apañado —dice Sara sin poder evitar sonreír con una dulzura que desmonta por completo el maltrecho corazón de Pedro.

—Bueno, siempre hay un plan B —explica Pedro con una sonrisa traviesa en los labios—. Si alguna vez te quedas encerrada, puedes apretar la alarma de incendios y ya verás como, en unas cuantas horas, te sacan de aquí los bomberos.

Sara no puede evitar soltar una carcajada. Llevaba tanto siempre sin reír que ella misma se sorprende al oírse. En ese momento se relaja totalmente y continúa hablando con Pedro. Se cuentan cosas irrelevantes y cosas un poco más importantes como si llevaran haciéndolo toda la vida. Hablan del trabajo de Pedro, de las aficiones de Sara, de los sueños de ella y de los recuerdos de él. Hablan de Madrid, de sus calles, anécdotas e historias. Ella no las conocía y está encantada con todo lo que sabe Pedro sobre su ciudad. Así va pasando el tiempo sin tan siquiera darse cuenta.

—Vaya, por fin te encuentro. Me tenías preocupada.

Sara se da la vuelta en la silla al escuchar la voz imperativa de Ester y Pedro, sin poderlo remediar, se pone en pie de un salto como si hubiera sido pillado haciendo algo malo.

—No sé por qué te preocupas tanto, Ester. Sabes que todas las tardes doy una vuelta por la planta y siempre vengo aquí —explica Sara a la vez que gira su silla de ruedas hacia ella para verla sin tener que doblar el cuello.

—Ya lo sé —replica la enfermera como una madre—. Pero siempre te encuentro en tu habitación a la hora de la cena. Vamos, a tu cuarto.

Sara se sorprende. Recuerda que había abandonado su habitación después del culebrón de la tarde. Debían ser las cinco y media más o menos cuando salió a dar el paseo.

—¿Qué hora es? —pregunta Sara sorprendida.

—Van a ser las ocho y media— contesta Pedro con la vista puesta en su reloj de pulsera.

Sara está confundida. Había pasado tres horas; tres horas hablando con ese perfecto desconocido; tres horas en las que no se había acordado de que estaba en una silla de ruedas; tres horas que se le habían pasado como un suspiro. Y, sobre todo, tres bonitas horas.

Para Pedro había sido una tarde en la que se había sentido como en el cielo. Cada palabra que salía de los labios de Sara la atesoraba como un recuerdo imborrable que lo acompañaría siempre. No sabía dónde le conduciría todo esto, pero se sentía el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. Hablando con ella había olvidado completamente a su prominente amigo que siempre lo acompañaba, pero que, últimamente, había pasado a un segundo plano en su vida. Parecía como si su barriga disminuyera inversamente proporcional al aumento de su felicidad. Aún no se habían separado y ya deseaba volver a ver a Sara.

—Lo siento, Pedro —se disculpa Sara sin poder dejar de sonreír—. Me toca ir a mi retiro espiritual.

—No te preocupes, Sara. —Pedro saborea el nombre de su amada y la mira con infinito amor—. Debes cenar. Es muy importante. Necesitas estar fuerte por si algún día debes derribar esta puerta a patadas.

Sara gira la silla de ruedas mientras sonrío por el comentario de Pedro. Una de las ruedas se engancha en la pata de la mesita.

—Espera que te ayudo —se ofrece Pedro al tiempo que mueve la silla con suavidad.

—Muchas gracias —dice Sara con sinceridad y sabiendo que unos días antes no hubiera aceptado la ayuda de nadie—. Espero verte otro día. Ha sido una tarde muy agradable; de verdad.

—También lo ha sido para mí. Qué aproveche la cena.

—Adiós, Pedro.

—Adiós, Sara.

Recorre todo el pasillo hasta su habitación pensando en ese hombre. Lo que más le extraña es

que no parece molestarle que ella esté en una silla de ruedas. Ni tan siquiera había preguntado qué le había pasado. En otras circunstancias, se hubiera enfadado por la falta de interés de él, pero ahora le parece genial que no pregunte. Habían hablado de un millón de cosas, pero él había tenido el tacto necesario para no preguntar.

—Por fin has llegado —comenta Ester.

Sara no dice nada y la enfermera tampoco pregunta así que se acerca a la cama y se sienta en ella sin esfuerzo mientras Ester separa la silla.

—¿Qué es esto que llevas en la bolsa de la silla? —pregunta Ester con un objeto en la mano que le muestra a Sara.

Ella ni siquiera sabía que en la parte de atrás de la silla de ruedas había una pequeña bolsita para llevar cosas.

—“Perdona si te llamo amor” —lee Ester en voz alta—. Es un libro genial. No sabía que te lo estabas leyendo.

—Aún no lo estoy haciendo. Empiezo esta noche. —Sara sonríe sorprendida al darse cuenta de que Pedro había aprovechado que a Sara se le había enganchado la silla de ruedas en la pata de la mesita para introducir el libro en la bolsita de la silla—. Seguro que me gusta.

—Estoy convencida de ello —comenta Ester con mirada risueña—. Yo lo leí hace tiempo y me encantó. ¿Te lo ha prestado tu amigo? —pregunta Ester cambiando la mirada soñadora por otra pícaro.

—Sí, ha sido él —contesta Sara al tiempo que acaricia la portada del libro con la yema de los dedos.

—Vamos, cena que se te va a enfriar —advierte la enfermera asomada en la puerta de la habitación y sin dejar de sonreír con picardía.

Cuando Ester se marcha, Sara suelta un suspiro, mira al techo y sonríe a su vez.

«Que no se te olvide que todo tiene solución. Recuerda que dentro de unos años te puedes arrepentir de no haber luchado suficiente por una persona». Roberto seguía dándole vueltas a lo que Pedro le había dicho desde la puerta de su despacho.

Llevaba un par de días pensando en esa frase y sabía que su paciente tenía razón. Le resultaba curioso que una persona como Pedro, que se suponía que no tenía experiencia en amoríos, fuera capaz de darle un consejo tan sabio a un psiquiatra que había ganado varios premios y había publicado infinidad de artículos profesionales. Sabía que necesitaba luchar por Paula; se lo debía a sí mismo. Había sido un idiota y había perdido lo que más quería en esta vida, pero en su mano estaba luchar por recuperarla. Se había prometido a sí mismo que haría todo lo posible por volver a ganarse el amor de su mujer; lucharía lo que fuera necesario. No había vuelto a ver a María desde aquel día y no pensaba volver a verla a pesar de que ella lo llamaba de vez en cuando y le mandaba mensajes al móvil prometiéndole un amor eterno basado en la mentira y el engaño. Necesitaba hablar con alguien y se encaminó al hospital para charlar un rato con su hermana. Era tarde, pero sabía que su hermana cenaba a las ocho y media y eran las nueve menos veinticinco así que pensó que podía acompañarla mientras ella cenaba.

Entra en el vestíbulo del hospital y se dirige a una de las máquinas que ofrecen cosas de comer y, después de meter las oportunas monedas, se agacha para coger un sándwich que había resbalado por el interior de la máquina hasta la bandeja inferior. Si hubiera decidido no comprar el

sándwich o si hubiera llegado unos segundos más tarde al hospital, se hubiera encontrado con su paciente en la puerta de los ascensores, pero la suerte quiso que Pedro saliera del vestíbulo de los elevadores mientras Roberto estaba inclinado cogiendo el sándwich así que no lo ve, pero Pedro sí y consigue evitarlo en el último momento. Después de coger el sándwich y una botella de agua en la máquina de las bebidas, el psiquiatra sube a la habitación de su hermana.

—Buenas noches, hermanita.

—Hola Roberto —dice ella con voz alegre—. Me pillas cenando.

—Ya me lo imaginaba. Por eso me he traído una succulenta cena —explica Roberto a la vez que levanta el sándwich y se lo muestra—. Si te apetece, cenamos juntos.

—Pues claro. Me parece genial.

Sara ya estaba cenando cuando su hermano llegó. Tiene la bandeja encima de la cama y colocada sobre un carrito portabandejas. A Roberto no le parece muy apetitosa la cena de su hermana, pero a ésta no parece disgustarle. Encima de la bandeja tiene un bol con una especie de crema de color anaranjado y en otro plato espera un filete de pollo con una pequeña ensalada de acompañamiento. El postre es un flan de huevo. Roberto piensa que, por lo menos, el postre parece compensar el resto de la cena. Sara se percata de que su hermano está evaluando su cena y puede percibir la desaprobación en su rostro.

—Está mejor de lo que parece —explica Sara dando cuenta del puré del bol—. Es crema de zanahorias. Nunca me habían gustado las cremas y ahora me encantan. He pasado de hincharme a comer guarrerías a cuidarme. Ahora tengo que hacerlo porque estoy un poco más inactiva y no puedo permitirme el lujo de darles un peso extra a mis piernas.

Esta última frase sorprende a Roberto. Parece que su hermana es capaz de proporcionarle un pequeño toque de humor a lo que le está pasando.

—Vaya, parece que estás de buen talante y eso me gusta. —Roberto intenta abrir su sándwich y lucha con un supuesto abrefácil que pugna por convertirse en un «abredifícil».

—Anda, tonto, trae para acá. —Sara tiende la mano y le pide el sándwich—. No es tan complicado abrir estas cosas. Aunque, teniendo en cuenta la que liabas en casa cada vez que tenías que abrir un tetrabrick de leche, no me extraña.

—¡Eh! No te metas conmigo —protesta Roberto—. Sabes que no es culpa mía, que hacen los abrefácil de esa manera para fastidiar.

—Toma. No ha sido tan complicado —comenta Sara con el sándwich de su hermano en la mano, pero ya abierto.

—Muchas gracias. Te veo bien. —Roberto aprovecha que tiene su cena delante para cambiar de tema—. Pareces contenta.

—Bueno, he estado esta tarde hablando un rato con una persona que viene de visita al hospital y ha sido agradable.

—Me alegro mucho de que, por lo menos, hayas estado entretenida. Siento no haber venido antes, pero he estado un poco liado.

—No te preocupes —dice Sara sonriente—. Ya te digo que la tarde ha sido bastante entretenida así que no me puedo quejar. ¿Y tú cómo estás?

—¡Buf! Te lo puedes imaginar. —Roberto resopla con tristeza—. Echo mucho de menos a Paula.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé pero lo que sí sé es que tengo que hacer algo. No te lo vas a creer, pero un paciente me dijo el otro día que hay que luchar por lo que uno quiere porque si no lo haces puedes estar arrepintiéndote de ello toda la vida.

—Parece un buen consejo —comenta Sara pensativa—. ¿Y te lo dijo un paciente?

—Sí, es una persona un poco especial —explica Roberto con el recuerdo presente de la última sesión con Pedro—. Es un hombre muy inteligente.

—¿Y por qué está en tratamiento? —pregunta Sara con curiosidad.

—Ya sabes que no puedo contarte nada de nada —contesta su hermano con seriedad—. Violaría la privacidad entre médico y paciente.

—¡Jo! Me vas a dejar intrigada —refunfuña Sara con cara de niña buena—. ¿Y qué piensas hacer para solucionar lo tuyo con Paula? Te lo vas a tener que currar porque está muy dolida y con mucha razón. La verdad es que te has portado como un auténtico estúpido.

—¡Eh! Se supone que eres mi hermana pequeña y me debes un respeto —dice Roberto con fingida seriedad—. Ya pensaré en algo. Tengo que intentar demostrarle que sigo enamorada de ella y que sigo creyendo en nuestro amor y en que todo el mundo necesita una segunda oportunidad. No sé cómo lo voy a hacer pero lo voy a intentar con todas mis ganas.

—Ya sabes que, si te puedo ayudar en algo, solo tienes que decírmelo.

—Ya lo sé, hermanita. —Roberto se acuerda de algo justo en ese momento—. Por cierto, parece que, a pesar de todo lo que está pasando, nuestros padres no van a cambiar la tradición de estos últimos años y se van a pasar las navidades a Suiza con sus amigos por lo que estamos los dos solos para la cena de Nochebuena.

Sara parece ensombrecerse. Había tomado la decisión de cenar sola en Nochebuena y no quería ningún tipo de celebración. Por otra parte, ahora su hermano estaba solo y le daba pena que no tuviera a nadie con quien cenar.

—¿Qué piensas? —pregunta Roberto mientras termina su sándwich.

—La verdad es que no tengo ninguna gana de celebrar la navidad y tenía pensado cenar sola pasado mañana.

Roberto se queda pensativo y entiende lo que le ocurría a su hermana. Él piensa de una forma parecida. Si no tienes nada que celebrar mejor no hacer el paripé.

—Me parece bien. Si quieres cenar sola lo entiendo. Yo haré lo mismo. Si te parece, después de cenar te llamo y charlamos un poquito. ¿De acuerdo?

—Claro, me parece genial —contesta Sara—. ¿De verdad que no te importa? No me siento con fuerzas ni con ganas para celebrar nada.

—No me importa —responde Roberto con sinceridad—. Solo quiero lo mejor para ti. Ya lo sabes.

Roberto se levanta y retira el carrito portabandejas de la cama de su hermana y lo pone pegado a la puerta de la entrada mientras recoloca su contenido para poder cerrar la bandeja con la tapa.

—Muchas gracias, Roberto —dice Sara con la vista puesta en su hermano que se pelea con la bandeja.

—No digas tonterías. No me cuesta nada colocar esto.

—No lo digo por la bandeja —replica Sara con los ojos llorosos—. Lo digo por todo. Siempre nos hemos llevado bien como dos buenos hermanos, pero ahora me estás demostrando muchas más cosas.

—No intento demostrar nada porque te quiero y todo sale de dentro —explica Roberto con los ojos llorosos a su vez—. ¡Y ya está bien de cursiladas!

Sara no puede evitar sonreír mientras ve cómo su hermano se pone su abrigo y los guantes para irse. Mientras lo hace, Roberto se fija en un libro que su hermana tiene en la mesita de noche.

—No sabía que te gustaba leer —comenta éste.

—Ahora que tengo tanto tiempo libre debo de entretenerme. No sé si me gusta leer porque ya

sabes que no he leído ninguna novela, pero voy a probar.

—Por lo que he oído es un libro de esos ñoños. Seguro que te gusta. ¿Te lo ha dejado una enfermera?

Sara duda respecto a lo que debe contarle a Roberto. Por alguna razón, piensa que es mejor no hablarle a su hermano de Pedro.

—Sí, me lo ha dejado una enfermera.

—¡Genial! Bueno, te dejo que descanses que ya te he aburrido bastante. Mañana te llamo. — Roberto le da un beso en la frente a su hermana.

—Sabes que no me aburres. Gracias por venir a cenar conmigo.

—Hasta mañana, hermanita.

—Hasta mañana, Rober.

Roberto sale por la puerta de la habitación y Sara se queda sola y sumida en sus pensamientos. Había sido un buen día dentro de sus limitaciones. Se había encontrado muy a gusto con Pedro y la visita de su hermano había terminado de alegrarla. No le apetece dormir porque es un poco pronto así que, como si no hubiera otras opciones, coge el mando a distancia y enciende el televisor. Está un rato mirando a la pantalla, pero sin fijarse en nada de lo que emiten. De repente, piensa que no le apetece ver la televisión sino que le apetece otra cosa. Toma de nuevo el mando a distancia y apaga el televisor. Se inclina y coge el libro que descansa en la mesita esperando a que Sara lo abra. Lo toma con suavidad y vuelve a acariciar la portada con las yemas de los dedos. No sabe por qué, pero desea de todo corazón que le guste leer; desea de todo corazón que ese libro se convierta en algo especial para ella. Después de unos segundos, se decide y lo abre. Las primeras frases la conquistan:

«Noche, noche encantada. Noche dolorosa. Noche insensata, mágica y lógica. Y luego más noche. Noche que parece no acabar nunca. Noche que, sin embargo, a veces pasa demasiado rápido.»

«Éstas son mis amigas, qué demonios... Fuertes, son fuertes. Fuertes como olas. Que no se detienen. El problema vendrá cuando una de nosotras se enamore de verdad de un hombre...»

Y no puede dejar de leer...

Solos

«Nochebuena»

Paula se encontraba sola en el apartamento que acababa de alquilar. Lo primero que se le vino a la cabeza cuando descubrió lo que había hecho Roberto fue que debía abandonar la casa donde vivían. No se lo pensó dos veces. La vivienda pertenecía a su marido y ella era la que debía marcharse. Paula tenía una amiga que trabajaba en una agencia inmobiliaria y le buscó un apartamento de alquiler en el mismo día por lo que ni tan siquiera tuvo que buscar un sitio donde pasar la noche. Esa misma mañana quedó con su amiga en la agencia, firmó el contrato de alquiler y recibió las llaves del apartamento. Ya llevaba allí unos días y se sentía como una extraña en casa ajena. Aun así, había decidido adornar la casa y había colocado un árbol de Navidad en el pequeño saloncito; unas pequeñas guirnaldas adornaban los cuadros del salón y unas brillantes y plateadas bolas colgaban de la lámpara del recibidor.

Había comprado un mantelito rojo adornado con muchas figuras de Papá Noel y lo había colocado en la mesa baja del salón. Desde que tenía uso de razón, la cena de Nochebuena siempre había sido un acontecimiento especial en su vida y había intentado que este año no fuera distinto, pero todo había cambiado para ella y ya no tenía el mismo sentido. Ahora se encontraba sola, en un apartamento extraño y cenando sentada en un cojín en el suelo mientras el salmón en salsa verde y una botella de Lambrusco le hacían compañía.

Se levanta un instante y se acerca a una de las cajas, donde había guardado todo apresuradamente en su huida, para buscar quien le hiciera compañía. Decide que, a falta de un buen hombre que pudiera estar con ella en ese amargo momento, un buen sustituto podía ser Richard Gere así que rebusca en la caja, saca un dvd y lo mete en el reproductor. A los pocos segundos, una Julia Roberts espectacular se enfunda unas botas de tacón alto y Paula se deja caer en el sofá mientras abraza un cojín y se deja llevar por el personaje de Vivian en *Pretty Woman*.

Casi son las dos de la madrugada y la película acaba de terminar. No puede evitarlo; se siente sola y echa de menos a Roberto. No se puede explicar cómo han llegado a aquella situación. Siempre había querido a su marido y pensaba que se lo había demostrado cada día de su relación. De la misma manera, estaba convencida del amor que su marido le profesaba. Nunca había dado muestra de desenamoramiento o de estar aburrido; ni tan siquiera discutían. Todos sus amigos pensaban que estaban hechos el uno para el otro y ellos siempre habían estado de acuerdo convencidos de que el destino les deparaba estar juntos hasta el fin de sus días. Por eso le resultaba tan doloroso. Quizá por eso se siente tan sola. No lo piensa dos veces y coge su móvil que descansa mudo en el brazo del sofá. Comienza a escribir un mensaje.

«Feliz Navidad. Te echo mucho de menos. Me encantaría que estuvieras aquí conmigo».

Busca al nombre de su marido en la agenda y lo inserta en el destinatario del mensaje. Se queda paralizada. Se siente una idiota por haber estado a punto de mandar ese mensaje. A pesar de ello, lo echa de menos así que borra parte del mensaje y aprieta el botón de enviar.

Se sentía como un león enjaulado. Había respetado el deseo de su hermana que quería cenar sola en el hospital el día de Nochebuena, pero ahora se estaba empezando a agobiar en su casa. Desde que Paula se había ido, la que había sido la casa de ambos le parecía enorme. Nunca se habría imaginado que una persona pudiera ocupar tanto espacio simplemente estando ahí. Ahora, la casa le parecía silenciosa, el armario resultaba un pequeño lugar desolado, la encimera del baño estaba vacía cuando antes rebosaba de botes de crema facial y maquillaje. Echaba tanto de menos a su mujer que todas las mañanas se volvía casi por instinto para darle los buenos días. Era el momento más duro del día. El momento en el que era consciente del vacío que había dejado Paula en su vida.

Había preparado una succulenta cena de Nochebuena para dos personas. A pesar de lo que el mismo, como psiquiatra, se repetía una y otra vez, seguía haciendo cosas para los dos. Los domingos bajaba a por el periódico y compraba una de las revistas de historia que tanto gustaban a su mujer. La dejaba encima de la mesa del salón y ahí se quedaba esperando a la ávida lectora que nunca la abriría. Ahora, había dispuesto la mesa para dos personas; una mesa elegante con cubertería fina, cristalería de Bohemia y dos velas en el centro.

Cena solo con sus recuerdos y su tristeza. Se bebe media botella de cava y brinda consigo mismo, con la desgracia de su hermana y con el recuerdo de su mujer. Al acabar, se deja caer en el sofá y se pone una de sus películas favoritas. No es una película romántica. De hecho, es una de las películas menos navideñas que podía haber elegido, pero le gusta. Está cansado y, en cuanto Jodie Foster aparece en la pantalla del televisor corriendo por un lúgubre bosque, ni “El silencio de los corderos” puede mantenerlo despierto. Cae en un profundo sueño del que despierta al cabo de lo que Roberto piensa que habían sido unos cuantos minutos. La película ha terminado y Roberto se sienta en el sofá sobresaltado por el sonido de su móvil. Mira el reloj y comprueba que quedan pocos minutos para las dos de la madrugada. Coge el móvil y ve en la pantalla que ha recibido un mensaje de Paula. Lo abre nervioso y lee.

«Feliz Navidad»

Por una parte, hubiera deseado recibir un mensaje de su mujer bastante más cariñoso, pero, por otra, tenía que alegrarse de haberlo recibido. Un pequeño destello de esperanza brilla en su corazón. Como buen psiquiatra, intenta racionalizar el mensaje y, después de mucho pensar, llega a la conclusión de que su mujer pensaba en él y lo echaba de menos, pero no quería escribir nada más por temor a que Roberto se hiciera ilusiones. Sabe que debe contestar y quiere dar la misma sensación. Lo importante es que su mujer no note que él la echa de menos. Necesita hacerse el duro y pagarle con la misma moneda. Decide que lo mejor es escribir exactamente la misma frase que ella había enviado. No lo piensa dos veces y coge su móvil que descansa mudo en la palma de su mano. Aprieta el botón de responder y escribe el mensaje.

«Feliz Navidad»

Tan solo tiene que darle a enviar. Se queda paralizado y reflexiona durante unos minutos. Se siente un idiota por haber estado a punto de mandar ese mensaje. Él no necesita hacerse el duro. Solo tiene que ser como había sido siempre; tiene que ser sincero y dejar que su corazón hable. Vuelve a mirar el mensaje y escribe algo más.

«Feliz Navidad. Te echo mucho de menos. Me encantaría que estuvieras aquí conmigo.»

Lo envía.

Era el momento de darle el regalo así que, con mucha ilusión, se encamina al hospital. Decide que es un día perfecto para disfrutar de una buena caminata por lo que coge la bolsa y sale a la calle. Está un poco lejos del hospital, aunque piensa que puede ser un bonito paseo. Hay gente en las calles, pero, al ser la tarde de Nochebuena, muchas personas han decidido que era más importante quedarse en casa con sus familias que estar en la calle de compras o, simplemente, paseando. Hace frío y Pedro se sube el cuello del abrigo. Lleva puesto una gruesa bufanda de lana y guantes de piel. La predicción meteorológica era de previsión de nevadas para los próximos días, pero el día de Nochebuena la ciudad aún no estaba adornada con un manto blanco y se podía pasear sin problemas. Llega al hospital con toda la ilusión puesta en lo que lleva en la bolsa y en que la suerte le sonría. Sube a la planta donde se encuentra Sara y espera con infinita paciencia. No hay nadie por los pasillos. Van pasando los minutos y Pedro empieza a desesperarse, pero, por fin, su suerte cambia. El ascensor se abre y aparece la enfermera que había ido a buscar a Sara al vestíbulo. Se había quedado con su nombre y se dirige a ella con decisión.

—Buenas tardes —saluda Pedro con amabilidad—. Usted es Ester, ¿no?

—Hola, buenas tardes —contesta la enfermera con una ceja arqueada—. Y usted es el amigo de Sara ¿me equivoco?

Pedro no puede evitar sonreír. Le gusta oír esa frase. Suena bien en los labios de otra persona.

—No se equivoca. Soy Pedro —contesta con sumo cuidado para mostrar toda la educación y el respeto que puede. Sabe que todo depende de la ayuda que pueda recibir de la enfermera—. Quería pedirle un pequeño favor.

—Dígame. Si está en mi mano... —dice Ester con mirada inquisitiva.

—¿Podría entregarle este regalo a Sara? Sé que le va a gustar.

—¿Y por qué no se lo da usted en persona? —pregunta la enfermera a la defensiva.

—Me comentó el otro día que quería pasar la Nochebuena sola y no quiero molestarla.

La enfermera sonríe a Pedro y coge la bolsa con el regalo. Echa un vistazo rápido y se va hacia la habitación de Sara.

—Muchas gracias —musita Pedro en voz baja mientras intenta que las pulsaciones de su enamorado corazón recuperen el ritmo normal.

Sale del hospital y vuelve a su casa paseando y pensando. No puede dejar de imaginar la sensación que su regalo podía provocar en Sara. Por un lado teme que se pueda enfadar y que no encuentre ningún sentido a que Pedro le haga un regalo, pero, por otro lado, quiere pensar que le puede hacer ilusión lo que le ha enviado y que lo contemplaría cada día acordándose de quién se lo ha regalado. No puede evitar rezar para que ocurra lo segundo.

Llega a su casa sobre las nueve y prepara la cena de Nochebuena. Le gustaban las tradiciones así que iba a cenar algo de pavo precocinado que había comprado. Enciende el horno y mete dentro el ave una vez que la temperatura es la necesaria. Mientras tanto, brinda consigo mismo con una copa de vino mientras toma algunos aperitivos que había comprado en una tienda de delicatessen. Prepara la mesa en el salón con toda la elegancia que acostumbraba en esas fechas y

pone la televisión para cenar viendo algún programa entretenido que estuvieran emitiendo. La idea era ver alguna película después de cenar para, acto seguido, irse a la cama. Da buena cuenta del asado de pavo y del postre de gelatina que había comprado en la misma tienda de los aperitivos, abre una botella de cava y brinda como hacía todos los años.

—Brindo por ti, papá. Brindo por ti, mamá.

Se lleva la copa a los labios y bebe un sorbo. Se queda parado y algo le pasa por la mente. Levanta una vez más la copa y, por primera vez en muchos años y con una sonrisa en los labios, cambia el ritual.

—Brindo por ti, Sara. Porque vuelvas a andar. —No quiere pedir nada para él pero desearía haber podido hablar con sus padres sobre ella. Aun así, lo hace.

—Sé que Sara os gustaría. Quizá, al principio, intentaríais protegerme y no veríais en ella todo lo que yo veo. No es mala chica y sé que no quiso hacerme daño. Creo que tan solo estaba perdida. Dadme fuerzas para conseguir que me conozca. Necesito que vea más allá de mi cuerpo. Que mi barriga no se interponga y no suponga un obstáculo. Sé que vosotros me vais a dar fuerza para decirle lo que siento por ella. Tan solo necesito que Sara confíe en mí. Os quiero. Siempre os querré.

Y con una lágrima furtiva en su mejilla levanta la copa y ofrece el brindis. En ese instante sabe lo que tiene que hacer a continuación.

Se levanta a toda prisa, se calza y se pone el abrigo. Sale a la calle y, como hacía siempre que paseaba con sus padres, aspira una bocanada de aire que le trae infinidad de recuerdos. Le encantaba el olor de Madrid. Se va cruzando con varias personas que pasean al igual que él. Todas van acompañadas y, esta vez, él también siente que lo está. Lo acompañan sus padres que, a cada paso, siente a su lado. Y esta vez también lo acompaña la imagen de Sara. No una Sara desfigurada por el dolor sino una Sara resplandeciente y feliz. Lo acompaña esa mujer con la que había hablado en el hospital y que había acabado de conquistarle.

—Gracias, papás —dice en un susurro—. Por enseñarme a ser buena persona, por quererme y por saber que podía valerme por mí mismo.

Sigue paseando recorriendo cada uno de los lugares que disfrutaba con ellos. Llega a la Plaza de Oriente y se sienta en su banco. Durante un largo periodo de tiempo se recrea en el recuerdo de sus padres. En todas esas imágenes que había dejado escondidas dentro de lo más profundo de su corazón, pero que ahora recuperaba sin que le causaran ningún dolor. Tan solo experimentaba el inmenso amor que sus padres habían sentido por él y que él seguía sintiendo por ellos.

—Os quiero con todo mi corazón —dice al tiempo que levanta la vista hacia el cielo.

Está empezando a nevar. Se levanta, se sube el cuello del gabán y continúa el paseo hasta que llega de nuevo a su casa. Se quita el abrigo, se descalza y se dirige a la cocina. Rebusca en uno de los armaritos y encuentra lo que necesitaba para que la Nochebuena fuera perfecta. Mira la fecha de caducidad y sonrío al comprobar que ese día aún no había llegado. Calienta leche en un pequeño recipiente y echa en él unas cucharadas del polvo marrón que descansaba inerte en el bote que había encontrado. Después de unos minutos, el chocolate había espesado. Lo echa en una taza y se va al salón donde pone su película favorita en el dvd y se sienta en el sofá. Con el chocolate en la mano y sintiendo a sus padres junto a él se dispone a disfrutar de todo el amor que demostraba Tom Hanks en “Algo para recordar”.

Lleva toda la tarde sola en su habitación. Había hablado con Roberto unas horas antes y éste iba a cumplir su promesa. Era la primera Nochebuena de su vida que iba a cenar sola. Siempre lo había hecho con su familia y, en los últimos años, con sus amigas en alguna estación de esquí de moda. Pero ahora, todo era distinto. La única persona con la que podía cenar era con su hermano, pero le hacía recordar que estaba inválida y encerrada en una habitación de un hospital. Decide dar un pequeño paseo porque aún faltaba un poco para la cena. Se sienta en su silla de ruedas, coge el libro que le había dejado Pedro y sale de la habitación. Va hasta su vestíbulo y se para frente a la ventana. En ese momento se da cuenta de que le hubiera encantado encontrarse allí a su nuevo amigo. Durante unos minutos está contemplando el bosque frente al edificio y, al cabo de un rato, abre el libro y empieza a leer. Le está gustando mucho. Nunca se podía haber imaginado lo bien que se podía sentir leyendo. Creía en cada uno de los personajes; los sentía como si fueran reales, como si formaran parte de su vida. En ocasiones se veía como la protagonista y, en muchas otras, la odiaba por egoísta y malcriada. Se sentía un poco identificada con ella. Lo tenía claro; le encantaba leer.

Pasado un rato, cierra el libro y lo pone en su regazo. Necesitaba respirar un poco de aire. Se dirige hacia los ascensores y desciende a la planta baja. Allí, a diferencia del resto del edificio, se palpaba el ambiente navideño. Un gran árbol estaba situado en un lateral del vestíbulo principal. Para su gusto, un poco recargado, pero tenía que reconocer que era muy bonito. Muchas luces iluminaban intermitentemente todos los falsos regalos que colgaban de las ramas del abeto. Infinidad de bolas de colores y guirnaldas adornaban cada uno de los cuadros de las paredes de la sala. Ver toda esa decoración le provoca una inmensa tristeza. En unos minutos se encontraría, otra vez, sola en su habitación sin un mísero adorno de Navidad y sin nada que le hiciera pensar que esa noche había sido, durante toda su vida, una de las más bonitas del año.

Sabe que no puede salir del hospital, pero necesita sentir el aire fresco en su rostro. Era lo bueno de los hospitales pequeños y privados; casi no había vigilancia. No hay nadie en recepción así que aprovecha y atraviesa la puerta de entrada. No hace mucho frío, pero el contraste con el pesado y cálido ambiente del interior del hospital le hace tiritar y encogerse. Aun así, le gusta la sensación. Llevaba mucho tiempo sin sentir el aire de la calle y no puede evitar sonreír. Está un rato allí y, cuando empieza a notar que se le entumecen las manos, vuelve a subir a la habitación a intentar disfrutar de su cena.

Tiene suerte y no la ve nadie por lo que puede volver a tumbarse en la cama sin que tenga que aguantar ninguna regañina por parte de Ester. La enfermera estaba de guardia en Nochebuena. Le había cogido cariño y se alegraba de que estuviera allí con ella esa noche. Al rato de estar en la cama entra Ester en la habitación con una bolsa de regalo en la mano.

—Hola, Sara. ¿Cómo estás?

—Hola, Ester. Estoy bien. He dado un paseo hace un rato por la planta —miente Sara.

—Eso está muy bien. Así abres boca para la cena de Nochebuena.

Sara siente curiosidad por la bolsa que la enfermera lleva en la mano, pero no quiere parecer cotilla y se alegra de que la mujer reciba algún regalo de Navidad. Por lo menos, alguien se acordaba de ella y eso era muy bonito aunque tiene que reconocer que le da un poco de envidia. También le hubiera gustado que alguien se acordara de ella y le hiciera algún regalo de Papá Noel, pero intenta resignarse. Ester se da cuenta de que Sara mira hacia la bolsa y sonríe.

—¿No sientes curiosidad por lo que hay en la bolsa? —pregunta Ester con una sonrisa burlona.

—La verdad es que sí, pero no quiero ser cotilla —responde Sara con la misma sonrisa que su amiga—. Me alegro de que te hagan regalos de Papá Noel. Seguro que ha sido algún paciente agradecido al que no le echas tantas broncas como a mí.

—No seas listilla —comenta la enferma con confianza—. Seguro que a ti también te gustaría que te hicieran algún regalo ¿A qué sí?

Sara no puede evitar dejar de sonreír. La verdad es que le extraña el comentario de Ester. Le parece un poco cruel sabiendo cómo se siente, pero, a pesar de ello, no protesta. Ester nota que Sara se ha puesto seria.

—No refunfuñes tanto que te vas a volver una vieja insoportable antes de tiempo —dice la enfermera con dulzura—. Esto es para ti.

El rostro de Sara cambia al instante como el de una niña pequeña frente al árbol la mañana de Navidad. De la tristeza más profunda pasa a una inmensa alegría. Algunos meses antes, un simple regalo como aquel no hubiera supuesto gran cosa, pero ahora valoraba el detalle más pequeño como si fuera un tesoro de incalculable valor.

—¿En serio que es para mí?

—Pues claro que es para ti. Tanto decir que no tenías ningún regalo y, al final, lo has conseguido.

—Te vas a reír, pero significa mucho para mí. Puede parecer una tontería, pero cuando estás aquí postrada cualquier pequeño detalle te da una alegría inmensa.

—Ya lo sé —afirma la enfermera con una sonrisa—. Llevo muchos años aquí y he vivido el drama de muchas personas. En esos años es cuando he aprendido lo importante que es una sonrisa y lo importante que resulta que los pacientes se sientan acompañados.

—Y encima les haces regalos. —Sara señala con un leve movimiento de la barbilla a la bolsa que la enfermera lleva en la mano.

—Me imaginaba lo que estabas pensando y voy a decepcionarte. El regalo no es mío.

La sonrisa se evapora del rostro de Sara. Había dado por descontado que el regalo era de la enfermera y ahora parecía que podía reprocharle que no fuera de ella.

—Yo no...

—Sé lo que estás pensando, Sara. No te preocupes. No podía ser mío porque yo soy mucho más de los Reyes Magos y no suelo regalar en Nochebuena.

Sara vuelve a sonreír al comprobar que no había ofendido a la enfermera.

—¿No sientes curiosidad por quién te ha enviado este regalo?

—Pues la verdad es que sí —contesta Sara sin intentar ocultar esa sensación—. Quien haya sido ha hecho muy bien los cálculos para que llegara la tarde de Nochebuena.

—En ningún momento te he dicho que lo hayan mandado por correo o por mensajero —explica Ester sin poder dejar de sonreír y sin querer ocultar que se estaba divirtiendo.

—Entonces, ¿lo han traído en persona?

—Sí. Me lo han dado a mí para que te lo entregara en mano.

—¿Y quién te lo ha dado?

—Tendrás que abrirlo para averiguarlo. —Se acerca a la cama y le tiende la bolsa mientras mira a Sara con una gran sonrisa en los labios—. Yo voy a seguir la ronda. Si necesitas algo me llamas.

Sara coge la bolsa con mano temblorosa y se la pone en el regazo. Espera a que la enfermera salga de la habitación y, con mucha parsimonia, abre la bolsa intentando disimular la ansiedad. En ese momento se para y se da cuenta de que no tiene que disimular nada porque está sola. Sonríe y, por fin, mira dentro de la bolsa. Saca una caja envuelta en un precioso papel de regalo azul con bonitos muñecos de nieve. Está primorosamente envuelto y rodeado con un lazo rosa y con una pequeña florecita en el nudo. Hay una tarjeta. La abre, la lee y no puede evitar que una sonrisa adorne su bello rostro. No se lo podía haber imaginado. Vuelve a leerla.

«Por muy triste que uno esté, siempre debe tener un bonito árbol. Feliz Navidad. Pedro.»

Dadas las circunstancias, de la única persona que podía esperar un regalo era de su hermano o, como mucho, de su cuñada. Lo que menos podía esperar era recibir un regalo de una persona a la que había visto tan solo dos veces. Abre la caja con mucho cuidado y saca un pequeño árbol de su interior. Se queda sin respiración. Es el árbol más bonito que ha visto en su vida. Parece de verdad, pero en miniatura. Tiene varios regalos, guirnaldas diminutas y muchas bombillas minúsculas colgando de sus ramas. Se inclina sobre la mesita de noche y consigue llegar al enchufe. Conecta el árbol y las luces empiezan a parpadear.

Justo en ese momento entra Ester en la habitación y se para junto a la puerta mientras contempla el árbol. Apaga las luces del cuarto y el arbolito se encarga de iluminar dando un toque mágico y navideño a la estancia.

—Es precioso —dice Sara en un susurro.

—Sí que lo es —confirma Ester—. Le has debido de causar muy buena impresión a ese muchacho para que te haga este regalo sin apenas conocerte.

—Es el mejor regalo que me han hecho nunca —comenta Sara sin poder apartar la mirada del regalo. Se echa a llorar.

Ester se acerca a ella e intenta consolarla mientras la abraza con suavidad.

—Ni tan siquiera sé cómo darle las gracias. No sé si volveré a verlo y él me hace este regalo.

—No te preocupes, Sara. Me da la sensación de que volverás a verlo —dice la enfermera mientras vuelve a encender la luz de la habitación—. Dame el árbol que te van a traer la cena y está mucho mejor en la mesita de la esquina.

La enfermera coge el pequeño árbol, lo desenchufa, lo pone en otra mesa frente a Sara y lo vuelve a conectar. Ester sale de la habitación y Sara se queda embelesada mirando el diminuto arbolito y deseando que Pedro hubiera estado allí para poder darle las gracias. Traen la cena y Sara da buena cuenta de ella con bastante apetito. El menú era especial y contenía hasta una pequeña barra de turrón del duro y otro del blando. Los reserva para después. Le apetece ver una película así que espera a que se lleven la bandeja de la cena y, una vez que lo han hecho, empieza a buscar en todos los canales algo que pudiera gustarle. Al rato, deja de apretar botones y apaga el televisor. Ya no le apetece ver ninguna película.

Manda un mensaje por el móvil a su hermano deseándole una feliz navidad y se incorpora para sentarse en la silla de ruedas. Se pone una bata por si tiene frío y sale de la habitación. El pasillo está oscuro, pero suficientemente iluminado por las luces de emergencia. Poco a poco lo va recorriendo hasta llegar a su vestíbulo. Prefiere estar allí que metida dentro de la habitación que cada vez le recuerda más a una cárcel. Lleva la silla frente a la ventana y se pone a contemplar el bosque. Ese bosque que había hecho suyo y que cada vez le gustaba más. Se promete a sí misma que, en cuanto pueda, bajará para dar un paseo entre los árboles y darles las gracias por tanta compañía que le habían hecho en toda esa triste temporada de enclaustramiento. Mete la mano en uno de los bolsillos de la bata y saca una de las barritas de turrón. Mientras la mordisquea con deleite, empieza a leer. Ese libro se había convertido en un auténtico amigo y lo llevaba siempre con ella. Hasta cuando bajaba al gimnasio a rehabilitación el libro la acompañaba. Lo que más le apenaba es que no le quedaba mucho para terminarlo y tenía una sensación extraña de abandono y desasosiego. Le daba la impresión de que, al acabar el libro, esos personajes a los que había llegado a conocer íntimamente, desaparecerían de su vida. Eso hacía que leyera con lentitud y saboreando cada una de las palabras de esa romántica novela. Después de un buen rato enfrascada

en la lectura, decide que es mejor ir a la cama. Le duelen un poco los ojos. Quiere echar un último vistazo a su bosque y entonces siente, después de mucho tiempo, un efímero recuerdo de lo que significa ser feliz.

Está empezando a nevar...

El adiós

—Feliz Navidad.

Roberto había llegado pronto al hospital. Era el día de Navidad y no tenía que trabajar. No había pasado una buena noche. Después del mensaje que envió a Paula no había tenido respuesta y se había venido abajo. Su mente le decía que no tenía sentido que su mujer contestará a un mensaje tan cariñoso y que demasiado había hecho ella con desearle que pasara una feliz Navidad. Pero su corazón decía otra cosa. Deseaba con todas sus ganas verla y la echaba mucho de menos.

Sara aún duerme cuando su hermano entra en la habitación. La noche anterior se había acostado bastante tarde y, el día de Navidad, las enfermeras aún no habían entrado a despertarla. Todas las mañanas desayunaba pronto y luego bajaba al gimnasio a la rehabilitación, pero ese día tenía descanso. Era un día especial.

—Buenos días —saluda Sara mientras pugna por abrir los ojos. La persiana aún estaba bajada y la única luz que adornaba la habitación era la del pequeño arbolito que había hecho compañía a Sara toda la noche. Eso fue lo primero en lo que se fija Roberto.

—¡Vaya! Que árbol tan bonito.

Sara lucha por despertarse, pero el recuerdo del bonito regalo de la tarde anterior hace que empiece a espabilarse. Se incorpora en la cama y se queda mirando el regalo de Pedro al tiempo que su hermano sube la persiana.

—Sí, es muy bonito. Me lo han regalado.

—¿Y eso?

—Ya ves. Hace unos días, conocí a un hombre que viene de vez en cuando al hospital de visita y he charlado con él un par de veces.

—¿Y te hace un regalo? —pregunta Roberto bastante extrañado.

—La última vez hablamos casi tres horas y se dio cuenta de que yo estaba apagada y desilusionada por las navidades. Le comenté que mi habitación era muy triste y que no tenía ni un mísero arbolito. Lo trajo ayer por la tarde.

—¿Y viene a verte a tu habitación sin conoceros apenas? —inquire Roberto en plan paternalista.

Sara no puede evitar sonreír. Este hecho no pasa inadvertido a su hermano que pone cara de estar enfadado.

—¿Qué?

—Me hace gracia. Te has vuelto muy protector conmigo —contesta Sara con tono dulce y un poco burlón.

—Perdona, pequeña. No es la primera vez que soy protector contigo. Sabes que siempre he estado ahí cuando me has necesitado así que no te quejes.

—Ya lo sé. —Sara intenta no enfurruñar a su hermano—. Es algo que siempre me ha gustado de ti.

Roberto se relaja y vuelve a sonreír. Le cuesta trabajo pensar que no hay nada malo en que su hermana reciba un regalo de un desconocido, pero el intento de violación está muy grabado en su cabeza. Se acerca al árbol y lo mira detenidamente.

—La verdad es que es muy bonito —susurra.

—¿Has hablado con papá y mamá? —pregunta Sara para cambiar de tema.

—¡Qué va! Deben de estar muy entretenidos esquiando. Ni tan siquiera me llamaron anoche. ¿Y a ti?

—Tampoco. Ya sabes cómo son —explica Sara con la idea de quitarle importancia al hecho de que sus padres ni tan siquiera les habían felicitado la Nochebuena—. No hay que darle muchas vueltas.

Justo en ese momento suena el teléfono de Roberto. Mira la pantalla y sonríe con cinismo.

—Si antes lo decimos...

—Buenos días —saluda Roberto al tiempo que mira a Sara e intenta reprimir algún gesto despectivo.

—...

—Hola mamá.

—...

—Sí..., sí..., feliz Navidad también para vosotros.

—...

—Estoy bien... No, no te preocupes. Sí, está aquí conmigo. He venido a verla. —Le pasa el teléfono a Sara—. Te toca. Es mamá.

—Hola mamá.

—...

—Estoy bien. No, al final cené sola....

—...

—Ya, ¿y vosotros?... ¿Y papá?... Dale un beso de mi parte. —Sara no tiene muchas ganas de hablar con su madre—. Vale, que lo paséis bien. Un beso.

—...

Cuelga el móvil y se lo devuelve a su hermano. No había mucho que añadir por parte de ninguno de los dos. Conocen a la perfección cómo son sus padres. Su responsabilidad con ellos acabó el día en que se fueron de casa. A partir de ahí, su mayor preocupación era pasárselo bien con sus amigos. Tanto a Roberto como a Sara siempre les había parecido bien. Era justo. Sara seguía viéndolo de la misma forma, pero a Roberto no le gustaba que sus padres ignorasen a su hermana en las circunstancias en las que se encontraba. Prefirió no comentarlo con ella.

Roberto coge el teléfono y espera a que a su hermana le traigan el desayuno para acompañarla. Cuando por fin se lo traen, Roberto saca un donut y un termo de su cartera y los planta encima de la mesita de noche.

—¿Qué creías? Si te parece, miro como desayunas mientras a mí me rugen las tripas —dice Roberto con la mano en el estómago.

—¡Buf! Menos mal —replica Sara con ironía—. Por un momento pensé que tendría que compartir mis galletas contigo.

Pero no eran galletas. Levanta la tapa de la bandeja y se encuentra con unas tortitas con nata, unas fresas y un café. Es una agradable sorpresa. A pesar de las circunstancias, era un día especial y, como tal, debía empezar con un buen desayuno de Navidad.

—¡Vaya! Eso tiene muy buena pinta —comenta Roberto con la vista fija en su donut, pero sin poder evitar lanzar una mirada fugaz a la bandeja de su hermana.

—Te dejo que cojas tortitas, pero ni se te ocurra acercarte a las fresas —advierte Sara con gesto adusto.

Entre bromas, anécdotas y recuerdos dan buena cuenta del desayuno.

—¿Y tú cómo estás? —pregunta Sara a su hermano una vez que éste ha cerrado el termo del

café.

—Echo de menos a Paula, pero estoy bien. Sobrevivo.

—Sigue luchando, hermanito. Paula sabe que eres una buena persona y seguro que te perdona.

Sara no estaba tan convencida de que su cuñada fuera capaz de perdonar la infidelidad de su hermano, pero rezaba cada día para que así fuera. Quería a su hermano y cada vez le caía mejor su cuñada. Deseaba con todas sus fuerzas que volvieran a estar juntos.

—Ya veremos —dice Roberto mientras repara en el libro que hay encima de la cabecera de la cama. Lo coge.

—¿Es verdad lo que te comenté?

—¿El qué? —pregunta Sara con curiosidad.

—Lo de que es un libro un poco ñoño.

—No es ñoño. Es un libro muy bonito. La verdad es que este hombre escribe muy bien.

—Tengo que reconocer que no he leído nada de él. ¿Te lo estás leyendo? —inquiere Roberto con cierta extrañeza.

—Sí. Estoy a punto de terminarlo. Me está encantando.

—Seguro que te lo ha dejado Ester. Tiene pinta de ser una mujer bastante romántica.

—No ha sido ella —aclara Sara con una leve sonrisa. Ella misma nota que se ha ruborizado, pero le da igual así que decide que, si su hermano le pregunta algo más, le hablara de él.

—¡Vaya! Me dijiste que te lo había regalado una enfermera. No me digas que ha sido tu nuevo amigo.

Al ver que Sara no contesta supone que así es, pero prefiere no decir nada más. Siente que su hermana se encuentra mucho más animada y no sabe si ese hombre tiene algo que ver. Sabe que si su hermana se siente más feliz debido a él, le estará agradecido de por vida. Siempre se había preocupado por Sara, pero, después de lo ocurrido, se había vuelto mucho más proteccionista con ella. No podía evitarlo. En parte, se sentía culpable por lo que le había pasado. A pesar de que Paula le había dicho una y otra vez que no era culpa suya, Roberto pensaba que, de haber sido un poco más duro con Sara, quizá no hubiera ocurrido lo que pasó.

—Me parece genial que te llesves tan bien con él —comenta Roberto con un supremo esfuerzo para que no vuelva a aflorar su parte protectora y, sobre todo, para no incomodar a su hermana con un interrogatorio—. Ahora tengo que irme. Cuídate mucho. En cuanto pueda vengo a verte.

Le da un beso en la frente y se encamina hacia la puerta. Cuando está a punto de salir lo llama su hermana.

—Roberto, gracias por venir. Te quiero.

—Yo también te quiero. Ya lo sabes —dice Roberto con dulzura.

Sara se queda sola en la habitación. Tan solo hay una cosa que le apetece hacer. Coge su libro. El libro de Pedro...

Roberto sale del hospital con una sensación agridulce en su interior. Hablar con su hermana siempre le sentaba bien, pero, desde la ruptura con Paula, sentía que dejaba muchas energías en la habitación del hospital. El día de Navidad siempre había significado para él poco más que la jornada posterior a la Nochebuena, pero, para su suerte o para su desgracia, había quedado con Paula para llevarle unas cuantas cosas que todavía quedaban en su casa. No eran cosas muy importantes; unas películas, algunos cd's y poco más, pero era una excusa como cualquier otra para quedar. Roberto estaba convencido de que su mujer también pensaba que era una forma

perfecta de buscar un motivo para verse. A pesar de lo escabroso de la situación, había accedido a quedar con él. Se habían citado en el Parque del Retiro. Era un sitio que les encantaba a los dos. Cuando estaban juntos, salían a pasear muchas mañanas de domingo y disfrutaban escuchando a los cantantes callejeros y viendo a los patinadores haciendo mil y una cabriolas mientras los pintores mostraban su obra a quien quisiera admirarla. Daban un paseo alrededor del lago y después se sentaban un rato en alguno de los bancos de la orilla con la vista puesta en algunos esforzados remeros que se afanaban en no chocar su barca con cualquier otra. Les parecía divertido y se reían y criticaban la forma de remar de unos y los peligrosos movimientos de otros. Siempre pensaban que alguien acabaría dándose un inesperado chapuzón, pero nunca ocurría.

Han quedado junto al lago y Roberto, como siempre le ocurre, ha llegado un poco antes. Está nervioso y le cuesta ocultarlo. Reza con todas sus ganas para que Paula no lo note. Lleva sus cosas en una bolsa y mira a un anciano que se dedica a dar migas de pan a las palomas. El lugar está precioso pintado de blanco. Había nevado los últimos días y todo estaba brillante como en alguno de los cuadros de los pintores que siempre andaban por allí. Le gusta ver al anciano tan tranquilo sentado en el banco, pero, aunque es una imagen bucólica, no puede evitar sentirse nervioso.

—Hola Roberto.

Se da la vuelta y se encuentra de frente con Paula. Le parece que está más guapa que nunca. Al instante piensa que quizá no sea así, pero que la echa tanto de menos que ahora la ve como la mujer más espectacular del mundo.

—Hola Paula.

Se acercan el uno al otro y se dan un único beso en la mejilla. Un beso cargado de mucha tristeza, de mucho dolor y, a la vez, de todo el amor que les había sido vetado. Roberto se siente fatal. Era incapaz de asumir que no iba a volver a besar a su mujer como había hecho durante tantos años. Ese beso le sabe cómo un cruel beso de Judas. Una confirmación de lo que ya resultaba evidente. Había perdido a la única mujer a la que de verdad había amado.

—¿Cómo estás? —pregunta Paula con un deje de tristeza en su voz.

—Estoy bien —miente Roberto—. He estado recogiendo la casa y he encontrado unas cuantas cosas tuyas. No son cosas importantes, pero me dolía verlas allí.

No puede evitar que una lágrima resbale por su mejilla. Tampoco Paula puede evitar su reacción. Con una sonrisa cariñosa en los labios le acaricia dulcemente el rostro y recoge la salada muestra de amor con la punta de su dedo.

—No me gusta verte así —comenta ella con tristeza—. Para mí también es duro. No pasa un día en el que no te eche de menos. Me hubiera gustado que esto no hubiera ocurrido, pero ahora no hay marcha atrás.

—¿Eso significa que te he perdido para siempre?

—Roberto, me has hecho mucho daño, mucho más del que te puedes llegar a imaginar. Creo que lo peor que le puede pasar a alguien es perder la confianza en su pareja, entregarlo todo y recibir, a cambio, un engaño.

—¿Cómo puedo remediarlo? —inquire Roberto con ansiedad—. Dime lo que quieres que haga y te prometo que lo haré. Daría cualquier cosa por volver a estar como estábamos antes.

—No hay nada que puedas hacer —contesta Paula con dolorosa amargura—. Esto es lo más difícil que he tenido que hacer en toda mi vida. Despedirte de la persona a la que amas es...

Y no puede más. Paula se echa a llorar sin poder acabar la frase. Roberto, a su vez, reacciona de la misma manera como un niño pequeño. Se da la vuelta para que su mujer no lo vea llorar, pero ella está destrozada y lo busca. Necesita sentirlo aunque sea la última vez. Se apoya en la espalda de Roberto y lo abraza con fuerza por la cintura. Parece que se aferra a lo único que les

queda, lo único que pueden compartir, la tristeza y el dolor. Roberto se deja llevar al notar como su mujer lo abraza y un llanto convulso se apodera de su cuerpo. Se da la vuelta y se abrazan con fuerza mientras el llanto, poco a poco, va remitiendo en ambos. Pasados unos minutos, Paula se separa un poco de él, aunque sigue recogida en sus brazos. Roberto no soporta sentir a su mujer junto a su pecho y pensar que esa podía ser la última vez. La mira a los ojos con infinita tristeza y acerca sus labios a los de Paula. Necesitaba besarla una vez más. Paula se deja hacer, pero, en el momento en que sus labios tocan los de Roberto, se da cuenta del error y se separa de él con brusquedad.

—Lo siento —musita Paula—. No puede ser. Todo ha terminado.

Se aleja de Roberto con un millón de lágrimas aflorando de su alma como si hubieran abierto la presa que contenía todo su amor y ahora inundara el Parque del Retiro para reunirse con la nieve que había sido testigo mudo de un triste adiós. Él se queda quieto en el mismo sitio, incapaz de moverse y de reaccionar al ver alejarse al amor de su vida. No vuelve a llorar. Tan solo deja caer a los costados de su cuerpo los brazos que unos instantes antes abrazaban a su esposa. Solo eso. Posa su mirada en las huellas dejadas por Paula en su huida y suspira.

Está nevando de nuevo...

Gracias

El día de los Santos Inocentes...

A Sara le gustaba ese día porque siempre aprovechaba que nadie podía echarle la charla para gastarle alguna broma a sus amigas y, sobre todo, a su hermano. Disfrutaba gastándoselas a Roberto porque sabía que las odiaba. Pero ese año, el destino había querido que ella recibiera la peor de las inocentadas. Estaba postrada inválida en una cama. Se prometió a sí misma que, si volvía a andar, dejaría de gastarle bromas a Roberto.

Sara está, una vez más, aburrida en su habitación. Había terminado el libro y no le apetecía seguir viendo el culebrón de por la tarde. Decide que es un buen momento como cualquier otro para dar su paseo. Se sienta en la silla de ruedas y sale al pasillo. Enfila hacia el vestíbulo con la cabeza gacha y recreándose en sus pensamientos como hacía cada tarde, pero algo le hace levantar la cabeza y es cuando lo ve. Está sentado en el mismo sillón de siempre y leyendo. Sara, sin darse cuenta, acelera la silla. Llevaba varios días deseando encontrarse con él. Le había dado muchas vueltas y no sabía qué le estaba pasando. Tenía claro que hace unos meses ni tan siquiera hubiera reparado en su presencia. Lo hubiera descrito como a “un gordo enorme”, pero ahora, para ella, tan solo era un tipo grande, pero con una mirada encantadora; tenía algo especial. Era dulce y muy cariñoso. Le encantaba escucharlo hablar y disfrutaba con el énfasis que ponía en cada cosa que le contaba. Le gustaba verlo mover sus bonitas manos con tanta pausa pero con seguridad mientras le relataba historias de Madrid o simples anécdotas que se sabía de memoria. A Sara le daba la sensación de que se sentía muy seguro cuando hablaba, pero, cuando guardaba silencio, le recordaba a un pajarillo indefenso. Se encontraba muy tranquila con él. Por si todo eso fuera poco, los detalles del libro escondido en la silla de ruedas y el regalo del arbolito el día de Navidad le habían calado muy hondo. Llega al vestíbulo justo en el momento en que Pedro levanta la cabeza y mira a Sara sonriente.

—Hola, Sara.

—Hola, Pedro.

Cada vez que oía su nombre salir de los labios de Sara sentía un gozo inmenso. Absorbía cada momento que pasaba con ella como si fuera el último y no hubiera nada más allá de su presencia.

—Feliz día de los Inocentes. ¿Cómo estás? —pregunta Pedro con una mano sobre la otra para disimular el nerviosismo que lo atenazaba por dentro—. ¿Pasaste bien la Nochebuena a pesar de cenar sola?

—Sí, estuve bien —contesta ella con alegría—. La verdad es que no estaba muy animada, pero me alegré mucho cuando vi tu regalo. No tenías por qué molestarte.

—No fue ninguna molestia. Me apetecía hacerlo. Como te decía en la tarjeta, una Nochebuena no está completa si no tienes un árbol de Navidad.

—La verdad es que es precioso. —Sara se ruboriza y agacha la cabeza, pero sin dejar de mirarlo—. No podías haberlo elegido más bonito. Me quedé dormida contemplándolo y me hizo compañía toda la noche.

—Me alegro mucho. De verdad. Si te ayudó a pasar la Nochebuena un poquito más alegre ha merecido la pena. Te he traído esto —dice Pedro con una figurita en la mano que representa a un

muñeco del día de los inocentes colgando de una cuerdecita—. Había pensado atártelo a la silla de ruedas para gastarte una inocentada, pero me ha parecido un poco cruel.

Sara ve que Pedro está sonriendo y no se molesta por ese comentario. Tiene la sensación de que no puede haber una pizca de maldad en él.

—Mejor que no lo hayas hecho. Te hubieras enterado de lo que es bueno. Te lo hubiera hecho pagar. ¿Y tú cómo pasaste la Nochebuena? —pregunta Sara con verdadero interés.

—Estuve tranquilo en casa cenando. Luego fui a dar un paseo y volví a casa a ver una película.

—¿No quedaste con nadie para cenar?

—No, la verdad es que no tengo muchos amigos. Siempre he sido un poco ermitaño. ¡Que se le va a hacer! —Pedro baja la cabeza para que Sara no pueda contemplar su mirada triste.

—¿Y tu familia?

—No tengo familia en Madrid. Tengo algunos primos en Extremadura pero no voy nunca a verlos y hemos perdido el contacto.

—¿No tienes hermanos?

—No, soy hijo único —responde Pedro que ya conocía de antemano cuál iba a ser la próxima pregunta.

—¿Y tus padres?

—Murieron en un accidente de coche hace unos años así que nada de familia y nada de amigos —explica Pedro con una sonrisa algo irónica en sus labios.

—Lo siento mucho. —Sara se siente un poco culpable por todas esas preguntas que parecían entristecer a su nuevo amigo.

—No te preocupes. No lo sabías. ¿Y qué me cuentas tú de tu familia? —pregunta Pedro con curiosidad por saber cómo describiría Sara su relación con Roberto.

Sara duda un instante. La primera reacción es la de contestar que no es asunto suyo, pero ese hombre le daba tanta confianza que estaba deseando contarle todo lo que se le ocurriera sobre su hermano y sus padres.

—Mis padres sí viven pero van a lo suyo. Mi padre es muy buena persona, pero mi madre es otra cosa. Siempre me ha criticado y la verdad es que no nos llevamos muy bien. Ahora están esquiando con sus amigos y no los he visto en todas las Navidades.

Pedro no podía entender cómo unos padres podían actuar así. Eran lo contrario de lo que habían sido los suyos. En parte, le daba rabia que unos padres que pasaban de su hija inválida estuvieran tranquilamente esquiando y que sus padres, que se habían entregado por él, estuvieran muertos. Al instante se arrepintió de su pensamiento.

—¿No tienes más familia?

—Tengo un hermano. Se llama Roberto. Me llevo muy bien con él. Siempre hemos tenido nuestras diferencias, pero ahora, con todo esto, se está portando genial.

Pedro sabe que había llegado el momento en el que tenía que mostrar algo de interés por lo que le había pasado a Sara. Tenía la certeza de que si no lo hacía, ella podía empezar a sospechar algo.

—No quiero ser indiscreto, pero, ¿qué es lo que te ha pasado?

—Me intentaron violar en una discoteca y, cuando me resistí, me dieron una paliza. —Parecía como si Sara se hubiera quitado un enorme peso de encima al contarle a Pedro lo que había ocurrido. Lo único que temía era que él pudiera juzgarla pensando en algún tipo de provocación por su parte hacia su agresor. Pero no fue así y, una vez más, se lo agradeció en su fuero interno.

—¡Vaya! Me dejaste de piedra. ¿Y no lo cogieron?

—Sí, una amiga mía lo dejó grogui de un botellazo. Lo detuvieron, salió el juicio y está en la

cárcel.

Pedro se da cuenta de que Sara no quería hablar mucho más de aquel tema así que cambia de conversación.

—¿Y tus amigas?

Sara se queda unos instantes callada porque le dolía en el alma expresar en voz alta lo que tantas veces había pensado.

—Estuvieron conmigo mientras estaba en coma, pero, en cuanto se enteraron de que no podía andar, dejaron de venir. No he vuelto a saber nada de ellas.

—No lo entiendo, ¿quieres decirme que te dieron de lado por el hecho de estar en una silla de ruedas?

Sara está sorprendida. Pedro parecía realmente indignado por el abandono de sus amigas.

—Así fue. Parece que ya no se lo iban a poder pasar bien en una discoteca con una chica que en lugar de bailar se dedica a pilotar un fórmula uno de dos ruedas.

Pedro sonrío al oír la frase de Sara. Era el momento de la pregunta que estaba deseando hacer desde que hablaron por primera vez.

—¿Y tu novio, marido o lo que sea?

—Tenía novio pero me dejó un poco antes de que me pasara lo que me pasó. ¿Sabes lo más gracioso de todo? —pregunta Sara pensativa.

—Dime.

—Que me dejó porque descubrí que me ponía los cuernos con una especie de maniquí del gimnasio donde él trabaja.

Pedro está pensativo. Recordaba perfectamente a aquel monitor; aquel estúpido y egocéntrico monitor que lo denigró en el gimnasio el mismo día en el que conoció a Sara. Ahora se daba cuenta de que quizá había sido testigo de la discusión que había provocado la ruptura de la relación de Sara.

—A ver si me aclaro. Tus padres pasan de ti, tus amigas te dieron de lado al descubrir que no podías andar y tu novio te engañó con otra y luego te abandonó —reflexiona Pedro mientras mira con fijeza a Sara.

La cruda realidad es como un mazazo para Sara. El resumen que le había hecho Pedro había resultado bastante cruel, pero, lo peor de todo, es que era la pura verdad. Una verdad que había intentado evitar, pero que ahora se la servían en bandeja de plata. No puede evitar que algunas lágrimas amargas recorran sus mejillas.

—Lo siento mucho —se disculpa Pedro con sinceridad al darse cuenta de que lo que había dicho era lo que había provocado el llanto de Sara.

—No te preocupes. No es culpa tuya. Has dicho la verdad. Nada más.

—¿Sabes lo que más me molesta de todo esto? —pregunta Pedro armándose de valor.

—No.

—Que no entiendo cómo todas esas personas pueden pasar de ti. Yo nunca te hubiera abandonado.

Pedro se ruboriza al pronunciar esas palabras y Sara no puede evitar hacer lo mismo. El momento podía resultar embarazoso, pero, a pesar de ello, ambos se miran a los ojos y se sonríen.

—¿Y tú a quién vienes a ver al hospital? ¿A tu novia?

Pedro sonrío. Le gustaba la franqueza de Sara.

—No tengo novia. Es una amiga. Ya está mejor.

Sara no quiere preguntar nada más. De hecho, no necesitaba más información de la que había recibido. Se da cuenta de que la respuesta de Pedro le había gustado y que, hasta ese momento, no

había sentido mucha curiosidad por la vida sentimental de su nuevo amigo.

En ese momento, Sara recuerda que tenía que darle las gracias por otra cosa. Se gira y mete la mano en la bolsa colgada del respaldo de la silla de ruedas y saca el libro que Pedro le había dejado. Ya lo había terminado de leer un par de días antes y deseaba decirle a su amigo que le había encantado. Se lo tiende a Pedro y éste lo coge. Al hacerlo, roza levemente los dedos de Sara y se estremece. Es la primera vez que se tocan y para él es como acariciar el cielo. Ella parece no percibirlo.

—Muchas gracias por lo del libro. Fue una sorpresa. No me lo esperaba.

—No hace falta que me des las gracias —contesta Pedro un poco azorado—. Tan solo espero que te haya gustado. ¿Lo has leído?

—No lo he leído. —Pedro se pone serio al oírla—. Lo he devorado. No he podido dejarlo. Me acostaba tarde leyendo porque quería saber cómo continuaba y me negaba a dejarlo para el día siguiente. Me ha encantado.

A Pedro le cambia la cara al oír esto último. Había rezado porque le gustara el libro y parecía que todo se estaba aliando a su favor.

—¿Sabes que hay una segunda parte?

—¿En serio? —Sara se ilusiona. Por un instante piensa en pedirle el favor a Pedro de que le consiga la segunda parte pero decide que es abusar demasiado de él. Ya le había prestado el primer libro y le había regalado el árbol de Navidad. Sería mejor pedirselo a su hermano—. Se lo comentaré a Roberto para que me lo compre.

—No hace falta —comenta Pedro mientras le tiende el libro que estaba leyendo cuando llegó Sara—. Sabía que te iba a gustar y pensé que querrías leer la segunda parte.

Sara se queda muda. No sabe qué decir. Tan solo puede tender la mano y coger el libro que Pedro le entrega.

—«Perdona pero quiero casarme contigo». —Sara lee el título y, como había hecho con el anterior, acaricia el libro con la yema de sus dedos. Una lágrima de agradecimiento cae en medio de la tarta de bodas que adorna la portada.

—Muchas gracias —consigue articular Sara—. No sé qué decir.

—No tienes que decir nada —comenta Pedro emocionado a su vez—. Lo importante es que lo disfrutes.

Pedro se levanta del sofá y se encamina a la ventana desde donde Sara siempre contemplaba el bosque. Sara gira su silla de ruedas y lo acompaña. Para Pedro es un momento mágico en el que uno junto al otro contemplan el bosque cubierto por el manto blanco de la nieve.

—Está precioso —dice Pedro.

—Lo echo de menos.

Pedro casi no se había percatado de que Sara había hablado. Fue como un grito desgarrador reflejado en un pequeño susurro.

—Echo de menos mi vida —continúa Sara con evidente tristeza—. Echo de menos poder hacer cosas; echo de menos ir y venir a mi antojo; echo de menos dar un simple paseo por Madrid y ver todas esas cosas que me has contado; echo de menos pisar la nieve, hacer un muñeco o, simplemente, echar una batalla de bolas de nieve.

—¿Te han dicho si puedes volver a andar? —pregunta Pedro con mucha dulzura.

—Dicen que sí. Dicen que todo depende de las ganas que yo ponga, de la ilusión y de mi estado de ánimo. Comentan que, si quiero volver a andar, andaré. No es tan sencillo.

—O sí.

Sara se vuelve hacia Pedro pensando que éste le estaba reprochando que no ponía toda su

ilusión en luchar por volver a andar, pero se da cuenta al instante de que no es así. Pedro sigue mirando a la nieve.

—Lo conseguirás —susurra Pedro con todo el amor que era capaz de percibir en su interior—. Estoy seguro.

Sara sonrío al sentir la firmeza en su voz justo en el momento que, al igual que había pasado la última vez, Ester aparece para llevarse a Sara a su habitación.

—Esta vez sabía que te iba a encontrar aquí —dice la enfermera. Mira a Pedro y le guiña un ojo como si fueran cómplices—. Hola Pedro.

—Hola Ester —saluda éste, a su vez, sonriendo a la enfermera.

Sara se va hacia el pasillo para volver a la habitación y, al llegar a la puerta, se gira para despedirse de Pedro.

—Espero verte pronto.

—Seguro que sí. Cuídate, Sara.

Ella se marcha y Pedro se queda solo con sus pensamientos. Una idea había empezado a tomar forma en su cabeza. Una idea arriesgada pero a la vez divertida. Sabía lo que tenía que hacer. No iba a ser fácil, pero tenía que ponerlo en práctica. Deseaba conquistar el corazón de Sara y, por primera vez en su vida, se sentía seguro con una mujer. Sabía que lo más probable es que ella solo hablara con él por el hecho de estar recluida en un hospital, pero necesitaba luchar por ella; luchar por que volviera a andar; luchar porque confiara en él y, sobre todo, luchar por su amor.

Sara llega a su habitación y se recuesta en la cama mientras acaricia el libro que Pedro le había dejado. Está deseando cenar para empezar a leerlo. En ese momento recuerda un pequeño detalle. En el momento de devolverle el libro a Pedro sus dedos se habían rozado. Sara piensa que, con toda seguridad, él ni se había dado cuenta, pero para ella fue un momento especial. No sabía por qué, pero había percibido una sensación que nunca antes había experimentado. Algo le estaba pasando y no se atrevía a definirlo. Estaba confundida, pero se sentía feliz. Por primera vez desde que estaba en el hospital experimentaba el deseo irrefrenable de volver a andar.

En ese momento, entra Ester y se queda mirando a Sara que observaba la portada del libro.

—Sonrías como una idiota —dice la enfermera sonriente también, pero con algo más de picardía.

—No sé de qué estás hablando —se defiende Sara con actitud muy digna.

—Lo sabes perfectamente. ¿A que sí?

Sara no puede evitar sonreír y un susurro henchido de felicidad acaricia sus labios.

—Sí, lo sé.

Ester abandona la habitación y, desde la cama, Sara puede escuchar una risita que llega a través de la puerta.

—¡Eres una maruja, Ester!

En ese momento se asoma alguien y Sara, al ver el rostro sonriente pero triste de Paula, se incorpora en la cama y la invita a entrar.

—Os veo muy contentas —comenta Paula nada más ver a su cuñada—. Mucho mejor que la última vez que estuve aquí.

—Bueno, me encuentro bien, aunque sigo sin poder mover las piernas.

Paula se sienta junto a la cama de Sara y echa un vistazo rápido a la habitación. Todo seguía igual, pero le llama la atención el arbolito de navidad que descansa sobre la mesa.

—Qué árbol más bonito. ¿Te lo ha traído tu hermano?

—Pues, no. Ha sido un amigo. ¿Te gusta?

—Mucho. La verdad es que es precioso.

Paula llevaba sin verla desde antes de Navidad y quería pasar un rato con ella antes de que empezara el nuevo año.

—¿Y dices que te lo ha regalado un amigo? —inquire Paula al tiempo que enchufa el árbol de navidad para ver las luces.

—Sí.

—¿No sé quién es?

—No. Lo conocí hace poco aquí en el hospital —responde Sara un poco a la defensiva.

—¿Está ingresado aquí?

—No, viene de visita de vez en cuando a ver a una amiga y después se sienta en el vestíbulo del fondo del pasillo a leer. Allí lo conocí.

Sara le cuenta toda la historia a su cuñada desde el primer desafortunado encuentro en el que Sara se quedó encerrada en el vestíbulo hasta esta última vez que se han visto. También le cuenta lo que habían hablado, el detalle de los libros, sus palabras amables, las historias sobre Madrid, la falta de amigos y de familia, sus sensaciones y lo que pensaba de él. Le cuenta cómo se sentía cuando estaba a su lado y la felicidad que estaba empezando a sentir. Le cuenta infinidad de cosas y, sobre todo, le abre su corazón.

—Supongo que estará muy bueno ¿no? —pregunta Paula una vez que Sara termina de relatarle la historia del encuentro con Pedro.

Sara se indigna.

—¿Por qué lo preguntas? —inquire Sara en un tono molesto que sorprende a su cuñada.

—Sara, siento ser tan sincera, pero te conozco bien y siempre has ido detrás de tíos buenos dejando de lado que tuvieran cerebro o corazón —explica Paula con toda la sinceridad del mundo—. Me hablas de este chico y, por lo que dices, parece dulce, cariñoso, culto e inteligente. No cuadra con los hombres con los que te has relacionado hasta ahora. Si encima no está bueno, no lo entiendo.

Sara intenta hacerse la indignada, pero no puede y se echa a reír ante la mirada extrañada de su cuñada. Ésta se contagia y empieza a reír también.

—Es muy distinto a los hombres con los que he estado. Es muy distinto en todos los sentidos, pero tengo que reconocer que me encanta pasar tiempo con él —se sincera Sara—. No está bueno. Es grande y tiene barriga, pero tiene unos ojos muy bonitos y una sonrisa muy expresiva. No puedo decir más.

—Ya has dicho mucho —comenta Paula con una sonrisa cariñosa en los labios—. Supongo que toda esta experiencia te ha hecho cambiar y ahora has descubierto que hay cosas más importantes que un simple físico para que un hombre pueda conquistar tu corazón.

—Puede que tengas razón, pero supongo que tú te enamorarías de mi hermano por su físico —comenta Sara sin acordarse de la situación que estaba viviendo Paula. Se da cuenta al instante de la metedura de pata al ver la cara de tristeza de su cuñada—. Lo siento, Paula. No pretendía molestarte. No he pensado antes de abrir la boca.

—No te preocupes —responde Paula intentando aparentar una entereza que no poseía—. Además, es un buen ejemplo de lo que te estaba diciendo. Yo no me enamoré de tu hermano porque estuviera bueno sino por algo mucho más importante. ¿Lo adivinas?

Sara se queda pensando qué era lo que su hermano podía haber ofrecido para que una mujer atractiva como Paula cayera rendida a sus pies. Lo primero que se le ocurre es pensar en el dinero pero Paula nunca lo había necesitado y, además, no era de esas mujeres. Piensa en el glamour, en la profesión, en las juergas y en unas cuantas cosas más, pero nada le parecía lo bastante importante.

—No sabría decirte —contesta Sara—. Se me ocurren unas cuantas cosas, pero todas me parecen de muy poco valor por sí solas. Me da la sensación de que lo que te enamoró fueron muchas cosas juntas. No creo que haya una única cosa con la que un hombre pueda conquistar a una mujer sin necesitar dar nada más.

—Te equivocas —dice Paula con la vista puesta en la ventana y sin poder dejar de experimentar esa melancolía que le inundaba la mente acompañada de un millón de preciosos recuerdos—. Tu hermano conquistó mi corazón con solo una cosa.

—Me tienes en ascuas.

—Simplemente, me hacía reír. Solo con eso me conquistó. No necesitó ofrecerme la luna porque, con cada sonrisa que me provocaba, brillaba una estrella. Eso era lo que siempre me decía Roberto.

Paula no puede evitar que una lágrima resbale por su mejilla.

—Por cierto, ¿sigues con la idea de cenar sola en Nochevieja? —Paula intenta que la tristeza que la atenazaba se evapore.

—Sí, prefiero cenar sola. Me siento bien y no me da miedo. Cenaré, me tomaré las uvas, brindaré conmigo misma, leeré un poco y me acostaré.

—¿Leerás ese libro que te han prestado? —La sonrisa de Paula muestra picardía.

—No seas mala —contesta Sara.

Paula se levanta para despedirse. Quería dar un paseo antes de volver a su casa a pasar la tarde sola. Estaba deseando que pasaran las fiestas navideñas. Cada día de estas fechas suponían una dura prueba para ella. Tenía la certeza de que Roberto también debía estar pasándolo mal, pero había tomado una decisión y no quería dar marcha atrás por muy dolorosa que ésta fuera.

—Que tengas una feliz Nochevieja —le comenta Paula al tiempo que acompaña su deseo con un beso cariñoso.

—Tú también.

—Me alegro por todo lo bueno que te está pasando estos últimos días, Sara. Atenaza la felicidad y no la dejes escapar. Seguro que, a partir de ahí, todo sale bien.

Y se va...

Nochevieja

El aparcamiento está casi vacío...

Roberto detiene el coche en su plaza y entra en el hospital para ver a Sara. En ese momento no había nadie en recepción así que sube a la habitación sin tener que dar explicaciones.

—Hola hermanita. Feliz año —dice Roberto al tiempo que se acerca a Sara para darle un beso.

—Hola Roberto. Feliz año para ti también. —Sara deja el libro que estaba leyendo encima de la mesita. Roberto se da cuenta al instante de que no es el mismo sino la continuación del anterior.

—¿También te ha dejado tu amigo la segunda parte del libro?

—Sí, está muy bien. Me está gustando mucho.

Roberto no quiere hacerle más preguntas a su hermana respecto a su nuevo amigo. Quiere proteger a Sara, pero no está dispuesto a convertirse en una persona controladora. Tiene que confiar en que no le va a pasar nada malo a su hermana. Desde lo que había ocurrido en la discoteca era una de las cosas que quería corregir en sí mismo por lo que prefiere cambiar de tema.

—¿Qué tal has cenado? —le pregunta a su hermana.

—Muy bien. Ya sabes, cena especial de Nochevieja. Ha venido Ester a tomar las uvas aquí conmigo.

—Parece que os habéis hecho amigas.

—Sí, eso parece. La verdad es que me cae muy bien y hemos congeniado. Viene mucho a mi habitación y me hace mucha compañía. Siempre hablamos de todo un poco. ¿Y tu cena?

Bien, bueno... no he podido cenar solo en casa y me he ido a pasar la última noche del año en un restaurante chino. Ha sido un poco raro pero ha estado curioso.

Roberto se queda callado de repente. No quiere contarle a su hermana lo triste y desubicado que se ha sentido sentado solo en un restaurante donde ni tan siquiera se han molestado en ofrecer unas uvas a los escasos comensales que poblaban las pocas mesas existentes. Echaba mucho de menos a su esposa y añoraba su vida; la vida que había compartido con Paula.

—¿La echas mucho de menos? —pregunta Sara como si de una adivinanza se tratara y sin tener que hacer mucho esfuerzo para imaginar lo que estaba pasando por la cabeza de su hermano.

—No te lo puedes ni imaginar. Cada minuto del día pienso en ella y me arrepiento de lo que hice. Es algo que no podré perdonarme en la vida. No sirvo para nada —explica Roberto con mucha amargura.

—Claro que sirves. Sé que ahora no tiene ningún valor para ti, pero quiero que sepas que si tú no hubieras estado conmigo no habría podido soportar todo esto. —Sara sonrío con infinita gratitud y mira a su hermano con el amor que siempre había sentido pero que se había negado a reconocer—. No me gusta verte así. Sé que esto tiene que estar resultando muy doloroso.

—No te lo puedes ni imaginar —responde Roberto cabizbajo.

—¿Le has felicitado el Año Nuevo? —pregunta Sara con dulzura.

—La verdad es que no lo he hecho. Estaba esperando a que ella me escribiera para ver si se acuerda de mí o no.

Sara no puede evitar sonreír. A pesar de la diferencia de edad y de la profesión de Roberto, para Sara su hermano seguía siendo un ignorante en cuestión de mujeres.

—No seas tonto. Tienes que felicitarla tú. Aunque sea mandándole un mensaje.

—Va a parecer que la estoy persiguiendo o que me he convertido en un acosador.

—Vamos a ver. Tú eres el que metió la pata. Ahora, no puedes esperar que ella te demuestre que piensa en ti. Ya lo hizo en Nochebuena y tuvo que costarle mucho tragarse su orgullo. En esta ocasión, tienes que dar tú el primer paso.

—La verdad es que me da miedo que se haya olvidado de mí y ni siquiera conteste.

—No ha podido olvidarse de ti —dice Sara con mucho tiento como si hablara con un niño pequeño.— Ya verás cómo te contesta.

—Bueno, voy a mandarle un mensaje —comenta Roberto con el móvil en la mano—. ¿Qué le digo?

—Lo que te salga del corazón. En estas ocasiones, lo más importante no es lo que se dice sino demostrarle a la otra persona que sigue significándolo todo para ti.

Empieza a escribir el mensaje. «Feliz Año Nuevo. Te echo de menos...».

—¿Qué más pongo?

—No tienes que poner nada más —le contesta Sara con la idea de tranquilizar a su hermano que se mostraba nervioso como no lo había visto en mucho tiempo—. Dices todo lo que quieres decirle en dos frases.

—No va a contestar.

—Contestará. Por una vez en tu vida confía en tu hermanita pequeña.

Roberto sonrío con cariño a su hermana y se levanta de la silla para irse. Se acerca a Sara y la besa en la frente.

—No sé qué haría yo sin ti —comenta Roberto en un susurro.

—Lo mismo que yo sin ti —replica Sara sonriente—. Nada.

Roberto se acerca a la puerta de la habitación para irse, pero, antes de salir, saca el móvil del bolsillo y lo mira. No había mensajes. Suspira y abre la puerta.

—Contestará —dice Sara con firmeza y seguridad.

Roberto sale cabizbajo y la puerta se cierra a sus espaldas. Sara se queda preocupada. Pedía con todas sus fuerzas que su cuñada escribiera. Sabía que su hermano podía sufrir mucho si no recibía noticias suyas. En ese momento oye dos pitidos en el pasillo. Pasados unos instantes que a Sara le parecen eternos, la puerta de su habitación vuelve a abrirse y ve aparecer la cabeza de un sonriente de Roberto.

—Me ha contestado.

—¿Y qué te dice?

—Que también me echa de menos —explica Roberto con alegría—. Gracias, hermanita. Feliz noche.

Pedro intenta disfrutar la cena de Nochevieja tranquilamente en su casa como hacía todos los años. Tampoco tenía ninguna opción distinta a esa así que había preparado una cena especial como en Nochebuena y, a las doce de la noche, se toma las uvas al tiempo que pide un único deseo. Lo más normal hubiera sido desear el amor incondicional de Sara, pero no era lo que su corazón necesitaba pedir así que sale a la terraza con la última uva en la mano, mira a las estrellas

con solemnidad y musita su deseo en voz baja.

—Deseo con todas mis fuerzas y todo mi amor que Sara vuelva a caminar.

Sabe perfectamente que, si Sara vuelve a andar y recupera su vida anterior, él no tendrá cabida en ella, pero está realmente enamorado de esa mujer y necesita que ella vuelva a ser feliz por encima de cualquier cosa. Si en ese momento le hubieran dado a elegir entre pasar el resto de su vida con una Sara inválida y dependiente o que ella volviera a caminar olvidándose de él, hubiera elegido esto último sin dudar ni un instante.

Se toma la última uva y vuelve a entrar en casa. Cambia sus zapatillas por unos zapatos, se coloca la bufanda de lana y el abrigo y coge una bolsa de gran tamaño que tenía preparada en el recibidor. Con todo esto, sale a la calle dispuesto a dar un paseo hasta el hospital y, sobre todo, con una mezcla de nervios e ilusión que le atenazan el corazón.

Cuando su hermano sale de la habitación, Sara se queda sola, mirando al techo y sonriendo. Le encantaba la sonrisa de su hermano. Roberto era lo más importante en su vida y no quería ver cómo se desmoronaba. Deseaba con todas sus fuerzas que Paula y él volvieran a estar juntos. Había sido su deseo de Año Nuevo. Había pensado pedir lo más obvio que no era otra cosa que volver a andar, pero prefería dedicar ese deseo a la persona a la que más quería y que más había hecho por ella. No tiene demasiado sueño y decide que puede ser un buen momento para leer un poco. Había dejado la lectura en un punto muy interesante y estaba deseando retomar la historia. Se arrebujaba en la cama y empieza a leer embelesada por la bonita historia de amor.

Debía llevar más de una hora leyendo cuando suena un ligero golpe en la puerta. Sara está tan enfrascada en la lectura que ni tan siquiera se da cuenta. Un segundo golpe un poco más fuerte vuelve a sonar. Esta vez, Sara sí lo oye y se queda sorprendida. Ya es tarde y no se imagina quién puede ser. La primera persona en la que piensa es en Ester pero le extraña que pase tan tarde a verla cuando ya se habían dado las buenas noches.

—¿Sí? —pregunta Sara sin alzar mucho la voz.

La puerta de la habitación se abre lentamente y en la rendija aparece la cabeza de un Pedro sonriente. Sara se queda de piedra. No se imaginaba que fuera a ser él. Sin percatarse de su movimiento, mira el reloj que descansa en la mesita. Son casi las dos de la madrugada.

—Ya sé que es muy tarde —dice Pedro en voz baja—. ¿Puedo pasar?

Sara duda un instante. Le extraña mucho la presencia de Pedro a esas horas y mucho más en su habitación. No sabe qué pensar. Se había vuelto muy desconfiada, pero en esa ocasión se deja llevar.

—Pasa —dice Sara al fin.

—Muchas gracias. —Pedro entra en la habitación y se planta delante de Sara—. Feliz año.

—Feliz año —contesta Sara con una sonrisa—. ¿Qué haces tan tarde aquí?

—Tengo una sorpresa.

—¿Para mí?

—Claro.

Sara ve que Pedro lleva en la mano una bolsa y piensa que puede ser otro regalo. Pedro se da cuenta hacia dónde se dirige su mirada y sonrío.

—Esto es solo parte de la sorpresa —explica Pedro al tiempo que levanta la bolsa y se la muestra—. Tendrás que tener un poco de paciencia para verlo todo.

Sara no sabe qué decir. Se ha quedado sin palabras. Lo único que hace es mirar a Pedro con el libro aún entre sus manos. Pedro ve por donde lo tiene abierto y sonrío aún más.

—Ya veo que te está gustando.

Sara mira hacia el libro y no puede evitar ponerse colorada. Lo cierra y lo pone en la mesita.

—Bueno, vamos —anuncia Pedro mientras acerca la silla de ruedas a la cama de Sara. Ésta se queda aturdida.

—¿Adónde vamos? —pregunta Sara muy extrañada.

—A ver la sorpresa. —Pedro contempla cómo el rostro de Sara se pone tenso cuando ve cómo él le acerca la silla de ruedas.

—Ya sé que me conoces muy poco y que no puedo pedirte que te fíes de mí después de lo que te ha pasado. —Pedro contaba con la desconfianza de Sara y sabe cómo debe hablarle—. Solo puedo decirte que la sorpresa te va a encantar. No quiero agobiarte. Te espero en el pasillo. Si decides ver tu sorpresa estaré encantado de enseñártela. Si no sales, me iré sin ningún problema y sin ningún reproche. Por si acaso, te deseo un feliz año, Sara.

Pedro sale de la habitación y Sara se queda sola y, sobre todo, confundida. No sabe qué pensar. Está deseando confiar en ese hombre. Intenta recordar el tiempo que había pasado con él para descubrir algo que no cuadrara y que le hiciera decidirse por no ir con él, pero no encuentra nada. Ahora piensa en la conversación mantenida con Ester y todo lo que le había contado a Paula respecto a Pedro. Se da cuenta de que siente algo especial y que no quiere volverse una paranoica. Se repite a sí misma, una y otra vez, que no todos los hombres tienen que ser como su ex o como el hombre que la había agredido en la discoteca. Necesita volver a confiar y piensa que quizá el destino haya puesto a Pedro en su camino para que le enseñe que hay hombres buenos y que no siempre le iba a pasar lo mismo. Suspira y se decide. Se sienta en la silla y sale al pasillo donde Pedro espera contemplando al suelo con tristeza en la mirada. Sara, al verlo así, se percata de que Pedro debía de estar convencido de que ella no iba a acompañarlo. Esa teoría se confirma cuando él levanta la vista, la ve plantada en el pasillo y una mirada tierna y sincera ilumina su rostro.

«No puede ser malo», piensa Sara al tiempo que se acerca a Pedro con lentitud.

—Confío en ti —dice ella sonriendo con ternura.

—No sabes cuánto me alegro. De verdad. ¿Vamos?

—¿Adónde? —Sara refunfuña como una niña pequeña.

—No seas impaciente —contesta Pedro con tono condescendiente—. Lo más importante para que todo salga bien es que no nos vea nadie.

A Sara le resulta emocionante. Pedro pone la bolsa encima de sus piernas con mucho cuidado para no lastimarla y se coloca detrás de ella para empujar la silla.

—Silencio —ordena Pedro en un susurro.

Llegan al vestíbulo principal de la planta. Pedro comprueba que no haya nadie en el puesto de enfermeras. Deja a Sara oculta en el pasillo, se acerca a los ascensores y pulsa el botón de llamada. Vuelve a esconderse junto a su joven amiga mientras esperan. Cuando el elevador llega a su planta, Pedro mira hacia el pasillo y empuja la silla de ruedas hasta refugiarse dentro de la cabina. Una vez dentro, pulsa el botón de planta baja. Pasados unos segundos llegan hasta el vestíbulo del hospital y Pedro le hace una seña a Sara con el índice en los labios para que guarde silencio. Ésta sonrío. La verdad es que se lo está pasando en grande a pesar de que se siente como si estuviera haciendo alguna trastada. Tenía que reconocer que confiaba en Pedro como si lo conociera de toda la vida.

Se asoman al vestíbulo y comprueban que las dos recepcionistas del turno de noche están ojeando unas revistas y no miran hacia la entrada. Una vez más, Sara se alegra de que en ese

hospital haya tan poca vigilancia

—Espero que hayas engrasado las ruedas de la silla hace poco —dice Pedro en voz baja al oído de Sara.

—Tonto. Vas a hacer que me ría —replica Sara dándole un codazo—. Si nos pillan será por tu culpa.

Cada momento que Pedro pasa con Sara se siente mucho más unido a ella y, sobre todo, más enamorado. Aspira cada instante que pasa a su lado y lo retiene en la memoria para recordarlo toda la vida. Si no volvía a verla nunca más, viviría con sus recuerdos.

—¡Vamos! —anuncia Pedro cuando ve que las enfermeras entran dentro de la sala de recepción.

Cruzan el vestíbulo a toda prisa y salen a la calle. Hace mucho frío. Los últimos días había nevado y la temperatura había bajado mucho.

—No me habías dicho que íbamos a la calle —comenta Sara indignada—. Me voy a helar de frío.

—Eres una gruñona. —Pedro coge la bolsa que Sara seguía llevando en las piernas. La abre y extrae de ella una preciosa manta blanca de pelo largo. La extiende y se la pone a Sara por encima. Ésta la mira y la acaricia con la palma de la mano. Se la pasa por la mejilla y suspira.

—Es increíble. Nunca había visto una manta así.

—Para que veas que no te ibas a helar de frío.

Acto seguido, Pedro vuelve a meter la mano en la bolsa y extrae de ella una rebeca de lana gruesa, un par de guantes para la nieve y un gorro de lana de color rosa a juego con el resto de las prendas.

—Toma —comenta Pedro sonriente—. No me lo perdonaría si te resfriaras por mi culpa.

—Estás en todo. ¿Ya me puedes decir a dónde vamos o sigue siendo un secreto? —pregunta Sara a la vez que se pone los guantes y el gorro y se maravilla del acierto de Pedro al elegir la talla de la chaqueta que le sentaba de maravilla.

Pedro se vuelve hacia ella para pedirle un poco de paciencia, pero, al verla con las mejillas sonrosadas a juego con el conjunto de lana de un color similar, siente cómo su corazón se acelera y amenaza con abandonar su cuerpo. Sara ve cómo la mira con fijeza y alza una ceja.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Yo no...

—¿Estoy fea? —inquieta sin saber qué pensar.

Pedro se mueve inquieto junto a la silla de ruedas y se ruboriza.

—Para nada. Estás preciosa.

Las mejillas de Sara se tornan de un color aún más rojizo y baja la mirada con timidez. Pedro se enamora aún más de ella al ver ese gesto. Nada quedaba de la mujer altiva que lo había denigrado en el gimnasio. Junto a él, sentada en una silla de ruedas, una preciosa jovencita se ruborizaba al escuchar un piropo salir de sus labios. Se sentía el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

—Vamos —comenta Pedro con un hilo de voz al tiempo que empuja de nuevo la silla de ruedas—. Ya falta poco.

Dan la vuelta por el exterior del hospital y se dirigen hacia la parte de atrás del edificio. Cuando llegan al fondo del aparcamiento posterior, Sara no puede evitar lanzar una exclamación de sorpresa. Están en su bosque; su precioso y nevado bosque. Ese lugar que la había acompañado a lo largo de todas esas largas y anodinas semanas y que ahora se mostraba a sus pies. No puede evitarlo y se echa a llorar.

—¿No te gusta la sorpresa? —pregunta Pedro muy preocupado por la reacción de la joven.

—Me encanta. —Sara contempla el bosque entre lágrimas—. Es lo más bonito que han hecho nunca por mí.

—Pues esto no ha hecho más que empezar —dice Pedro al tiempo que se agacha con esfuerzo y hace una bola de nieve. Se la tira, pero falla a propósito.

—Eh! ¡No es justo! —grita Sara como un cría—. Yo no llego a la nieve y no te puedo tirar bolas.

—La verdad es que eres una auténtica quisquillosa. —Pedro se aleja y se agacha detrás de uno de los coches que está aparcado cerca de donde ellos juegan con la nieve—. Ya había pensado en ello, listilla.

Sale de detrás del vehículo con un pequeño cubo lleno hasta los topes con bolas de nieve y se lo pone encima de las piernas. Sara está alucinando. Todo es mejor de lo que podría haber soñado. Es perfecto.

—Ahora estamos en igualdad de condiciones —explica Pedro al tiempo que se agacha para coger un montón de nieve y hacer una bola presionándola entre las manos—. Así que..., prepárate.

Sara mira el cubo de bolas de nieve. Coge una y la acaricia con las manos. Le da vueltas pero no hace nada con ella. Pedro se da cuenta de que algo no va bien y se acerca a ella preocupado.

—¿Estás bien? —pregunta Pedro con la rodilla hincada delante de ella.

En ese momento, Sara levanta la mirada y, lo que Pedro piensa que sería una mirada triste, en realidad es una sonrisa pícara y unos ojos radiantes de felicidad. Sin pensarlo dos veces le lanza la bola que impacta en el rostro de Pedro tirándolo de espaldas al suelo.

—¡Eh! Eres una tramposa —protesta él.

—Nada de eso. Tú tienes ventaja porque puedes correr. Tengo que utilizar todas mis armas.

Pedro se incorpora y pega una patada a un montón de nieve haciendo que una pequeña nube blanca aterrice suavemente sobre Sara.

—Ahora eres tú el tramposo —le toca protestar a Sara.

—Nada de eso. Tu ventaja es que estás motorizada y yo no así que tengo que utilizar todas mis armas.

Sin previo aviso para ninguno de los dos se organiza una auténtica guerra de bolas de nieve. Pedro intenta no dar de lleno a Sara, pero, de vez en cuando, hace que alguna de las bolas impacte en ella sin hacerle daño. Sara no pone tanto cuidado, pero no puede lanzar las bolas con mucha fuerza estando sentada. Aun así, Pedro se acerca a ella de vez en cuando con la excusa de lanzarle alguna bola y Sara aprovecha para acertar. La realidad es que Pedro se deja alcanzar por Sara. Ambos son conscientes de este hecho, pero les da igual porque lo están pasando genial. Al cabo de un rato, el cubo de Sara está vacío de bolas y los dos están cansados. Sara empieza a preocuparse por si se dan cuenta de que no está en su habitación.

—¡Buf! Estoy agotada —comenta Sara casi sin aliento y con las mejillas coloradas del esfuerzo.

Pedro piensa que jamás la había visto tan bella. Parece una niña pequeña que hubiera hecho alguna trastada. Los dos se sienten felices.

—Yo también. —Pedro sacude los guantes—. Voy a tardar algunos días en recuperarme de tantos golpes.

—No seas quejica. No te he dado tan fuerte.

—No mucho, pero tienes buena puntería.

—Me lo he pasado genial. No te puedes ni imaginar lo que he disfrutado. —Sara se queda pensativa y mira hacia el edificio—. ¿No crees que se darán cuenta de que no estoy?

—Ahora regresamos. Tan solo queda una cosa muy importante por hacer.

—¿El qué?

—Espera. Ahora lo vas a ver. ¿Qué es lo que normalmente se hace en la nieve?

Sara se queda pensando mientras Pedro espera su respuesta con los brazos cruzados por delante del pecho. De repente, el rostro de Sara se ilumina.

—¡Un muñeco de nieve! —exclama Sara.

—Exacto. —Pedro se agacha detrás de unos matorrales y regresa empujando una gran bola de nieve que coloca delante de Sara. Repite la operación otras dos veces y otro par de bolas de nieve, algo más pequeñas, aparecen frente a Sara. Coloca cada una de las bolas encima de la anterior. Se acerca una vez más al matorral y corta dos ramas secas que utiliza como brazos del muñeco. Se separa y se queda mirándolo.

—No está nada mal. ¿No te parece? —pregunta Pedro con los brazos cruzados y con la vista fija en el muñeco pero con aire reprobador.

—Un poco soso. Le falta algo.

—Entonces, mira en la bolsa de la manta a ver si encuentras algo.

Sara se inclina y recoge la bolsa que descansaba en el suelo. Se la pone sobre las rodillas y mete la mano dentro. Mira a Pedro a los ojos y sonríe.

—Esto es genial. —Sara saca de la bolsa una zanahoria, un sombrero y una bufanda.

—Te toca terminarlo. A ver si consigues que tenga algo de vida.

Sara se inclina hacia delante, pero no llega al muñeco de nieve y un gesto de tristeza cruza por su rostro sin previo aviso.

—No llego.

Pedro se aproxima a ella, se lo piensa un par de veces y, al ver cómo ella hace un gesto con el brazo algo elevado, se inclina a su lado y la toma entre sus brazos sin mucho esfuerzo. Sara pasa el brazo alrededor del cuello de Pedro y se deja hacer. Él, casi sin poder respirar de la emoción, se aproxima al muñeco de nieve y se arrodilla frente a él. Sara termina sentada en la rodilla de Pedro y desde allí le puede colocar la zanahoria al muñeco en el centro de la bola superior, atarle la bufanda alrededor del cuello y colocarle el sombrero sobre la testa improvisada.

—Es precioso —susurra Sara con la vista puesta en su nuevo amigo de nieve. Se vuelve hacia Pedro para darle las gracias una vez más y se encuentra con sus ojos cerca, muy cerca. Agacha la cabeza con timidez—. Muchas gracias por todo esto. Ha sido... Yo no...

Una lágrima aparece en el rostro sonriente de Sara y Pedro sonríe a su vez. Sonríe por tener entre sus brazos a la mujer que ama y también sonríe porque a ella no parece importarle ni su elevada estatura ni su tamaño. La gran barriga pasa a un segundo plano y tan solo existen ellos dos. Pedro hace un esfuerzo para ponerse de nuevo en pie con Sara en sus brazos y a punto está de caer hacia delante. La joven, al verlo trastabillarse, se abraza con fuerza a su cuello y su cuerpo se tensa. Ni tan siquiera se da cuenta de lo que acaba de hacer. Está tan concentrada en no caer a la nieve que no es capaz de percibir un leve movimiento de sus pies.

—Casi acabamos en la nieve —comenta Sara con la vista puesta en el muñeco de nieve al que mira con dulzura.

—Podría haber caído encima de ti. Menos mal que tenemos cerca un hospital —bromea Pedro al tiempo que deja a Sara en su silla de ruedas con mucho mimo—. Tendrían que haberte rescatado con una grúa.

—Eres más exagerado. Oye, me lo he pasado genial.

Pedro se alegra por la felicidad de Sara, pero también por escuchar como ella lo recriminaba por la broma de la grúa, pero sin darle demasiada importancia.

—Nos toca volver a la habitación. ¿Nos vamos?

Pedro empuja la silla de ruedas hacia la entrada del hospital. Tienen cuidado de no encontrarse con nadie aunque ahora les da igual. Si les pillaban se podían ganar una buena bronca, pero ya habían disfrutado de la nieve. Eso era lo importante.

Llegan a la habitación y Pedro ayuda a Sara a tumbarse en la cama. Ella está un poco cansada, pero no puede dejar de sonreír.

—¿Estás bien? Te noto agotada —pregunta Pedro algo preocupado.

—Estoy como nunca —contesta Sara con una sonrisa de oreja a oreja—. Me lo he pasado como una niña pequeña. Tan solo tengo un poco de frío.

Pedro la cubre con la manta que había llevado para ella y Sara se arrebujaba debajo acariciándola una vez más.

—Es preciosa —dice sin poder dejar de apretar la manta bajo su barbilla.

—Es tuya.

—No puedo aceptarla. Ya me has hecho muchos regalos y el de hoy ha sido increíble.

—La manta la compré para ti. Debes aceptarla.

No tiene que decir nada más. Tan solo aspira el aroma a nuevo de la manta y se encoge debajo disfrutando de ese momento. Se estremece.

—¿Sigues teniendo frío?

—Un poco. Pero ha merecido la pena. No me cansó de darte las gracias. Lo que hemos hecho compensa tener un poco de frío.

—Espera. —Pedro se acerca a los pies de la cama—. Cuando era pequeño, mi madre solucionaba lo del frío de una forma muy especial. Me frotaba los pies.

Sara no cree que eso sirva para algo. No siente nada de cintura para abajo y sabe que tampoco va a notar el masaje de Pedro, pero no le dice nada. Se deja hacer y Pedro levanta la manta con suavidad y empieza a masajear los pies de ella con sus manos.

—Sé lo que estás pensando —comenta Pedro al ver que Sara echa la cabeza hacia atrás y suspira—. Algún día lo notarás. Ya verás.

Pedro sigue masajear los pies de Sara mientras habla con ella y no lo nota. Continúa conversando sin pensar en lo que hacen sus manos cuando algo le hace parar. Esta vez sí lo ha notado y se queda helado. Vuelve a pasar sus dedos por la punta de los pies de Sara y ahora puede verlo con sus propios ojos. Lo comprueba una vez más y ahí está. A cada caricia de las manos de Pedro, los dedos de los pies de Sara se encogen levemente. Una lágrima de alegría resbala por su mejilla. Justo en ese momento, Sara levanta la cabeza y ve que Pedro está llorando. Se asusta.

—¿Qué ocurre? ¿Te pasa algo?

Pedro se acerca por el lateral de la cama y le tiende la mano para que se incorpore.

—Siéntate, por favor. Quiero enseñarte algo. —Pedro sonríe de oreja a oreja a pesar de las lágrimas.

Sara hace lo que Pedro le pide y, con su ayuda, se incorpora y queda sentada al tiempo que Pedro vuelve a colocarse junto a sus pies. Sara lo observa expectante.

—Fíjate. —Pedro no puede dejar de sonreír—. Esto es mágico.

Pedro empieza a acariciar con dulzura los pies de Sara, aunque ésta no siente nada. No sabe qué es lo que Pedro quiere mostrarle, pero no ve nada especial ni en sus pies ni en las manos de él.

—¿Qué quieres enseñarme?

—Ten un poco de paciencia. Ya verás. —Pedro empieza a dudar de lo que había visto, pero la ilusión puede con él y continúa insistiendo. De repente, lo nota y se queda parado.

—¿Lo has visto? —pregunta Pedro con ansiedad.

El movimiento ha sido tan leve que Sara no lo ha podido ver. Tampoco ha sentido nada. Pedro sigue acariciándole los pies como si quisiera hacerle cosquillas y, por fin, lo ve. Un leve movimiento en sus dedos.

—¿Se han movido? —pregunta Sara con evidente nerviosismo.

—Claro que se han movido. Y además, varias veces.

—Vuélvelo a hacer, por favor —suplica Sara.

Pedro sigue tocándole los pies y el movimiento se vuelve a repetir. Esta vez es más evidente y Sara no puede evitar emitir un pequeño grito. Acaba de recordar lo que le dijo el responsable del Servicio de Rehabilitación su primer día de gimnasio: «Es importante que, si alguna vez sientes un hormigueo en las piernas, me lo digas al instante. Sería el aviso de que tus piernas vuelven a reaccionar». Siente el hormigueo. Cada vez es más persistente. Está feliz y está horrorizada a la vez.

—Se mueven —dice Sara emocionada.

—Claro que se mueven. ¿Los notas?

—Noto como un hormigueo que empieza en el talón y va subiendo por las piernas. No siento los pies, pero un médico me dijo que el hormigueo era el primer síntoma de la recuperación.

—Tenemos que avisar a la enfermera —comenta Pedro de pronto—. Esto es muy importante.

Sara está de acuerdo y se gira para coger la perilla y llamar. Tanto Sara como Pedro se imaginan que la enfermera se va a sobresaltar al oír la llamada en mitad de la noche. Por suerte, la enfermera de guardia es Ester que entra como un rayo en la habitación. Al ver a Pedro a esas horas de la madrugada pone mala cara.

—¿Que ocurre aquí? —pregunta la enfermera con tono de disgusto.

—Lo siento, Ester. Ya sé que no debería estar aquí, pero he venido a ver a Sara y ha pasado algo muy importante.

La enfermera se acerca a la cama y se da cuenta de que Sara está sonriendo y parece muy feliz.

—¿Qué es eso tan importante?

—Mira. —Pedro le acaricia los pies a Sara y, esta vez, el movimiento es inmediato. La enfermera suelta un grito al igual que había hecho Sara unos minutos antes.

—¡Esto es increíble! —exclama la enfermera al tiempo que se dirige a toda prisa hacia el pasillo—. Tengo que llamar al médico rehabilitador de guardia.

Sara y Pedro se quedan solos otra vez. Sara no puede dejar de mirar sus pies. Aún no se lo cree. Mira con dulzura a su amigo.

—Pedro, acaríciame los pies otra vez, por favor.

Pedro repite el contacto y el movimiento reflejo vuelve. Sara suspira. Nota cómo el hormigueo sube hacia su cintura y empieza a sentir ligeramente el contacto de él en sus dedos. Se inclina hacia delante y toma la mano de Pedro con decisión. Éste contiene la respiración mientras Sara se la acerca a los labios y la besa.

—Gracias —dice ella manteniendo su mano entre las suyas.

—¿Por qué?

—Por estar aquí conmigo y devolverme la ilusión.

En ese justo momento entra Ester acompañada por el médico que, sin pararse a nada más, empieza a mover sus piernas y a realizarle varias pruebas reflejas. Pasados unos minutos, levanta la cabeza y mira a Sara sonriente.

—Esto tiene muy buena pinta. Vamos a hacer alguna prueba más para asegurarnos.

De repente, Sara se da cuenta de que debe llamar a su hermano para decírselo. Piensa en

esperar al día siguiente para no despertarlo, pero sabe que no se lo perdonaría nunca si no lo llamaba al instante.

—Voy a telefonar a mi hermano —anuncia Sara con el móvil en la mano y con la vista fija en el médico que tomaba notas en el informe del paciente—. Seguro que en unos instantes está aquí.

El rostro de Pedro cambia y se vuelve serio y rígido. No quiere irse de allí, pero sabe que no puede quedarse. Se acerca a la cama de Sara.

—Yo me tengo que ir —dice Pedro.

—No te vayas, por favor —suplica Sara—. Mi hermano va a llegar dentro de poco y quiero que te conozca.

—Lo siento, Sara. Esto es algo en familia y yo no pinto nada.

—Pintas mucho y lo sabes —susurra ella con tristeza.

Pedro sonrío porque esa frase significa mucho para él, pero tiene claro que no puede quedarse allí. Se inclina sobre Sara y hace algo que llevaba mucho tiempo deseando hacer. La besa en la frente.

—Volveré a verte. No te preocupes —se despide Pedro con infinito amor.

Sale de la habitación y no puede ver los ojos tristes y anhelantes que lo miran cuando se va. Sara debería de estar alegre, pero se entristece al ver marchar a la persona a la que, con toda seguridad, debe su recuperación.

Suspira con tristeza...

Miedo

Pedro sale del hospital.

Su cabeza es un torbellino. Antes de ir a ver a Sara estaba convencido de que iba a ser una noche muy especial, pero en ningún momento pensó que podría ocurrir todo lo que había sucedido.

La sorpresa había salido mucho mejor de lo que había podido imaginar y daba gracias por ello, pero todo lo que había sucedido a continuación le había provocado una gran cantidad de sentimientos contrapuestos. Su mayor deseo era que Sara volviera a andar, pero, por otra parte, sabía que no podía engañarse y que, en cuanto Sara saliera del hospital y volviera a su vida cotidiana, él ya no pintaría nada allí.

Podía haber tomado un taxi para llegar a su casa pero prefiere dar un paseo hasta su domicilio. Tiene muchas cosas en qué pensar. Ni tan siquiera sabe cómo debería actuar al día siguiente. Lo que tiene claro es que, de momento, no puede volver al hospital. El riesgo de encontrarse con Roberto es muy alto. No se había parado a pensar en cómo iba a afrontar el hecho de que, algún día, Sara debía conocer toda la verdad. Quizá no fuera necesario y tan solo necesitaba volver a la vida que llevaba antes. Quizá debía olvidarlo todo; olvidarse de Sara y olvidar todo lo que había vivido con ella en las últimas semanas. Quizá fuera lo mejor.

Todo estaba en su contra, pero nunca se había rendido ante la adversidad. A decir verdad, se rindió una única vez y eso hizo que pudiera encontrar a Sara. Ahora piensa que puede ser una señal de que debe luchar por seguir a su lado. Con todos estos pensamientos llega a la Plaza de Oriente y se deja caer en su banco. Se siente triste y confundido, pero no puede evitar que una sonrisa aparezca en sus labios al recordar todo el tiempo que había pasado con Sara durante esos días. Tiene la certeza de que lo vivido con ella le compensa cualquier dolor que pudiera sufrir a partir de ahora. Sus pensamientos se arremolinan, pero una palabra prevalece: «¡No!». No puede darse por vencido. Debe luchar por ella y lo iba a hacer. Esperaría unos días y volvería al hospital. El resto lo resolvería sobre la marcha.

Se levanta y, con paso decidido, se encamina hacia su casa.

Roberto está radiante...

Acaba de llegar al hospital. Había recibido la llamada de su hermana en mitad de la noche y, al instante, se vistió y fue a verla. La llegada a su habitación fue uno de los momentos más emotivos que Roberto había vivido y se sintió renacer cuando comprobó que su hermana empezaba a mover los dedos de los pies por sí sola. Sara le cogió de la mano y no lo soltó en ningún momento.

—Es impresionante —dice Roberto con una sonrisa de oreja a oreja—. Sabía que lo conseguirías.

—Me siento tan bien. Es una sensación muy extraña volver a notar los pies.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Me ha dicho que mañana mismo tengo que empezar a trabajar duro en el gimnasio. Tengo que recuperar la musculatura de las piernas.

—Es genial.

Sara se calla y se queda muda. Roberto nota que su rostro cambia de expresión.

—¿Qué te pasa? —pregunta éste.

—Tengo miedo.

—¿Y eso?

—Tengo miedo de volver a recuperar mi vida después de todo este tiempo. Tengo miedo de salir de aquí. Sigo echando de menos a mis amigas.

—Puedes llamarlas cuando salgas —comenta Roberto para animar a Sara, aunque, en realidad, piensa que no se merecen a una amiga como su hermana. La habían abandonado cuando más las necesitaba.

—No voy a hacerlo —contesta Sara confirmando el sentimiento de su hermano—. Las echo de menos, pero no quiero volver a saber nada de ellas.

—¿Y qué piensas hacer?

—Quiero cambiar mi vida. En estas semanas he estado pensando en lo que había hecho en el pasado y no me siento orgullosa de nada. —Sara se queda pensativa—. Quiero volver a estudiar.

Roberto se sorprende. Es lo último que esperaba de su hermana, pero está encantado. Es el único que siempre había confiado en su potencial. Cuando Sara decidió dejar de estudiar sus padres lo dieron por hecho, pero Roberto intentó convencerla de que continuara estudiando alguna carrera. Al final, ganó la cabezonería de su hermana. Ahora, se sentía feliz al oírla hablar así.

—Estoy muy orgulloso de ti —dice Roberto con cariño—. Has luchado con todas tus fuerzas y lo has conseguido por ti sola.

—No lo he conseguido por mí sola. Unas cuantas personas me han ayudado mucho. Tú lo has sido todo para mí en estos meses. Has estado ahí y me he apoyado en ti.

—Eres mi hermanita —le corta Roberto—. Es lo normal.

—Para mí no es lo normal. Lo es todo.

Se miran a los ojos y se sonríen mutuamente mientras Roberto aprieta la mano de Sara entre las suyas.

—Tú eres la que ha recuperado la ilusión. Ya sabes que el médico dijo que lo más importante para que te recuperaras era que desearas hacerlo con todo tu corazón. Has estado sola y has podido con ello.

Sara decide que ese es un buen momento para hablarle de Pedro.

—La verdad es que no he estado tan sola. He conocido a una persona muy especial y me ha ayudado mucho a superar todo esto.

—¿Te refieres a tu nuevo amigo? —pregunta Roberto sin poder olvidar a esa persona de la que le había hablado su hermana—. ¿El que te dejó los libros?

—Sí, es fantástico. Ha pasado tiempo conmigo y me ha hecho reír. Se ha portado conmigo como no lo había hecho nunca nadie.

Roberto no sabe qué pensar. El hecho de que ese hombre la hubiera ayudado de esa manera y hubiera hecho todo lo posible porque su hermana recuperara la movilidad de las piernas le hacía pensar en que debía ser una buena persona, pero algo en su interior lo hacía desconfiar.

—No sé —comenta pensativo—. Me alegro de que te haya hecho sentir tan bien y te haya ayudado tanto, pero no me fío mucho.

—Siempre igual de protector. —Sara sonríe al descubrir en su hermano el referente paterno

que nunca ha tenido—. Tienes que empezar a confiar en que no siempre voy a meter la pata con los hombres. De verdad que éste es diferente a todos los que he conocido.

—Si tú lo piensas así, yo también —sentencia Roberto con la mano puesta en la mejilla de su hermana.

—Gracias, Roberto.

—De nada, hermanita.

En ese momento, unos golpecitos resuenan suavemente en la puerta de la habitación y ésta se abre muy despacio. La cabeza de Paula se asoma por la puerta. Sonríe al ver a Sara, pero se ensombrece al ver que Roberto está con ella.

—Perdonad, vuelvo en otro momento —dice Paula visiblemente incómoda.

—No, por favor —suplica Sara—. Entra.

Roberto mira cómo Paula duda y se da cuenta de que a su hermana le hace ilusión ver allí a la que continuaba siendo su cuñada.

—Sí, entra, por favor —dice Roberto con voz suplicante—. Es un momento muy importante y me encanta que podamos compartirlo contigo.

—Gracias a los dos, de verdad —contesta Paula de nuevo con una sonrisa en el rostro, pero sin separarse de la puerta de la habitación—. Gracias por llamarme para contármelo, Sara.

—No fastidies. Con todo lo que has hecho, si te parece, no te llamo. No seas tonta. Me encanta que estés aquí y me encanta compartir todo esto contigo.

—¿Qué han dicho los médicos? —pregunta Paula al tiempo que se acerca a la cama y le da dos besos a Sara.

Sara le cuenta todo lo que le habían dicho los médicos. Se percata, al instante, de que no se había acercado a Roberto. Ni tan siquiera le había dado dos besos para saludarlo. También se da cuenta del semblante triste de su hermano. No había sido su intención que los dos se encontrarán en la habitación en esas circunstancias. Había llamado a Paula porque deseaba contárselo y porque quería compartirlo con ella. Se habían hecho muy buenas amigas en ese tiempo. Estuvieron hablando durante un buen rato en el que Roberto no dijo nada. Éste prefirió que ellas dos pudieran sentirse a gusto sin que su presencia creara ningún tipo de tensión. Pasados unos minutos, Roberto piensa que debe irse y dejarlas solas. Se levanta y se acerca a su hermana para darle un beso.

—Cúdate, pequeña. Mañana vengo a verte después de que subas de rehabilitación.

—Vale. Te estaré esperando. Espero poder contarte cosas buenas.

—Ya verás como sí.

Roberto se gira hacia la puerta de la habitación, pero, en el último momento, cambia de opinión, vuelve hacia la cama y se acerca a Paula.

—Gracias por venir —dice Roberto que mueve su mano hacia ella, pero la detiene a media distancia—. Me ha encantado verte aquí.

—A mí también me ha encantado venir y me ha encantado verte.

Roberto toma aire y, con dudas, coloca su mano sobre el hombro de Paula y aprieta con suavidad. Ella no puede evitar apoyar su mejilla en el dorso de la mano de él. Es un instante en el que los dos se sienten unidos a pesar de estar separados. Sara lo contempla todo con pena, pero con un pequeño hábito de esperanza.

—Adiós. —Roberto retira muy despacio la mano del hombro de Paula y sale de la habitación.

Las dos se quedan calladas durante un momento. Se miran a los ojos y sonríen.

—Ha sido muy bonito —dice Sara con una mirada inocente.

—No seas tonta. Ha sido lo más normal del mundo.

—Si tú lo dices... Es una pena que todo haya pasado así. Sigo notando algo mágico entre los

dos.

—La verdad es que lo echo mucho de menos, pero nunca podría perdonarlo.

—Nadie te dice que lo perdones. Sé que una infidelidad es algo que realmente nadie llega a perdonar, pero hay otras opciones.

—Ya me dirás qué opciones hay cuando tu marido te pone los cuernos.

—Le he estado dando vueltas durante todos estos días y creo que hay una buena posibilidad si realmente quisierais estar juntos.

Paula está alucinando con todo lo que oye. Hace un tiempo, no podría haberse imaginado a su cuñada dándole consejos sobre su relación de pareja. Ahora, sabía que Sara había madurado y sentía curiosidad por lo que ésta pudiera decirle.

—A ver, ¿cuál es esa opción? —inquire Paula con verdadero interés.

—Tan sencillo como empezar de nuevo.

—¿Qué quieres decir?

—La única posibilidad es volver a conocer a esa persona, volver a salir juntos, volver a vivir experiencias nuevas y, con el tiempo, volver a enamorarte. ¿Qué te parece?

Paula se queda pensativa. No sabía qué decir. La verdad es que no le parecía algo tan descabellado, pero, ahora mismo, se le hacía un mundo con tan solo pensar en ello.

—No sé qué decirte. La idea es interesante y no me atrevo a descartarla. Lo quiero mucho.

—Tú piensa en ello. Solo tienes que dejar que mi hermano vuelva a conquistarte. Quizá descubras un hombre nuevo en él y puedas volver a enamorarte.

—Lo que no sé es si podría volver a confiar en él.

—Eso debes descubrirlo por ti solita. Tienes que darte tiempo y tienes que dárselo a él.

—¿No has pensado que, a lo mejor, él ya no quiere estar conmigo?

—Mi hermano te quiere con locura y daría cualquier cosa por volver a estar a tu lado.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Lo sé.

—Bueno, demasiada información para un día. —Paula sonrío a su cuñada y se pone en pie—. Me voy antes de que termines por hacerme un lavado de cerebro.

Sara no puede evitar soltar una carcajada al oír el comentario de su cuñada

—Vale. No tardes mucho en volver —comenta Sara cuando consigue dejar de reírse.

—No te preocupes. Vendré a verte en breve y te llamo.

Paula le da un beso a Sara, coge su bolso y el abrigo y va hacia la puerta. Se gira.

—Adiós, Sara.

—Adiós, cuñada—contesta Sara con una sonrisa pícaro en los labios.

Paula no puede evitar salir de la habitación sonriendo por el último comentario. Cierra la puerta y se va caminando pasillo adelante y con un único pensamiento en la cabeza.

«¿Sería capaz de empezar de nuevo?»

Una amenaza

Día de Reyes...

Sara estaba trabajando muy duro. Había recuperado la movilidad en las piernas, pero aún no podía mantenerse en pie. Un día más, después del desayuno consistente en roscón de Reyes y chocolate, le tocaba bajar al gimnasio a seguir fortaleciendo la musculatura. Siempre la acompañaba Rosa que era una de las personas que más se había alegrado por su recuperación. Cuando la rehabilitadora vio, por primera vez, que Sara podía mover los pies no pudo evitar soltar más de una lágrima.

—Buenos días, Rosa.

—Buenos días, Sara. ¿Preparada para trabajar?

—Sabes que siempre lo estoy.

Rosa le da un masaje en las piernas para mejorar la circulación y luego está veinte minutos con los electrodos de la electroestimulación pegados en las piernas. Ahora le toca trabajar un poco en una máquina donde apretaba una plataforma con la planta de los pies. Rosa la había ayudado a incorporarse y tenía que esperar sentada en el borde de la camilla mientras la enfermera colocaba la máquina. Mientras Sara espera, ve un andador cerca de la camilla y no puede evitar cogerlo. Lo coloca delante de ella y, con un esfuerzo de los brazos, se encuentra de pie y apoyada en el andador. Sus piernas la sujetan y se ve con ganas para intentar moverse. Se concentra en el movimiento de sus piernas y consigue que una de ellas avance unos centímetros. Luego avanza la otra con la misma dificultad. Se detiene para coger aire y vuelve a intentarlo. Y después de esa vez, otra y otra más. Tan solo mira a sus pies.

—¡Dios mío! Estás andando —exclama Rosa sorprendida y muy feliz.

—Un poquito nada más.

—¿Cómo que un poquito? ¡Mira!

Sara levanta la vista y mira hacia atrás. Había recorrido casi dos metros. Era cierto que le había costado mucho tiempo y esfuerzo, pero lo había conseguido ella sola. Está agotada. Rosa se da cuenta y le acerca la silla de ruedas para que se siente.

—Gracias —dice sin poder dejar de resoplar.

—A partir de ahora, vamos a tener que cambiar los ejercicios. Hablaré con el médico para que nos dé el visto bueno. Nos toca empezar a andar. Ha sido un bonito regalo de Reyes.

Sara acaba su rehabilitación y la llevan a los ascensores para volver a la habitación. En circunstancias normales, aquel sería un día grande, pero no lo estaba siendo. Echaba de menos a Pedro. No lo había vuelto a ver desde aquella noche tan especial y no sabía nada de él. Había sido un error no pedirle el teléfono o algo así, pero no pensó en ello. Ahora, se arrepentía de no haberlo hecho. Quizá le hubiera pasado algo y ella no podía saberlo. Encima, su ex se había enterado de la recuperación porque se lo había contado Jandro y la había llamado un par de días antes. No lo había cogido. Pero cuando suena el móvil y ve en la pantalla el teléfono de Cristian no puede evitar que el corazón empiece a latir más rápido, aunque, cuando descuelga y oye su voz, el odio vuelve a aparecer y con él la última conversación que tuvieron en su casa. Aun así, habla con él.

—Hola preciosa.

—¿Qué quieres?

—Me he enterado de que ya estás mejor y me he decidido a llamarte. Siento haber desaparecido.

—¿Qué pasa? ¿Ya te has cansado de tu zorrita?

—No seas así. Fue un error. Déjame ir a verte y te cuento todo.

—Ni se te ocurra venir por aquí.

Cuelga con mal talante y reza para que Cristian no aparezca por allí. Piensa en él y en Pedro y tiene claro que son el agua y el aceite. Pedro había sido dulce y cariñoso con ella a pesar de su cuerpo grande y Cristian, todo músculo y buen aspecto, la había denigrado de tal forma que no quería volver a verlo.

Pensando en todo esto llegan a la planta cuarta y Sara se dirige sola hacia su habitación. Cuando está a punto de entrar lo ve. Está al fondo del pasillo, sentado en el sillón donde siempre lo había visto. Sin darse cuenta, su corazón se acelera y empieza a empujar las ruedas de la silla con toda la velocidad que le permiten los brazos. Llega al vestíbulo y Pedro está allí mirándola con la gran sonrisa que tanto le gusta.

—Vas a tener un accidente como sigas corriendo así —dice Pedro al tiempo que se pone en pie.

—Pensaba que no iba a volver a verte —contesta Sara sin poder dejar de sonreír.

—¿Cómo se te ocurre pensar eso? —Pedro se acerca a ella, se inclina y le da dos besos.

Sara le rodea el cuello con sus brazos sin pensar en lo que hace. Lo había echado de menos y realmente había temido no volver a verlo.

—Para evitar esto otra vez podemos intercambiar los números de teléfono —dice Sara con decisión.

Pedro está alucinando y no cabe en sí de gozo. Había dudado si volver al hospital temiendo el rechazo y ahora le estaba pidiendo Sara el número de teléfono. Todos sus miedos se habían evaporado en un instante. Cogen los dos sus móviles y apuntan sendos números. Pedro tiene una idea.

—Espera, te voy a sacar una foto —avisa Pedro con el teléfono ya levantado hacia Sara—. Si alguna vez me llamas por equivocación te veré en la pantalla.

—No lo hagas, estoy horrible —dice Sara con la cara entre las manos.

—No lo estás. —Pedro ladea la cabeza y entorna los ojos—. Bueno, lo estás, pero da igual.

—Idiota. —Sara refunfuña y le lanza con todas sus fuerzas un cojín que había sobre un sillón.

—Es broma. ¡Sonríe! —le dice Pedro mientras le saca la foto—. Sales genial. Ya te tengo fichada. Ahora, las cosas serias, ¿cómo estás?

—Estoy genial. Mira, ven —pide Sara al tiempo que Pedro se acerca a ella. Cuando lo tiene enfrente, le toma las manos y consigue ponerse en pie.

—¡Esto es fabuloso! —exclama Pedro—. Ya te puedes poner en pie.

—Y andar un poquito. Lo he hecho por primera vez hace un rato.

El rostro de Sara se ensombrece durante un instante y Pedro se da cuenta.

—¿Qué te pasa?

—Pensaba que no iba a volver a verte y no podía comprender por qué.

—Lo siento. No he podido venir antes.

—Da igual. Estás aquí. ¿Vamos a la habitación? Estoy un poco cansada.

Pedro sigue temiendo encontrarse con Roberto, pero sabe que es una situación que tendrá que enfrentar cuando llegue. No tiene sentido pensar en lo que podía llegar a ocurrir. Lo vería en su

momento y en ese instante decidiría sobre la marcha. Se marchan a la habitación charlando como si se conocieran de toda la vida.

Sara se tumba en la cama y le pide a Pedro que le acerque la manta que le había regalado para su aventura en la nieve. Se sentía muy bien con ella y ahora que Pedro está a su lado todo es felicidad en estado puro.

—Esto es para ti —dice Pedro con una pequeña cajita entre las manos.

—¿Qué es?

—Tu regalo de Reyes.

—Ya me has hecho muchos regalos y, encima, yo no tengo nada para ti —comenta Sara con tristeza.

—¿Estás de broma? Me has hecho el mejor regalo que me podías hacer. Has vuelto a andar. ¿Te parece poco?

Sara sonríe y coge el regalo que Pedro sostiene. Lo abre con mucha ilusión. Es una bola de cristal con un muñeco de nieve en su interior y un pequeño bosque nevado al fondo. Al moverla, todo se convierte en un bonito paisaje con los copos de nieve revoloteando.

—Es preciosa —comenta Sara sin poder dejar de contemplarla.

—Me alegro de que te guste.

Hablan durante un buen rato. Sara le cuenta a Pedro cómo se había sentido su hermano y los problemas que tenía con Paula. Le cuenta su teoría sobre empezar de nuevo a pesar del engaño. Hablan sobre infinidad de cosas. A diferencia de otras ocasiones, sobre todo habla Sara. Tenía mucho que contarle y quería compartir todas las sensaciones que había experimentado desde que empezara a sentir las piernas. Siguen hablando hasta que Pedro se da cuenta de que casi es la hora de comer y piensa en que debe irse. No quiere hacerlo. Le costaba separarse de ella. Ya era un gran paso que ella no se hubiera olvidado de él al volver a mover las piernas. Tan solo quedaba comprobar qué ocurriría cuando ella saliera del hospital.

—Que serio te has puesto.

Pedro se da cuenta de que se le había ensombrecido el rostro y vuelve a sonreír.

—Estoy bien —contesta este con una renovada sonrisa—. Es que me cuesta irme.

—Pues no te vayas —replica Sara indignada—. Ojalá pudieras quedarte todo el día.

—Están a punto de traerte la comida. No te preocupes que vendré a verte dentro de poco.

—Eso espero. Ahora tengo tu teléfono.

—Y yo el tuyo. No lo olvides —dice Pedro al tiempo que se acerca a ella y le da un beso en la frente. Se aproxima a la puerta de la habitación.

—¿Pedro?

—Dime.

—Me alegro de que hayas venido.

—Y yo me alegro de haberlo hecho.

Sale de la habitación cerrando la puerta suavemente. Los dos se quedan pensativos. Él dándole vueltas a si sería capaz de vivir sin esa mujer y ella pensando en lo afortunada que había sido de conocer a ese hombre. Dos pensamientos que se entremezclan con un tercero no tan bonito.

Otra persona lo había observado todo...

Se había vestido a conciencia.

Cristian acababa de llegar al hospital. Llevaba puestos unos vaqueros ajustados y una camisa que a Sara le encantaba; una camisa que realzaba sus poderosos músculos. La camisa favorita de Sara. Cuando vivían juntos, esa prenda hacía que ella se volviera loca y, casi siempre que se la ponía, era el prelude de una noche de pasión. Esa vez, se la había puesto para volver a conquistarla. Desde que lo dejaron había estado con varias mujeres, pero tenía que reconocer que ninguna era como Sara. Cuando Jandro le dijo que su ex novia se estaba recuperando, algo se le movió por dentro y decidió que tenía que volver a estar con ella. Por eso estaba allí. Tenía que desplegar todos sus encantos para conquistarla de nuevo. Estaba convencido de que no le iba a costar mucho. Para él, Sara siempre había sido una mujer frívola que se había dejado convencer por un físico impresionante como el suyo. Iba a ser fácil.

Sube directamente a la planta cuarta y llega a la puerta de la habitación cuyo número le había facilitado Jandro. Piensa en darle una sorpresa y abre con le lentitud la puerta. Oye voces dentro. Una de ellas es de Sara, pero la otra es la de un hombre. Por el espejo que hay situado en la entrada de la habitación puede ver los pies de la cama. Allí está el hombre de la voz desconocida. Se fija muy bien en él y se da cuenta de que lo conoce de algo. Ese aspecto desgarrado le recuerda a alguien, pero no sabe a quién. Tiene que hacer un pequeño esfuerzo, pero al escarbar en su memoria la imagen de aquel hombre sentado en una máquina de hacer ejercicio llega a su mente.

—Es el gordo del gimnasio —se dice a sí mismo en voz baja.

Es una sorpresa que lo desconcierta. No se imaginaba qué podía hacer ese hombre allí y qué tenía que ver con Sara. Aún recordaba el incidente de la bicicleta en el gimnasio. No lo entiende y aguza el oído para ver si puede llegar a oír lo que están hablando. La conversación llega nítida a sus oídos.

—Que serio te has puesto —oye la voz de Sara.

—Estoy bien. Es que me cuesta irme —contesta el gordo del gimnasio.

—Pues no te vayas. Ojalá pudieras quedarte todo el día.

Cristian está alucinando. Sara nunca se hubiera acercado a un tipo así y ahora le daba la sensación de que estaba coqueteando con él.

—Están a punto de traerte la comida. No te preocupes que vendré a verte dentro de poco —escucha a ese tipo decir.

—Eso espero. Ahora tengo tu teléfono.

—Y yo el tuyo. No lo olvides.

Desde donde Cristian se encuentra no puede ver lo que está ocurriendo, pero observa cómo el gordo se está inclinando sobre Sara. Oye el leve sonido de un único beso. Siente una oleada de rabia en su interior. Percibe que el tipo se está acercando a la puerta y se escabulle hacia los ascensores.

Decide que tiene que hacer algo. Su mente es un torbellino de odio. Necesita destrozar a ese tipo. Había decidido conquistar a Sara de nuevo y el gordo era un impedimento. Sabe que no es el momento para ver a Sara y que necesita pensar. Se marcha del hospital con una única idea en la cabeza.

Ese tipo lo iba a pagar.

La advertencia

Pedro está nervioso...

Atrás quedaban las fiestas navideñas y vuelve a encontrarse en la consulta de Roberto para retomar las sesiones. Ésta no va a ser una sesión más y lo tiene muy claro. Pedro había decidido que debía hablar con el psiquiatra de todo lo que había acontecido en su vida en los últimos meses y ello incluía el hecho de haber conocido a su hermana. Intuía que a Roberto no iba a gustarle, pero Pedro no quería ocultarlo más. No tenía por qué haber problemas. En caso de que a Roberto no le importara que pasara tiempo con su hermana le pediría que no le contara nada sobre el intento de suicidio y las sesiones. La realidad era que lo de las sesiones no se lo podía contar porque era secreto profesional entre médico y paciente, pero no sabía hasta que punto podría Roberto cumplirlo ya que tenía muy claro que el psiquiatra quería proteger a su hermana a toda costa. Todo esto hacía que Pedro estuviera atacado de los nervios. Se encuentra sentado en la sala de espera porque Roberto aún no ha llegado. Le da vueltas a cómo hablarle de Sara, pero no llega a ninguna conclusión porque no tiene ni idea de cómo iba a desarrollarse la sesión. Prefiere esperar e improvisar. Es un poco arriesgado, pero no tiene opciones. Si quería seguir viendo a Sara, su hermano debía conocer toda la historia. Roberto llega en ese momento.

—Buenos días, Pedro. Feliz año.

—Buenos días. Igualmente.

—En un instante estoy contigo.

Roberto saluda a su secretaria y entra en su despacho. Pedro intenta entretenerse leyendo. Siempre llevaba consigo un libro. De hecho, lleva uno de los libros de Federico Moccia. Cada vez que lo tenía en sus manos le traía recuerdos de Sara. Los libros de Moccia los habían unido.

—Puede pasar —anuncia la secretaria de Roberto.

—Muchas gracias.

Pedro se levanta y entra en el despacho del psiquiatra. Lo primero que ve es que la foto de su mujer ha desaparecido. La de Sara sigue estando allí, pero de espaldas a él. No puede verla. Se sienta en el sillón y Roberto hace lo propio. «Alea jacta est», piensa Pedro. La suerte estaba echada.

—¿Cómo estás? —pregunta Roberto.

—Estoy bien. ¿Y tú?

Roberto no puede evitar sonreír. Ningún paciente le preguntaba al psiquiatra algo así.

—Estoy bien. ¿Y tus navidades?

—No me puedo quejar. No han estado mal.

—¿Qué has hecho?

—Nada especial. Trabajar los días normales y cenar solo en Nochebuena y Nochevieja. Después de las cenas, a dormir —miente Pedro. Le queda claro que tampoco tiene sentido darle demasiados detalles.

—¿Cómo te has sentido?

—Mejor que otros años. El día de Nochebuena salí a dar un paseo como hacía con mis padres y luego me preparé el chocolate caliente.

—Es un buen avance —comenta Roberto con una franca sonrisa.

—La verdad es que no puedo quejarme de cómo he pasado las fiestas.

—Ya sabes que son fechas en las que es normal sentirse más triste o melancólico. Si has conseguido pasarlas sin venirte abajo demuestra que estás más fuerte. Seguro que ahora va todo a mejor.

—Ya veremos. No quiero hacerme demasiadas ilusiones por si acaso.

Se crea un silencio entre los dos. Pedro tiene en las manos el libro que se estaba leyendo y Roberto se queda mirándolo. Una certeza cruza por su mente. Ve la portada y la relaciona, casi al instante, con otra que había visto hace poco en una habitación de un hospital.

—Dame un segundo —le pide Roberto mientras relee sus notas buscando algo. Se para en todo lo que había anotado el día en el que Pedro descubrió la foto de Sara y entonces se da cuenta de que todo cobraba sentido. Hasta ese momento no le había dado mucha importancia al hecho de que su hermana hubiera conocido a alguien en el hospital, pero ahora, justo en ese preciso instante, se da cuenta de por qué no confiaba en esa persona desconocida para él.

—¿Entonces, no has hecho nada especial en estas fiestas? —pregunta Roberto intentando mantener la calma, pero con la idea de indagar con sutileza.

Pedro se da cuenta de que algo no va bien. Nota cómo el semblante de Roberto ha cambiado al fijarse en el libro que tiene entre sus manos. Ve cómo el psiquiatra revisa las notas y cómo frunce el ceño al leer lo que tiene escrito en su historial.

—¿Algo especial como qué? —responde Pedro con una lucha interna para no parecer nervioso.

—Ya veo que te gusta leer. ¿Qué libro es?

—«Ese instante de felicidad». Es uno de los libros de Federico Moccia. ¿Lo has leído? —inquire Pedro tras dar la explicación para intentar desviar la atención sobre el libro.

—No, pero conozco a alguien a quien seguro que le gusta. Justo ahora mismo se está leyendo otro de ese mismo autor. ¿Te has leído “Perdona pero quiero casarme contigo”?

Pedro tiene la certeza de que Roberto lo sabe. Y si no lo sabe, lo teme. No quería parecer un cobarde que se escondía así que decide tomar las riendas de la conversación.

—¿Me lo vas a preguntar directamente o prefieres que te lo cuente?

—¿Preguntarte el qué?

Pedro suspira antes de seguir hablando. Como había pensado unos minutos antes, la suerte estaba echada.

—Quieres preguntarme si conozco a tu hermana y no sabes cómo hacerlo.

—Tienes razón, ¿conoces a mi hermana? —pregunta Roberto incorporándose en el sofá como si, de repente, se sintiera incómodo.

—Sí, la conozco.

—Me has utilizado para llegar a ella —acusa Roberto sin esperar más explicaciones.

—No es cierto —se defiende Pedro con voz titubeante—. La conocía antes de venir a verte. De hecho, tuvo bastante que ver el hecho de conocerla con que acabara viniendo aquí.

Pedro quería contarle a Roberto el incidente del gimnasio para que se diera cuenta de que no era un psicópata que perseguía a su hermana, pero Roberto no quería escucharlo. Se sentía engañado por su paciente y no tenía nada que hablar con él. Aun así, quiere explicaciones.

—¿Por qué has hecho todo esto? —inquire Roberto con un deje irritado en la voz.

—Es muy sencillo. Mucho más sencillo de lo que te imaginas. Estoy enamorado de tu hermana.

Roberto está, cada vez, mucho más enfadado y ya no hay marcha atrás. Está perdiendo la compostura cosa que nunca le había ocurrido con ningún paciente.

—Mi hermana es una persona frágil que lo está pasando muy mal. Ni se te ocurra pensar en ella.

—No estoy de acuerdo contigo —comenta Pedro con la idea absurda de intentar suavizar la conversación—. Tu hermana no es una mujer frágil. Y, sí, lo ha pasado muy mal, pero se está recuperando.

—Le has hecho creer que te debe a ti su recuperación. La has engañado.

—¡Yo no la he engañado! —exclama Pedro el cual comienza a enfadarse también—. Solo he estado con ella ayudándola en lo que he podido y acompañándola. No sé qué puede haber de malo en todo esto.

—No quiero que vuelvas a verla.

Pedro se siente desfallecer. Sabía que no iba a ser fácil hablar con Roberto, pero no se había imaginado que éste pudiera tomárselo de esa forma. Se entristece enormemente.

—Ya veo que todo lo que hemos hablado en este tiempo era una mierda —replica Pedro con voz cansina.

Roberto se sorprende. A su entender, Pedro lo había traicionado y no merecía su comprensión. Roberto se había erigido en juez, jurado y verdugo, pero Pedro no parecía sentirse culpable.

—No sé de qué me hablas —contesta Roberto con desprecio.

—¿Cómo que no sabes de qué te hablo? —pregunta Pedro con el volumen de su voz algo más elevado—. Todas esas bonitas palabras diciéndome que empezabas a entender por qué había intentado suicidarme y animándome a que luchara por no sentirme solo eran una patraña.

—No es tan sencillo —se defiende Roberto, pero con la idea de no dar su brazo a torcer.

—Sí que es muy sencillo. Mucho más de lo que tú te imaginas. Es tan sencillo como el hecho de que eres un verdadero hipócrita.

—Yo no soy ningún hipócrita.

—Lo eres y lo sabes. Yo puedo ser bueno para cualquier persona siempre y cuando no me acerque a tu hermana. Para ella no soy lo suficientemente bueno porque soy gordo, estoy deprimido y he intentado suicidarme. Para ti, soy escoria.

—Yo no he dicho nunca eso.

—Lo acabas de hacer.

Roberto se queda callado. Sabe que Pedro tiene razón, pero no está dispuesto a que su hermana se interese por una persona como él. Tiene claro que su actitud está cargada de hipocresía, como bien la ha dicho su paciente, pero siente la necesidad de proteger a su hermana por encima de todo. Ella necesitaba a su lado a una persona fuerte y equilibrada. Lo malo es que esto último lo expresa en voz alta sin poder dejarlo en algún rincón de su cerebro.

—Mi hermana necesita a su lado a una persona fuerte y equilibrada.

—Y yo soy una persona débil y, lo peor de todo, soy un desequilibrado que ha intentado suicidarse. No puedes ni podrás llegar a entender que si intenté suicidarme fue por personas como tú.

—Eso no es verdad —responde Roberto sin convencimiento.

—Es toda la verdad. Todas esas personas para las que no he sido suficientemente bueno. Todo se basa en estereotipos y, en cuanto te sales de ellos, no vales un pimiento.

—Yo nunca he dicho tal cosa.

—Lo acabas de decir. Yo te entiendo perfectamente. Sé lo que ha vivido tu hermana y sé que lo único que quieres es protegerla, pero no te das cuenta de que me denigras al no confiar en mí. No soy lo bastante bueno para ti ni para ella.

A pesar de que Roberto sigue convencido de que Pedro tiene toda la razón no está dispuesto a

arriesgar el bienestar de su hermana por una persona que no había sido capaz de relacionarse con nadie en casi cuarenta años. Sabe que está siendo injusto, pero no puede hacer otra cosa. Lo primero, por encima de todo, era su hermana.

—Me da igual lo que me digas —comenta Roberto con mucha seriedad, pero sin poder mirar a Pedro a los ojos—. No quiero que sigas viendo a mi hermana.

—¿Y te parece justo?

—No me tiene que parecer justo. Hago lo que creo mejor para ella.

—¿Y no cuenta la opinión de Sara?

—Es este momento no cuenta. La has conocido siendo una persona vulnerable y te has aprovechado de ella. Si te hubiera conocido antes de lo que le pasó, ni tan siquiera hubiera hablado contigo.

—¿No te das cuenta de que lo que le pasó fue debido a que se relacionaba con personas que eran radicalmente opuestas a como soy yo? ¿Eso es lo que quieres para ella? ¿De verdad deseas que vuelva a ser la persona que era antes?

—Lo que quiero para ella no es asunto tuyo. Es un tema de familia y no tiene nada que ver contigo.

—Tiene mucho más que ver conmigo de lo que te puedes llegar a imaginar. Yo he estado allí cuando todos la habían dado de lado. Creo que merezco una oportunidad.

—Me da igual lo que me digas —replica Roberto con firmeza—. No quiero que vuelvas a verla.

—¿Es tu última palabra?

—Es mi última palabra. Mi hermana se merece algo mejor. —Roberto dice esto último sin pensar.

Pedro suspira y se queda un instante pensativo. No pensaba que todo iba a terminar de esa forma. Nada podía hacer. Se levanta tranquilamente, coge el libro y su abrigo y se encamina hacia la puerta del despacho.

—Siento que hayas dicho esa última frase. Puedo entender que quieras proteger a tu hermana. De hecho, es algo que alabo, pero con eso que has dicho me acabas de demostrar la persona que eres.

—Me da igual. Lo has dicho muy bien, busco lo mejor para mi hermana.

—Lo malo de todo esto es que no estoy dispuesto a hacer lo que me pides. Tu hermana me importa mucho. No puedes llegar a entender lo que siento por ella y si no soy lo suficientemente digno, tendrá que ser ella la que me lo diga.

—No hará falta. Haré todo lo que esté en mi mano para que esta locura termine. Cualquier cosa —comenta Roberto en tono amenazador—. Le diré a mi secretaria que te dé el alta. Recibirás el informe en tu domicilio. No hace falta que vuelvas por aquí.

Pedro sale del despacho y cierra la puerta tras de sí. Roberto se queda solo y, sin poderlo remediar, se siente muy mal. Tiene la sensación de haber traicionado a un amigo. Sigue convencido de que lo mejor para Sara es no tener ningún tipo de relación con Pedro, pero ha traicionado cualquier juramento que hubiera hecho en relación con su profesión. Era verdad, se había erigido como juez, jurado y, lo peor de todo, como verdugo. Pedro le había demostrado que podía ser mucho mejor persona de lo que él se sentía. En estas cavilaciones está cuando la puerta se abre de nuevo y reaparece Pedro.

—Podrás ser un psiquiatra fabuloso en lo que tiene que ver con gordos desequilibrados que han intentado suicidarse, pero no tienes ni idea de cómo mantener una simple relación —sentencia Pedro—. Quizá tampoco tengas ni idea de lo que es mejor para tu hermana. Que tengas mucha suerte.

Y vuelve a salir. Pedro sabe que se ha ganado un enemigo, el peor de todos. Contaba con que Roberto pudiera ser un apoyo fundamental a la hora de que Sara conociera toda la verdad, pero había ocurrido lo contrario. Todo se había desarrollado de la peor forma para él y tiene el convencimiento de que Roberto hará cualquier cosa para evitar una relación entre ellos dos.

Cuando Pedro se marcha, Roberto se queda sentado en el sillón de su despacho sin saber muy bien qué hacer. De repente y como un fogonazo que llega a su mente, toma la decisión de hablar con su hermana. Tiene que contarle todo lo que había ocurrido desde que conociera a Pedro. Sabe que puede provocarle mucho daño, pero piensa que puede sufrir mucho más si Sara se encariña demasiado con Pedro y luego se entera de todo esto. En situaciones así, lo primero que se le pasaba por la cabeza era hablar con su mujer porque Paula siempre había sido durante toda su relación su mejor amiga y, sobre todo, su consejera. Cada vez que tenía que tomar una decisión o tenía dudas sobre algo hablaba con ella. Hasta en los momentos más duros y con las decisiones más difíciles a tomar, siempre había tenido un enfoque muy práctico de todo y ese rasgo le encantaba a Roberto. Nunca perdía la calma o la compostura y, pasara lo que pasase, tenía un razonamiento para todo. Sin ella, Roberto se encontraba perdido y no sabía qué hacer. Por un instante, decide que lo mejor será llamarla e intentar quedar. Le dirá que necesita su consejo en algo relacionado con su hermana y seguro que no se negaría si se trataba de ella. Sabe que se habían hecho muy buenas amigas y su mujer haría cualquier cosa por Sara. Así era Paula.

Coge el teléfono móvil y marca el número de Paula, pero, en el último momento, cuelga. Tiene claro que es mucho mejor mandarle un mensaje diciéndole que necesita verla para hablar de Sara. Empieza a redactarlo, pero, antes de terminar, lo borra. No quiere precipitarse. Necesita pensar un poco más en todo lo que había ocurrido. Sabe que, si le contaba todo a su hermana, le haría mucho daño, aunque también sabe que se lo hacía si no le contaba nada.

Con todos estos pensamientos sale del hospital y se encamina hacia su coche. Se mete en el vehículo y mete la llave en el contacto, pero no arranca. Acaba de tomar una decisión. Su hermana debía enterarse de todo, aunque violara el secreto entre médico y paciente, pero aún no sabía cómo hacerlo.

Ya se le ocurriría algo...

Crueldad

—¿Cómo estás?

—Estoy bien. Aún no puedo andar, pero ya puedo mover las piernas —contesta Sara con mucha alegría—. Los médicos me han dicho que me falta musculatura en las piernas y que por eso no puedo andar de momento.

—No tengas prisa. Ya sabes que esto te va a llevar un tiempo.

—No tengo ninguna prisa. Después de lo que he pasado en todas estas semanas me da igual un poco más de tiempo ¿Y tú cómo estás?

—Como siempre. Por lo menos, ya han pasado estas malditas fiestas y sigo viva. Continúo echando mucho de menos a tu hermano —confiesa Paula con tristeza—. La verdad es que no sé qué es lo que va a pasar con nuestra relación. Lo sigo queriendo y no me imagino pasar un día más separado de él, pero estoy muy dolida por lo que hizo.

—Lo entiendo perfectamente. Fue una buena metedura de pata por su parte, pero creo que lo podéis arreglar.

—¿Tú crees que, después de engañarte, puedes volver a confiar en tu pareja? —pregunta Paula con interés.

—Yo creo que sí. Me da la sensación de que todo depende de cómo sea la persona que te engaña. Creo que, en el caso de mi hermano, lo malo es que habéis desandado un gran camino y tienes que volver a aprender a confiar en él.

—Pase lo que pase, va a ser duro.

—Siempre lo es —dice Sara mostrando una madurez que dejaba impresionada a su cuñada—. Si no perdonas a mi hermano vas a sufrir porque lo vas a echar de menos y, si lo perdonas, sufrirás porque te va a costar volver a confiar en él.

—¿Y qué puedo hacer?

—En lo único en lo que puedes confiar es en tu corazón. Si lo echas tanto de menos como para levantarte cada mañana sin ninguna razón para vivir, arriégate.

—¡Vaya! No esperaba esto de ti. Te has convertido en una mujer muy sabia y en una buena consejera.

Sara no puede evitar echarse a reír. Ella misma sabía que había cambiado mucho. Se sentía más madura y mucho más responsable. Las prioridades en su vida habían variado. Se daba cuenta de que, en todo esto, tenía mucho que ver lo que le había ocurrido y el tiempo pasado en el hospital pero también sabía que había cambiado mucho gracias a Pedro. Éste le había enseñado que es muy importante que te traten bien, con respeto y cariño y que no todo se basa en lo divertido que sea pasar tiempo en una discoteca. No quería volver a etiquetar a nadie por su físico, de eso estaba segura.

—Me siento bien y me han ayudado a cambiar —replica Sara con una sonrisa.

—Supongo que tu nuevo amigo tiene mucho que ver en esto, ¿no?

—La verdad es que sí. Pedro es una persona muy especial y me ha demostrado mucho en muy poco tiempo.

—¿Te gusta? —pregunta Paula con mucha sinceridad.

—No lo sé —contesta Sara atónita por la pregunta tan directa de su cuñada, pero más atónita al

sentir sus propias dudas—. Estoy muy a gusto con él y es cierto que siento algo, pero no sabría qué es.

—¿Te gusta físicamente?

—Ya veo que te encanta ser directa —se ríe Sara—. Es gordito, grande y con pinta de bonachón. Es todo lo contrario a lo que siempre me ha atraído, pero no quiero volver a estar con un malote. Ya no me atraen los hombres así. Me da igual la barriga de Pedro porque me hace sentir muy bien. Siempre me han gustado los cachitas porque me hacían sentirme protegida, pero ahora me he dado cuenta de que hay otro tipo de protección y esa es la que me puede ofrecer alguien como Pedro.

—¿A qué protección te refieres?

—Pedro me ha hecho sentir que no necesito a nadie que me proteja físicamente. Tan solo necesito a alguien que me quiera y que me respete. Esa es la mejor de las protecciones.

—¡Vaya! Me dejas de piedra.

Las dos sonríen. Paula estaba convencida de que algo muy bonito había surgido entre su cuñada y ese tal Pedro. Presentía que podían llegar a tener una relación. Nunca había oído a su cuñada hablar de esa forma, con tanto entusiasmo, de nadie. Siguen hablando un rato hasta que se ven interrumpidas por unos golpes en la puerta. Una cabeza se asoma y Paula oye un susurro a su lado. Un susurró emitido por su cuñada desde lo más profundo de su ser.

—Mierda.

La cabeza que se asoma por la puerta va acompañada de un cuerpo compuesto por una gran musculatura. No había cambiado en unos cuantos meses. Esos ojos verdes siempre habían hecho que su corazón se acelerara. Seguía siendo arrebatador para Sara, pero todo su ser se revolvía ante él. No estaba dispuesta a darle ninguna oportunidad.

—Hola, preciosa.

—¿Qué haces aquí?

—¿Ni tan siquiera un «hola»?

Sara calla.

—Hola, Paula. Cuanto tiempo sin verte.

—Mucho, Cristian. Quizá desde el día en el que empezaste a pasar de mi cuñada.

—Muy aguda. Ya veo que habéis hecho un frente común contra mí. ¡Vaya dos!

Sara no quiere nada de esa persona y explota.

—¿Vaya dos? ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? Por si no te acuerdas, me pusiste los cuernos y me echaste de tu casa.

—Pero ahora estoy aquí —contesta Cristian con tono chulesco.

—Ahora que te has enterado de que vuelvo a mover las piernas. ¿Y dónde has estado todas estas semanas?

—Tenía que pensar en nuestra relación. No podía precipitarme, pero tú sabes que te quiero.

—¿Qué me quieres? ¡Y una mierda! Tú sólo te quieres a ti mismo. Eres un egocéntrico y un narcisista. Hace unos meses me dijiste que no servía para nada. He descubierto que sirvo para algo, para echarte de mi vida.

Cristian intenta mantener la calma, pero le está costando más de lo que piensa. No quiere exaltarse, aunque no está acostumbrado a que le hablen de esa forma.

—No sabes lo que dices. Sé que me has echado mucho de menos y ahora he vuelto.

—Pareces saber muchas cosas, pero no sabes la más importante —replica Sara con ironía—. No vales un pimiento, ni como pareja ni como hombre.

Aquello es la gota que colma el vaso. Cristian no puede admitir que nadie cuestione su

hombría. Es lo más valioso que tiene por lo que da un paso hacia Sara con los puños apretados.

—¿Acaso es mucho más hombre que yo el gordo con el que tontearas?

Sara se queda de piedra. No esperaba que Cristian atacara de esa forma y mucho menos que supiera de la existencia de Pedro. Aun así, prefiere no entrar al trapo.

—No sé de quién hablas.

—¿¡Qué no sabes de quién hablo!?! —inquire Cristian a viva voz—. Del gordo que estaba el otro día aquí contigo. No entiendo que puedes ver en un tipo tan ridículo después de la que lió en el gimnasio.

—¿A qué te refieres?—pregunta Sara extrañada.

Cristian mira a Sara sin saber si se estaba haciendo la tonta o si era verdad que no lo había relacionado.

—No me digas que no te acuerdas de él. Es el tipo que te tiró de la bicicleta en la clase de spinning.

El rostro de Sara refleja que acababa de acordarse de él. Paula no sabía de qué estaban hablando y prefiere hacerse invisible en un rincón.

—Ya veo que ahora lo recuerdas —continúa atacando Cristian—. Y parece que te da igual.

—Lo que yo piense es cosa mía y de nadie más —contesta Sara sin poder recuperarse de la sorpresa pero con la decisión firme de echar a Cristian de su vida—. Pero no sé a qué viene todo esto.

—Viene a que te ha estado utilizando. Se ha aprovechado de ti y tú te has dejado llevar. Me das pena.

—¿¡Qué yo te doy pena!?! —replica a voz en grito—. Aunque sea la misma persona del gimnasio, ha hecho más por mí de lo que tú has hecho en todo el tiempo que estuvimos juntos. No le llegas ni a la suela de los zapatos.

—¿Eso crees?

—Sí, eso es lo que creo. No quiero volver a verte.

—No sabes lo que dices.

—Lo sé perfectamente —contesta Sara sin dignarse a mirar a Cristian—. Lárgate de aquí.

—No lo entiendo. ¿Lo prefieres antes que a mí?

—Antes que a ti o a cualquier otro igual que tú. Eres un indeseable y él es una buena persona.

—Quizá no pienses así cuando veas esto.

Cristian saca una carpeta de la mochila que llevaba y se la lanza a Sara. Aterrizó encima de sus piernas. Lo único que Sara puede comprobar es que la carpeta llevaba impreso el logotipo del hospital

—¡Vete! —grita Sara encolerizada.

—Ya volverás —replica Cristian mientras recoge su mochila y se encamina a la puerta de la habitación—. Cuando leas eso volverás con el rabo entre las piernas.

Cristian sale de la habitación dando un portazo y las dos suspiran. Paula se acerca a Sara y le pone la mano en el hombro.

—No sé cómo has podido convivir con una persona así —comenta Paula con una débil sonrisa en los labios.

—Yo tampoco me lo explico. Antes no veía más allá de mis narices, pero ahora sé cómo es y no volvería con él ni loca.

—Me alegra oír eso.

En ese momento, Sara repara en la carpeta que le había lanzado Cristian y la coge.

—¿Qué es? —pregunta Paula con mucho interés.

—No tengo ni idea.

Sara coge la carpeta y la abre. Empieza a leer lo que allí había escrito y un grito ahogado sale de su garganta.

—¡Dios mío! ¡No puede ser!

Pedro lleva un par de días dándole vueltas.

Todo lo que había deseado se había desmoronado en un instante en la sesión con Roberto. En un principio pensó que todo podía ser mucho más sencillo, pero se había estado engañando. Ahora lo sabía con toda certeza. No tenía muchas posibilidades; o daba media vuelta y renunciaba a Sara o se enfrentaba a la situación e iba a verla. Tenía claro que, después de todo lo que había hecho, nada tenía que perder y mucho que ganar. Tan solo esperaba que Roberto no hubiera hablado con ella. No quería que Sara se enterara, de momento, del intento de suicidio y de la terapia con su hermano. Confiaba en que Roberto no hubiera llevado a cabo su amenaza. Todas las dudas respecto a qué hacer se le disiparon en un instante. Suena su móvil. Había entrado un mensaje y era de Sara.

«¿Puedes venir a verme?»

Tan solo eso. Pedro se estremece al leerlo. Eso significaba que Sara ya sabía algo y no tenía más remedio que enfrentarse a ello. Contesta diciendo que iba para allá en breve. Sale del trabajo y se va dando un paseo. Por primera vez, no tiene ninguna prisa por llegar al hospital. Presiente que nada bueno va a ocurrir allí. Por lo menos, nada bueno para él.

Cuando llega al hospital, sube directamente a la habitación de Sara. No quiere dilatarlo más. Llama a la puerta y entra. Sara está tendida en la cama y no sonríe al verlo.

—Hola, Sara.

—Hola —contesta ésta con sequedad.

Pedro no se acerca a la cama. Siente que no es bien recibido y, como siempre que tenía esa sensación, decide seguir de pie. Tiene que ser sincero.

—Me imagino que lo sabes.

—Sé lo que creo que sé, pero no lo que tú tienes que decirme —contesta Sara con tristeza en la voz—. No lo entiendo. Me trataste genial y yo confié en ti.

—¿Qué te ha contado tu hermano?

—Mi hermano no me ha contado nada.

Pedro respira. No sabe si eso es verdad o no pero tampoco quiere saberlo, aunque Roberto parece haber sido bastante discreto y profesional.

—No ha hecho falta —comenta Sara al tiempo que saca una carpeta de debajo de la almohada.

—¿Qué es eso? —pregunta Pedro con cierta desazón al temer lo que allí podía haber.

—¿No lo reconoces? Es tu expediente. El expediente donde dice que te intentaste suicidar. Donde dice que presentas una sociopatía y que estás en tratamiento psiquiátrico. Y, lo peor de todo, donde dice que tu terapeuta es mi hermano.

—Yo..., yo... —Pedro no puede articular palabra. Se ha quedado de piedra.

—¿Cuándo me lo ibas a decir? ¿Cuándo me ibas a decir que estabas utilizando a mi hermano para acercarte a mí?

—Eso no es cierto.

—¿Y quieres que te crea? —Sara no puede soportarlo más y se echa a llorar—. Confíe en ti. Sentía algo por ti...

Estás últimas palabras hacen mella en Pedro y no puede soportarlo más. Dos lágrimas surcan sus mejillas.

—¿Sentías algo por mí?

—No lo entiendo. No puedo creerlo —solloza Sara sin escuchar lo que Pedro había preguntado—. ¿No tienes nada que decirme?

—Lo siento. No puedo decir otra cosa. Solo quiero que sepas que no he utilizado a tu hermano para acercarme a ti.

—No puedo creerte —dice Sara en un susurro—. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Aún no lo sabes? —pregunta Pedro con el ceño fruncido—. Si no lo sabes es que no eres la persona que yo creía.

—¿Qué hacías en el gimnasio aquel día? ¿Me estabas siguiendo?

Pedro se sorprende. Esa era una historia que Roberto conocía, pero sabía que éste no podía relacionarla con su hermana. Su mente se convierte en un torbellino que daba vueltas al hecho de que quizá no había sido cosa del psiquiatra que la carpeta llegara a manos de Sara, pero, aun así, no entiende cómo esto podía haber ocurrido.

Sara se echa a llorar como una niña pequeña y Pedro no puede evitar acercarse a consolarla. Le pone la mano en el hombro.

—Sara... —susurra Pedro.

—No, Pedro —replica Sara alzando los ojos para mirarlo—. No quiero que me digas nada más. Pensé que tú eras distinto.

—Y lo soy —explica Pedro casi sin fuerza al tiempo que retira la mano del hombro de Sara y baja la mirada—. Lo soy.

Pedro piensa que lo mejor es irse. No quiere hacer más daño a Sara y necesita que ella lo sepa.

—Nunca he querido lastimarte, Sara. No te molestaré más. Borrará tu número de teléfono y no me verás más. —Pedro mira a Sara, pero ella sigue llorando—. Se me parte el corazón verte llorar sabiendo que es por mi culpa.

Sara levanta la cabeza y mira con fijeza a Pedro como si quisiera decirle algo pero ninguna palabra sale de sus labios.

—Los momentos que he pasado contigo han sido los más felices de mi vida... —Pedro saca el móvil y borra el nombre de Sara de la agenda—. He borrado tu número, pero nunca podré borrarte de mi corazón. Te deseo lo mejor.

Rompe a llorar y sale a toda prisa de la habitación. En su huida no puede fijarse en la mujer con la que se ha cruzado. Paula entra en la habitación sorprendida.

—¿Qué ha pasado? —pregunta al ver a su cuñada llorando a moco tendido.

—Ya está todo aclarado —contesta Sara entre sollozos—. No volveré a verlo nunca más.

—¿Ese era Pedro? —Paula hace memoria porque cree reconocer a Pedro, pero no es capaz de acordarse de dónde lo había visto antes.

—Sí, es él. O mejor dicho, era él.

—No parece una mala persona —sentencia Paula en cuanto le viene a la mente el instante en el que lo había visto por primera vez junto a su coche mientras a ella se le caían todas las cosas del bolso en uno de los momentos más tristes de su vida.

—No quiero hablar de eso. Lo odio.

Paula no creía que su cuñada pudiera odiar a Pedro. Algo no cuadraba para ella. Con Pedro se había disparado su sexto sentido para distinguir a las malas de las buenas personas. Intuía que Pedro era una buena persona. Había sido testigo de todo lo que había hecho por su cuñada y no estaba dispuesta a que terminara así. Sabía que había algo más. El día que vio a Pedro por primera vez le causó muy buena impresión y nada le iba a hacer cambiar de opinión y mucho menos los tejemanejes del indeseable de Cristian. Se le ocurrió que quizá podría hacer algo. Se acerca a la cama de su cuñada y coge la carpeta con el expediente de Pedro. Como si no tuviera mucha importancia, empieza a observarlo hasta que encuentra los datos que precisa. Siempre había tenido buena memoria así que no le cuesta mucho esfuerzo grabar en su memoria lo que necesitaba saber.

Abraza con fuerza a su cuñada mientras ésta continua sollozando.

—Todo se arreglará, pequeña. Ya lo verás.

Vuelta a casa

Pedro sale llorando del hospital.

En un solo día había pasado de tenerlo todo a no tener nada. Le dolía en el alma haber visto a Sara llorando, pero lo peor de todo es que se sentía culpable. Había pensado que estaba haciendo algo bueno por ella, pero ahora se daba cuenta de que, con toda seguridad, había sido egoísta. No podía soportarlo. El dolor era inimaginable. Comienza a andar como un autómata. No sabe hacia dónde se dirige, pero tampoco le importa demasiado. En su mente se repite una y otra vez la imagen de Sara llorando. Sus palabras, acusándolo de haberla seguido y de haberla utilizado resonaban una y otra vez en sus oídos. En su camino, se cruza con mucha gente a la que no ve. Su dolor es tan grande que tiene que pararse para acordarse de que tiene que respirar. Se ahoga. Se sienta en un banco en mitad de la calle y se echa a llorar aún con más fuerza si cabe. La gente lo mira al pasar, pero nadie se atreve a acercarse. A él le da igual porque no puede conseguir consuelo ante lo que le había pasado. Nada de lo que pudieran decirle en ese momento podría haberlo ayudado. Con un supremo esfuerzo vuelve a levantarse y sigue caminando. Llega hasta la Plaza de España y se encamina hacia la Plaza de Oriente para sentarse en su banco, pero, en el último momento, cambia de opinión. Desea irse a casa. Por primera vez en su vida, no quiere pasear por Madrid. Necesita huir de todo. No puede seguir allí; necesita desaparecer. Con esa idea en la cabeza se dirige hacia su casa. Cuando llega, comprueba que todo está en su sitio, limpio y ordenado. Está agotado y necesita descansar antes de llevar a cabo lo que había decidido. Se sienta en el sofá y cierra los ojos. Se sobresalta al oír sonar el móvil. Lo mira y no reconoce el número. Le da igual haber borrado el móvil de Sara; se lo sabe de memoria, pero no era ella. No quiere hablar con nadie y rechaza la llamada. Vuelve a sonar, pero, una vez más, rechaza la llamada. A la tercera, lo coge.

—Dígame —dice con un supremo esfuerzo.

—Pedro, no me cuelgues, por favor. Soy Paula, la cuñada de Sara.

Pedro se queda en silencio. Está sorprendido.

—¿Sigues ahí? —pregunta ella.

—Sí, sigo aquí.

—Sé lo que ha pasado y me gustaría hablar contigo.

—No quiero parecer descortés, pero no sé de qué quieres que hablemos.

—¿Sabes que ya nos conocemos?

—Lo sé —contesta Pedro sin necesidad de hacer memoria—. Vi tu foto en el despacho de Roberto y te reconocí en el aparcamiento. ¿Tú también piensas que soy un acosador?

—No te preocupes por lo que yo pueda pensar, pero, si te sirve de algo, sé que no eres ningún acosador.

—Me alegro de que alguien piense eso de mí. No quiero ser cortante, pero ¿qué es lo que quieres?

—Tan solo quiero conocer tu versión. Sara me lo ha contado todo, incluido el episodio del gimnasio, pero a mí no me vale con la visión de una de las partes para sacar mis conclusiones.

—Supongo que serás abogada —intenta bromear Pedro para relajarse.

—Has acertado. Quizá sea por eso. ¿Te apetece contármelo?

—Llevo tiempo en terapia con tu marido. No creo que una sesión más contigo me vaya a hacer ningún daño.

Pedro se lo relata todo. Desde sus traumas hasta el incidente en el gimnasio. Relata su intento de suicidio, la terapia con Roberto y cada uno de los momentos vividos con Sara. Estuvo hablando durante mucho tiempo.

—Ya lo sabía —comenta Paula cuando Pedro termina su relato.

—¿El que sabías?

—Que eres una buena persona y que mi marido y mi cuñada se equivocan.

—Muchas gracias, pero no creo que eso sirva para mucho. Tengo la impresión de que Sara ya ha decidido.

—Ya veremos.

—Paula, ha sido un placer. Gracias, de verdad. Esto significa para mí mucho más de lo que te puedes llegar a imaginar.

—Gracias a ti por todo lo que has hecho por Sara. Cúdate mucho —concluye Paula—. Y no hagas ninguna tontería.

—No lo haré. Adiós, Paula.

—Adiós, Pedro.

Cuelga el móvil e intenta relajarse. Se encuentra extenuado de todo lo que acababa de relatar. Tiene que reconocer que había sido bonito revivir cada uno de esos momentos. Ahora tiene aún más claro lo que debe realizar. Hace todos los preparativos y, cuando termina, se sienta en el suelo de la cocina. Recuerda la última vez que se había postrado allí y todo lo que se le había pasado por la cabeza. Se estremece. No quiere ni puede estar allí ni un instante más. Se levanta y va al dormitorio.

Coge todas las cosas que necesita, echa un vistazo a la casa y baja al garaje donde se sube en su deportivo y desaparece de Madrid camino de un bonito pueblo en la provincia de Ávila donde llega al caer la tarde. Hacía muchos años que no recorría ese camino y había sido un auténtico torbellino de sensaciones. Todo le traía recuerdos. Cada curva, cada repecho y cada árbol tenían un significado para él. Se veía transportado al asiento de atrás del coche de sus padres cuando jugaba con ellos a contar matrículas o cuando se emocionaba porque estaban a punto de llegar al pueblo. Ahora, había hecho ese mismo camino por primera vez desde la muerte de ellos y se sentía extraño y, sobre todo, muy solo. La tristeza pugnaba por apoderarse de él, pero todos los recuerdos bonitos que tenía acumulados le servían de parapeto.

La primera sensación que tiene al entrar en Las Navas es la de que todo había cambiado. El pueblo se había modernizado y con ello había perdido parte de su encanto, pero tal como lo va recorriendo con el coche se da cuenta de que es una ilusión. Todo sigue igual que antes. Las mismas casas bajas de piedra, las mansiones antiguas con las que Pedro soñaba de pequeño y donde se veía viviendo de adulto, la Plaza del Cristo donde, con sus padres, compraba un bollo cada tarde de los sábados que pasaba allí. Con lágrimas en los ojos se va acercando poco a poco a la casa donde había pasado tantas tardes de su infancia jugando frente a la chimenea. Ahora era su casa. A pesar de los años pasados, no tiene ninguna duda del camino a recorrer y llega sin dificultad. Aparca el coche en la puerta. La vivienda es de piedra y sigue igual de como él la recordaba. Baja del vehículo y lo primero que hace instintivamente es aspirar una bocanada de aire al igual que hacía siempre de pequeño. El olor a leña quemada mezclado con el suave olor del ganado lo transporta a otra época; a otra vida feliz.

—Ya he vuelto —susurra al tiempo que alza la vista hacia el cielo azul oscuro.

Para él, el momento más doloroso del viaje lo sufre al entrar en la vivienda. Toda la casa huele a humedad, pero él, en especial, temía entrar en la cocina por el olor aunque había pasado tanto tiempo que todo rastro de que alguien hubiera vivido allí había desaparecido. Los dos primeros días los dedica, casi por completo, a limpiar la casa. Abre las ventanas de par en par y deja que el aire fresco del campo inunde la vivienda, sacude las alfombras, limpia el polvo y prepara la chimenea con leña que recoge en un campo cercano. El tercer día se siente fuerte y decide dar un paseo por el pueblo. Le apetecía recorrer cada uno de los sitios que visitaba los fines de semana con sus padres. Baja por la calle principal hasta llegar a la Plaza del Ayuntamiento, la atraviesa y llega hasta el castillo, pero no entra en la finca donde se ubica porque necesita seguir paseando. Al llegar allí, gira hacia la izquierda y puede ver a lo lejos una gran colina creada por un gran túmulo de piedras. En el pueblo la llamaban El Risco y de pequeño solía subir hasta lo más alto para imaginarse que era un caballero y tenía que conquistar el castillo. Llega hasta allí y sube hasta la última piedra desde donde se puede contemplar todo el pueblo. Se sienta en una de las peñas y se esfuerza en recordar cada uno de los momentos vividos con Sara. Sin darse cuenta, empieza a hablar en voz alta. Es una confesión; una confesión hecha al horizonte con el deseo de que el viento la llevara hasta donde ella se encontrara.

—Espero que estés bien, Sara. Siento que todo haya salido de esta forma. Tengo que decirte que he sido un cobarde. Debería haberte dicho que estaba enamorado de ti desde el primer día que te vi; tenía que haberte explicado que intenté quitarme la vida por tu desprecio, pero que me has compensado con creces al darme una ilusión para vivir. Ahora sé que no deseo quitarme la vida, aunque tú ya no estés en ella. Me has enseñado que lo más bonito que tenemos somos nosotros mismos. —No puede evitar suspirar—. Me has permitido entregarte todo mi amor y todo mi cariño. Tú no sabías que, en silencio, te amaba, pero me has dejado estar a tu lado y me has dejado respirar el mismo aire que respirabas. —Cada frase la arrastra con un supremo esfuerzo—. Me confesaste que sentías algo por mí y eso lo ha significado todo. En ese momento supe que haría cualquier cosa por no hacerte daño. No puedo pedirte nada porque me lo has dado todo y mucho más.

No se había dado cuenta, pero había empezado a llover. Sus lágrimas saladas se mezclan con una fina lluvia que lo regaba todo a su alrededor. Baja del risco y se acerca a la vieja iglesia. La habían remodelado y no quedaba nada de aquel edificio donde, hacía muchos años, las gentes del pueblo pensaron que podía haber un fantasma. Sube por una de las calles laterales y se para en el comienzo del camino que llevaba al Sauco, una gran explanada donde las familias pasaban el día entero charlando y haciendo barbacoas mientras los niños jugaban al fútbol y exploraban. Aunque siente que desea visitar ese precioso lugar, decide subir al día siguiente. Vuelve a entrar en la calle principal y se acerca a la panadería donde su madre compraba el pan, pero ya no estaba la misma dependienta. La señora mayor y agradable había sido reemplazada por una chica jovencita, pero con un carácter muy similar.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Qué desea?

—¿Tienes colines?

—Por supuesto.

A Pedro le encantaban los colines y llevaba mucho años sin probarlos. Eran pequeñas barritas de pan que Pedro comía de pequeño, con mucha lentitud, mientras veía alguna película sentado entre sus padres.

—¿Ha venido al pueblo de visita? —pregunta la chica con mucha simpatía.

—He venido a pasar unos días. Hacía muchos años que no venía a Las Navas.

—¿Tiene familia aquí?

—No, pero la casa de mis padres llevaba muchos años cerrada y ya iba siendo hora de que alguien se encargara de ella y la hiciera resucitar.

—¿Qué casa es? —La chica se da cuenta de que podía estar resultando un poco cotilla—. Lo siento, estoy preguntando demasiado. Siempre me pasa.

—No te preocupes. Mi casa es la que está al lado de la tahona.

—¿La de las rejas rojas?

—Esa es.

—Siempre me he preguntado a quién pertenecería. De pequeña me imaginaba que yo era la dueña y, después de tantos años, conozco al verdadero propietario.

—Lo siento. Te he roto el sueño —contesta Pedro sin percatarse de que la chica había pasado a tutearlo.

—No te creas —le dice con cierta picardía en la sonrisa.

—Bueno, me voy a casa. Tengo muchas cosas que limpiar. Me quedan muchas cosas por hacer para que esa casa vuelva a ser habitable.

—Espero que, mientras estés aquí, no compres el pan en la competencia.

—No te preocupes. Por cierto, me llamo Pedro.

—Yo me llamo Eva. Encantada.

—Igualmente. Hasta pronto, Eva.

—Eso espero.

Sale de la panadería y, un poco más animado, se encamina hacia su casa pensando que, por lo menos, había conseguido una amiga allí en el pueblo, pero sin darse cuenta, a sus treinta y seis años, de que una chica de tan solo veinte había coqueteado con él.

Estaba empezando a oscurecer y le apetece sentarse a leer con tranquilidad delante de la chimenea. Hacía frío y estaba calado hasta los huesos por lo que se alegra de haber recogido la leña. Se pone cómodo, enciende un gran fuego y saca el libro de la maleta. Aún no había tenido tiempo para leer y le apetecía retomar la lectura. Al coger la novela, un aluvión de recuerdos invade su mente sin pedir permiso. Recuerda cuando le intentó dejar el primer libro a Sara y ésta se sobresaltó y cuando le dejó el segundo y sus dedos se rozaron. Recuerda sus ojos azules mirándolo fijamente mientras le contaba historias de Madrid y cómo enrojecían sus mejillas cuando la historia narraba un encuentro amoroso o cómo se sobresaltaba cuando a algún caballero le hacían una encerrona en alguna estrecha y oscura calleja de la capital. Recuerda demasiadas anécdotas y vuelve a llorar. La añoraba. Añoraba saber que podía ir a verla, aunque no lo hiciera; añoraba el esfuerzo que tenía que hacer para parecer fuerte y decidido cuando las palabras no le salían delante de ella; añoraba su voz dulce y cálida y, por encima de todo, añoraba poder entregarle su amor aunque ella no supiera que lo estaba haciendo. No puede más. Saca el móvil y le da al botón de encendido. Lo había apagado al salir de su casa en Madrid y no lo había vuelto a encender. No quería saber nada de nadie, pero ahora necesitaba ver la foto de Sara. Esa foto que le hizo cuando se intercambiaron los teléfonos. Necesitaba ver esos ojos y esa preciosa sonrisa; necesitaba ver a su ángel, pero no lo hizo. Vuelve a apagar el móvil y lucha contra ello. Se sienta en el sofá, se encoge todo lo que su corpachón le permite y llora frente a las cálidas llamas de la chimenea. Lloro sobre el libro que le recordaba a su amada y, sobre todo, llora sobre el recuerdo de sus padres a los que nunca volvería a ver en la casa donde compartió media vida con ellos.

Llora hasta que no tiene más lágrimas.

La decisión

—Lo siento.

—No lo entiendo. Tenía el expediente de Pedro —acusa Sara.

—Ya lo sé —contesta Roberto cabizbajo—. He hablado con mi secretaria y me ha comentado que el viernes por la tarde dejó el expediente en el archivador, pero que, cuando ha llegado esta mañana después del fin de semana, se ha dado cuenta de que la puerta de mi consulta estaba abierta. Llamó a seguridad y han confirmado que la han forzado.

—¿Quién ha podido hacer algo así?

—Adivina. El expediente lo tenía Cristian en su poder. Me temo que debió de seguir a Pedro y, cuando se enteró de que iba a terapia, entró en mi consulta y robó el expediente para desacreditarlo.

Sara contempla a su hermano con absoluta desconfianza y a éste se le clava la dura mirada de su hermana como cien afilados puñales.

—Te lo prometo, Sara. Yo no le entregué el expediente a ese desgraciado. Es cierto que hubiera hecho cualquier cosa para protegerte, pero ten por seguro que nunca hubiera hecho algo tan rastrero.

Sara creía a su hermano y no lo veía capaz de hacer algo de ese estilo.

—No te preocupes. Han pasado así las cosas y no hay que darle más vueltas.

—¿Tú cómo estás? —pregunta Roberto mientras se sentaba en la cama al lado de su hermana.

—Estoy contenta por la recuperación. Todo va mejor de lo que podía pensar.

—Sabes que no me refiero a eso —dice su hermano con una sonrisa cariñosa en los labios.

—Ya lo sé. Ha pasado todo muy deprisa y me ha superado. Han sido demasiadas emociones en muy poco tiempo. ¿Sabes una cosa?

—Dime.

—Te vas a reír..., pero lo echo mucho de menos.

—¿A Cristian? —pregunta Roberto con el temor de escuchar cualquiera respuesta salir de los labios de su hermana.

—No seas tonto. Me refiero a Pedro. Me gustaba mucho verlo y me sentía muy a gusto con él. No entiendo por qué ha hecho esto.

—No sabría decirte. Me da la sensación de que estaba obsesionado contigo. Lo más probable es que te conociera en alguna discoteca y te siguiera al gimnasio para saber algo más de ti.

—¿Y lo de la terapia contigo?

—Eso no ha podido organizarlo, pero no creo en las casualidades.

—No lo sé. Me resisto a creer que todo ha sido un montaje. Parece tan buena persona. No te puedes ni imaginar la cantidad de detalles que tuvo conmigo —comenta Sara al tiempo que sus ojos se humedecen. Se queda observando el pequeño árbol de Navidad que aún seguía sobre la mesa—. Nadie se había portado nunca así.

—A mí también me duele. Me dejé engañar y, sin quererlo, lo lleve hasta ti. Le conté lo que te había ocurrido y le dije que estabas ingresada en el hospital.

—No es muy normal que los psiquiatras cuenten cosas de sus propias vidas, ¿no?

—Tienes toda la razón, pero tenía claro que Pedro lo necesitaba. Me hizo creer que no

confiaba en mí. Le conté cosas para que se abriera conmigo. Te aseguro que nunca pensé que llevaría a esto.

Sara se queda callada. Algo en su interior se revelaba. Su cabeza le decía que Pedro la había utilizado, pero su corazón le susurraba algo bien distinto. Su hermano puede ver la tristeza en sus ojos.

—Bueno, lo importante es que, dentro de muy poco, vas a salir del hospital.

—No quiero volver con papá y mamá.

—Es normal, pero ahora necesitas a alguien que te cuide y que se preocupe por ti.

—¿Y crees que los que mejor me pueden cuidar y los que más se van a preocupar por mí van a ser nuestros padres? Sabes que solo piensan en ellos mismos y en nadie más. Conocen a la perfección todo lo que ha pasado y no se han dignado a volver antes de su viaje.

Roberto sabía perfectamente cómo eran sus padres sin que su hermana tuviera que descubrirselo. Presentía que no era una buena idea que Sara volviera con ellos y que iba a ser perjudicial para su recuperación.

—No te preocupes, hermanita. Puedes venirte conmigo. Ahora tengo mucho sitio y la casa parece demasiado grande y vacía. —El rostro de Roberto se ensombrece—. Ya lo organizaremos.

—Gracias, gracias. —Sara se incorpora en la cama y abraza a su hermano.

—De nada —replica Roberto agradeciendo a su vez el abrazo cariñoso de su hermana—. Ya verás como todo se soluciona.

—No lo sé. Tengo miedo de salir de aquí.

—Ya me imagino, pero ten por seguro que todo volverá a ser como antes.

—No quiero que todo vuelva a ser como antes. Quiero que todo cambie. Quiero ser otra persona, la persona que me han enseñado que puedo ser.

—La persona que Pedro te ha enseñado que puedes ser. —Roberto se da cuenta de lo que su hermana intenta decirle.

—Sí, la persona que él vio en mí —explica Sara a la vez que saca del cajón de la mesita el libro que Pedro le había llevado—. Me hizo sentir que servía para algo más que para llevar una vida frívola.

—Se portó mal contigo. No debes olvidarlo.

—No sé portó mal conmigo. Tan solo quería estar a mi lado. —Se echa a llorar sin poder remediarlo.

—Tenía un problema y no supo afrontarlo.

—Lo hizo. Estuvo aquí a mi lado en los peores momentos, cuando no había casi nadie que quisiera ayudarme y yo lo he echado sin darle ninguna oportunidad.

Es justo en ese momento cuando Roberto percibe lo que no había visto aún en su hermana. Lo ve claro y recibe la información como un mazazo.

Su hermana está enamorada.

«Tenemos que hablar»

Es lo único que Paula le había dicho en el mensaje y estaba aterrorizado. Eso no podía significar nada bueno. Cada día que pasaba la añoraba más. La recuperación de su hermana había

sido milagrosa, pero estaba preocupado por ella porque temía que hubiera intentado ponerse en contacto con Pedro. Roberto estaba convencido de que no le convenía hablar con él. Necesitaba protegerla de ese hombre. Se había agarrado a la idea de que le había utilizado para acercarse a su hermana y nada ni nadie podría hacerle cambiar de parecer. No lo permitiría.

Paula había accedido a ir a verlo a la casa que había sido de los dos hasta la ruptura. Se sentía incómodo con la situación y pensaba que del encuentro con Paula no podía salir nada bueno. Comprueba, una vez más, que toda la casa está en condiciones y se sienta nervioso en el sillón a esperarla. A los pocos minutos suena el timbre de la puerta. Se levanta aún más nervioso que antes y abre. A Roberto le parece que Paula está más bella que nunca. Le sorprende que una espectacular sonrisa adorne su rostro. Esperaba encontrarse con una mujer dolida o enfadada y se sobresalta.

—Hola, Roberto.

—Hola, Paula. Pasa, por favor.

Ella entra en la casa y, sin poder evitarlo, echa un vistazo rápido a su alrededor para comprobar si todo está en orden.

—Tenemos que hablar —comenta Paula.

Se sientan en el sofá uno junto al otro como habían hecho muchas veces durante tantos años, pero ahora sintiéndose como dos desconocidos que acabaran de conocerse.

—Es extraño, ¿verdad? —pregunta ella sin poder dejar de mirar a Roberto con infinita dulzura—. Tantos años sentándonos juntos en este sofá como una pareja de enamorados y ahora mira cómo estamos.

Roberto se siente incómodo y no quiere dilatarlo más. Necesitaba saber lo que tenía que comunicarle su mujer porque presentía que no iba a ser nada bueno.

—Paula, dime lo que tengas de decirme, por favor. No lo soporto más.

—No es nada malo —comenta ésta consciente del nerviosismo de Roberto—. Es sobre tu hermana.

—¿Mi hermana? —Roberto respira aliviado en parte—. ¿Qué ocurre?

—Sabes que no me gusta juzgar a las personas por lo que llega a mis oídos y que necesito saberlo todo antes de crucificar a nadie.

—Ya lo sé. Supongo que todo esto tiene que ver con Pedro.

—Sí. Es evidente que tu hermana está enamorada de él y lo habéis condenado sin saber nada de nada.

—Sabemos todo lo que tenemos que saber.

—En eso estás equivocado, Roberto. Llamé a Pedro por teléfono. Estuve mucho rato hablando con él y me contó todo lo que había ocurrido.

—¿Y eso por qué lo has hecho? —pregunta Roberto sin poder disimular su enfado.

—Me da igual que refunfuñes como un crío. Lo hice porque sabía que había algo más en todo esto. Tu hermana va a sufrir mucho si no conoce toda la verdad.

—¿Y qué verdad es esa?

—Me comentó Pedro que, en una de las primeras sesiones, te había contado lo que le sucedió en el gimnasio con una chica a la que veía por primera vez y a la que no conocía de nada. ¿Te acuerdas?

—Sí, me acuerdo perfectamente de aquello —comenta Roberto sin tener que hacer demasiada memoria para recordar la anécdota—. Le gustaba esa chica, pero la lio tontamente con una bicicleta y ella lo humilló delante de todo el mundo.

—¿Tú sabes que ese fue el desencadenante para que intentara suicidarse?

—Me lo imaginé cuando me lo contó —confiesa Roberto intentando adivinar hacia donde dirigía Paula la conversación—. Recuerdo que se puso a llorar. Tuvo que ser muy doloroso para él vivir todo aquello.

—¿A qué no sabes cómo se llamaba esa chica?

Roberto se queda blanco. No se lo puede creer. Aun así, necesita oírlo de los labios de Paula porque se ve incapaz de articular palabra.

—Sí, Roberto. Es lo que te imaginas. Era tu hermana. Todo fue fruto de la casualidad —sentencia Paula—. Era el primer día de Pedro en ese gimnasio y no conocía de nada a tu hermana. Todo lo que pasó hasta que descubrió que erais hermano fue casualidad.

—¿Tú le crees? —pregunta Roberto confundido tras pensar en ello unos instantes.

—Le creo. Sabes que no suelo equivocarme con las personas. Conoció a Sara por casualidad y se enamoró de ella al instante. Ella lo humilló de una forma que muy pocas personas hubieran podido llegar a perdonar y, a pesar de todo, estuvo con ella en los momentos malos cuando no había nadie a su lado. Y todo eso lo hizo por amor. No quería conseguir nada más. Ni siquiera pedía que tu hermana le correspondiera. Tan solo deseaba que ella fuera feliz y le entregó todo para que ella pudiera recobrar la ilusión y tuviera la fuerza suficiente para volver a andar. Y lo consiguió a cambio de volver a ver su corazón destrozado por tu hermana. Y, a pesar de ello, le ha merecido la pena.

—Estoy confuso.

—Es normal que lo estés. Tú eres psiquiatra y quieres ver una segunda intención en todo. Yo soy abogada y solo me interesa la verdad y llegar a ella.

—¿Y cuál es esa verdad?

—Que pensabas que Pedro no era lo suficientemente bueno para tu hermana y quizá sea todo lo contrario.

—No sé qué decir.

—Dime que estás dispuesto a luchar por el amor —le dice Paula sonriendo de oreja a oreja—. Dime que estás convencido de que una buena persona siempre merece una segunda oportunidad. Dime que todo esto se puede solucionar y que vas a hacer todo lo que esté en tu mano para conseguirlo.

Roberto absorbe cada una de las palabras que Paula le había dicho. Se le clavan en el corazón como una daga de ilusión y esperanza.

—Paula, estoy dispuesto a hacer todo lo que esté en mi mano, pero necesito que tú me digas algo.

—¿Qué quieres que te diga?

—Dime que estás dispuesta a luchar por el amor —contesta Roberto con lágrimas en los ojos—. Dime que tú también crees que una buena persona que se equivoca merece una segunda oportunidad. Dime que todo se puede solucionar y que vas a luchar por ello.

—Roberto...

—Por favor, Paula —Roberto no puede más—. Te echo de menos. Te sigo amando como el primer día y no puedo vivir sin ti. Por favor, solo te pido una segunda oportunidad.

—Roberto...

—No puedo seguir así. Me levanto todos los días pensando en ti y en tu preciosa sonrisa y no puedo dejar de hacerlo hasta que me acuesto y luego lo sigo haciendo en sueños. Cada mañana me tengo que obligar a respirar porque me asfixio al recordar que no estás conmigo. Me sorprende a mí mismo muchas veces embelesado con un simple pájaro o con un niño jugando en un parque y pensando en que a ti te gustaría ver lo que yo veo en ese momento. Por favor —suplica una vez

más.

Paula le pone un dedo en los labios y le obliga a guardar silencio. Ella misma no puede evitar que unas lágrimas se le escapen.

—Roberto, yo también te echo de menos. No sé si algún día podré llegar a perdonarte...

—Pero...

—Déjame hablar, por favor. No sé si podré perdonarte algún día, pero tampoco podría perdonarme a mí misma si no intento luchar por el hombre con el que quiero vivir el resto de mis días.

—¿Entonces?

—Tan solo te pido que vayamos despacio. Tengo que volver a confiar en ti y lo vas a tener que hacer muy bien. No te puedo decir nada más.

—Me has dicho mucho más de lo que esperaba oír. Pensaba que querías quedar conmigo para despedirme de mí... —Se echa a llorar.

Paula lo abraza y lo intenta consolar como puede. Le coloca la mano en la mejilla y lo besa con dulzura en los labios. Un beso fugaz que para Roberto es el mejor de los regalos. Se quedan abrazados durante unos segundos que para Roberto le parecen horas. Podía notar cómo los latidos acelerados del corazón de Paula se mezclaban con los de su propio corazón. Por fin podía soñar con volver a sentir a su mujer a su lado. En ese momento se da cuenta de algo. De no haber sido por Pedro, él no habría tenido la oportunidad de recuperar a su mujer. Todo había sido fruto de la casualidad, pero ese hombre, para él desconocido, había ayudado a que su hermana volviera a andar y a que su relación volviera a tener sentido. Tenía que hacer algo por él. Se lo debía.

—Tenemos que arreglar lo de mi hermana y Pedro —comenta de repente.

—Entonces, ¿estás dispuesto a ayudarme?

—Por supuesto, te lo he prometido.

Paula lo mira con ojos tiernos y enamorados y vuelve a besarle con todo su amor.

—Éste es el Roberto del que me enamoré.

—A ver... —comenta él sonriente—. Tenemos el teléfono. Podemos llamarlo.

—Ya lo he intentado. Lo tiene apagado.

—En el expediente está su dirección. Podemos ir a su casa y ver si está allí.

—También lo he intentado —explica Paula con una sonrisa pícar—. No está nunca.

—¿Y en el trabajo? —inquire Roberto—. Podemos buscar la dirección de su empresa y preguntarles.

—También lo he hecho. Llamé y me dijeron que estaba enfermo y se había tomado unos días libres.

—¿Deberías haber sido detective en vez de abogada? —comenta Roberto bromeando.

—Suele ser algo parecido. Los abogados tenemos que averiguar todo lo que podemos antes de un juicio. La información es poder, ya sabes.

—Pues no sé dónde podemos encontrarlo —sentencia Roberto.

—¿No se te ocurre ningún sitio donde pueda ir a refugiarse?

Roberto se queda pensando durante un instante y, por fin, una idea se pasa por su cabeza.

—Tenemos que ir al hospital. Necesito el expediente de Pedro —anuncia Roberto excitado al tiempo que se pone en pie y se dirige a la puerta de entrada.

—Roberto.

—Dime —contesta éste desde la puerta.

—Ven aquí, anda —le pide Paula con la carpeta del expediente en una de sus manos.

—Eres increíble. ¿No lo sabías? —Roberto le acaricia con dulzura la mejilla.

—Sí, lo sabía.

Roberto coge la carpeta del expediente y se vuelve a sentar en el sofá. La abre y comienza a leer todas sus notas.

—¿Qué buscas?

—Aún no lo sé. Tengo la sensación de que Pedro pudo darme algo que nos puede ayudar a encontrarlo, pero aún no sé lo que es. Tan solo tengo que buscarlo porque sé que está en algún lugar —comenta Roberto a la vez que pasaba una página tras otra del expediente sin encontrar lo que creía andar buscando— ¡Aquí está!

—¿Qué es?

—Mira lo que apunté este día

Paula empieza a leer las notas de Roberto y se da cuenta de que su marido tiene razón.

—Seguro que está ahí —sentencia Paula—. Vamos ahora mismo. Tenemos que hablar con él.

—Espera, se me ha ocurrido una cosa —comenta Roberto al tiempo que saca el teléfono móvil del bolsillo.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya sé que ahora es mucho pedir, pero confía en mí. —Roberto marca un número en su móvil y espera—. Si lo hacemos, vamos a hacerlo bien.

Paula mira a su marido expectante. No sabía lo que se proponía, pero confiaba en él. En otros aspectos, tendría que volver a ganarse su confianza, pero, ahora, lo estaba haciendo muy bien.

—Hola, hermanita. —Roberto guiña un ojo a Paula—. Tenemos que hablar...

El final

Pedro se despierta temprano.

Había dormido en el sofá y su cuerpo estaba entumecido. La noche anterior había sido muy dolorosa y había caído agotado en un desapacible sueño en el que la pesadilla que siempre lo había acompañado ahora se mezclaba con otra en la que aparecía Sara y se mofaba de ese chico gordito al que nadie quería para jugar al fútbol. Ahora se percata de que, desde que había empezado a ver a Sara, la pesadilla había desaparecido, aunque ahora volvía a su vida onírica de una forma más cruel que nunca.

Se despierta envuelto en un sudor frío y con una sensación indescriptible de tristeza atenazándole la garganta. Tiene claro que lo mejor que puede hacer es salir de la casa lo antes posible, pero, antes de salir a la calle, se sienta en una de las sillas de la entrada y se recrea en el dulce rostro de su madre. Una imagen que su padre había colgado muchos años atrás junto a la puerta principal para recordarle, antes de salir, que la mujer a la que amaba lo acompañaría en cada paso que diera.

—Ahora te entiendo mejor que nunca, papá —susurra Pedro con una sonrisa triste en los labios—. Cuánto debiste amar a mamá...

Se pone en pie con pesadez y sale a la solitaria calle. El frescor de la mañana le golpea con fuerza el rostro y le hace sentir más vivo que nunca. Sabe que es un bonito día y decide que debe aprovecharlo. Dando un paseo, se acerca a una cafetería en la calle principal para desayunar. Le encantaba tomar un café calentito en un día frío. Lo reconfortaba y le hacía sentir bien.

—Buenos días. ¿Qué desea?

—Buenos días. Un café bien caliente y una tostada con aceite de oliva y tomate.

—¿A pasar el día en el pueblo? —pregunta el encargado del bar sin mostrar excesiva curiosidad.

—Cada vez hay más turistas —comenta un señor desde el otro extremo de la barra.

—Es bueno que haya turismo, Fermín. No seas descortés y no asustes a este hombre.

—No se preocupe —replica Pedro con seriedad, pero muy a gusto hablando con la gente del pueblo—. De hecho, no soy turista. Tengo una casa aquí.

—Qué raro. Llevo toda la vida en el bar y no te había visto nunca.

—Antes venía con mis padres, pero llevaba mucho tiempo sin volver y la casa estaba cerrada.

—¿Y qué casa es? —pregunta Fermín con evidente curiosidad.

—La que está al lado de la tahona.

—¿La de las rejas rojas? —pregunta el encargado con una ceja elevada.

—Esa es —contesta Pedro al que le hace gracia la similitud de la conversación con la mantenida con Eva en la panadería.

En ese momento, los dos hombres se quedan callados sin disimularla la curiosidad que sentían hacia Pedro e intercambiando miradas cómplices entre ellos. Pedro puede comprobar cómo los ojos del dueño de la cafetería se humedecen.

—¿Qué ocurre? —pregunta Pedro con extrañeza.

—Tú ni te acordarás —comenta el anciano desde detrás de la barra—. Éramos muy amigos de

tus padres, pero tú eras tan solo un niño.

Pedro se queda de piedra e intenta hacer memoria imaginando el aspecto de ese hombre con treinta años menos.

—Ya lo recuerdo —comenta después de unos instantes y sin poder disimular la emoción que sentía—. Usted jugaba con mi padre al tenis todos los domingos.

—Sí. Ya veo que tienes buena memoria —replica el encargado con una triste sonrisa en los labios—. Sentimos mucho su muerte y no haber podido estar allí cuando ocurrió. Nos enteramos mucho tiempo después y no pudimos contactar contigo.

—No se preocupe.

—Eran muy buenas personas y yo quería mucho a tu padre. Pasé muy buenos momentos con él.

—Y seguro que él con usted. —Pedro se levanta para marcharse al ver que el anciano empezaba a emocionarse—. Voy a dar un paseo por el pueblo.

—Qué tengas un buen día.

—Igualmente.

Pedro sale de la cafetería, pero, cuando hubo recorrido unos metros, se da la vuelta y vuelve a entrar. El anciano estaba limpiando la barra y Pedro puede ver su cara de tristeza.

—Muchas gracias —dice Pedro.

—¿Por? —pregunta el anciano sorprendido al ver a Pedro de nuevo en la cafetería.

—Por lo que ha dicho de mis padres. Significa mucho para mí. —Pedro sale de nuevo a la calle sin poder llegar a ver la sonrisa agradecida y cariñosa del anciano que tanto le había dado en unos pocos minutos.

Sigue paseando en dirección al camino que llevaba al Sauco, pero el temor a la nostalgia le impide continuar y se detiene junto a colegio donde unos cuantos chicos juegan al fútbol en el patio. Se queda contemplándolos y sonríe al ver a un chico algo gordito delante de la portería mientras los demás luchaban por convertirse en el jugador que más llamara la atención de las pocas niñas que miraban el partido. Suspira y recuerda su sueño; aquel en el que se ve como aquel chico que ahora mira al horizonte y se imagina una vida distinta, lejos de todos aquellos kilos que lo afeaban o que tan solo lo convertían en alguien distinto, alguien especial. Sacude la cabeza para espantar a sus peores fantasmas, gira sobre sus talones y regresa a la calle principal del pueblo donde decide sobre la marcha acudir a la panadería a hacerle una visita a su nueva amiga.

—Buenos días, Eva.

—Buenos días, Pedro. ¿Qué tal llevas la mañana?

—Más o menos. Me apetecía subir al Sauco, pero no sé... Demasiados recuerdos.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—La última vez que estuve en el pueblo fue hace diecisiete años.

—¡Vayaaaa! Yo casi ni había nacido.

—Es que soy muy mayor —contesta Pedro con una sonrisa.

—Ya será menos. Por cierto, ¿quieres comprar algo?

—Ahora que lo dices... Una barra de pan y dos colines.

—Ya veo que te gustan mucho los colines.

—No se lo digas a nadie —le contesta Pedro en voz baja.

Era una cosa curiosa que siempre le había llamado la atención a Pedro sobre sí mismo. Le costaba muy poco relacionarse con gente joven, pero no le pasaba lo mismo con las personas de su edad.

—Por cierto —dice Eva de repente—. Han venido preguntando por ti.

—¿Por mí? ¿Quién?

—No tengo ni idea. Eran una pareja más o menos de tu edad. Por cierto, los dos eran guapísimos.

Pedro no tiene ni idea de quién puede buscarlo. Nadie sabía que él estaba allí y se sorprende. Eva nota la cara de desconcierto de Pedro.

—Les dije donde vivías. ¿He hecho mal?

—No te preocupes. —Pedro vuelve a sonreír al ver la cara preocupada de su amiga—. Voy a acercarme a mi casa para ver quién me busca. Ya te contaré.

—Vale. Hasta luego.

Pedro sale de la panadería y se encamina a su casa con una indescriptible sensación de angustia. Tan solo estaba a dos calles de distancia, pero se le hace eterno. En cuanto gira la última esquina los reconoce. Una pareja joven, cogidos de la mano y esperando en la puerta de su casa. Se acerca a ellos que, en cuanto lo ven, se aproximan también.

—¿Le ha pasado algo a Sara? —pregunta Pedro asustado.

—No te preocupes —contesta Paula sonriente—. Está bien. Ya le han dado el alta.

Tanto Paula como Roberto se dan cuenta, al instante, de la preocupación que Pedro sentía por Sara y confirman lo que ya sabían. Su decisión había sido la acertada.

—¿Qué queréis? —pregunta Pedro sin poder disimular la acritud que sentía.

—¿Podemos hablar contigo un momento? —inquire Roberto con la misma sonrisa que mostraba su mujer—. Es importante.

Pedro no quiere hablar con Roberto, pero se lo debe a Paula que se había portado muy bien con él.

—Vamos dentro. —Pedro abre la puerta de su casa y los invita a entrar—. Estaremos más cómodos

Los tres entran y Pedro los acompaña al salón donde se sientan.

—¿Queréis tomar algo? —pregunta Pedro con una cortesía forzada.

—No, muchas gracias —contesta Roberto con seriedad—. Tengo que decirte una cosa muy importante.

Pedro no comenta nada. Tan solo está esperando lo que Roberto tenga que decirle. Le había decepcionado de tal forma que, cualquier ataque de él, le resbalaría. Pero no estaba preparado para lo que éste tenía que decirle.

—Lo siento. He sido un estúpido. Te has portado genial con mi hermana y yo te he tratado de pena. Paula me lo ha contado todo y me he sentido fatal —comenta Roberto muy compungido—. No te pido que me perdones. Tan sólo quería que supieras que siento en el alma lo que te dije.

Pedro está alucinando y no sabe qué pensar. No se esperaba eso de Roberto. En otras circunstancias no lo hubiera creído, pero se fiaba de Paula y deseaba darle un voto de confianza. A fin de cuentas, era el hermano de Sara y por ella hubiera hecho cualquier cosa.

—No te preocupes, Roberto. No tengo nada que perdonarte. Es verdad que fuiste injusto y cruel, pero sé que lo hiciste por proteger a tu hermana y con eso me basta.

—La quieres mucho, ¿verdad? —pregunta Paula a la vez que mira a Pedro con cariño.

—Más que a mi vida —contesta él muy emocionado—. No me preguntes por qué. Simplemente, estoy enamorado de ella.

—Gracias a ti, me he dado cuenta de muchas cosas —dice Roberto con la vista fija en el suelo—. Tú me contabas en las sesiones que no tenías nada y me dabas a entender que yo lo tenía todo y me he dado cuenta de que no es así. Tú tienes mucho que ofrecer y se lo has demostrado a mi hermana. A mí me has abierto los ojos y ahora tengo claro que lo más importante es lo que hagas y no lo que los demás vean. Gracias a ti, me di cuenta de que lo más importante en mi vida era

Paula. —Le coge la mano a su mujer—. Y me ha perdonado.

—No te hagas líos —contesta Paula haciéndose la ofendida—. No te he perdonado. Solo te he dado una oportunidad.

—Lo sé. No la desaprovecharé. Te lo prometo.

—Me alegro mucho de que estéis otra vez juntos —dice Pedro con sinceridad—. Y me alegro mucho de que hayáis venido a hablar conmigo. ¿Cómo me habéis encontrado?

—Recordé que me hablaste de este pueblo en una de las sesiones. Solo hemos tenido que recorrerlo todo el lugar hasta encontrar a la chica de la panadería que te conocía.

—De verdad. Me alegro de que me hayáis encontrado —comenta Pedro con lágrimas en los ojos—. Significa mucho para mí la disculpa. Gracias, Paula.

—¿Por qué? —pregunta ésta.

—Por confiar en mí.

—Ha sido un placer.

—Sé que todo ha sido muy extraño y lo he complicado todo —se sincera Pedro—. Pero necesito que me hagáis un favor.

—Tú dirás. Si está en nuestra mano lo haremos.

Pedro se arma de valor y le pregunta lo que todo el tiempo deseaba preguntar.

—Necesito saber cómo está Sara.

Roberto y Paula intercambian una mirada cómplice y se sonríen mientras se cogen de la mano.

—Es mejor que se lo preguntes a ella —contesta Roberto al tiempo que mira hacia la puerta de la calle.

A Pedro le empiezan a temblar las piernas. No se podía creer que Sara estuviera allí tan próxima a él. Con inseguridad y mirando a Roberto sin acabar de creérselo, se levanta del sofá y sale a la calle. Vuelve la cabeza hacia ambos lados y ve el coche del psiquiatra aparcado unos metros más allá. Con pasos titubeantes se acerca a él y, en ese momento, una de las puertas del vehículo se abre. Mira al cielo casi por instinto y, cuando baja la cabeza, se encuentra a Sara frente a él. Se mantiene en pie tan solo ayudada por unas muletas y, en cuanto lo ve, sonríe con timidez y, con pasos vacilantes, se acerca a él. La mujer a la que ama y a la que pensaba que no iba a volver a ver se encuentra frente a él mirándolo con sus preciosos ojos azules.

—Lo siento —musita ella.

—No tienes que decirme nada. —Pedro necesita abrirle su corazón—. Todo lo que hice fue porque te quiero. Debes creerme.

—Te creo. Me lo han contado todo. Siento lo que te dije después de lo que hiciste por mí.

—No me pidas perdón. De verdad. Todo lo hice de corazón.

Sara se echa a llorar frente a él.

—No me gusta verte así —dice Pedro emocionado—. No quiero ni puedo verte sufrir.

—Necesito que me perdones. Por favor.

—No puedo perdonarte —le contesta Pedro mientras le coge las manos y se arma de valor para entregarle su alma—. Estoy tan enamorado de ti que no necesito perdonarte.

—Yo también estoy enamorada de ti. —Sara vuelve a sonreír con timidez.

Pedro no se lo puede creer. Tanto tiempo huyendo del amor, tanto tiempo odiando su cuerpo y ahora se siente feliz por todo lo que posee. Piensa en sus padres y en todo lo que ellos habían creado en él. A ellos les debía su felicidad y, en este momento, aparecen en su mente. El momento más feliz de su vida lo compartía con ellos.

—¿Estás enamorada de mí? —Pedro deseaba abrazarla con todas sus fuerzas, pero no se atreve a dar ese paso. A sus ojos, ella parece tan frágil y él demasiado grande.

—Sí. —Sara levanta la cabeza y le mira a los ojos con infinito amor—. Te quiero.

Se acerca a él y lo besa en los labios con ternura. Pedro, por fin, la abraza. Sara se deja acunar en ese inmenso abrazo y suspira de felicidad como nunca lo había hecho. Después de sentir los latidos de su corazón, Pedro sabe que nada ni nadie podrá separarlos.

Sonríe y dirige su mirada al cielo.

Cinco años después

El niño entra como una saeta y se lanza a los brazos de Pedro que se tambalea a pesar de su tamaño. Lo levanta sobre su cabeza y lo lanza por los aires. El chiquillo emite un grito de alegría y, una vez que desciende, se deja acunar por los brazos de su tío.

—Es un torbellino.

Pedro se da la vuelta y se encuentra con la mirada enternecida de Roberto y Paula. Ella, con una barriga prominente y él con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me encanta este torbellino —comenta Pedro al tiempo que deja al niño en el suelo y se acerca a los recién llegados.

Tras la reconciliación, Paula no había tardado en quedarse embarazada y, nueve meses después, trajo al mundo a un niño moreno y de ojos azules que a Pedro le recordaba mucho a Sara. Ahora, su joven cuñada estaba de nuevo embarazada y feliz junto a Roberto. La historia de amor entre Sara y Pedro había tenido el mejor final que ni él mismo había sido capaz de soñar.

—¿Queréis conocer a vuestro sobrino? —pregunta Pedro con los ojos brillantes por la emoción y el pecho henchido de orgullo—. Es tan guapo como su madre.

—Lo estamos deseando —replican los dos al unísono.

Dejan atrás el vestíbulo y llegan a la habitación donde Marcos, el hijo de la pareja, jugueteaba con los frágiles dedos del recién nacido que Sara acunaba entre sus brazos. Con el rostro cansado por el parto, pero con la felicidad a flor de piel esperaba incorporada en la cama para mostrar a su retoño.

—Os presento a Eric —anuncia Sara en un susurro—. Eric, estos son tus tíos.

Paula se acerca a su cuñada, le da un beso tierno en la frente y acaricia con la punta de uno de sus dedos al bebé que ella mecía. Nunca la había visto tan radiante, a pesar del cansancio, y tenía muy claro que el culpable de esa felicidad era Pedro. Llevaban cinco años juntos y, a pesar de alguna que otra discusión, no se habían separado ni un instante. La vida de ambos había cambiado de tal manera que Roberto no tenía más remedio que darle la razón una y otra vez a su esposa. La bondad de Pedro emanaba de cada uno de sus poros y su hermana se había transformado en una mujer madura, inteligente, generosa y, por encima de todo, feliz. El psiquiatra se acerca a Pedro, que miraba la escena conmovido, y abre los brazos para recibirlo. Ambos se funden en un abrazo sincero que significa un mundo para Pedro.

—Enhorabuena, cuñado. Tenéis un hijo precioso.

—Muchas gracias, cuñado. Seguro que es por la genética— responde Pedro sin poder dejar de sonreír.

—Sí, seguro que es por la genética —exclama Sara desde la cama—. Eric ha medido al nacer cincuenta y ocho centímetros y ha pesado cuatro kilos y doscientos gramos.

Pedro hincha el pecho de nuevo orgulloso y se pavonea delante de sus cuñados.

—Tiene a quién parecerse, pero es tan guapo como su madre. Así que...

—Una buena combinación —susurra Sara.

—Una combinación perfecta. —Pedro se inclina sobre la mujer de su vida y le da un beso en los labios en el que pone todo su amor. En ese momento no puede evitar acordarse de sus padres y piensa que hubieran sido los mejores abuelos del mundo. A pesar de ese atisbo de tristeza, suspira

y le da un beso a su hijo en la frente—. Os quiero.

Sara lo mira y sus ojos se humedecen al sentir tanta felicidad en su interior. Pedro se había convertido en su razón de vivir y ella sabía que nunca podría haber elegido mejor. Le acaricia la mejilla y sus ojos se adelantan a lo que sus labios materializan en un susurro.

—Nosotros también te queremos, grandullón.

FIN